

LA VIDA DE MUHAMMAD^{sa}

Por

HAZRAT MIRZA BASHIRUDDIN MAHMUD AHMAD

2017

EDITORIAL YAMA'AT AHMADÍA DEL ISLAM EN ESPAÑA

“La Vida de Muhammad^{sa}”

Autor: Mirza Bashiruddin Mahmud Ahmad.
Segundo Jalifa (Jefe Espiritual) de la Comunidad Ahmadía del Islam Internacional

Primera edición, enero de 2017

Traducido de la versión inglesa “*The Life of Muhammad^{sa}*” publicada en el Reino Unido en 2005

Traductor: Paul Edson.

Revisado por Mansur Ata Ilahi, Zanubia Iffat y Juan A. Ruiz Cotán

© Islam International Publications Ltd.

Publicado por:

Editorial Yama’at Ahmadía del Islam en España

Mezquita Basharat

14630 Pedro Abad, España

Tel: +34 957 186 203 Fax: +34 957 186 300

www.alislam.es - www.alislam.org - spain@alislam.org

Impreso en España

©Prohibida la reproducción o transmisión de cualquier parte de esta publicación por cualquier medio, mecánico o electrónico, incluyendo fotocopias, grabaciones o medio de almacenamiento o recuperación, sin permiso previo por escrito de los editores.

ISBN: 978-84-945754-5-7

SOBRE EL AUTOR

Hijo Anunciado^{ra} del Mesías Prometido y Mahdi^{as}; signo manifiesto de Al'lah el Todopoderoso, Palabra de Dios cuyo advenimiento fue profetizado por el Santo Profeta^{sa} y el Mesías Prometido^{as}, así como por otros profetas anteriores; estrella del firmamento espiritual para cuya aparición el mundo tuvo que esperar cientos de años; hombre de Dios, coronado con una aureola espiritual que irradiaba rayos brillantes de luz que infundía vida espiritual a sus seguidores, y que cautivaba y embelesaba a quienes no tuvieron a suerte de seguirle; orador tan extraordinario que sus discursos eran escuchados por la audiencia durante horas y horas hasta su conclusión, ya lloviera o resplandeciera, y hasta bien entrada la tarde. Las palabras fluían de su boca, como miel goteando en los oídos, hasta alcanzar las profundidades de las almas y colmarlas de fe, conocimiento y vigor; océano del conocimiento Divino y secular; Voz Articulada de la época y; sin lugar a dudas; el mejor genio del siglo XX; hombre de extraordinaria inteligencia y memoria; epítome de cualidades de liderazgo cuya versatilidad es inabarcable: Hazrat Mirza Bashiruddin Mahmud Ahmad^{ra} (1889 –1965), *Muslih Ma'ud* (el Reformador Prometido), era el mayor de los hijos y Segundo Sucesor (Jalifa) del Mesías Prometido^{as}. Asumió el liderazgo de la *Yama'at* Ahmadiá a la edad de 24 años, cuando el Movimiento aún estaba en su infancia y lo sustentó hasta la madurez durante más de 50 años, con su guía espiritual, sus plegarias, lágrimas, y esfuerzo. No solamente fortaleció las bases de la Comunidad establecida por el Mesías Prometido^{as},

sino que también expandió la estructura de la *Yama'at* mediante la iniciación de procedimientos, organizaciones y programas creados a partir de la inspiración en el Mesías Prometido^{as} y bajo la guía divina. Empezó la ardua tarea de expandir el mensaje del verdadero Islam en su inmaculada pureza hasta el fin del mundo. Para lograrlo, dio origen al movimiento *Tahrik-e-Jadid*, a través del cual se extendió, y se sigue extendiendo, el trabajo misionero en todo el mundo. Su sutil inteligencia, preciso intelecto, profunda y larga erudición, y sobre todo, el conocimiento del que Dios le dotó, le hicieron posible generar un amplio corpus de escritos, discursos y libros. Su obra es tan vasta que llevará años dar a luz todas sus publicaciones.

Cuando el Mesías Prometido^{sa} oró con fervor a Dios para que le otorgara un signo en apoyo del Islam, Al'lah le dio la buena nueva de este hijo suyo y dijo:

“...será extremadamente inteligente... y estará lleno de conocimiento secular y espiritual... hijo; deleite del corazón, de alto rango, noble, una manifestación de lo primero y lo último, de la verdad y de lo elevado; como si Dios mismo hubiera descendido del cielo. He ahí que viene la luz. Verteremos nuestro espíritu en él...”

[Revelación del 20 de febrero de 1886]¹

1 Traducido del idioma urdu por Sir Muhammad^{sa} Zafrul'lah Jan del libro Tadhkirah (el libro que contiene los sueños, visiones y revelaciones verbales reveladas al Mesías Prometido^{as} [Editores])

Índice

PREFACIO.....	9
ARABIA EN LA ÉPOCA DEL NACIMIENTO DEL PROFETA ^{sa}	11
EL MATRIMONIO DEL Santo Profeta ^{sa} CON JADIYYA.....	21
EL PROFETA ^{sa} RECIBE SU PRIMERA REVELACIÓN.....	25
LOS PRIMEROS CONVERSOS.....	28
LA PERSECUCIÓN DE LOS FIELES.....	29
EL MENSAJE DEL ISLAM.....	39
LA EMIGRACIÓN A ABISINIA.....	43
‘UMAR ^{ra} ACEPTA EL ISLAM.....	47
LA PERSECUCIÓN SE INTENSIFICA.....	50
EL VIAJE DEL PROFETA ^{sa} A TAI‘F.....	53
EL ISLAM SE EXTIENDE A MEDINA.....	59
EL PRIMER JURAMENTO DE ‘AQABA.....	66
LA HÉGIRA.....	70
SURAQA ^{ra} PERSIGUE AL PROFETA ^{sa}	72
EL PROFETA ^{sa} LLEGA A MEDINA.....	76
ABU AYYUB ANSARI ^{ra} ANFITRIÓN DEL PROFETA ^{sa}	78
LA VIDA EN MEDINA SE VUELVE INSEGURA.....	81
EL PACTO ENTRE DIVERSAS TRIBUS DE MEDINA.....	86
LOS MEQUÍES SE PREPARAN PARA ATACAR MEDINA.....	90
LA BATALLA DE BADR.....	94
SE CUMPLE UNA GRAN PROFECÍA.....	105
LA BATALLA DE UHUD.....	110
LA VICTORIA SE CONVIERTE EN DERROTA.....	114
LOS RUMORES DE LA MUERTE DEL PROFETA ^{sa} LLEGAN A MEDINA.....	124
EL ENFRENTAMIENTO CON LOS BANU MUSTALIQ.....	139
LA BATALLA DE LA FOSA.....	145
UNA LUCHA MUY DESIGUAL.....	149
LA TRAICIÓN DE LOS BANU QURAIZA.....	154
LOS CONFEDERADOS SE DISPERSAN.....	165
EL CASTIGO DE LOS BANU QURAIZA.....	169
EL JUICIO DE SA‘D ^{ra} INSPIRADO EN LA BIBLIA.....	174
¿EL PROFETA ^{sa} DESEABA CONTINUAR LA GUERRA?.....	178
ENSEÑANZAS DEL JUDAÍSMO Y CRISTIANISMO SOBRE LA GUERRA.....	183

LA ENSEÑANZA DEL CORÁN RESPECTO A LA GUERRA Y LA PAZ	186
LOS PRECEPTOS DEL PROFETA ^{sa} RESPECTO A LA GUERRA	201
ATAQUES ESPORÁDICOS DE LOS INCRÉDULOS	205
EL PROFETA ^{sa} PARTE HACIA LA MECA CON 1.500 COMPAÑEROS	208
EL TRATADO DE HUDAIBIYA	214
LAS CARTAS DEL PROFETA ^{sa} A VARIOS REYES	219
CARTA AL REY DE PERSIA	226
LA CARTA AL NEGUS	230
CARTA AL JEFE DEL ESTADO EGIPCIO	233
CARTA AL JEFE DEL BAHREIN	236
LA CAÍDA DE JAIBAR	238
SE CUMPLE LA VISIÓN DEL PROFETA ^{sa}	245
LA BATALLA DE MAUTA	249
EL PROFETA ^{sa} PARTE HACIA LA MECA CON DIEZ MIL FIELES	257
LA DERROTA DE LA MECA	261
EL PROFETA ^{sa} ENTRA EN LA MECA	266
LA KA'BA, LIMPIA DE ÍDOLOS	275
EL PROFETA ^{sa} PERDONA A SUS ENEMIGOS	278
TKRIMA ^{ra} SE HACE MUSULMÁN	281
LA BATALLA DE HUNAIN	284
“EL PROFETA ^{sa} DE DIOS OS LLAMA”	287
UN ENEMIGO JURADO SE CONVIERTE EN SEGUIDOR DEVOTO	293
EL PROFETA ^{sa} DISTRIBUYE EL BOTÍN	295
LAS MAQUINACIONES DE ABU 'AMIR	298
LA EXPEDICIÓN DE TABUK	300
EL ÚLTIMO PEREGRINAJE	305
EL PROFETA ^{sa} HACE ALUSIÓN A SU FALLECIMIENTO	312
LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL PROFETA ^{sa}	316
EL PROFETA ^{sa} FALLECE	319
LA PERSONALIDAD Y EL CARÁCTER DEL PROFETA ^{sa}	325
LA PUREZA DEL ALMA Y LA LIMPIEZA DEL PROFETA ^{sa}	327
LA VIDA SENCILLA DEL Santo Profeta ^{sa}	330
SU RELACIÓN CON DIOS	339
SU DESAPROBACIÓN DE LA PENITENCIA	353
SU ACTITUD HACIA SUS ESPOSAS	355
ELEVADAS CUALIDADES MORALES	357

SU TEMPLANZA.....	360
LA JUSTICIA Y LA EQUIDAD.....	362
SU CONSIDERACIÓN HACIA LOS POBRES.....	366
LA PROTECCIÓN DE LOS INTERESES DE LOS POBRES.....	371
EL TRATO A LOS ESCLAVOS.....	373
EL TRATO A LAS MUJERES.....	376
SU ACTITUD HACIA LOS DIFUNTOS.....	381
EL TRATO A LOS VECINOS.....	382
EL TRATO A LOS PARIENTES.....	384
LA BUENA COMPAÑÍA.....	388
LA PROTECCIÓN DE LA FE.....	389
EL PERDÓN DE LAS FALTAS AJENAS.....	390
PACIENCIA ANTE LA ADVERSIDAD.....	395
LA COOPERACIÓN MUTUA.....	396
LA SINCERIDAD.....	398
LA CURIOSIDAD INAPROPIADA.....	400
LA INTEGRIDAD Y LA HONRADEZ EN LAS TRANSACCIONES.....	401
EL PESIMISMO.....	402
LA CRUELDAD CON LOS ANIMALES.....	403
TOLERANCIA EN CUESTIONES DE RELIGIÓN.....	404
VALENTÍA.....	405
LA CONSIDERACIÓN A LOS INCULTOS.....	406
EL CUMPLIMIENTO DE LOS PACTOS.....	406
EL RESPETO A LOS SERVIDORES DE LA HUMANIDAD.....	407
LA VIDA DEL PROFETA ^{sa} ES UN LIBRO ABIERTO.....	408
Índice de Temas.....	413



PREFACIO

El libro *La Vida de Muhammad*^{sa} es parte de la obra “*Introducción al estudio del Santo Corán*” de Hazrat Mirza Bashiruddin Mahmud Ahmad^{ra}. Se trata de un libro muy demandado, del que ya se han publicado numerosas ediciones en inglés, siendo la primera del año 1949. Esta es la primera edición española de la última versión inglesa.

El nombre de Muhammad^{sa}, el Santo Profeta^{sa} del Islam, es seguido del símbolo **sa**, que es una abreviación para el saludo *Sal’Al’lahu ‘Alaihi Wasal’lam* (que la paz y bendiciones de Al’lah sean con él). Los nombres de los demás profetas y mensajeros son seguidos por el símbolo **as**, una abreviación para *‘Alaihissalam* (que la paz sea con él).

Normalmente, los saludos no se han escrito en su forma completa; sin embargo, debe entenderse que se repiten por completo en cada caso.

El símbolo **ra** se utiliza junto al nombre de los Compañeros del Santo Profeta^{sa} y los del Mesías^{as}. Es la abreviación para *Radi Al’lahu ‘anhu/’amha/’anhum* (que Al’lah esté contento con él/ella/ellos).

El símbolo **rh** representa *Rahimahul’lahu Ta’ala* (que las bendiciones de Al’lah sean con él). El símbolo **aba** representa *Ayyadahul’lahu Ta’ala bi nasrihil ‘aziz* (que Al’lah le asista con Su poderosa ayuda).

Los Editores





LA VIDA DE MUHAMMAD^{SA}

ARABIA EN LA ÉPOCA DEL NACIMIENTO DEL PROFETA

El Profeta^{sa} nació en La Meca en agosto de 570 d.C. Le dieron el nombre de Muhammad^{sa}, que significa “el alabado”. Para comprender su vida y su carácter, es necesario poseer un conocimiento básico de las condiciones que existían en Arabia en la época de su nacimiento.

Cuando el Profeta^{sa} nació, todo el pueblo árabe, con muy contadas excepciones, era politeísta. Los árabes descendían de Abraham, y sabían que había sido un maestro monoteísta, pero a pesar de ello mantenían creencias y prácticas politeístas. Argumentaban que algunos hombres gozan de un contacto especial con Dios, que acepta su intercesión a favor de otros; y que para los simples mortales es difícil alcanzar a Dios. Sólo Le alcanzan los seres perfectos; las personas normales necesitan a otros que medien en su nombre para lograr Su agrado y misericordia.

Esta actitud les permitía reconciliar su reverencia hacia Abraham, el monoteísta, con sus propias creencias politeístas. Abraham, decían, pudo alcanzar a Dios sin intercesión de nadie porque era un santo, pero los mequías corrientes no podían lograrlo sin la mediación de otros hombres santos y justos. Para conseguir esta intercesión, el pueblo de La Meca había convertido en ídolos a muchas personas santas y justas a las que adoraban y hacían ofrendas para complacer a Dios a su través.

Era una actitud primitiva, ilógica y poco racional, que no obstante no preocupaba en absoluto a los mequías. No habían tenido, desde hacía mucho tiempo ningún maestro monoteísta, y el politeísmo, una vez que arraiga en cualquier sociedad, se extiende sin conocer límites. Se dice que en la época en la que nació el Profeta^{sa} había trescientos sesenta ídolos sólo en la Ka'ba, la Mezquita Sagrada de todo el Islam, construida por Abraham y su hijo Ismael. Parece ser que los mequías tenían un ídolo para cada día del año lunar. En otros lugares, y en otros recintos grandes habían muchos más. De ahí que podamos afirmar que la creencia politeísta se extendía a todas las regiones de Arabia. Los árabes se afanaban por cultivar su tradición oral. Se

interesaban mucho por el idioma hablado, y se esforzaban por conseguir su progreso. Sus aspiraciones intelectuales, sin embargo, eran escasas. No sabían nada de historia, geografía o matemáticas, pero al ser un pueblo del desierto, obligado a orientarse sin puntos físicos de referencia, habían desarrollado un interés muy profundo en la astronomía. No había una sola escuela en toda Arabia, y se dice que en La Meca sólo unos cuantos hombres sabían leer y escribir.

Desde el punto de vista moral, los árabes eran un pueblo lleno de contradicciones. Tenían defectos morales muy graves, y también cualidades éticas admirables. Solían beber en exceso; y el hecho de embriagarse y comportarse como salvajes bajo la influencia de la bebida se consideraba una virtud más que un vicio. Para ellos, un verdadero caballero era el que invitaba a sus amigos y vecinos a juergas regulares, y el hombre rico debía celebrar semejantes festejos al menos cinco veces al día. El juego constituía su deporte nacional. Lo habían convertido en un arte, pero no apostaban dinero para hacerse ricos, pues el ganador debía invitar a sus amigos. En tiempos de guerra, se recogían fondos a través del juego. Aún hoy existe la institución de la lotería nacional, que se utiliza para recaudar

fondos para la guerra. Esta institución ha sido descubierta de nuevo en nuestros días por los europeos y americanos, aunque deben de tener en consideración que no hacen más que imitar a los árabes. Cuando estallaba una guerra, las tribus árabes se reunían para organizar el juego. El ganador debía sufragar la mayor parte de los gastos de la guerra.

Los árabes desconocían las facilidades de la vida civilizada. Su oficio principal era el comercio y con tal fin, enviaban sus caravanas a lugares lejanos. De esta forma mantenían relaciones comerciales con Abisinia, Siria, Palestina e incluso la India. Los árabes ricos admiraban las espadas indias. Su ropa procedía en gran parte de Siria y el Yemen. Los centros comerciales eran las ciudades. El resto de Arabia, con la excepción del Yemen y de algunas regiones del norte, era beduina. No existían asentamientos duraderos, ni lugares permanentes de residencia. Las distintas tribus se habían repartido el país entre sí, de modo que los miembros de cada tribu se desplazaban libremente por su propio territorio. Al agotarse los recursos de agua en un lugar, se desplazaban a otro sitio, instalándose allí. Su capital consistía en ovejas, cabras y camellos. De la lana hacían la tela, y de las pieles fabricaban tiendas de campaña,

vendiendo lo sobrante en los mercados. El oro y la plata no les eran desconocidos, pero eran posesiones raras. Los pobres hacían adornos de cauris y sustancias fragantes. Las semillas de melón se limpiaban, se secaban y se unían para hacer collares.

Los delitos y actos inmorales eran comunes. Los hurtos escaseaban, pero los atracos eran habituales. Atracar y despojar al prójimo se consideraba un derecho de nacimiento. Pero al mismo tiempo, cumplían sus promesas con más fidelidad que ningún otro pueblo. Si un hombre acudía a un jefe poderoso o a una tribu buscando asilo, dicho jefe o tribu estaban obligados a brindarle la protección solicitada. En caso de negarse, la tribu perdía influencia en todo el país. Los poetas gozaban de un gran prestigio. Eran honrados como líderes nacionales. Se esperaba de los jefes que poseyeran grandes dotes de oratoria e incluso que supieran escribir poesía. La hospitalidad se había convertido en una virtud nacional. Cuando llegaba a las tiendas de una tribu un viajero solitario, era tratado como un invitado de honor. Se sacrificaban los mejores animales en deferencia suya, y se le mostraba la mayor consideración. No importaba quién fuera el invitado. La visita suponía un incremento del prestigio de la tribu, y por tanto, constituía

un deber honrar al invitado para mejorar su propia reputación.

Las mujeres en esta sociedad no tenían estatus ni derechos. Se consideraba decente matar a las recién nacidas. Es un error, sin embargo, imaginar que el infanticidio era practicado a nivel nacional. Una práctica tan peligrosa no podía estar extendida en todo el país, ya que hubiera significado la extinción de la raza. La verdad es que en Arabia -o en la India, o en cualquier país donde el infanticidio haya existido alguna vez- tal práctica se limitaba a ciertas familias. Las familias árabes que la practicaban, o bien tenían una idea exagerada de su estatus social, o bien se veían de alguna manera compelidos a hacerlo. Tal vez no encontrarán pretendientes adecuados para sus hijas, y sabiéndolo, mataban a las niñas. La perversidad de tal práctica está en su barbarie y crueldad, no en el impacto sobre la población del país. Para matar a las recién nacidas, las enterraban vivas, o bien las estrangulaban.

Sólo a la madre biológica se consideraba como tal en la sociedad árabe. Las madrastras no tenían esta categoría y por tanto, era legítimo que un hijo se casara con su madrastra tras la muerte de su padre. Los matrimonios polígamos eran corrientes, y no

existía límite alguno en el número de esposas que un hombre podía tomar. Un hombre se podía casar con varias hermanas al mismo tiempo.

El peor trato estaba reservado a los combatientes vencidos en una guerra. Cuando el odio era intenso, no dudaban en despedazar a los heridos y extraer sus entrañas cual caníbales. Tampoco dudaban en mutilar los cuerpos de sus enemigos. Cortar la nariz o las orejas, o extraer un ojo, era una forma común de la crueldad que se practicaba. La esclavitud era habitual. Las tribus débiles eran esclavizadas, y el esclavo no poseía ningún derecho ni estatus: los amos hacían con los esclavos lo que querían. No se podía aplicar ninguna sanción al amo que maltrataba a su esclavo. Podía matar a su esclavo sin tener que responder de dicha acción. Incluso si un amo mataba al esclavo de otro, no se le imponía la pena de muerte, sino sólo una compensación adecuada para el amo del esclavo muerto. Las esclavas servían para satisfacer los deseos sexuales de sus amos. Los niños que nacían de tales uniones también eran tratados como esclavos, y sus madres seguían siendo esclavas. A nivel de civilización y progreso social, los árabes eran un pueblo muy atrasado. La bondad y la consideración mutua eran desconocidas. La

mujer tenía el peor estatus posible. Y a pesar de todo, como hemos señalado, los árabes poseían ciertas virtudes, entre las cuales destacaba la valentía personal, que alcanzaba cotas muy altas.

Entre este tipo de personas, pues, nació el Santo Profeta^{SA} del Islam. Su padre, ‘Abdul’lah, había muerto antes de su nacimiento. Por consiguiente, fue su abuelo ‘Abd al-Muttalib quien tuvo que ocuparse del niño y de su madre, Amina. El niño Muhammad^{SA} fue amamantado por una campesina que vivía cerca de Ta’if. En la Arabia de aquella época era costumbre confiar a los niños a mujeres del campo que se encargaban de educarles, de enseñarles a hablar, así como de cuidar de su salud física. Cuando el Profeta^{SA} tenía un año¹, su madre murió en el curso de un viaje desde Medina a La Meca, y tuvo que ser enterrada en el camino. Una criada trajo al niño a La

1 A: En *Biharul-Anwar* Imam Baqir relata, en base a la autoridad de Waqidi, que Amina, la madre del Santo Profeta^{SA}, murió cuando éste tenía solo cuatro meses de edad, por lo que quedó huérfano a los cuatro meses. (*Biharul-Anwaril-Jami’ati li-Durari Akhbaril-A’immatil-Athar, Babu Mansha’ihi wa Rada’ihi wa ma zahara min I’jazih* ‘inda dhalika ila Nubuwwatih

por Sheikh Muhammad^{SA} Baqir Majlisi, vol.15, p.194; publicado por *Al-Amirah* Beirut, Primera edición 2008.)
B: Sin embargo, según Ibn Hisham, Hazrat Amina, la madre del Santo Profeta^{SA} falleció cuando éste tenía seis años de edad. (*Siratun-Nabawiyah* por Ibn Hisham, *Babu Wafati Aminata wa Hali Rasulil’lahi ma’a Jaddihi ‘Abdil Muttalib ba’daha*, p.134, publicado por *Darul-Kutubil-Ilmiyyah* Beirut, Líbano, Primera edición 2001.)

Meca y lo entregó a su abuelo. Cuando tenía ocho años, su abuelo también falleció, y su tío Abu Talib se convirtió en su tutor, de acuerdo al deseo expresado por el abuelo en su testamento. El Profeta^{sa} tuvo en dos o tres ocasiones la oportunidad de viajar fuera de Arabia. Una de estas ocasiones se presentó cuando, a la edad de doce años, visitó Siria con Abu Talib. Parece ser que en este viaje sólo llegó a las ciudades del sureste de Siria, ya que en las referencias históricas no se hace mención a ciudades como Jerusalén. Desde entonces y hasta que cumplió la mayoría de edad, permaneció en La Meca. Desde su infancia, se entregó a la reflexión y a la meditación. No tomaba parte en las querellas y peleas de los demás, salvo para intentar detenerlas. Se dice que las tribus que vivían en La Meca y en los territorios circundantes, cansadas ya de las interminables disputas, acordaron fundar una asociación con el fin de ayudar a las víctimas de la agresión y la injusticia. Cuando el Santo Profeta^{sa} supo de dicha asociación, se unió inmediatamente a ella. Los miembros de la asociación se comprometieron de la siguiente forma:

“Ayudarán a los oprimidos y les devolverán sus derechos, mientras quede una gota de agua en el mar. De no hacerlo, recompensarán a las víctimas

con sus propios bienes.” (*Sirat Ibni Hisham por Imam Suhaili*).

Al parecer, ningún miembro de la asociación fue requerido para que cumpliera con la promesa solemnemente jurada, salvo el Santo Profeta^{SA}. Su peor enemigo era Abu Yahl, que predicaba el ostracismo social y la humillación pública del Profeta^{SA}. En aquellos días, llegó un forastero a La Meca, a quién Abu Yahl debía dinero, y al que se negaba a pagarle. El forastero mencionó el problema a varias personas en la ciudad, y algunos jóvenes, por pura malicia, le recomendaron que fuera a ver al Profeta^{SA}. Pensaban que él^{SA} se negaría a ayudarlo por temor a la oposición generalizada que había en contra suya, y sobre todo, por temor a Abu Yahl. Si se negaba, los demás dirían que había faltado a su solemne promesa hecha a la asociación; de lo contrario, si decidía pedir a Abu Yahl que saldara su deuda, éste le rechazaría con desdén. El forastero acudió al Profeta^{SA} y se quejó de la conducta de Abu Yahl. El Profeta^{SA}, sin vacilar un momento, se levantó y le acompañó hasta la morada de Abu Yahl. Llamó a la puerta y cuando Abu Yahl abrió, le pidió que devolviera el préstamo. Abu Yahl, asombrado, no ofreció ningún pretexto y pagó la cuantía de inmediato. Cuando los otros jefes

mequíes supieron lo ocurrido, censuraron a Abu Yahl, y le reprocharon su debilidad y falta de constancia. Había predicado el ostracismo social del Profeta^{sa}, pero él mismo había aceptado su indicación de devolver el dinero prestado. En su defensa, Abu Yahl afirmó que cualquier persona hubiera hecho lo mismo; explicó que había visto dos camellos salvajes, uno a cada lado del Profeta^{sa}, dispuestos a atacarle. Es difícil identificar esta experiencia, ¿fue acaso una aparición milagrosa destinada a perturbar a Abu Yahl?, o ¿fue la fuerte personalidad del Profeta^{sa} lo que le produjo la alucinación? Un hombre odiado y oprimido por una ciudad entera había tenido el valor de enfrentarse por sí sólo al jefe de la ciudad para exigir la restitución de un préstamo. Quizás fuera esta visión tan inesperada la que asustó tanto a Abu Yahl, que por un momento, olvidó lo que había jurado hacer contra el Profeta^{sa} y le obligó a actuar de acuerdo con su recomendación (*Hisham*).

EL MATRIMONIO DEL Santo Profeta CON JADIYYA

Cuando el Profeta^{sa} tenía unos veinticinco años de edad, su reputación de integridad y carácter compasivo se había extendido por toda la ciudad. La gente le señalaba con

admiración, diciendo: “Aquí hay un hombre que inspira confianza”. Esta reputación llegó a oídos de una viuda adinerada, que pidió al tío del Profeta^{sa}, Abu Talib, que permitiera a su sobrino dirigir una de sus caravanas a Siria. Abu Talib lo mencionó al Profeta^{sa}, y éste aceptó. La expedición tuvo un gran éxito, y reportó ganancias inesperadas. La viuda, Jadiyya, estaba convencida de que el éxito de la empresa no se debía únicamente a las condiciones del mercado sirio, sino también a la integridad y la eficacia de su líder. Preguntó a su esclava Maisara acerca de ello, y ésta se mostró de acuerdo, diciendo que pocas personas hubieran manejado sus asuntos con la honradez y simpatía que había mostrado el joven jefe. Esta declaración impresionó mucho a Jadiyya, de cuarenta años de edad, y que había quedado viuda dos veces. Envió a una amiga suya para indagar del propio Profeta^{sa} si estaría dispuesto a casarse con ella. La mujer fue a ver al Profeta^{sa} y le preguntó por qué no se había casado. El Profeta^{sa} respondió que no tenía suficientes medios para contraer matrimonio. La visitante le preguntó si aceptaría casarse en el caso de encontrar una mujer rica y respetable. El Profeta^{sa} preguntó quién podría ser esta mujer y la visitante contestó que era Jadiyya. El Profeta^{sa} se disculpó, alegando

que la posición social de ella era demasiado elevada para él. La visitante le aseguró que resolvería todas las dificultades, y el Profeta^{sa} dijo que, siendo así, no podía sino consentir. En consecuencia, Jadiyya envió un mensaje al tío del Profeta^{sa}. El matrimonio entre ambos se acordó y se celebró solemnemente.

Un hombre pobre, huérfano desde su infancia, veía por primera vez la prosperidad. Se hizo rico. El uso que dio a su riqueza constituye una lección para toda la humanidad: después de casarse, Jadiyya^{ra} se percató de que siendo ella rica y su marido pobre, existía una desigualdad que podía erigirse en una barrera para su felicidad. Por lo tanto, decidió entregarle sus bienes y sus esclavos. El Profeta^{sa} anunció que tan pronto como pudiera, liberaría a los esclavos de Jadiyya^{ra}; y así lo hizo. Además, repartió entre los pobres la mayor parte de los bienes que había recibido de ella. Entre los esclavos liberados se encontraba un tal Zaid^{ra} que parecía más inteligente y hábil que los demás. Provenía de una familia respetable, había sido raptado de niño y vendido de un lugar a otro, hasta llegar a La Meca. Una vez liberado, el joven Zaid^{ra} se dio cuenta en seguida que le era preferible sacrificar su libertad y seguir sirviendo como esclavo al Profeta^{sa}. Así, cuando

el Profeta^{sa} liberó a los esclavos, Zaid^{ra} se negó a ser liberado, pidiendo permiso para seguir viviendo con el Profeta^{sa}. Así lo hizo, y con el tiempo su cariño hacia el Profeta^{sa} no hizo mas que aumentar. Mientras tanto, el padre y el tío de Zaid^{ra}, que se hallaban en su búsqueda, descubrieron que se hallaba en La Meca, en la casa del Profeta^{sa}. Se dirigieron a su casa y pidieron al Profeta^{sa} la libertad de Zaid^{ra}, ofreciendo pagar el rescate que estipulara. El Profeta^{sa} respondió que Zaid^{ra} era libre, y que podía irse con ellos cuando quisiera. Llamó a Zaid^{ra} y le presentó a su padre y a su tío. Tras secar sus lágrimas, el padre de Zaid^{ra} le dijo que había sido liberado por su bondadoso amo, y ya que su madre estaba muy afligida por la separación, Zaid^{ra} debía regresar de inmediato a su hogar. Zaid^{ra} contestó: “¡Padre! ¿Quién no ama a sus padres? Mi corazón rebosa de amor por ti y por mi madre. Pero siento tanto afecto por este hombre, Muhammad^{sa}, que no podría soportar la idea de vivir alejado de él. Os he encontrado y estoy contento. Pero no podría tolerar la separación de Muhammad^{sa}.” El padre y el tío de Zaid^{ra} hicieron todo lo posible para persuadirle de que regresara a casa con ellos, pero Zaid^{ra} se negó a acompañarles. Entonces, el Santo Profeta^{sa} declaró: “Zaid^{ra} ya era un hombre libre, pero a partir de hoy será mi hijo.” Viendo el cariño que existía

entre Zaid^{ra} y el Profeta^{sa}, el padre y el tío de Zaid^{ra} regresaron, y Zaid^{ra} permaneció con el Profeta^{sa} (*Hisham*).

EL PROFETA RECIBE SU PRIMERA REVELACIÓN

Con más de treinta años, el amor a Dios y el deseo de adorarle iban poseyendo cada vez más al Profeta^{sa}. Sentía repugnancia por los males y los numerosos vicios de los mequies, y eligió para sus meditaciones un lugar situado a cinco kilómetros aproximadamente de la ciudad. Estaba en lo alto de una colina, una especie de cueva cavada en la roca. Su esposa Jadiyya^{ra} le preparaba comida suficiente para algunos días, y él se retiraba, con estas provisiones, a la cueva llamada Hira. Allí adoraba a Dios, día y noche. Cuando tenía cuarenta años, tuvo una visión en esta cueva. Vio que alguien le ordenaba recitar. El Profeta^{sa} respondió que no sabía qué recitar, ni cómo hacerlo. La figura insistió y finalmente hizo que el Profeta^{sa} recitara los siguientes versículos:

“Recita en nombre de tu Señor que creó. Creó al hombre de un coágulo de sangre. ¡Recita! Y tu Señor es el Sumo Benefactor, que enseñó al hombre

mediante la pluma; enseñó al hombre lo que no sabía.” (96: 2-6).

Estos versículos, los primeros revelados al Profeta^{sa}, formaron parte del Corán, al igual que los demás revelados posteriormente. Su significado es muy profundo: ordenan al Profeta^{sa} levantarse y prepararse para proclamar el nombre de Dios Único, el Único Creador -del Profeta^{sa} y de toda la humanidad- que creó al hombre y sembró en su corazón la semilla de Su amor y del amor al prójimo. Se le ordena proclamar el Mensaje de Dios y se le promete ayuda y protección Divina en dicha Misión. Los versículos anuncian una época en la que se enseñará al mundo mediante la pluma todo tipo de ciencia, y cosas nunca conocidas antes. Estos versículos constituyen el epítome del Corán. Todo cuanto se enseñó posteriormente al Profeta^{sa} está contenido en esencia en estos versículos. Con ellos se establecen los cimientos de un gran paso antes desconocido en el progreso espiritual del hombre. Tanto el significado como la explicación de estos versículos se encuentran en el Comentario². Nos referimos aquí a ellos porque su revelación constituye un gran acontecimiento en la vida del Profeta^{sa}. Al recibir esta revelación, el Profeta^{sa} temió no ser capaz de asumir la responsabilidad que

2 Comentario del Sagrado Corán del mismo autor.

Dios le había confiado. Otra persona, en su lugar, se habría llenado de orgullo -se habría considerado ya grande-. El Profeta^{sa} era distinto. Era capaz de lograr grandes cosas sin enorgullecerse por ello. Después de este gran acontecimiento, regresó a casa en un estado de gran conmoción y con aspecto cansado. Al preguntarle Jadiyya qué había ocurrido, le contó toda la historia y le hizo partícipe de sus temores, diciendo: “Soy un hombre muy débil. ¿Cómo podré llevar la responsabilidad que Dios propone colocar sobre mis hombros?”. Jadiyya le respondió en seguida:

“Dios es Testigo de que no te ha enviado Su Palabra para que fracasases y seas indigno de ella, y que Él tenga que abandonarte posteriormente. ¿Cómo podría Dios hacer tal cosa, si eres bondadoso y compasivo con tus parientes, y ayudas a los pobres y a los infelices a llevar su carga? Estás restaurando las virtudes que habían desaparecido de nuestro país. Siempre tratas con honor a los invitados y ayudas a los desgraciados. ¿Acaso Dios te puede someter a alguna prueba?” (*Bujari*).

Con estas palabras, Jadiyya^{ra} acompañó al Profeta^{sa} a la casa de su primo cristiano Waraqa bin Naufal. Al conocer lo ocurrido, Waraqa exclamó: “El mismo ángel que descendió sobre Moisés, estoy seguro que ha descendido hoy sobre ti” (*Bujari*).

LOS PRIMEROS CONVERSOS

Waraqa se refería, evidentemente, a la profecía contenida en Deuteronomio 18:18. Cuando las noticias llegaron a Zaid^{ra}, el liberto del Profeta^{sa}, que entonces tenía unos treinta años de edad, y a su primo ‘Ali, de unos once años, los dos declararon su fe en él. Abu Bakr^{ra}, un amigo de la infancia, se encontraba fuera de la ciudad. Mientras regresaba, oyó rumores de esta nueva experiencia que el Profeta^{sa} había tenido. Le dijeron que su amigo se había vuelto loco, y que decía que los ángeles le traían mensajes de Dios. Abu Bakr^{ra} confiaba totalmente en el Profeta^{sa}. No dudó por un momento de la veracidad de su afirmación; sabía que estaba cuerdo y que era sincero. Llamó a la puerta de su casa y una vez admitido a su presencia le preguntó sobre lo ocurrido. El Profeta^{sa}, temiendo que Abu Bakr^{ra} le malentendiera, empezó una larga explicación. Abu Bakr^{ra} le interrumpió, insistiendo en que sólo quería saber si de verdad un ángel de Dios había descendido sobre él para transmitirle un mensaje. El Profeta^{sa} de nuevo quiso explicarle el incidente, pero Abu Bakr^{ra} respondió que no pedía explicaciones, tan sólo quería saber si había recibido un mensaje de Dios. El Profeta^{sa} contestó afirmativamente, y Abu Bakr^{ra}

declaró inmediatamente su fe, y tras hacerlo, declaró que todo argumento adicional habría restado valor a su fe. Conocía íntimamente al Profeta^{sa} desde hacía mucho tiempo y no dudaba de él. Por lo tanto no le hacía falta ninguna explicación para convencerse de su veracidad. Este pequeño grupo de fieles, pues, fueron los primeros creyentes del Islam: una mujer mayor, un niño de once años, un liberto que vivía entre forasteros, un joven amigo y el Santo Profeta^{sa}. Este fue el grupo que tomó la resolución tácita de extender la luz de Dios por todo el mundo. Cuando el pueblo y sus jefes oyeron todo esto, se rieron, declarando que estas personas habían enloquecido. No les suponían motivo de miedo ni de preocupación. Sin embargo, con el tiempo, la verdad comenzó a manifestarse, y como había dicho el Profeta^{sa} Isaías hacía ya mucho tiempo (28:13): precepto tras precepto; precepto tras precepto; línea tras línea; línea tras línea; un poco aquí y un poco allá, empezaron a descender sobre el Profeta^{sa}.

LA PERSECUCIÓN DE LOS FIELES

Dios empezó a hablar a Muhammad^{sa} en “otra lengua”. La juventud del país empezó a hacer preguntas. Los que buscaban la verdad se emocionaban. El desdén y las burlas

daban lugar a la aprobación y la admiración. Esclavos, jóvenes y mujeres desgraciadas se agrupaban en torno al Profeta^{sa}. Su Mensaje y su enseñanza daban esperanza a los rechazados, los oprimidos y a los jóvenes. Las mujeres veían acercarse la hora de la restauración de sus derechos. Los esclavos sentían cerca el día de su liberación, y los jóvenes veían abrirse ante ellos los caminos del progreso. Cuando el desdén empezó a ceder ante la aprobación, y la indiferencia ante el apoyo, los jefes y oficiales mequíes sintieron temor. Se reunieron, deliberaron y decidieron que ya no podían hacer frente a esta amenaza recurriendo a las burlas de antes; necesitaban un remedio más serio. La nueva influencia debía ser suprimida por la fuerza. Se decidió institucionalizar la persecución junto a cierto tipo de ostracismo social. Pronto se impusieron medidas concretas, y La Meca se vio involucrada en un conflicto feroz contra el Islam. El Profeta^{sa} y su reducido séquito ya no eran considerados como dementes, sino como una influencia en aumento que si no se paraba, pondría en peligro la fe, el prestigio, las costumbres y las tradiciones de La Meca. El Islam amenazaba con derribar las viejas estructuras de la sociedad mequí para crear un nuevo cielo y una nueva tierra, cuyo advenimiento había de significar,

forzosamente, la desaparición del antiguo cielo de Arabia y de su antiguo corazón. Los mequíes ya no podían reírse del Islam. Ahora era para ellos una cuestión de vida o muerte. El Islam representaba un desafío, y los mequíes lo aceptaron, igual que los enemigos de anteriores profetas siempre aceptaron sus desafíos. Decidieron no responder a las palabras, sino desenvainar las espadas y suprimir por la fuerza las enseñanzas peligrosas; no imitar el buen ejemplo del Profeta^{sa} y sus seguidores, ni contestar a la bondad con palabras bondadosas, sino al contrario, maltratar a los inocentes, e insultar a quienes hablaban con palabras amables. Una vez más en el mundo, estalló el conflicto entre la fe y la incredulidad; las fuerzas de Satanás declaraban la guerra a los ángeles. Los fieles, todavía un grupo muy reducido, eran incapaces de resistir los ataques violentos de los incrédulos. Se inició una campaña sumamente cruel. Las mujeres fueron torturadas sin piedad. Los hombres eran asesinados. Los esclavos que habían declarado su fe en el Profeta^{sa} eran arrastrados sobre piedras y arena ardiente, hasta que su piel se volvía tan dura como la de los animales. Mucho tiempo después, cuando el Islam ya se hallaba firmemente establecido, alguien le descubrió el cuerpo a uno de los primeros conversos, Jabban bin

al-Arat^{ra}. Sus amigos vieron que su piel era efectivamente tan dura como la de un animal, y cuando le preguntaron la causa, contestó que no era nada importante, simplemente un recuerdo de los primeros días, cuando los esclavos convertidos al Islam eran arrastrados por las calles sobre piedras y arenas duras y ardientes (*Musnad, Vol. 5, pág. 110*).

Los esclavos creyentes procedían de todas las comunidades. Bilal^{ra} era negro, y Suhaib^{ra} griego. Pertenecían a religiones distintas. Yabr^{ra} y Suhaib^{ra} eran cristianos, mientras que Bilal^{ra} y Ammar^{ra} eran idólatras. A Bilal^{ra} le obligaban a tumbarse sobre la arena ardiente, cargado de piedras, mientras a varios niños se les hacía bailar sobre su torso. Su amo, Ummaya bin Jalf, tras torturarlo así, le pedía que renunciara a Al'lah y al Profeta^{sa}, y que cantara las alabanzas de los dioses mequies, *Lat* y *'Uzza*. Bilal no decía más que: "*Ahad... Ahad...*" (Dios es Uno).

Exasperado, Ummaya entregó a Bilal^{ra} a jóvenes gamberros, pidiéndoles que le ataran una cuerda al cuello y le arrastraran por la ciudad sobre las piedras. El cuerpo de Bilal^{ra} sangraba, pero seguía diciendo: "*Ahad... Ahad...*" Más tarde, cuando los musulmanes se instalaron en Medina y pudieron vivir y orar en relativa paz, el Santo Profeta^{sa} nombró

a Bilal *Mu'azin*, es decir, el oficial que llama a los fieles a la oración. Siendo africano, Bilal^{ra} no podía pronunciar la 'h' de la palabra árabe *Ash-hadu* (soy testigo). Los creyentes medinitas se reían de su pronunciación defectuosa, pero el Profeta^{sa} se lo reprochaba, explicándoles cuánto quería Dios a Bilal^{ra} por la fe inquebrantable que había mostrado cuando sufrió las torturas de los mequies. Abu Bakr^{ra} pagó el rescate de Bilal^{ra} y de otros muchos esclavos, y así obtuvo su libertad. Entre ellos se encontraba también Suhaib^{ra}, un mercader próspero, a quien los quraishíes siguieron atacando aún después de su liberación. Cuando el Santo Profeta^{sa} abandonó La Meca para instalarse en Medina, Suhaib^{ra} quiso acompañarle, pero los mequies se lo impidieron. Dijeron que no podría llevarse de La Meca la riqueza que había adquirido en aquella ciudad. Suhaib^{ra} ofreció entregarles todo su dinero y sus bienes si le dejaban salir. Los mequies aceptaron la propuesta. Suhaib^{ra} llegó a Medina con las manos vacías y visitó al Profeta^{sa}, que le escuchó y le felicitó diciendo: "Ésta ha sido la mejor transacción de tu vida".

La mayoría de estos esclavos conversos permanecían firmes en sus profesiones externas e internas de la fe. Pero algunos eran más débiles. Una vez, el Santo Profeta^{sa}

encontró a ‘Ammar gimiendo de dolor y secando sus lágrimas. Preguntado por el Profeta^{sa}, ‘Ammar^{ra} dijo que había sido golpeado y obligado a renunciar a su fe. El Profeta^{sa} le preguntó: “¿Crees desde el fondo de tu corazón?” ‘Ammar^{ra} declaró que sí y el Profeta^{sa} le aseguró que Dios le perdonaría su debilidad.

Los padres de ‘Ammar^{ra}, Yassir^{ra} y Samiyya^{ra}, también fueron torturados por los incrédulos. En una ocasión, el Profeta^{sa} pasaba por su calle y lleno de emoción dijo: “¡Familia de Yassir! Resistid con paciencia, porque Dios os ha preparado el Paraíso.” Pronto se cumplieron estas palabras proféticas. Yassir sucumbió a las torturas y poco tiempo después Abu Yahl mató con una lanza a Samiyya, su vieja esposa.

Zinnira^{ra}, otra esclava, perdió los ojos como consecuencia de las torturas de los incrédulos. Abu Fukaih^{ra}, el esclavo de Safwan bin Ummaya, fue tendido sobre la arena ardiente y se colocaron sobre su pecho piedras pesadas. Tan intenso fue el dolor que perdió su lengua. Otros esclavos fueron maltratados de modo similar.

Estas crueldades eran casi imposibles de resistir. Pero los primeros creyentes las resistían porque su corazón estaba reforzado

por las promesas que recibían a diario de Dios. El Corán descendió sobre el Profeta^{sa}, pero la voz alentadora de Dios descendía sobre todos los creyentes. De no haber sido así, los fieles no podrían haber soportado las crueldades a las que fueron sometidos. Abandonados por su prójimo, sus amigos y familiares, no tenían más que a Dios; aunque verdaderamente no necesitaban a nadie más. Por Su causa, las crueldades les parecían pequeñas, las injurias les parecían oraciones y las piedras les parecían terciopelo.

Los ciudadanos libres creyentes no fueron tratados con menos crueldad. Sus mayores y sus jefes les atormentaban de diversas maneras. 'Uzman^{ra} era un hombre próspero de cuarenta años. Y sin embargo, cuando los quraishíes decretaron la persecución general a todos los musulmanes, su tío Hakam le ató y le golpeó. Zubair bin al-'Awwam^{ra}, un joven valiente que posteriormente se convertiría en un gran general musulmán, fue envuelto por su tío en una alfombra, debajo de la cual introducía gran cantidad de humo, torturándole así para sofocarle. Pero no renunció a su fe. Había encontrado la verdad y no tenía intención de declinar.

Abu Dharr^{ra}, de la tribu de Chaffar, oyó hablar del Profeta^{sa} y fue a La Meca para

investigar. Los mequíes le disuadieron, diciendo que conocían bien a Muhammad^{SA} y que su Movimiento no era más que una ambición personal. Abu Dharr no les escuchó, se dirigió directamente al Profeta^{SA}, oyó de su boca el Mensaje del Islam y lo aceptó. Abu Dharr^{RA} preguntó si podría ocultar su fe a su tribu. El Profeta^{SA} contestó que lo podía hacer durante unos días. Pero, al pasar por las calles de La Meca oyó a un grupo de jefes mequíes insultando al Profeta^{SA} e infamando vilmente su nombre. Ya no pudo mantener oculta su fe. Y en seguida declaró: “Atestiguo que no hay otro Dios que Al’lah; y que no hay semejante a Al’lah; y que Muhammad^{SA} es Su Siervo y Profeta^{SA}”. Esta declaración, proferida ante una muchedumbre de incrédulos, les pareció insolente. Se levantaron furiosos en su contra y le golpearon hasta que cayó inconsciente al suelo. El tío del Profeta^{SA}, ‘Abbas, que todavía no se había convertido, pasaba por la calle y empezó a protestar en favor de la víctima, diciendo: “Vuestras caravanas de alimentos tienen que pasar por la tribu de Abu Dharr y si se enfadan por trato que ha recibido, su pueblo puede mataros de hambre.” Al día siguiente, Abu Dharr^{RA} se quedó en casa. Pero un día después, volvió a acudir a la misma reunión y vio que seguían insultando al Santo Profeta^{SA} como antes. Fue a la Ka’ba, donde

vio que la gente hacía lo mismo. Incapaz de continuar indiferente, se levantó e hizo en voz alta la declaración de su fe. De nuevo lo maltrataron. Así volvió a ocurrir una tercera vez, hasta que Abu Dharr^{ra} volvió a su tribu.

El Santo Profeta^{sa} no se vio excluido de los malos tratos recibidos por sus fieles. En una ocasión se hallaba rezando cuando un grupo de incrédulos le colocó una capa alrededor del cuello y lo arrastraron, medio ahogado, hasta el punto que parecía que sus ojos fueran a salir de las órbitas. Abu Bakr^{ra}, que pasaba por allí, le rescató, diciendo a los mequíes: “¿Queréis matarle porque dice que Dios es Su amo?” En otra ocasión, el Profeta^{sa} estaba postrado en oración y colocaron sobre su espalda las entrañas de un camello. No pudo levantarse hasta que alguien le quitó el enorme peso. En otro momento, un grupo de gamberros le siguieron mientras caminaba por la calle y le golpearon repetidamente en la nuca diciendo a la gente que se autodenominaba Profeta^{sa}. Este era el odio y la hostilidad desatados en su contra, y esta era su indefensión.

La casa del Profeta^{sa} era apedreada desde las casas vecinas. Se arrojaban basura y restos de animales muertos a su cocina. En muchas ocasiones se le lanzaba polvo mientras rezaba,

de modo que se vio obligado a buscar un lugar más seguro para sus oraciones públicas.

Estas crueldades, perpetradas contra un grupo débil e inocente, y contra su líder honesto, bienintencionado, pero a la par completamente indefenso, tuvieron sin embargo ciertos efectos positivos. Los hombres honrados lo observaban y se sentían atraídos al Islam. En una ocasión, el Profeta^{SA} estaba descansando en Safa, un monte cerca de la Ka'ba. El Jefe mequí Abu Yahl, enemigo jurado del Profeta^{SA}, pasó cerca y empezó a proferirle insultos. El Profeta^{SA} no respondió y regresó a casa. Una esclava de su casa presenció este triste incidente. Hamza^{RA}, el tío del Profeta^{SA}, un hombre valiente y temido por sus conciudadanos, volvía de cazar en el bosque. Entró con orgullo en su casa con el arco sobre el hombro. La esclava, que no había olvidado el incidente de aquella mañana, se escandalizó al ver a Hamza^{RA} regresar así. Le reprochó diciendo que se creía muy valiente y siempre andaba armado, pero no sabía lo que Abu Yahl había hecho a su inocente sobrino esa misma mañana. Hamza^{RA} escuchó el relato del incidente. Aunque no era creyente, era un hombre de carácter noble. Puede que le hubiera impresionado el Mensaje del Profeta^{SA}, pero no hasta el punto de unirse abiertamente a los musulmanes. Entonces se dispararon sus

dudas acerca del nuevo Mensaje. Empezó a sentir que hasta entonces lo había tomado con demasiada ligereza. Se dirigió directamente a la Ka'ba, donde solían reunirse los jefes mequíes para charlar. Cogió su arco y golpeó fuertemente a Abu Yahl. Dijo: "A partir de hoy considérame seguidor de Muhammad^{sa}. Le has insultado esta mañana a sabiendas de que no te diría nada. Si eres valiente, sal y lucha conmigo." Abu Yahl no supo qué contestar. Sus amigos se levantaron para ayudarle, pero Abu Yahl, que temía a Hamza^{ra} y a su tribu, les detuvo, pensando que una lucha abierta le costaría demasiado cara. La culpa del incidente de aquella mañana dijo, había sido suya (*Hisham y Tabari*).

EL MENSAJE DEL ISLAM

La oposición seguía aumentando. Al mismo tiempo, el Profeta^{sa} y sus seguidores hacían todo cuanto les era posible para explicar a los mequíes el Mensaje del Islam. Era un Mensaje de múltiples facetas y de profundo significado, no sólo para los árabes sino para el mundo entero. Era el Mensaje de Dios, que decía:

El Creador del mundo es Único. Nadie más es digno de ser adorado. Los Profetas siempre han creído que Él es Único, y enseñaron esta creencia a sus seguidores. Los mequíes debían

renunciar a los ídolos y las imágenes. ¿Acaso no se percataban de que los ídolos no eran siquiera capaces de espantar las moscas que se posaban sobre las ofrendas colocadas a sus pies? Si eran atacados no podían responder al ataque. Si se les interrogaba, eran incapaces de contestar. Si se les pedía auxilio, no actuaban. Pero el Único Dios ayudaba a los que pedían Su ayuda, respondía a quienes dirigían a Él sus oraciones, subyugaba a sus enemigos, y elevaba a los que se humillaban ante Él. La luz procedente de Él iluminaba a Sus devotos. ¿Por qué Le descuidaban los mequíes, dirigiéndose a ídolos e imágenes inanimados, malgastando así su vida? ¿No veían que su carencia de fe en el Único Dios Verdadero les había convertido en supersticiosos e incompetentes? No distinguían en absoluto lo puro de lo impuro, ni el bien del mal. No honraban a sus madres. Maltrataban a sus hijas y hermanas, negándoles lo que les correspondía. Tampoco trataban bien a sus esposas. Torturaban a las viudas, explotaban a los huérfanos, a los pobres e indefensos, e intentaban edificar su riqueza a costa de la ruina de otros. No se avergonzaban de mentir, engañar, robar o saquear. Las bebidas y los juegos de azar eran sus pasatiempos predilectos. No se preocupaban por la cultura ni por el progreso nacional. ¿Cuánto

tiempo seguirían mostrándose negligentes con el Único Dios Verdadero, acarreando pérdidas y sufrimiento? ¿No era preferible que renunciaran a todo tipo de explotación mutua, restaurando los derechos de quienes los habían perdido, gastaran su riqueza en las necesidades del país y en la mejora de la situación de los pobres y de los débiles, trataran a los huérfanos con bondad, considerando su deber protegerlos, ayudaran a las viudas y establecieran y fomentaran las buenas obras en toda la comunidad, e inculcaran no solamente la justicia y la igualdad, sino también la compasión y la gracia? La vida en este mundo debería producir el bien. A continuación, el Mensaje decía: “Dejad tras vosotros buenas obras, para que crezcan y produzcan su fruto después de haberos ido. La virtud reside en dar a los demás, no en recibir de ellos. Aprended a renunciar para estar más cerca de Dios. Practicad la abnegación por amor a vuestro prójimo, y para multiplicar vuestro crédito ante los ojos de Dios. Es cierto que los musulmanes son débiles, pero no miréis su debilidad, porque al final triunfará la verdad. Éste es el decreto que procede del Cielo. A través del Profeta^{sa} se establecerá en el mundo una nueva medida y un nuevo criterio del bien y del mal, de la justicia y la injusticia. Reinarán la justicia

y la misericordia. No habrá compulsión ni interferencia en cuestiones de religión. Se eliminarán las crueldades a las que fueron sometidos los esclavos y las mujeres. El reino de Satanás será reemplazado por el Reino de Dios.” Cuando este Mensaje fue predicado a los habitantes de La Meca y empezó a dejar huella en la gente honrada y reflexiva, los mequíes decidieron tomar en serio los acontecimientos. Se reunieron y se dirigieron a Abu Talib, el tío del Profeta^{sa}, diciéndole:

Eres uno de nuestros jefes y por tu causa hemos perdonado hasta ahora a tu sobrino Muhammad^{sa}. Ha llegado, sin embargo, la hora de acabar con esta crisis nacional, este conflicto que ha surgido entre nosotros. Pedimos y exigimos que cese de hablar en contra de nuestros ídolos. Que proclame si desea que Dios es Único, pero que no diga nada en contra de nuestros ídolos. Si consiente, terminarán este conflicto y la controversia. Te requerimos para que le convenzas. Pero si no logras convencerlo, entonces sucederá una de estas dos cosas. O bien tendrás que abandonar a tu sobrino, o bien nosotros, tu pueblo, te abandonaremos a ti. (*Hisham*)

Abu Talib se encontraba ante una elección dura. Abandonar a su sobrino era difícil, pero igualmente difícil era renegar de su pueblo. Los árabes poseían escasos medios. Su prestigio residía en su capacidad de liderazgo. Vivían

por su pueblo, y su pueblo por ellos. Abu Talib se sintió profundamente perturbado. Llamó al Profeta^{sa} y le explicó el ultimátum de los mequies. “Si no consientes”, dijo, con lágrimas en los ojos, “o tendré que abandonarte, o mi pueblo me abandonará a mí.” El Profeta^{sa} simpatizaba, naturalmente, con su tío. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y dijo:

“No te pido que abandones a tu pueblo. No te pido que me apoyes. Al contrario, puedes abandonarme y permanecer con tu pueblo. Pero el Único Dios es mi testigo cuando afirmo que aunque colocaran al sol a mi derecha, y a la luna a mi izquierda, no dejaría de predicar la verdad del Único Dios. Debo continuar haciéndolo hasta mi muerte. Puedes elegir lo que te convenga”. (*Hisham y Zurqani*).

Esta respuesta firme, directa y sincera, abrió los ojos de Abu Talib. Quedó sumido en una profunda reflexión. Aunque no tenía valor para creer, se consideraba afortunado por haber podido presenciar esta gran demostración de fe y respeto al deber. Dirigiéndose al Profeta^{sa}, dijo: “Ve, sobrino mío. Haz tu deber. Que me abandone mi pueblo. Estoy contigo.” (*Hisham*).

LA EMIGRACIÓN A ABISINIA

Cuando la tiranía alcanzó límites extremos, el Profeta^{sa} reunió a sus seguidores, y

señalando al oeste, les habló de un país, al otro lado del mar, donde no se asesinaba a los hombres por cambiar de fe, donde podrían adorar a Dios sin ser perturbados, y donde reinaba un rey justo. Les dijo que fueran allí, pues el cambio podría suponer un alivio para ellos. Un grupo de hombres, mujeres y niños musulmanes aceptaron su propuesta y marcharon a Abisinia. Fue una emigración a escala reducida y muy penosa. Los árabes se consideraban los guardianes de la Ka'ba, y lo eran efectivamente. Abandonar La Meca, pues, supuso para ellos una tribulación profunda. No lo habrían hecho si la vida en La Meca no se les hubiera vuelto imposible. Pero los mequies tampoco estaban dispuestos a permitir esta emigración. No querían que sus víctimas se escaparan y tuvieran la oportunidad de vivir en otro sitio. El grupo, pues, tuvo que mantener en absoluto secreto los preparativos del viaje y partir sin despedirse siquiera de sus amigos y familiares.

El rumor de su salida, sin embargo, llegó a algunos mequies. 'Umar^{ra}, que posteriormente sería el segundo Jalifa del Islam, entonces era un incrédulo y un enemigo feroz de los musulmanes. Por casualidad, se encontró con algunos miembros del grupo de emigrantes. Uno de ellos era una mujer, Ummi Abdul'lah.

‘Umar^{ra}, al ver sus bienes empaquetados y cargados sobre animales, comprendió en seguida que se trataba de una emigración. “¿Te vas?”, preguntó. “Sí. Dios es nuestro testigo”, contestó Ummi Abdul’lah. “Nos vamos a otro país, porque aquí nos tratáis con crueldad. No volveremos hasta que Al’lah nos quiera facilitar las cosas.” ‘Umar^{ra} quedó impresionado y les dijo: “Id con Dios”. Su voz revelaba la emoción que sentía. Esta escena silenciosa le había perturbado. Cuando los mequíes se enteraron de la huida, enviaron a un grupo de hombres para detener a los emigrantes, pero al llegar a la orilla del mar supieron que ya habían embarcado. Al no poder alcanzarles, decidieron enviar una delegación a Abisinia, para persuadir al rey a que devolviese los emigrantes a los mequíes. Uno de los delegados era Amr bin al-As, que posteriormente se unió al Islam y conquistó Egipto. La delegación llegó a Abisinia y tuvo una audiencia con el rey -intrigando al mismo tiempo ante la corte-. Pero el rey se mostró firme, y a pesar de la presión de la delegación y de sus propios cortesanos, se negó a devolver a los refugiados musulmanes. La delegación volvió frustrada a La Meca, pero pronto idearon otro método para forzar el regreso de los musulmanes de Abisinia. Hicieron correr el rumor entre las caravanas

en dirección a Abisinia de que toda La Meca había aceptado el Islam. Cuando el rumor llegó a Abisinia, muchos refugiados retornaron felices a La Meca, para descubrir a su llegada de que se trataba de un rumor falso. Algunos musulmanes volvieron de nuevo a Abisinia, pero otros decidieron quedarse en La Meca. Entre éstos se encontraba Uzman bin Maz'un, hijo de un jefe mequí muy importante. Uzman recibió la protección de un amigo de su padre, Walid bin Mughira, y pudo empezar a vivir en paz. Pero veía como los demás musulmanes seguían sufriendo la persecución. Renunció, pues, a disfrutar de tal protección mientras el resto de los musulmanes siguiera sufriendo. Walid así lo anunció a los mequíes.

En una ocasión, Labid, un poeta laureado de Arabia, se hallaba declamando sus versos ante los jefes mequíes, y recitó un poema que indicaba que todas las gracias acaban al final. Uzman se atrevió a contradecirlo, diciendo: "La gracia del Paraíso será eterna." Labid, poco acostumbrado a que le interrumpieran, se enojó exclamando: "¡Quraishíes! Antes no se insultaba así a vuestros invitados. ¿De dónde ha surgido esta moda?" Para apaciguar a Labid, se levantó un hombre de la audiencia y le dijo: "continúa; no hagas caso a este inepto." Uzman insistió en que no había expresado

ninguna tontería. Esto exasperó al quraishí, que se lanzó sobre Uzman y le asestó un golpe tan fuerte que le sacó un ojo. Walid se hallaba presenciando el incidente. Fue amigo íntimo del padre de Uzman y no podía tolerar este trato hacia el hijo de su difunto amigo. Pero Uzman ya no se encontraba bajo su protección formal, y la costumbre árabe le impedía apoyarle. Por lo tanto, no pudo hacer nada. Conmovido en parte por la ira y en parte por la angustia, se dirigió a Uzman, diciendo: “¡Hijo de mi amigo, de no haber renunciado a mi protección, no habrías perdido el ojo. La culpa es tuya!” Uzman respondió: “He esperado este momento durante mucho tiempo. No lamento la pérdida de un ojo, ya que el otro aguarda el mismo destino. ¡Recuerda! Mientras el Profeta^{sa} sufra, no queremos paz.” (*Halbiyya*, Vol. 1, pág. 348).

‘UMAR ACEPTA EL ISLAM

Durante esta época, tuvo lugar otro acontecimiento trascendental. ‘Umar^{ra}, que más tarde se convertiría en el Segundo Jalifa del Islam, era entonces uno de los enemigos del Islam más feroces y más temidos. Estaba convencido de que aún no se había tomado ninguna medida eficaz contra el nuevo Movimiento, y decidió acabar con la vida del

Profeta^{sa}. Cogió su espada y salió de casa. Un amigo, sorprendido al verle salir, le preguntó dónde iba, y con qué fin. “Para matar a Muhammad^{sa}”, contestó ‘Umar^{ra}. “¿Pero si lo haces, estarás a salvo de su tribu?, ¿sabes realmente cómo están las cosas? ¿sabes que tu hermana y su marido se han unido al Islam?” A ‘Umar^{ra} le perturbó esta información tan inesperada. Decidió acabar primero con su hermana y su marido. Al llegar a su casa, oyó una recitación. Era la voz de Jabbab^{ra}, que les enseñaba el Santo Corán. ‘Umar^{ra} entró en la casa, y Jabbab^{ra}, asustado por los pasos que había oído, se escondió. Fátima^{ra}, la hermana de ‘Umar^{ra}, ocultó las hojas del Corán. Dirigiéndose a ella y su marido, ‘Umar^{ra} dijo: “Se dice que habéis renunciado a vuestra fe”, y con estas palabras levantó la mano para golpear a su cuñado, que por cierto, era también su primo. Fátima se interpuso entre ‘Umar^{ra} y su marido, de modo que la mano de ‘Umar^{ra} cayó sobre el rostro de Fátima^{ra}, cuya nariz empezó a sangrar profusamente. El golpe recibido le dio a Fátima^{ra} valor. Respondió: “Sí. Ahora somos musulmanes, y así permaneceremos. Puedes hacer lo que te plazca”. ‘Umar^{ra}, aunque violento, era un hombre honrado. Ver el rostro de su hermana teñido de sangre por su propia mano, llenó a ‘Umar^{ra} de remordimientos. Pronto se operó

en él una transformación. Pidió ver las hojas del Corán que habían estado leyendo. Fátima se opuso a ello, temiendo que las destruyera, pero ‘Umar^{ra} prometió no hacerlo. Fátima le dijo que no estaba limpio, y ‘Umar^{ra} prometió bañarse. Limpio y calmado, tomó las hojas del Corán, que contenían parte del Capítulo *Ta Ha*, donde encontró los siguientes versículos:

“En verdad, soy Al’lah; no hay otro Dios que Yo. Adorarme a Mí, pues, y observad la oración en Mi conmemoración. Ciertamente, está llegando la Hora, y Yo he de manifestarla para que cada alma reciba la recompensa de sus esfuerzos” (20:15, 16).

Esta afirmación firme de la existencia de Dios y la promesa de que el Islam pronto establecería la verdadera adoración en lugar de la adoración habitual de los mequies -estas y otras muchas ideas asociadas- conmovieron a ‘Umar^{ra}. No pudo contenerse por más tiempo. La fe brotó como un manantial en su corazón, y dijo: “¡Qué maravilla! ¡Qué inspiración!” Jabbeeb salió de su escondite, y declaró: “Dios es mi testigo: ayer mismo oí rezar al Profeta^{sa} por la conversión de ‘Umar^{ra} (o Amr ibn *Hisham*). Tu cambio es resultado de aquella oración.” ‘Umar^{ra} estaba decidido. Preguntó dónde estaba el Profeta^{sa} y se dirigió directamente hacia él en *Dar Arqam*, con la espada todavía en la mano. Al llamar

a la puerta, los Compañeros del Profeta^{SA} observaron a ‘Umar^{ra} a través de las rendijas y temieron que viniera con malas intenciones. Pero el Profeta^{SA} dijo: “¡Que entre!” ‘Umar^{ra} entró, con la espada en la mano. “¿Qué te trae por aquí?” preguntó el Profeta^{SA}. ‘Umar^{ra} respondió: “¡Profeta^{SA} de Dios! Vengo a hacerme musulmán”. “*Al’lahu Akbar*”, gritó el Profeta^{SA}. “*Al’lahu Akbar*”, gritaron sus Compañeros. Las colinas alrededor de La Meca se hicieron eco de las exclamaciones. La noticia de su conversión se extendió rápidamente y a partir de aquel momento, ‘Umar^{ra} –el temido perseguidor del Islam- empezó a ser perseguido junto con los demás musulmanes. Pero ‘Umar^{ra} había cambiado. Ahora gozaba del sufrimiento, como antes gozaba infligiéndolo. Fue perseguido por las calles de La Meca.

LA PERSECUCIÓN SE INTENSIFICA

La persecución se hacía cada vez más intensa e insoportable. Muchos musulmanes ya habían abandonado La Meca. Los que quedaron tuvieron que sufrir más que nunca. Pero no se desviaron ni un ápice del camino que eligieron. Sus corazones se hallaban más fortalecidos que nunca y su fe era aún más firme. Su devoción al Único Dios iba en aumento, así como su odio a los ídolos

nacionales de La Meca. El conflicto se agravaba cada vez más. Los mequies convocaron otra reunión y decidieron imponer el ostracismo total a los musulmanes. Los mequies no mantendrían ningún trato normal con ellos. No les comprarían ni les venderían nada. El Profeta^{sa}, junto con su familia y varios parientes que sin ser musulmanes aún le apoyaban, se vieron obligados a refugiarse en una vivienda muy aislada, propiedad de Abu Talib. Sin dinero ni recursos, la familia del Profeta^{sa} sufrió bajo estas sanciones unas tribulaciones indescriptibles. Durante tres años no existió ningún alivio en estas medidas. Al final, cinco hombres honrados de entre los mequies se rebelaron contra estas condiciones. Se dirigieron a la familia, ofrecieron abandonar el boicot generalizado y les permitieron salir. Abu Talib salió y reprochó a su pueblo. La rebelión de los cinco fue noticia en toda la ciudad y la racionalidad volvió a prevalecer. Los mequies decidieron terminar con el feroz boicot. El boicot terminó, pero no sus consecuencias. Unos días después, murió Jadiyya, la fiel esposa del Profeta^{sa}, y un mes más tarde, murió su tío Abu Talib.

El Santo Profeta^{sa} había perdido la amistad y el apoyo de Jadiyya^{ra}, y los musulmanes, en conjunto, habían perdido la ayuda de Abu

Talib. Estas dos muertes dieron lugar a que la compasión pública se perdiera. Abu Lahab, otro tío del Profeta^{sa}, estaba dispuesto a apoyar al Profeta^{sa}. El dolor por el fallecimiento de su hermano y el respeto por su última voluntad estaban todavía vivos en su recuerdo. Pero los mequíes pronto lograron disuadirle, recurriendo a sus métodos habituales. El Profeta^{sa}, dijeron, enseñaba que no creer en la Unidad de Dios suponía un delito que sería castigado en la otra vida; su enseñanza por lo tanto contradecía todo cuanto habían aprendido de sus antecesores. Abu Lahab decidió, pues, intensificar su oposición al Profeta^{sa}. Las relaciones entre musulmanes y mequíes se habían vuelto difíciles, el ostracismo y los bloqueos impuestos durante tres años habían profundizado el abismo que les separaba. Parecía imposible reunirse y predicar. Pero al Profeta^{sa} no le preocupaban los malos tratos ni la persecución, pues pensaba que tenían una importancia relativa mientras pudiera reunirse con la gente y hablar en libertad. Sin embargo, ahora parecía que ya no tendría esta oportunidad en La Meca pues, además de la hostilidad generalizada, el Profeta^{sa} no podía salir a la calle, ni aparecer en ningún lugar público. Cuando lo intentaba, le arrojaban basura y le hacían regresar a casa. En una ocasión volvió a su hogar con la

cabeza cubierta de basura, y su hija, mientras le limpiaba la cabeza, lloraba. El Profeta^{sa} le dijo que no llorara, porque Dios estaba con él. Los malos tratos no perturbaban en absoluto al Profeta^{sa}, pues eran evidencia de un cierto interés en su Mensaje. Un día, por ejemplo, los mequíes decidieron no dirigirle la palabra, ni maltratarle. El Profeta^{sa} regresó a casa decepcionado, hasta que la voz consoladora de Dios hizo que volviera de nuevo a su pueblo.

EL VIAJE DEL PROFETA A TA'IF

Parecía pues que ya nadie en La Meca quería escucharle, y esto producía una gran tristeza al Profeta^{sa}. Se sentía estancado. Decidió, pues, dirigirse a otro lugar para predicar su Mensaje, y eligió Ta'if, un pueblo situado a unos cien kilómetros al sureste de La Meca, conocido por su fruta y agricultura. Su decisión coincidía con la tradición de todos los Profetas. Moisés se había dirigido al Faraón, a Israel y a Madián. Jesús, igualmente, se dirigió a Galilea, a Jerusalén y a los pueblos de la otra orilla del Jordán. Y el Santo Profeta^{sa} del Islam, viendo que los mequíes no querían escucharle sino maltratarle, se dirigió a Ta'if. En cuanto a sus creencias y prácticas politeístas, Ta'if no se diferenciaba mucho de La Meca. Los ídolos que se encontraban en la

Ka'ba no eran los únicos ídolos de Arabia, ni siquiera eran los más importantes. Un ídolo importante, *Al'lat*, se encontraba en Ta'if. Por esta razón Ta'if también era un centro de peregrinaje. Los habitantes de Ta'if tenían relaciones sanguíneas con los de La Meca, y muchos terrenos cultivados entre Ta'if y La Meca pertenecían a los mequías. Al llegar a Ta'if, el Profeta^{sa} recibió la visita de sus jefes, pero ninguno pareció dispuesto a aceptar su Mensaje. El pueblo llano siguió a sus jefes, y rechazaron la enseñanza con desprecio. No se trataba de algo nuevo. Los que están inmersos en los asuntos terrenales siempre consideran este tipo de mensajes como una interferencia ofensiva. Ya que el Mensaje carece de apoyo visible –soldados o armamento– también sienten que pueden mostrarse desdeñosos. El Profeta^{sa} no fue una excepción. Ya habían llegado a Ta'if diversos comentarios sobre él, y ahora se encontraba aquí, sin armas ni séquito, un hombre solo, con un único compañero, Zaid. Los ciudadanos le consideraban un incordio al que debían poner fin, aunque sólo fuera por complacer a sus jefes. Por tanto, enviaron contra él a un grupo de gamberros, que le apedrearon y expulsaron del pueblo. Zaid resultó herido y el Profeta^{sa} comenzó a sangrar profusamente. Pero la persecución continuó hasta que estos dos indefensos

se alejaron a varios kilómetros de Ta'if. El Profeta^{sa} se sentía profundamente apenado y triste, cuando un ángel descendió sobre él y le preguntó si le gustaría que sus perseguidores fueran destruidos. “No”, contestó el Profeta^{sa}, “Espero sólo que de estos atormentadores nazcan personas que adoren al Único Dios (*Bujari, Kitab Bad' al-Jalq*).

Cansado y afligido, se detuvo en una viña, propiedad de dos mequíes que por casualidad se encontraban allí. Habían formado parte de sus perseguidores en La Meca, pero en esta ocasión mostraron compasión. Quizás porque se trataba de un mequí el que había sido maltratado por los habitantes de Ta'if, o quizás porque, de pronto, hubiera resplandecido en sus corazones una chispa de compasión humana. Le enviaron una bandeja de uvas, llevada por 'Addas^{ra}, un esclavo cristiano originario de Nínive. 'Addas^{ra} ofreció la bandeja al Profeta^{sa} y a su Compañero. Les miraba con pena, pero su curiosidad aumentó cuando oyó al Profeta^{sa} decir: “En el nombre de Al'lah, el Clemente, el Misericordioso”. Sus orígenes cristianos se conmovieron, y sintió que estaba ante la presencia de un Profeta^{sa} hebreo. El Profeta^{sa} le preguntó de dónde era, y cuando 'Addas^{ra} contestó que era de Nínive, el Profeta^{sa} dijo: “Jonás, hijo de Amittai de

Nínive, era un hombre santo, un Profeta^{sa} como yo.” El Profeta^{sa} también le habló de su propio Mensaje y ‘Addas^{ra} creyó de inmediato. Abrazó al Profeta^{sa}, con los ojos llenos de lágrimas y le besó la cabeza, las manos y los pies. Después de este encuentro, el Profeta^{sa} se dirigió de nuevo a Al’lah, diciendo:

“Oh Al’lah, te someto mi lamento. Soy débil y carezco de medios. Mi pueblo me desprecia. Tú eres el Señor de los pobres y débiles, y Tú eres mi Señor. ¿Con quién quieres abandonarme, con los forasteros que me maltratan, o con los enemigos que me oprimen en mi propio pueblo? Si Tú no estás enojado conmigo, no me importa el enemigo. Que Tu misericordia esté conmigo. Busco refugio en la luz de Tu rostro. Tú eres quien puede disipar las tinieblas del mundo y conceder la paz a todos, ahora y en el futuro. Que no descienda Tu ira ni tu enojo sobre mí. Nunca muestras Tu ira sin después mostrar Tu misericordia. Y no hay poder ni refugio salvo en Ti” (*Hisham y Tabari*).

Después de esta oración, inició su regreso a La Meca. En el camino se detuvo en Najla, donde permaneció algunos días. Según la tradición mequí, ya no era ciudadano de La Meca. Había abandonado la ciudad porque la creía hostil, y ya no podía volver salvo con el permiso de los mequíes. En consecuencia, solicitó a Mut’im bin ‘Adi -jefe mequí- que

le concediera permiso para volver. Mut'im, aunque era un enemigo tan feroz como los demás, era noble de corazón. Reunió a sus hijos y familiares, que se armaron y se dirigieron a la Ka'ba. De pie en el patio, anunció su intención de permitir el regreso del Profeta^{sa}. El Profeta^{sa} volvió, e hizo un circuito alrededor de la Ka'ba. Mut'im, sus hijos y sus familiares escoltaron al Profeta^{sa} hasta su casa, con las espadas desenvainadas. Sin embargo, lo que se había ofrecido al Profeta^{sa} no era una protección en el sentido formal de los árabes, pues el Profeta^{sa} siguió sufriendo y Mut'im no lo protegió. El acto de Mut'im no constituía más que una declaración formal de permiso para el regreso del Profeta^{sa}.

El viaje del Profeta^{sa} a Ta'if ha suscitado alabanzas incluso por parte de los enemigos del Islam. Sir William Muir se refiere a este viaje en su biografía del Profeta^{sa} con las siguientes palabras:

Hay algo grande y heroico en este viaje de Muhammad^{sa} a Ta'if; un hombre solitario, odiado y rechazado por su propio pueblo, sale con valentía en nombre de Dios, como Jonás a Nínive, para llamar a una ciudad idólatra a arrepentirse y apoyar su misión. Este viaje revela la profundidad de su fe en el origen divino de su vocación (*La vida de*

Muhammad^{sa}, Sir. W. Muir, edición de 1923, pp. 112-113).

La Meca volvió a mostrar su antigua hostilidad. El pueblo natal del Profeta^{sa} se convirtió de nuevo para él en un infierno. Pero siguió predicando su Mensaje al pueblo. La fórmula “Dios es Uno” empezó a oírse con mayor frecuencia por la ciudad. Con amor y respeto, y con gran compasión, el Profeta^{sa} prosiguió exponiendo su Mensaje. Los habitantes le daban la espalda, pero el Profeta^{sa} continuaba hablándoles. Hacía su proclamación, tanto si la gente mostraba interés como si no, y su insistencia parecía dar fruto. Los pocos musulmanes que habían vuelto de Abisinia para quedarse en La Meca, predicaban en secreto a sus amigos y familiares. Algunos decidieron declarar abiertamente su fe y compartir el sufrimiento de otros musulmanes. Pero muchos, a pesar de creer sinceramente, no se atrevían a declarar en público su conversión; esperaron al advenimiento del Reino de Dios en la tierra.

Mientras tanto, las revelaciones recibidas por el Profeta^{sa} parecían indicar la posibilidad próxima de una emigración de La Meca, y también le daban una idea del lugar hacia donde había de emigrar. Se trataba de un pueblo de pozos y palmeras. Pensó primero en

Yamama. Pero pronto descartó esa posibilidad. Prefirió esperar, con la certeza de que, fuera cual fuese el lugar de destino, se convertiría en la cuna del Islam.

EL ISLAM SE EXTIENDE A MEDINA

Se acercaba el *Hall* anual y de todos los rincones de Arabia llegaban peregrinos a La Meca. El Profeta^{sa} iba de grupo en grupo, exponiendo la idea de un Dios Único, y diciéndoles que abandonaran sus excesos y se prepararan para el Reinado de Dios. Algunos le escuchaban con interés. Otros querían escuchar, pero se lo impedían los mequías. Algunos, que tenían claras sus opiniones, se detenían para ridiculizar al Profeta^{sa}. En el valle de Mina, el Profeta^{sa} vio a un grupo de unos seis o siete hombres. Supo que pertenecían a la tribu de los *Jazrall*, aliados de los judíos. Les preguntó si estaban dispuestos a escucharle. Habían oído hablar de él y tenían interés, por lo que asintieron. El Profeta^{sa} les explicó que el Reino de Dios estaba cerca, que los ídolos iban a desaparecer, que la idea de un Dios Único iba a triunfar, y que la piedad y la pureza volverían a reinar. ¿No aceptarían en Medina el Mensaje? Los hombres se mostraron impresionados. Aceptaron el Mensaje y prometieron que a su regreso a Medina lo

comentarían con los demás, y le informarían al año siguiente si Medina estaba dispuesta a recibir refugiados musulmanes de La Meca. Regresaron y hablaron sobre este tema con sus amigos y familiares.

En aquella época había en Medina dos tribus árabes y tres judías. Las tribus árabes eran los *Aus* y los *Jazrall*, y las tribus judías eran los *Banu Quraiza*, los *Banu Nadir* y los *Banu Qainuqa*. Los *Aus* y los *Jazrall* estaban en guerra. Los *Quraiza* y los *Nadir* estaban aliados con los *Aus*, y los *Qainuqa* con los *Jazrall*. Cansados de esta guerra incesante, deseaban hacer la paz. Por fin se pusieron de acuerdo en reconocer al jefe de los *Jazrall*. Abdul'lah bin Ubayy bin Salul, como rey de Medina. Los *Aus* y los *Jazrall* habían oído a los judíos hablar de las profecías bíblicas, y habían escuchado los relatos judíos de la gloria perdida de Israel, y del advenimiento de un Profeta^{sa} “semejante a Moisés”. Este advenimiento estaba cerca, decían los judíos. Habría de señalar la restauración del poder de Israel y la destrucción de sus enemigos. Cuando los habitantes de Medina oyeron hablar del Profeta^{sa}, se mostraron impresionados, y empezaron a preguntarse si este Profeta^{sa} mequí no era el Profeta^{sa} que

mencionaban los judíos. Muchos jóvenes creyeron inmediatamente.

Con ocasión del siguiente *Hall*, doce hombres de Medina acudieron a La Meca para unirse al Profeta^{sa}. Diez de ellos pertenecían a los Jazrall, y dos a los Aus. Se reunieron con el Profeta^{sa} en el valle de Mina, y con las manos unidas a la mano del Profeta^{sa}, declararon su fe en la Unicidad de Dios y su intención de abstenerse de todos los vicios comunes, del infanticidio, y de inventar falsas acusaciones mutuas. Resolvieron obedecer al Profeta^{sa} en todas las cosas buenas. Cuando regresaron a Medina, empezaron a hablar a los demás de su Nueva Fe. Su devoción iba en aumento. Sacaron a los ídolos de los altares y los arrojaron a la calle. Los que antes se postraban ante los ídolos ahora caminaban con la cabeza alta. Decidieron postrarse sólo ante el Único Dios. Los judíos quedaron asombrados. Siglos de amistad, exposición y debate no habían podido producir el cambio que este Maestro mequí había producido en unos días. Los habitantes de Medina se dirigían a los pocos musulmanes de entre ellos para hacerles preguntas sobre el Islam. Pero el número reducido de musulmanes no podía hacer frente a tantas preguntas, ni sabían lo suficiente para hacerlo. Por lo tanto, decidieron

pedir al Profeta^{sa} que enviara a alguien para enseñarles el Islam. El Profeta^{sa} envió a Musab, uno de los musulmanes que habían estado en Abisinia. Musab fue el primer misionero del Islam que salió de La Meca. Durante esa época, el Profeta^{sa} recibió una gran promesa de Dios. Tuvo una visión en la que se veía en Jerusalén, con los Profetas reunidos detrás de él, para celebrar el culto en congregación. Jerusalén significaba Medina, que se iba a convertir en el centro del culto del Único Dios. Los otros Profetas que se congregaban detrás del Profeta^{sa} del Islam indicaban que personas seguidoras de distintos profetas se unirían al Islam, y que el Islam se convertiría de esta forma en una religión universal.

Las condiciones en La Meca se habían vuelto críticas, y la persecución había adoptado la peor forma posible. Los mequías se rieron de esta visión, y la calificaron de deseo irrealizable. Desconocían que los cimientos de la Nueva Jerusalén ya estaban echados, y que las naciones del Oriente y Occidente estaban a la expectativa de oír el Último Gran Mensaje de Dios. En aquellos días, el Emperador bizantino y el Cosroes de Persia entraron en guerra. Cosroes, el soberano persa, salió victorioso. Siria y Palestina fueron invadidas por ejércitos persas. Jerusalén fue destruida, y

fueron conquistados Egipto y Asia Menor. Los generales persas pudieron acampar a menos de veinte kilómetros de Constantinopla, en la desembocadura del Bósforo. Los mequíes se regocijaron de las victorias persas, y declararon que el juicio de Dios había llegado: los idólatras de Persia habían derrotado al Pueblo del Libro. Al mismo tiempo, el Santo Profeta^{sa} recibió la siguiente revelación:

“Los romanos han sido vencidos en el país vecino, y después de su derrota, serán victoriosos en pocos años –de Al’lah es el decreto antes y después de eso –y en ese día los creyentes se regocijarán, con la ayuda de Al’lah. Él ayuda a quien Le place; pues Él es el Poderoso, el Misericordioso. Al’lah ha hecho esta promesa, Al’lah no rompe Su promesa, pero la mayoría de los hombres no lo saben.” (30:3-7)

Unos años después se cumplió la profecía. Los bizantinos derrotaron a los persas y recuperaron los territorios que habían perdido. La parte de la profecía que decía: “y en ese día los creyentes se regocijarán, con la ayuda de Al’lah”, también se cumplió. El Islam empezó a extenderse. Los mequíes creían haber acabado con él Islam persuadiendo a la gente para que no escucharan a los musulmanes, y para que les trataran con hostilidad. En ese momento, el Profeta^{sa} recibió revelaciones en las que se mencionaban victorias musulmanas

y la destrucción de los mequías. El Profeta^{sa} anunció los siguientes versículos:

“Dicen: ¿Por qué no nos trae un Signo de su Señor? ¿Acaso no les ha llegado la prueba clara en lo que se contenía en las antiguas Escrituras?” Mas si los hubiéramos destruido con un castigo antes de ello, habrían dicho ciertamente: “Señor nuestro, ¿por qué no nos enviaste un Mensajero para que siguiéramos Tus mandamientos antes de ser humillados y afligidos? Diles: “Cada uno está a la espera, esperad, pues y sabréis quiénes son las gentes del camino recto y que siguen la guía verdadera”. (20:134-136)

Los mequías se quejaban de la falta de Señales. Se les dijo que las profecías acerca del Islam y del Profeta^{sa}, recogidas en libros anteriores, debían ser suficientes. De haber sido destruidos antes de que les fuera explicado el Mensaje del Islam, se habrían quejado de no haber tenido la oportunidad de considerar estas Señales. Los mequías, por lo tanto, debían esperar.

Día tras día el Profeta^{sa} recibía nuevas revelaciones que prometían la victoria de los creyentes y la derrota de los incrédulos. Los mequías, conscientes de su propio poder y prosperidad frente a la pobreza y debilidad de los musulmanes, cuando oían estas promesas de ayuda divina y victorias musulmanas, se asombraban cada vez más. Esperaban que

la persecución obligara a los musulmanes a renunciar a su fe, y a retornar con los mequías, y que el Profeta^{sa} y sus Compañeros se vieran asaltados por las dudas respecto a sus declaraciones. Pero lejos de todo eso, los mequías tuvieron que escuchar afirmaciones llenas de confianza como la siguiente:

“Mas ¡no!, Juro por todo lo que veis, y por lo que no veis, que es en verdad la palabra traída por un noble Mensajero; y no la palabra de un poeta; ¡Cuán poco creéis! Tampoco es la palabra de un adivino; ¡qué poco caso hacéis! Es una revelación del Señor de los mundos. Y si nos hubiese atribuido falsamente siquiera una afirmación insignificante, ciertamente lo habríamos atrapado por la derecha, y al punto, ciertamente, le habríamos cortado la vena yugular, y ninguno de vosotros hubiera podido protegerle de Nosotros. En verdad, es un recordatorio para el justo. Pues ciertamente sabemos que hay algunos de entre vosotros que rechazan Nuestros Signos. En verdad, será una fuente de frustración para los incrédulos. Y con toda seguridad es la verdad absoluta. Glorifica, pues, el nombre de tu Señor, el Grande.” (69: 39-53)

Así se avisaba a los mequías de que todas sus esperanzas se verían frustradas. El Profeta^{sa} no era poeta, ni adivino ni impostor, y el Corán era una lectura para los piadosos. Ciertamente que muchos lo rechazaban, pero tenía

sus admiradores en secreto, que envidiaban su enseñanza y sus verdades. Se cumplirían todas las promesas y profecías contenidas en el Libro. Además, se exigía al Profeta^{sa} que ignorara a la oposición y siguiera alabando a Dios Todopoderoso.

Llegó el tercer *Hall*. Entre los peregrinos de Medina había un grupo numeroso de musulmanes. Debido a la oposición mequí, estos musulmanes de Medina querían entrevistarse en privado con el Profeta^{sa}. Los pensamientos del Profeta^{sa} se centraban cada vez más en Medina, como lugar adecuado para la emigración. Mencionó la idea a sus familiares más próximos, pero ellos intentaron disuadirle de tal idea, alegando que a pesar de la oposición en La Meca, gozaban allí del apoyo de parientes poderosos. Las perspectivas en Medina no eran muy seguras, y si Medina resultaba tan hostil como La Meca, la familia mequí del Profeta^{sa} sería incapaz de ayudar. El Profeta^{sa}, sin embargo, estaba convencido de que la emigración había sido decretada. Rechazó, pues, los consejos de su familia y decidió emigrar a Medina.

EL PRIMER JURAMENTO DE ‘AQABA

Después de medianoche, el Profeta^{sa}, en compañía de su tío ‘Abbas^{ra}, volvió a reunirse

con los musulmanes de Medina en el valle de 'Aqaba. De los setenta y tres musulmanes medinitas, sesenta y dos pertenecían a los Jazrall y once a los Aus. El grupo incluía a dos mujeres, una de ellas era Umm 'Ammara^{ra}, de los Banu Nayyar. Su tribu, llena de fe y resolución, había aprendido los preceptos del Islam de Mus'ab^{ra} y demostró ser un pilar del Islam. Umm 'Ammara^{ra} es un ejemplo; inculcó en sus hijos la lealtad absoluta al Islam. Uno de sus hijos, Habib^{ra}, fue capturado por Musailima, *el Pretendiente*, en un encuentro que tuvo lugar después de la muerte del Profeta^{sa}. Musailima intentó quebrantar la fe de Habib^{ra}: “¿Crees que Muhammad^{sa} es Mensajero de Dios?”, preguntó. “Sí”, fue la respuesta. “¿Crees que yo soy Mensajero de Dios?”, preguntó Musailima. “No”, respondió Habib^{ra}. Musailima ordenó que le cortaran un miembro. Luego volvió a preguntar: “¿Crees que Muhammad^{sa} es Mensajero de Dios?” “Sí”, contestó Habib^{ra}. “¿Crees que yo soy Mensajero de Dios?” “No”. Musailima ordenó que le seccionaran otro miembro. De este modo, le fueron amputando un miembro tras otro, y el cuerpo de Habib^{ra} acabó despedazado. Tuvo una muerte cruel, pero dejó un ejemplo inolvidable de heroísmo y sacrificio personal por la causa de su convicción religiosa

(*Halbiyya*, Vol. 2, Pág. 17). Umm Ammara^{ra} acompañó al Profeta^{sa} en varias guerras.

En resumen, este grupo de musulmanes de Medina se distinguió por su lealtad y su fe. No vinieron a La Meca en busca de riqueza, sino de fe; y la encontraron en abundancia.

Empujado por los lazos de parentesco y sintiéndose legalmente responsable de la seguridad del Profeta^{sa}, ‘Abbas^{ra} se dirigió al grupo con las siguientes palabras:

“¡Jazrall! Éste, mi pariente, goza aquí del respeto de su pueblo. No todos son musulmanes, pero le protegen. Ahora, sin embargo, ha elegido dejarnos para ir con vosotros. ¡Jazrall! ¿Sabéis lo que ocurrirá? Toda Arabia se volverá en contra vuestra. Si sois conscientes de los riesgos que implica vuestra invitación, llevadle; de lo contrario, renunciad a vuestra intención, y dejad que se quede aquí.”

El jefe del grupo, Al-Bara^{ra}, contestó con firmeza:

Te hemos escuchado. Nuestra decisión es irrevocable. Nuestras vidas están a disposición del Profeta^{sa} de Dios. Estamos decididos y esperamos sólo su decisión (*Halbiyya*, Vol. 2, *pág.* 18).

El Profeta^{sa} les hizo una exposición profunda de las enseñanzas del Islam, y dijo que les acompañaría a Medina si estaban dispuestos a amar al Islam con el mismo fervor que a

sus mujeres e hijos. No había terminado aún de hablar cuando el grupo de setenta y tres devotos gritó al unísono: “¡Sí!” “¡Sí!”. En su fervor, olvidaban que se les podría oír desde lejos, por lo que ‘Abbas^{ra} les pidió que hablaran en voz baja, pero se dejaron llevar por su devoción. Desde ese momento, la muerte no les importaba en absoluto. Tras oír la advertencia de ‘Abbas^{ra}, un miembro del grupo alzó la voz y dijo: “No tenemos miedo, Profeta^{sa} de Dios. Concédenos permiso y haremos frente ahora mismo a los mequíes, y vengaremos todo el mal que te han hecho.” Pero el Profeta^{sa} contestó que todavía no había recibido la orden de luchar. La reunión terminó con el juramento de lealtad del grupo.

Cuando los mequíes supieron de la reunión, se dirigieron al campamento de los medinitas para quejarse ante sus jefes. ‘Abdul’lah bin Ubayy ibn Salul, el Jefe supremo, no tenía conocimiento de lo ocurrido, y aseguró a los mequíes que se trataba de un rumor falso. Los medinitas le habían aceptado como jefe y no podían actuar sin su conocimiento y permiso. Desconocía que los medinitas habían rechazado la ley de Satanás para adoptar la Ley de Dios.

LA HÉGIRA

El grupo regresó a Medina, y el Profeta^{sa} y sus seguidores comenzaron los preparativos para la emigración. Familia tras familia comenzó a desaparecer. Los musulmanes, seguros de que el Reino de Dios estaba cerca, se sentían llenos de valor. A veces quedaba vacía una calle entera en una sola noche. Por la mañana, los mequíes, al ver las puertas cerradas con llave, se daban cuenta de que los residentes habían emigrado a Medina. La influencia creciente del Islam les asombraba.

Al final, no quedó ni un solo musulmán en La Meca, salvo algunos esclavos conversos, el propio Profeta^{sa}, Abu Bakr^{ra} y Alí^{ra}. Los mequíes se dieron cuenta de que su presa estaba a punto de escapar. En consecuencia, los jefes se reunieron de nuevo y tomaron la decisión de asesinar al Profeta^{sa}. Al parecer, por un designio divino especial, la fecha que eligieron para el asesinato del Profeta^{sa} fue la misma que él había elegido para su huida. Cuando los asesinos se disponían a reunirse delante de su puerta con intención de matarle, el Profeta^{sa} salía de su casa en el silencio de la noche. Los mequíes debían haber considerado que el Profeta^{sa} pudiera anticiparse a su perverso proyecto. Avanzaron con cautela, y cuando pasó por delante de ellos, le tomaron por otro

y se retiraron para evitar ser identificados. El amigo más íntimo del Profeta^{sa}, Abu Bakr^{ra}, se enteró del plan del Profeta^{sa} el día anterior. Se reunió con él, y ambos salieron de La Meca. Se refugiaron en una cueva llamada Zour, a unos siete kilómetros de La Meca, al otro lado de una colina.

Cuando los mequíes descubrieron que el Profeta^{sa} había huido, reunieron un grupo para perseguirle. Con ayuda de un rastreador, llegaron hasta Zour. Delante de la boca de la cueva en la que el Profeta^{sa} y Abu Bakr^{ra} se hallaban escondidos. El rastreador aseguró que, o bien Muhammad^{sa} estaba en la cueva, o bien había ascendido al cielo. Al oír sus palabras, el corazón de Abu Bakr^{ra} se sobrecogió. “El enemigo está a punto de capturarnos”, dijo en voz baja. “No temas, Dios está con nosotros”, contestó el Profeta^{sa}. Abu Bakr^{ra} respondió: “No temo por mí, sino por ti. Pues si yo muero, no soy más que un simple mortal; pero si tu mueres, morirán también la fe y el espíritu” (*Zurqani*). “Aún así, no temas”, le dijo el Profeta^{sa}. “No somos dos en esta cueva. Hay un tercero: Dios” (*Bujari*).

La tiranía mequí estaba destinada a su fin y el Islam tendría la oportunidad de prosperar. Los perseguidores se dejaron engañar. Ridiculizaron al rastreador, diciendo que

la cueva era demasiado abierta para servir de escondite, y que al albergar serpientes y víboras, carecía de seguridad. De haber observado con mayor atención, habrían divisado a ambos. Pero no lo hicieron y tras despedir al rastreador, regresaron a La Meca.

El Profeta^{sa} y Abu Bakr^{ra} esperaron durante dos días en la cueva. En la noche del tercer día, tal como se había planeado, dos veloces camellos fueron traídos a la cueva, uno para el Profeta^{sa} y otro para Abu Bakr^{ra} y su criado ‘Amir bin Fuhaira.

SURAQA PERSIGUE AL PROFETA

Antes de emprender el viaje, el Profeta^{sa} volvió su rostro hacia La Meca. Su corazón se llenó de emoción. La Meca era su pueblo natal. Había vivido allí su infancia y su madurez, y había recibido allí el llamamiento divino. Fue allí donde vivieron sus antecesores desde los tiempos de Ismael. Con estos pensamientos, echó una última y larga mirada y dijo: “¡Meca! Te amo más que ningún otro lugar del mundo, pero tus habitantes no me permiten vivir aquí.” Oyendo estas palabras, Abu Bakr^{ra} comentó: “La patria ha expulsado a su Profeta^{sa}. Ahora sólo aguarda su destrucción.” Tras el fracaso sufrido en el intento de perseguir a los dos fugitivos, los mequies

ofrecieron una recompensa por su captura: el que consiguiera capturar al Profeta^{sa} y a Abu Bakr^{ra}, vivos o muertos, y los devolviera a los mequíes, recibiría una recompensa de cien camellos. El anuncio se publicó entre las tribus de alrededor de La Meca. Tentado por la recompensa, Suraqa bin Malik, un jefe beduino, se lanzó en busca de los fugitivos y finalmente los divisó en el camino a Medina. Vio a dos hombres montados sobre camellos, y convencido de que se trataba del Profeta^{sa} y Abu Bakr^{ra}, espoleó a su caballo para alcanzarles. El caballo se empinó y cayó al poco de avanzar, cayendo también Suraqa. La narración de Suraqa acerca del incidente es muy interesante:

“Después de caerme del caballo, consulté mi suerte, de la manera supersticiosa común entre los árabes, arrojando flechas. Las flechas señalaron mala suerte. Pero la tentación de la recompensa era grande. Volví a montar en el caballo y continué mi persecución hasta que casi les dí alcance. El Profeta^{sa} cabalgaba con dignidad, y no miraba hacia atrás. Abu Bakr^{ra}, sin embargo, miraba constantemente (evidentemente temiendo por la seguridad del Profeta^{sa}). Al acercarme a ellos, el caballo se empinó de nuevo, volviéndome a caer. Volví a consultar mi suerte con las flechas, y de nuevo señalaron mala suerte. Los cascos de mi caballo se hundían en la

arena. Parecía difícil volver a montar y reanudar la persecución. Entonces comprendí que los dos hombres se hallaban bajo protección divina. Les llamé, diciendo que se detuvieran. Les hablé de mi mala intención y de mi cambio de parecer. Les aseguré que no les perseguiría más, y que volvería a La Meca. El Profeta^{sa} me dejó ir, pero hizo prometer que no les traicionaría. Quedé convencido de que era, en verdad, un Profeta^{sa}, y de que estaba destinado a triunfar. Pedí al Profeta^{sa} que me diera por escrito una garantía de paz que me sirviera cuando él triunfara. El Profeta^{sa} pidió a ‘Amr bin Fuhaira que me redactara dicha garantía, y éste lo hizo. Cuando me estaba preparando para el regreso, el Profeta^{sa} recibió una revelación sobre el futuro, y dijo: “Suraqa ¿cómo te sentirás con las pulseras de oro del Cosroes en tus brazos?” Asombrado, pregunté: “¿De qué Cosroes? ¿De Cosroes bin Hormizd, Emperador de Persia?” El Profeta^{sa} dijo: “Sí”.(Usud al-Ghaba)

Dieciséis o diecisiete años después, la profecía se cumplió al pie de la letra. Suraqa aceptó el Islam, y fue a Medina. El Profeta^{sa} murió y tras su muerte, primero Abu Bakr^{ra} y después ‘Umar^{ra} se convirtieron en Jalifas del Islam. La creciente influencia del Islam provocó la envidia de los persas, hasta el punto de que lanzaron un ataque contra los musulmanes. Pero en vez de derrotar

a los musulmanes, fueron derrotados por ellos. La capital de Irán fue invadida por los musulmanes, que se apoderaron de sus tesoros, incluidas las pulseras de oro que llevaba el Cosroes en las funciones de Estado. Tras su conversión, Suraqa solía describir su persecución al Profeta^{sa} y a su grupo, y lo que ocurrió entre él y el Profeta^{sa}. Cuando se colocaron ante ‘Umar^{ra} los botines de la guerra contra Persia, éste vio las pulseras de oro y recordó lo que el Profeta^{sa} había dicho a Suraqa. Fue una gran profecía, anunciada en un momento de gran debilidad. ‘Umar^{ra} decidió cumplir visiblemente la profecía. Mandó traer a Suraqa y le ordenó que se pusiera las pulseras de oro. Suraqa protestó, diciendo que el Islam prohibía a los hombres llevar adornos de oro. ‘Umar^{ra} dijo que era cierto, pero que se trataba de una ocasión especial. El Profeta^{sa} había visto, en su visión, las pulseras del Cosroes en los brazos de Suraqa; por lo tanto, debía ponérselas en ese momento, fueran cual fuesen las consecuencias. Suraqa protestaba en obediencia a la enseñanza del Profeta^{sa}; pero, por otra parte, se encontraba tan ansioso como los demás por cumplir esta prueba visible del cumplimiento de una gran profecía. Se puso las pulseras de oro y los musulmanes vieron así cumplida la profecía (*Usud al-Ghaba*). El Profeta^{sa} fugitivo se había

convertido en rey. Él ya no vivía en este mundo, pero los que le sucedieron pudieron presenciar el cumplimiento de sus palabras y sus visiones.

EL PROFETA LLEGA A MEDINA

Volvamos al relato de la Hégira. Después de haber despedido a Suraqa, el Profeta^{sa} prosiguió su viaje a Medina sin ser molestado. Al llegar a Medina, el Profeta^{sa} encontró a mucha gente que le esperaba con impaciencia. Para ellos, no podría haber amanecido un día más prometedor. El sol que se había levantado en La Meca había venido a brillar en Medina.

Las noticias de la salida del Profeta^{sa} de La Meca ya habían llegado a Medina, y los habitantes esperaban su llegada. Salieron varios grupos a su encuentro a kilómetros de distancia de Medina. Salían por la mañana y regresaban decepcionados por la noche. Cuando el Profeta^{sa} llegó finalmente, decidió detenerse en Quba, un pueblo cercano. Un judío había visto dos camellos y había deducido que llevaban al Profeta^{sa} y sus Compañeros. Subió a un monte y gritó: “¡Hijos de Qaila! ¡Quien esperáis ya ha venido!” Todos los medinitas que oyeron esta exclamación corrieron hacia Quba, mientras que los habitantes de Quba,

colmados de alegría por la llegada del Profeta^{sa}, cantaban en su honor.

La gran sencillez del Profeta^{sa} queda reflejada en un incidente que tuvo lugar durante su estancia en Quba. La mayoría de los medinitas no habían visto antes al Profeta^{sa}. Cuando vieron a su grupo sentado debajo de un árbol, muchos tomaron a Abu Bakr^{ra} por el Profeta^{sa}. Abu Bakr^{ra}, a pesar de ser más joven, tenía la barba más canosa que la del Profeta^{sa} y estaba mejor vestido que él. Se dirigieron, por lo tanto, a él, sentándose delante suya tras mostrarle la reverencia debida. Cuando Abu Bakr^{ra} se dio cuenta que le estaban confundiendo con el Profeta^{sa}, se levantó, y cogiendo su capa, la colgó entre la luz del sol y el Profeta^{sa}, diciendo: “Profeta^{sa} de Dios, te está dando el sol, permíteme que te haga sombra” (*Bujari*). Con tacto y cortesía aclaró a los visitantes medinitas su error. El Profeta^{sa} permaneció diez días en Quba, al cabo de los cuales los medinitas le llevaron a su ciudad. Al entrar en la ciudad, vio que todos los habitantes, hombres, mujeres y niños, habían salido para recibirle. Entre las canciones que le ofrecían estaba ésta:

**La luna de la decimocuarta noche se ha levantado
desde detrás de al-Wida. Siempre que tengamos
entre nosotros a quien nos invite a ir hacia Dios,**

a Él debemos dar las gracias. A ti, quien nos has sido enviado por Dios, ofrecemos nuestra perfecta obediencia (*Halbiyya*).

El Profeta^{sa} no entró en Medina desde su lado oriental. Al calificarle como la “luna de la decimocuarta noche”, querían decir que vivían en la oscuridad antes de que viniera el Profeta^{sa} y derramara su luz sobre ellos. Era un lunes cuando el Profeta^{sa} entró en Medina. Era también un lunes cuando salió de la cueva de Zour y curiosamente, también fue lunes el día que conquistó La Meca alrededor de diez años después.

ABU AYYUB ANSARI ANFITRIÓN DEL PROFETA

Mientras el Profeta^{sa} estaba en Medina, todo el mundo aspiraba a tener el honor de ser su anfitrión. Al pasar con su camello por alguna de las calles, las familias hacían cola para recibirle, diciendo: “Aquí nos tienes, con nuestras casas, nuestros bienes y nuestra vida, para recibirte y ofrecerte nuestra protección. Ven a vivir con nosotros.”

Muchos mostraban un deseo aún mayor, adelantándose para sujetar las riendas del camello e insistiendo en que el Profeta^{sa} desmontara ante sus puertas y entrara

en sus casas. El Profeta^{sa} rechazaba estas invitaciones con cortesía, diciendo: “Dejad libre a mi camello. Está bajo las órdenes de Dios; se detendrá donde Dios quiera que se detenga.” Finalmente, el camello se detuvo en un terreno perteneciente a unos huérfanos de la tribu de Banu Nayyar. El Profeta^{sa} se bajó, diciendo: “Parece que Dios quiere que nos detengamos aquí.” Hizo algunas preguntas. El tutor de los huérfanos se presentó y ofreció el terreno para el uso del Profeta^{sa}. Éste respondió que no aceptaría tal oferta si no se le permitía pagar. Se acordó un precio y el Profeta^{sa} decidió construir en aquel terreno una mezquita y algunas casas. Resuelto este asunto, el Profeta^{sa} preguntó quién era el que vivía más cerca de dicho terreno. Abu Ayyub *Ansari* se presentó y dijo que la casa donde él vivía se hallaba más próxima al terreno que las demás, y que estaba a disposición del Profeta^{sa}. El Profeta^{sa} le pidió que le preparara una habitación en su casa. La casa de Abu Ayyub tenía dos plantas y ofreció al Profeta^{sa} la planta superior. Pero el Profeta^{sa} prefirió ocupar la planta inferior para la conveniencia de sus visitantes.

De nuevo quedó manifiesta la gran devoción de la gente de Medina por el Profeta^{sa}. Abu Ayyub accedió a que el Profeta^{sa} ocupara la

planta inferior, pero se negó a dormir en el piso bajo el cual vivía el Profeta^{sa}. Tanto él como su mujer lo consideraban una descortesía. En una ocasión, accidentalmente se rompió un cántaro de agua y el agua se derramó por el suelo. Abu Ayyub, temiendo que el agua goteara en la habitación ocupada por el Profeta^{sa}, la secó con su manta. Por la mañana, explicó al Profeta^{sa} lo ocurrido durante la noche y el Profeta^{sa} accedió a ocupar la planta superior. Abu Ayyub le preparaba la comida y se la llevaba. El Profeta^{sa} comía lo que deseaba, y Abu Ayyub el resto. Al cabo de unos días, otros también expresaron su deseo de ofrecer hospitalidad al Profeta^{sa}. Por tanto, mientras que el Profeta^{sa} no se instaló en su propia casa, se hospedó por turnos en distintas casas medinitas. Una viuda tenía un hijo único de unos ocho años, llamado Anas. Lo llevó al Profeta^{sa}, ofreciéndole para su servicio personal. Anas quedó inmortalizado en la historia del Islam. Llegó a ser un gran erudito y a poseer una gran riqueza. Vivió más de cien años, y en la época de los Jalifas gozaba de gran estima popular. Según dicen, Anas afirmaba que aunque entró al servicio del Profeta^{sa} siendo un niño y permaneció con él hasta su muerte, el Profeta^{sa} nunca le dirigió ninguna palabra brusca ni le hizo reproche alguno, ni le encargó jamás ninguna

tarea que no fuera capaz de realizar. Durante su estancia en Medina, el Profeta^{sa} no tenía consigo más que a Anas. El testimonio de Anas, por lo tanto, revela el carácter del Profeta^{sa} en una época en la que su poder y su prosperidad en Medina iba en aumento.

Más tarde, el Profeta^{sa} envió a su liberto Zaid a La Meca para recoger a su familia. Los mequíes se habían quedado perplejos ante la huida repentina y bien organizada del Profeta^{sa} y sus seguidores. Durante algún tiempo, por tanto, no hicieron nada para molestarle. Cuando salieron de La Meca las familias del Profeta^{sa} y de Abu Bakr^{ra}, los mequíes no les pusieron ningún obstáculo. Las dos familias llegaron a Medina sin dificultades. Mientras tanto, el Profeta^{sa} había establecido los cimientos de una mezquita en el terreno que con este propósito había comprado. Después, construyó viviendas para él y sus Compañeros. Tardó unos siete meses en construirlas.

LA VIDA EN MEDINA SE VUELVE INSEGURA

Durante los primeros días que siguieron a la llegada del Profeta^{sa} a Medina, las tribus paganas de aquella zona empezaron a interesarse por el Islam y la mayoría de sus miembros se unieron al movimiento. Pero

también se unieron muchos que no estaban convencidos en su interior. De esta manera se infiltraron en el movimiento un grupo de personas que no se sentían realmente musulmanes. Sus miembros desempeñarían un papel muy siniestro en la historia posterior del Islam. Algunos se hicieron musulmanes, pero otros permanecieron como hipócritas e intrigaron constantemente contra el Islam y los creyentes. Algunos de los que se negaron a unirse al movimiento no soportaban la creciente influencia de la Nueva Fe, y emigraron de Medina a La Meca. Medina se convirtió en una ciudad musulmana. Se estableció en ella el culto del Único Dios. No había en el mundo otra ciudad que pudiera hacer tal reivindicación. Fue inmensa la alegría que supuso para el Profeta^{SA} y sus amigos ver cómo en sólo unos días después de su emigración, una ciudad entera accedía a renunciar a sus ídolos para establecer el culto al Dios Único e Invisible. Sin embargo, aún no había llegado la paz para los musulmanes. En la misma Medina, había un grupo de árabes que se había unido al Islam en apariencia pero que eran en realidad enemigos feroces del Profeta^{SA}. Además, los judíos conspiraban constantemente en su contra. El Profeta^{SA} conocía estos peligros. Se mantuvo alerta e instó a sus amigos y seguidores a permanecer

en guardia. Él mismo permanecía despierto, a menudo, durante toda la noche (*Bari, Vol. 6, pág. 60*). Cansado de sus largas vigiliias nocturnas, expresó en una ocasión su deseo de recibir ayuda. Pronto oyó el ruido de una armadura. “¿Qué ocurre?” preguntó. “Oh Profeta^{sa}, soy Sa’d bin Waqqas. He venido a hacer de centinela para ti” (*Bujari y Muslim*). Los medinitas estaban sensibilizados respecto a su gran responsabilidad. Habían invitado al Profeta^{sa} a que viniera a vivir entre ellos, y ahora les correspondía el deber de protegerle. Las tribus deliberaron y decidieron guardar la casa del Profeta^{sa} por turnos.

En lo relativo a la inseguridad personal y la falta de tranquilidad para sus seguidores, había poca diferencia entre la vida del Profeta^{sa} en La Meca y su vida en Medina. La única diferencia era que en Medina los musulmanes podían adorar a Dios abiertamente en la mezquita que habían construido en Su nombre. Podían reunirse con este propósito cinco veces al día sin tener que enfrentarse con obstáculos de ningún tipo.

Transcurrieron dos o tres meses. Los mequíes se recuperaron de su asombro y empezaron a elaborar proyectos para dificultar la vida de los musulmanes. Pronto se dieron cuenta que hostigar a los musulmanes en

La Meca y sus alrededores no satisfacía sus propósitos. Era necesario atacar al Profeta^{sa} y a sus seguidores en Medina y expulsarles de su nuevo refugio. Por consiguiente, enviaron una carta a Abdul'lah bin Ubayy ibn Salul, el jefe medinita que antes de la llegada del Profeta^{sa} había sido aceptado por todos los grupos como rey. En la carta, dijeron que la llegada del Profeta^{sa} a Medina les había sorprendido, y que los medinitas habían cometido un error al ofrecerles refugio. Al final de la carta, decían:

Ahora que habéis admitido a nuestro enemigo en vuestra casa, juramos por Dios y declaramos que nosotros, los habitantes de La Meca, lanzaremos un ataque contra Medina, si vosotros, los medinitas no aceptáis expulsarle de Medina o declararle la guerra. Si nos vemos obligados a atacar Medina, pasaremos por la espada a todos los hombres sanos, y haremos esclavas a todas las mujeres (*Abu Dawud, Kitab al-Jarall*).

Abdul'lah bin Ubayy ibn Salul, pensó que esta carta era un don divino. Consultó con otros hipócritas de Medina y les dijo que si permitían que el Profeta^{sa} viviera en paz entre ellos acarrearían la hostilidad de los mequíes. Les incumbía, por lo tanto, declarar la guerra al Profeta^{sa}, aunque sólo fuera para tranquilizar a los mequíes. El Profeta^{sa} se enteró del asunto. Intentó convencer a Abdul'lah bin

Ubayy ibn Salul de que tal paso sería suicida, pues muchos medinitas se habían convertido en musulmanes y estaban dispuestos a sacrificar su vida por el Islam. Si Abdul'lah declaraba la guerra contra los musulmanes, la mayoría de los medinitas lucharían al lado de los musulmanes. Tal guerra, por lo tanto, le costaría cara y provocaría su propia destrucción. Abdul'lah, impresionado por esta advertencia, abandonó su proyecto.

En esta época, el Profeta^{sa} adoptó otra medida importante. Reunió a los musulmanes y sugirió que cada dos musulmanes se unieran como hermanos. La idea fue bien recibida. Los medinitas adoptaron a los mequíes como hermanos. Bajo esta nueva hermandad, los musulmanes de Medina ofrecieron compartir su propiedad y bienes con los musulmanes de La Meca. Un musulmán medinita ofreció divorciarse de una de sus dos esposas, para ofrecerla en matrimonio a su hermano mequí. Los musulmanes mequíes se negaron a aceptar estas ofertas de los musulmanes medinitas, teniendo en consideración sus necesidades. Pero los medinitas insistieron hasta tal punto, que el asunto tuvo que ser referido al Profeta^{sa}. Los musulmanes de medina alegaban que los musulmanes mequíes eran sus hermanos, por lo que tenían que compartir su propiedad.

Los musulmanes mequíes no sabían cultivar la tierra, pero podían compartir los frutos del terreno en su lugar. Los mequíes, agradecidos, rechazaron esta oferta tan generosa, prefiriendo mantener su propia vocación comercial. Con el paso del tiempo, muchos musulmanes mequíes volvieron a hacerse ricos, pero los musulmanes medinitas recordaron siempre su promesa de compartir los bienes con sus hermanos mequíes. En muchas ocasiones, cuando fallecía un musulmán medinita, sus hijos compartían la herencia con sus hermanos mequíes. Esta costumbre continuó durante muchos años, hasta que el Corán la abolió mediante su enseñanza acerca de la división de la herencia (*Bujari y Muslim*).

EL PACTO ENTRE DIVERSAS TRIBUS DE MEDINA

Además de unir a los musulmanes mequíes y medinitas en una hermandad, el Santo Profeta^{sa} estableció una alianza entre todos los habitantes de Medina. Mediante esta alianza, los árabes y los judíos se unieron en una ciudadanía conjunta con los musulmanes. El Profeta^{sa} explicó a los árabes y a los judíos que antes de surgir los musulmanes como grupo, sólo existían dos grupos en la ciudad, pero ahora con los musulmanes, eran tres. Era

oportuno que firmaran un acuerdo mutuo y vinculante, que proporcionara a todos cierta seguridad de paz. Al final se llegó al siguiente acuerdo:

Entre el Profeta^{sa} de Dios y los Fieles por una parte, y quienes voluntariamente deseen pactar el acuerdo por otra. Si cualquier musulmán mequí es asesinado, se harán responsables los musulmanes mequíes. También será suya la responsabilidad de obtener la libertad de sus presos. Asimismo, las tribus musulmanas de Medina serán responsables de sus propias vidas y prisioneros. Quien se rebele o promueva la enemistad será considerado enemigo común. Será el deber de los demás luchar contra él, aunque fuera un hijo o familiar propio. Si un incrédulo muere en una batalla a manos de un creyente, sus familiares musulmanes no buscarán la venganza, ni ayudarán a los incrédulos en contra de los creyentes. Los judíos firmantes de esta alianza recibirán ayuda de los musulmanes. Los judíos no serán sometidos a ninguna tribulación. No se prestará ayuda a sus enemigos en contra suya. Ningún incrédulo ofrecerá alojamiento a mequí alguno. No actuará de fideicomisario de las propiedades mequíes. No participará en ninguna guerra entre musulmanes e incrédulos. Si se maltrata sin motivo a un creyente, los musulmanes tendrán el derecho de luchar contra los maltratadores. Si un enemigo común ataca Medina, los judíos lucharán

al lado de los musulmanes y compartirán los gastos de la batalla. Las tribus judías aliadas con otras tribus medinitas tendrán los mismos derechos que los musulmanes. Los judíos mantendrán su propia fe, y los musulmanes la suya. Los seguidores de los judíos tendrán los mismos derechos que ellos. Los ciudadanos de Medina no tendrán derecho a declarar la guerra sin la aprobación del Profeta^{sa}, sin perjuicio del derecho de cualquier individuo a vengarse de un agravio personal. Los judíos sufragarán los gastos de su propia organización, y los musulmanes la suya. Pero en caso de guerra, actuarán unidos. La ciudad de Medina será considerada sagrada e inviolable por los firmantes del presente acuerdo. Los forasteros que entren bajo la protección de sus ciudadanos serán tratados como ciudadanos. Pero a los ciudadanos de Medina no se les permitirá admitir a ninguna mujer como ciudadana sin el permiso de su familia. Todo conflicto se referirá a Dios y al Profeta^{sa} para su decisión. Las partes firmantes del presente acuerdo no tendrán derecho a firmar acuerdos por separado con los mequíes ni con sus aliados, porque se acuerda una resistencia unida contra enemigos comunes. Las partes permanecerán unidas tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra. Ninguna parte firmará acuerdos de paz por separado. Pero no se obligará a ninguna parte a participar en las guerras. Sin embargo, la parte que cometa cualquier exceso será penalizada. En verdad, Dios protege a

los justos y a los fieles, y Muhammad^{sa} es Su Profeta^{sa} (*Hisham*).

Éste es, en resumen, el acuerdo que ha sido reconstruido en base a distintos fragmentos encontrados en documentos históricos. Del acuerdo se desprende claramente que, a la hora de resolver conflictos y desacuerdos entre los habitantes de Medina, los principios fundamentales eran la honestidad, la verdad y la justicia. Quienes cometieran excesos serían considerados responsables de los mismos. La alianza demuestra que el Profeta^{sa} del Islam quería tratar a los otros ciudadanos con respeto y bondad, considerándoles como hermanos. Si más tarde surgieron conflictos y desacuerdos, la responsabilidad fue de los judíos.

Como ya se ha señalado, pasaron dos o tres meses antes de que los mequíes reanudaran sus actos de hostilidad contra el Islam. Una de tales ocasiones la brindó Sa'd bin Mu'ahd^{ra}, jefe de los Aus de Medina, que llegó a La Meca para hacer el circuito de la Ka'ba. Abu Yahl le vio, y le dijo: "Al dar tu protección al apóstata Muhammad^{sa} ¿crees que puedes venir a La Meca y hacer tranquilamente el circuito de peregrinación de la Ka'ba?, ¿crees que le puedes proteger o salvar? Juro por Dios que

de no haber sido por Abu Sufyan, no habrías podido volver a tu familia con seguridad.”

Sa'd bin Mu'adh^{ra} respondió: “Te aseguro que, si los mequíes nos impedis visitar la Ka'ba y hacer el circuito, no tendréis paz en vuestro camino a Siria.” En aquellos momentos, Walid bin Mughira, un jefe mequí, se puso muy enfermo. Comprendió que se le acercaba la muerte y mientras los demás jefes estaban sentados a su alrededor, no pudo controlarse y rompió a llorar. Los jefes no lo entendían y preguntaron por qué lloraba. “¿Creéis que temo a la muerte? No, no temo a la muerte. Temo que la Fe de Muhammad^{sa} se extienda hasta conquistar incluso La Meca.” Abu Sufyan^{ra} aseguró a Walid que mientras vivieran ellos, resistirían con su vida la extensión de esta fe (*Jamis, Vol.1*).

LOS MEQUÍES SE PREPARAN PARA ATACAR MEDINA

De esta narración de los acontecimientos se desprende que la tregua de la hostilidad mequí solo fue temporal. Los jefes mequíes se estaban preparando para lanzar un nuevo ataque contra el Islam. Los jefes moribundos hicieron jurar a sus sucesores mantener la hostilidad contra el Profeta^{sa}, incitándoles a declararle la guerra a él y a sus seguidores.

Se invitó a los habitantes de Medina a atacar a los musulmanes, advirtiéndoles que, de negarse, los mequíes y sus aliados invadirían Medina, matando a los hombres y tomando a las mujeres como esclavas. Si en estas circunstancias el Profeta^{sa} no hubiera hecho nada para defender Medina, habría incurrido en una grave responsabilidad. Por lo tanto, el Profeta^{sa} estableció un sistema de reconocimiento del terreno. Envió a grupos de hombres a varios lugares alrededor de La Meca, para ser informado sobre posibles indicios de preparativos de guerra. De vez en cuando se produjeron incidentes –escaramuzas y luchas– entre estos grupos y los grupos de mequíes. Varios autores europeos afirman que dichos incidentes fueron iniciados por el Profeta^{sa} y que por lo tanto, él fue el agresor en las guerras que siguieron. Pero frente a los trece años de tiranía mequí, sus intrigas para enfrentar a la gente de Medina contra los musulmanes, y la amenaza mequí contra Medina, nadie puede acusar al Profeta^{sa} de haber iniciado estos incidentes. Si envió a grupos de musulmanes para un reconocimiento, lo fue para su propia defensa. Trece años de tiranía constituyen suficiente justificación para las medidas defensivas que adoptaron los musulmanes. Si posteriormente surgieron guerras entre

mequíes y musulmanes, la responsabilidad no fue de los musulmanes.

Las endebles razones por las que muchas naciones cristianas se declaran la guerra entre sí son bien conocidas. Si se cometiera contra cualquier pueblo europeo la mitad de las atrocidades cometidas por los mequíes contra los musulmanes, ese pueblo creería justificado declarar la guerra. Si los habitantes de un país inician la exterminación a gran escala de los de otro, o si un pueblo expulsa a otro de su patria ¿no estaría acaso justificada una declaración de guerra por parte de las víctimas? Cuando los musulmanes emigraron a Medina, les sobraban motivos para declarar la guerra a los mequíes. Sin embargo, el Profeta^{SA} no declaró la guerra. Mostró tolerancia y limitó sus actividades defensivas al reconocimiento. Los mequíes, sin embargo, continuaron provocando a los musulmanes. Incitaron a los medinitas en su contra interfiriendo en su derecho a la peregrinación. Cambiaron la ruta ordinaria de sus caravanas, y comenzaron a atravesar las regiones tribales alrededor de Medina, para sublevar a las tribus contra los musulmanes. La paz de Medina se vio amenazada, por lo que era una indiscutible obligación de los musulmanes aceptar el reto de guerra que los mequíes habían lanzado

durante catorce años. En tales circunstancias, nadie puede poner en duda el derecho de los musulmanes a aceptar tal desafío.

Mientras se hallaba ocupado en las operaciones de exploración, el Profeta^{sa} no descuidaba las necesidades ordinarias y espirituales de sus discípulos en Medina. La gran mayoría de los medinitas se había convertido al Islam, tanto por profesión externa como por convicción interna. Algunos profesaban la fe solamente de forma externa. El Profeta^{sa}, por lo tanto, empezó a instituir entre su pequeño grupo la forma islámica de gobierno. Anteriormente, los árabes habían resuelto sus diferencias mediante la espada y la violencia individual. El Profeta^{sa} introdujo procedimientos jurídicos. Nombró jueces para la resolución de litigios entre grupos o individuos, y sólo se admitían las demandas que el juez consideraba justas. Antes se miraban con desprecio las actividades intelectuales. El Profeta^{sa} instituyó medidas para fomentar la alfabetización y el amor a los estudios. Pidió a los que sabían leer y escribir que enseñaran a los demás. Se puso fin a la injusticia y la crueldad. Se establecieron los derechos de la mujer. Los ricos debían sufragar las necesidades de los pobres, y utilizar su dinero para mejorar las condiciones sociales

de Medina. Se defendió a los trabajadores contra la explotación. Se nombraron tutores para administrar los bienes de los herederos débiles o menores de edad. Las transacciones de préstamos empezaron a hacerse por escrito. Se inculcó la importancia de cumplir con todas las obligaciones. Se abolieron los excesos cometidos contra los esclavos. Se empezó a prestar atención a la higiene y la sanidad pública. Se emprendió el censo de la población y se procedió al ensanchamiento y limpieza de las calles y caminos. En resumen, se instituyeron leyes que promocionaron una vida familiar y social ideal. Por vez primera en su historia, los árabes fueron iniciados en las reglas de la cortesía y de una existencia civilizada.

LA BATALLA DE BADR

Mientras el Profeta^{SA} elaboraba la institución práctica de las leyes que debían servir no sólo a su propia generación de árabes, sino a toda la humanidad y a la posteridad, los mequíes se preparaban para la guerra. El Profeta^{SA} elaboraba una legislación portadora de paz, honor y progreso para su pueblo y para todos, mientras sus enemigos mequíes preparaban la destrucción de dicha ley. Los designios mequíes desembocaron en la Batalla de Badr.

Dieciocho meses después de la Hégira, una caravana comercial bajo el mando de Abu Sufyan regresaba de Siria. Con el pretexto de ofrecer protección a esta caravana, los mequíes reunieron un ejército grande y decidieron llevarlo a Medina. El Santo Profeta^{sa} se enteró de tales preparativos. También recibió revelaciones de Dios anunciando que había llegado la hora de retribuir al enemigo los malos tratos que habían dispensado a los musulmanes. Salió de Medina con un grupo de seguidores. Nadie sabía entonces si este grupo de musulmanes se vería obligado a enfrentarse con la caravana que regresaba de Siria o con el ejército que venía de La Meca. El grupo constaba de unos trescientos hombres.

En aquellos tiempos, una caravana de comercio no consistía únicamente en camellos cargados con bienes y mercancía. También llevaba hombres armados encargados de proteger la caravana y escoltarla a lo largo del viaje. Debido a la tensión que había surgido entre los mequíes y los musulmanes de Medina, los jefes mequíes habían prestado una atención especial al armamento de la escolta. Según documentos históricos, dos caravanas habían utilizado la misma ruta poco tiempo antes. La primera llevaba una

escolta de doscientos hombres armados, y la segunda, trescientos.

Los autores cristianos se equivocan al afirmar que el Profeta^{sa} llevó a trescientos hombres para atacar una caravana comercial indefensa. Es una idea perversa e infundada. La caravana procedente de Siria era grande y teniendo en cuenta su tamaño y la escolta provista para otras caravanas, parece razonable suponer que llevaba una escolta de entre cuatrocientos y quinientos hombres armados. Es, pues, totalmente injusto decir que el Profeta^{sa} llevó a un grupo de trescientos musulmanes mal armados para atacar la caravana con el fin de saquearla. Solamente un intenso prejuicio y una hostilidad resuelta contra los musulmanes pueden conducir a esta idea. Si la intención del grupo musulmán hubiera sido solo atacar la caravana, se podría haber descrito el incidente como una aventura bélica, aunque fuera en defensa propia -ya que el grupo musulmán de Medina era reducido y mal armado y la caravana mequí grande y bien armada-, pues los mequíes habían mantenido durante muchos años una campaña de hostilidad contra los musulmanes medinitas.

Pero en realidad, las condiciones en las que este pequeño grupo de musulmanes salió de Medina eran mucho más graves. Como ya

hemos señalado, no sabían si se tendrían que enfrentar con la caravana de Siria o con el ejército de La Meca. La incertidumbre con la que abandonaron Medina es prueba indudable de su fe y su evidente sinceridad. Sólo después de alejarse de Medina, el Profeta^{sa} les anunció que habrían de enfrentarse con el gran ejército mequí y no con la caravana de Siria.

Circulaban distintas conjeturas respecto al tamaño del ejército mequí. La más moderada estimaba una fuerza de mil soldados, todos ellos guerreros experimentados. Al Profeta^{sa} le acompañaban sólo trescientos trece hombres, la mayoría desarmados y sin experiencia alguna. La mayor parte de ellos iban a pie, o montados en camellos. El grupo sólo contaba con dos caballos. Los musulmanes, mal equipados y desprovistos de experiencia, se iban a enfrentar con una fuerza tres veces mayor, formada en gran parte por soldados entrenados. Se trataba, evidentemente, de una de las empresas más peligrosas de la historia.

El Santo Profeta^{sa} insistió en que sólo tomaran parte en la batalla los que estaban informados de lo que les esperaba, y estuvieran dispuestos a luchar voluntariamente y con pleno espíritu. Les dijo claramente que no tenían que enfrentarse a la caravana, sino al

ejército de La Meca. Pidió también consejo al grupo. Uno tras otro, sus compañeros mequíes se levantaron para asegurar al Profeta^{sa} su lealtad, entrega y su determinación de luchar contra los enemigos mequíes que habían venido a atacar a los musulmanes de Medina en sus propias casas. Cada vez que el Profeta^{sa} oía la opinión de un musulmán mequí, pedía más consejos. Los musulmanes de Medina habían permanecido en silencio. Los agresores eran de La Meca y muchos eran parientes de los musulmanes que habían emigrado con el Profeta^{sa} a Medina y que ahora formaban parte de su pequeño grupo. Los musulmanes de Medina temían herir los sentimientos de sus hermanos mequíes en su anhelo por luchar contra los mequíes. Pero cuando el Profeta^{sa} insistió en oír más opiniones, uno de los musulmanes medinitas se levantó, diciendo: “Profeta^{sa} de Dios, estás oyendo muchas opiniones y sin embargo sigues pidiendo más. ¿Acaso te refieres a nosotros, los musulmanes de Medina?”.

“Así es”, respondió el Profeta^{sa}.

“Pides nuestra opinión”, prosiguió, “porque crees que cuando viniste a nosotros, decidimos luchar a tu lado sólo en el caso de que se produjera un ataque contra ti y tus compañeros mequíes dentro de la ciudad de

Medina. Pero ahora parece que hemos salido de Medina, y piensas que nuestro acuerdo no reúne las condiciones en las cuales nos encontramos. Pero, Profeta^{sa} de Dios, cuando firmamos el acuerdo no te conocíamos como te conocemos ahora. Ahora sabemos cuán elevada es tu posición. No nos importa el acuerdo. Estamos contigo en todo lo que nos pidas. No nos comportaremos como los seguidores de Moisés, que dijeron: ‘Ve tú con tu Dios, y lucha contra el enemigo, que nosotros nos quedaremos atrás’. Si hemos de luchar, lucharemos contigo, delante de ti y detrás, a tu izquierda y a tu derecha. Es cierto que el enemigo te quiere alcanzar. Pero te aseguramos que no lo hará si no es pasando sobre nuestros cadáveres. Profeta^{sa} de Dios, nos invitas a luchar. Estamos dispuestos a sacrificios mayores. Aquí cerca está el mar. Si nos ordenas arrojarnos al mar, lo haremos sin vacilar” (*Bujari, Kitab al-Maghazi, e Hisham*).

Tal era el espíritu de devoción y sacrificio que mostraban los primeros musulmanes, cuyo ejemplo no encuentra paralelo en la historia del mundo. El ejemplo de los seguidores de Moisés se ha citado anteriormente. Respecto a los discípulos de Jesús, sabemos que abandonaron a su Maestro en el momento más crítico. Uno de ellos lo vendió a cambio

de un precio vil. Otro le maldijo, y los demás huyeron. Los musulmanes que se habían unido al Profeta^{SA} en Medina llevaban con él tan sólo año y medio. Pero habían adquirido una fe tan firme que se hubieran arrojado al mar si el Profeta^{SA} se lo hubiera ordenado.

El Profeta^{SA} escuchó todas las opiniones, aunque no le cabía la menor duda de la devoción de sus seguidores. Su intención al pedir opiniones era separar a los débiles de los fuertes. Pero encontró que los musulmanes mequíes y medinitas competían entre sí en la manifestación de su devoción. Ambas partes estaban resueltas a no dar la espalda al enemigo, aunque el enemigo fuera tres veces superior en número, fuera más experimentado, y estuviera mucho mejor equipado y armado. Los musulmanes preferían confiar en las promesas de Dios, respetar al Islam, y sacrificar su vida para defenderlo.

Asegurado de esta devoción tanto por parte de los musulmanes mequíes como de los medinitas, el Profeta^{SA} avanzó. Al llegar a un pueblo llamado Badr, aceptó la sugerencia de uno de sus seguidores y ordenó a sus hombres acampar cerca del arroyo de Badr.

Los musulmanes tomaron posesión de este manantial de agua, pero el terreno en que habían tomado posiciones era totalmente

arenoso y poco adecuado para las maniobras bélicas. Los seguidores del Profeta^{sa} mostraron una preocupación natural por esta desventaja. El Profeta^{sa} compartía su preocupación y pasó la noche entera rezando. Repitió sin cesar:

“Dios mío, en toda la faz de la tierra, en este momento, no hay más que estos trescientos hombres que son devotos Tuyo y están resueltos a establecer Tu adoración. Dios mío, si estos trescientos hombres mueren hoy en manos de sus enemigos en esta batalla ¿quién permanecerá para glorificar Tu nombre?” (*Tabari*).

Dios escuchó la oración de Su Profeta^{sa}. Empezó a llover durante la noche, y la parte arenosa del terreno, ocupada por los musulmanes, se volvió húmeda y sólida. La parte seca del terreno, ocupada por los enemigos, se llenó de barro resbaladizo.

Posiblemente los mequías eligieron esta parte, dejando la otra para los musulmanes, porque su experiencia les decía que el terreno seco facilitaría las maniobras de los soldados y su caballería.

Pero durante la noche y gracias a la intervención divina, la situación cambió drásticamente. La lluvia de la noche contribuyó a solidificar el terreno arenoso de los musulmanes y a hacer resbaladizo el terreno de los mequías.

Durante la noche, el Profeta^{sa} recibió una clara indicación, procedente de Dios, de que varios miembros importantes del ejército enemigo encontrarían la muerte. Se le revelaron incluso los nombres personales de estos soldados y los lugares donde habían de morir. Murieron tal como fueron nombrados, y en los sitios exactos anunciados.

En la batalla, este pequeño grupo de musulmanes mostró una gran valentía y resolución. Esto queda evidenciado en el incidente que se narra a continuación. Uno de los pocos generales que formaban parte de la fuerza musulmana era ‘Abd al-Rahman bin ‘Auf, uno de los jefes mequíes, y soldado de gran experiencia. Cuando empezó la batalla, miró a su derecha e izquierda para ver qué tipo de apoyo tenía. Le sorprendió comprobar que a su lado no tenía más que a dos muchachos mediníes. Decepcionado, se dijo: “Todo general necesita apoyo en los dos flancos, más aún en este día. Pero sólo tengo a dos muchachos sin experiencia. ¿Qué puedo hacer con ellos?” ‘Abd al-Rahman bin ‘Auf cuenta que apenas había terminado de musitar estas palabras cuando uno de los muchachos le tocó con el codo. Al inclinarse para escucharle, el muchacho le dijo: “Tío, hemos oído hablar de un tal Abu Yahl, que antes atormentaba

al Profeta^{sa}. Quiero luchar contra él; dime dónde está.” Antes de que ‘Abd al-Rahman respondiera a su pregunta, fue requerido por el otro muchacho del otro flanco, que le hizo la misma pregunta. A ‘Abd al-Rahman le asombró la valentía y determinación de los muchachos. Como soldado de gran experiencia, pensó que ni siquiera él se enfrentaría personalmente con comandante del ejército mequí. ‘Abd al-Rahman levantó el brazo para señalar a Abu Yahl, armado hasta los dientes, situado detrás de las líneas y protegido por dos generales, con las espadas desenvainadas. ‘Abd al-Rahman aún no había bajado el dedo cuando los dos muchachos se lanzaron hacia las filas del enemigo rápidos como águilas, dirigiéndose directamente hacia su meta.

Fue un ataque repentino. Los soldados y los guardias quedaron estupefactos. Atacaron a los muchachos, cortando el brazo a uno de ellos. Pero éstos continuaron con valentía y decisión. Golpearon a Abu Yahl con tal ímpetu que el comandante cayó al suelo mortalmente herido.

La determinación de estos dos jóvenes nos permite apreciar cuán profundamente se sentían afectados los seguidores del Profeta^{sa} - tanto los jóvenes como los mayores - por la persecución cruel a la que ellos y el Profeta^{sa}

habían sido sometidos. La mera lectura de estos hechos en la historia produce una auténtica aflicción. Los mediníes oyeron hablar de estas crueldades de testigos presenciales. Cabe imaginar sus sentimientos. Oían de las atrocidades perpetradas por los mequíes por una parte, y de la paciencia del Profeta^{sa}, por otra. No es de extrañar, pues, su firme determinación en vengar la persecución del Profeta^{sa} y de los musulmanes de La Meca. Sólo buscaban una oportunidad para decir a los crueles mequíes que si los musulmanes no se vengaban, no era por impotencia, sino porque Dios no les permitía hacerlo.

La determinación de esta pequeña fuerza musulmana de morir luchando se desprende de otro incidente. La batalla aún no había empezado cuando Abu Yahl envió a un jefe beduino al campamento musulmán para informarle del número de musulmanes. Volvió diciendo que eran unos trescientos. Abu Yahl y sus seguidores se alegraron, pensando que los musulmanes serían una presa fácil. Pero el jefe beduino añadió: “Os aconsejo que no luchéis contra estos hombres, porque todos parecen determinados a morir. Lo que he visto no son seres humanos, sino la muerte montada en camellos” (*Tabari e Hisham*).

El jefe beduino tenía razón: los que están dispuestos a morir, no mueren fácilmente.

SE CUMPLE UNA GRAN PROFECÍA

Se acercaba la hora de la batalla. El Profeta^{sa} salió de la tienda donde había estado rezando, y anunció:

“Ciertamente los enemigos serán derrotados, y darán la espalda.”

Éstas fueron las palabras reveladas al Profeta^{sa} algún tiempo antes, en La Meca. Evidentemente se referían a esta batalla. Cuando la crueldad de los mequíes llegó a su extremo y los musulmanes emigraban a lugares donde podrían encontrar la paz, Dios reveló al Profeta^{sa} los siguientes versículos:

“En verdad, al pueblo del Faraón llegaron también Amonestadores. Rechazaron todos Nuestros Signos. Así, los castigamos con el castigo de Quien es Poderoso y Omnipotente. ¿Son vuestros incrédulos mejores que aquellos? ¿O tenéis inmunidad en las Escrituras? ¿Dicen acaso: “Somos un ejército victorioso”? Los ejércitos serán pronto puestos en fuga y volverán sus espaldas en la huida. ¡Ay! La hora es su tiempo prefijado; y la Hora será sumamente penosa y amarga”. En verdad, los culpables están en el error y la locura manifiestos. En el día en que sean

arrastrados al Fuego, sobre sus rostros, y se les diga: “probad ahora el tacto del infierno.” (54:42-49).

Estos versículos forman parte del Sura Al-Qamar y según toda evidencia, fue revelado en La Meca. Las autoridades musulmanas sitúan la fecha de su revelación entre cinco y diez años después de la Llamada del Profeta^{sa}, es decir, un mínimo de tres años antes de la Hégira (el año de la emigración del Profeta^{sa} de La Meca a Medina). Lo más probable es que se revelara ocho años antes. Las autoridades europeas comparten esta opinión. Según Noldeke, el capítulo entero fue revelado en el quinto año después del llamamiento del Profeta^{sa}. Wherry opina que esta fecha es demasiado temprana y afirma que el Capítulo pertenece al sexto o séptimo año antes de la Hégira, o después del llamamiento del Profeta^{sa}. Pero todos coinciden en situar la revelación de este Capítulo varios años antes de la emigración del Profeta^{sa} y sus seguidores de La Meca a Medina. No hay duda alguna acerca del valor profético de estos versículos mequíes, que dan una idea muy clara de lo que les esperaba a los mequíes en el campo de batalla de Badr. Se anuncia claramente la suerte que les esperaba. Cuando el Profeta^{sa} salió de su tienda, reiteró la descripción profética contenida en el Capítulo mequí, lo

que demuestra que debió haber pensado en dichos versículos durante sus oraciones. Al recitar uno de los versículos, recordó a sus seguidores que había llegado la hora prometida en la revelación mequí.

Y efectivamente, había llegado la Hora. El Profeta^{sa} Isaías (21:13-17) había anunciado esta hora. La batalla comenzó, a pesar de que los musulmanes no estaban preparados, y de que se había recomendado a los no musulmanes a que no tomaran parte en ella. Trescientos trece musulmanes, con armas escasas y sin experiencia bélica, se enfrentaron con un ejército tres veces mayor, formado por soldados bien entrenados. En el plazo de unas horas, murieron un gran número de jefes mequíes de alto rango. Como había anunciado el Profeta^{sa} Isaías, la gloria de Quedar desapareció. El ejército mequí se apresuró a huir, dejando atrás a los muertos y algunos prisioneros. Entre los prisioneros se encontraba el tío del Profeta^{sa}, Abbas, que apoyó al Profeta^{sa} durante su estancia en La Meca. A Abbas le habían obligado a luchar al lado de los mequíes contra el Profeta^{sa}. Otro prisionero era Abu'l 'As, yerno del Profeta^{sa}. Entre los muertos se encontraba Abu Yahl, comandante supremo del ejército mequí y

según todos los relatos, enemigo feroz del Islam.

Llegó la victoria, pero trajo al Profeta^{sa} una mezcla de sentimientos. Se regocijaba por el cumplimiento de las promesas divinas, repetidas durante los últimos catorce años; promesas que también habían sido escritas en las Escrituras más antiguas. Pero al mismo tiempo se afligía por el destino terrible de los mequies. Si esta victoria, en vez de ser suya, hubiera sido de otro, el Profeta^{sa} hubiera recibido una inmensa alegría. Pero la escena de los prisioneros delante de él, atados y encadenados, hizo que brotaran lágrimas de los ojos del Profeta^{sa} y de su fiel compañero, Abu Bakr. ‘Umar^{ra}, que más tarde sucedería a Abu Bakr^{ra} como segundo Jalifa del Islam, no pudo entender lo que ocurría. ¿Por qué lloraban el Profeta^{sa} y Abu Bakr^{ra} después de la victoria? ‘Umar^{ra} se hallaba tan perplejo que se atrevió a preguntar al Profeta^{sa}: “Profeta^{sa} de Dios, ¿dime por qué lloras si Dios te ha dado una victoria tan grande? Si hemos de llorar, yo lloraré contigo, o por lo menos pondré el rostro compungido.” El Profeta^{sa} señaló el miserable destino de los prisioneros mequies: ese era el resultado de la desobediencia a Dios.

El Profeta^{sa} Isaías había mencionado varias veces la justicia de este Profeta^{sa}, que había

de salir victorioso de una batalla mortal. Y en esta ocasión se pudo observar una perfecta demostración de ello. De camino a Medina, el Profeta^{sa} se detuvo durante una noche para descansar. Los fieles seguidores que le escoltaban veían que se volvía de un lado a otro sin poder conciliar el sueño. No tardaron en darse cuenta de que era debido a los gemidos de su tío, Abbas, que se hallaba acostado muy cerca de él, atado como prisionero de guerra. Aflojaron las cuerdas que le ataban, y Abbas cesó de gemir. El Profeta^{sa}, al no verse perturbado por los gemidos, se durmió. Poco tiempo después, se despertó y se preguntó por qué ya no oía los gemidos de Abbas. Pensó que quizá se hubiera desmayado. Pero los Compañeros que vigilaban a Abbas le dijeron que habían aflojado sus cuerdas, para que él (el Profeta^{sa}) pudiera dormir. “No”, dijo el Profeta^{sa}, “No puede haber injusticia. Si Abbas es pariente mío, los demás prisioneros también son parientes de otros. O bien, aflojáis a todos las cuerdas, o apretáis las cuerdas de Abbas también.” Al oír esta amonestación, los Compañeros decidieron aflojar las cuerdas de todos los prisioneros, asumiendo ellos mismos la responsabilidad de su custodia. En cuanto a los prisioneros, se prometió la libertad a aquellos que eran cultos, si se encargaban de instruir a diez muchachos mequies,

consistiendo en esto su rescate. Los que no tenían a nadie que les pagara el rescate fueron liberados por propia petición, mientras los que podían pagar el rescate fueron liberados tras pagarlo. Al liberar a los prisioneros de esta forma, el Profeta^{sa} acabó con la práctica cruel de convertir a los prisioneros de guerra en esclavos.

LA BATALLA DE UHUD

Después de su huida de Badr, el ejército mequí anunció que volvería a atacar a Medina para vengarse de su derrota a manos de los musulmanes; y efectivamente, sólo un año después, volvieron a atacar Medina con toda su fuerza. Se sentían tan humillados y afligidos por la derrota previa, que los jefes mequíes habían prohibido a los supervivientes llorar la pérdida de sus muertos en la batalla. También declararon que las ganancias obtenidas de las caravanas comerciales se constituirían en fondo de guerra. Tras intensos preparativos, un ejército de tres mil hombres, bajo el mando de Abu Sufyan, lanzó el ataque sobre Medina. El Profeta^{sa} celebró consejo y preguntó a sus seguidores si debían enfrentarse al enemigo dentro de Medina o fuera de la ciudad. Él personalmente se inclinaba por la primera opción. Prefería que los musulmanes

permanecieran en Medina, permitiendo que el enemigo les atacara en sus propias casas. De esta forma, pensó, la responsabilidad del ataque y la agresión recaería sobre el enemigo. Pero en el consejo se hallaban muchos musulmanes que no habían tenido la oportunidad de participar en la batalla de Badr y que ahora estaban ansiosos de luchar por la causa de Dios. Insistían en que la batalla debería ser a campo abierto, para tener la posibilidad de morir luchando. El Profeta^{sa} aceptó el consenso general (*Tabaqat*).

Mientras se debatían las opciones, el Profeta^{sa} narró una visión propia. Dijo: “He tenido una visión. Vi una vaca y también mi espada con la punta rota. Vi cómo la vaca era sacrificada, y que yo había introducido la mano en la armadura. También me vi montado sobre un carnero.” Los Compañeros pidieron al Profeta^{sa} su interpretación de la visión.

“La matanza de la vaca”, dijo el Profeta^{sa}, “indica que algunos de mis Compañeros caerán en la batalla. La punta rota de mi espada indica que un pariente mío, alguien importante, morirá, o tal vez yo mismo sufriré dolor o alguna herida. El que ponga mi mano en la armadura parece indicar que sería mejor que nos quedáramos en Medina. El hecho de que me haya visto montado en un carnero

significa que dominaremos al comandante de los incrédulos, y que morirá a nuestras manos.” (*Bujari, Hisham y Tabaqat*).

Esta visión y su interpretación dejaron claro que sería mejor que los musulmanes permanecieran en Medina. Sin embargo, el Profeta^{sa} no insistió, porque la interpretación de la visión era suya, y no formaba parte del conocimiento revelado. Aceptó el consejo de la mayoría y decidió salir de Medina al encuentro del enemigo. Al salir, la sección más devota de sus seguidores se dio cuenta de su error, y acercándose al Profeta^{sa}, le dijeron: “Profeta^{sa} de Dios, nos parece mejor tu consejo. Debemos quedarnos en Medina y enfrentarnos con el enemigo en nuestras propias calles.”

“Ahora no”, dijo el Profeta^{sa}, “Ahora el Profeta^{sa} de Dios se ha puesto la armadura. Pase lo que pase, avanzaremos. Si sois firmes y si perseveráis, Dios os ayudará” (*Bujari y Tabaqat*). Con estas palabras, avanzó con un ejército de mil hombres. Acamparon durante la noche a poca distancia de Medina. Era la costumbre del Profeta^{sa} permitir a sus soldados descansar un rato antes de enfrentarse al enemigo. A la hora de las oraciones matinales, los visitó a todos. Vio que algunos judíos se habían unido a los musulmanes. Declaraban tener tratados de

alianza con las tribus mediníes, pero como el Profeta^{sa} ya había tenido experiencia de las intrigas judías anteriores, hizo despedir a los judíos. En cuanto lo hizo, Abdul'lah bin Ubayy ibn Salul, el jefe de los hipócritas, se retiró con sus trescientos hombres, alegando que ahora el ejército musulmán ya no podría resistir al enemigo, y que participar en la batalla significaría una muerte segura. Dijo que el Profeta^{sa} había cometido un error al despedir a sus propios aliados. El resultado de esta deserción de última hora fue que sólo quedaron setecientos musulmanes bajo el mando del Profeta^{sa}. Los setecientos hombres tenían que enfrentarse con un ejército cuatro veces mayor y mucho mejor equipado. El ejército mequí disponía de una caballería de doscientos caballos, mientras que los musulmanes sólo poseían dos caballos. Los mequíes disponían de setecientos soldados con armadura, y los musulmanes solo cien soldados.

El Profeta^{sa} llegó a Uhud. En un angosto paso de montaña situó a una guardia de cincuenta hombres cuya misión era rechazar todo ataque por parte del enemigo, así como cualquier intento de apoderarse del paso. El Profeta^{sa} les explicó claramente su deber. Deberían permanecer en sus posiciones y no

desplazarse hasta recibir la orden, sea cual fuere la suerte de los demás musulmanes. Con los seiscientos cincuenta restantes, el Profeta^{sa} salió a luchar contra un ejército cinco veces mayor. Pero con la ayuda de Dios, en breve plazo, los seiscientos cincuenta musulmanes consiguieron poner en retirada a los tres mil hábiles soldados mequíes. Los musulmanes les persiguieron. El paso custodiado por los cincuenta musulmanes quedaba en la parte posterior. El centinela dijo a su comandante: “El enemigo está vencido. Ya es hora de que participemos en la batalla, para ganar nuestro trofeo en la otra vida.” El comandante detuvo a los centinelas, recordándoles las órdenes del Profeta^{sa}. Pero los hombres dijeron que la orden del Profeta^{sa} debía tomarse como una instrucción general, y no al pie de la letra. No tenía sentido seguir defendiendo el paso mientras el enemigo huía en dirección opuesta.

LA VICTORIA SE CONVIERTE EN DERROTA

Tras esta alegación, abandonaron el paso y se lanzaron a la lucha. El ejército mequí contaba con Jald bin Walid, que posteriormente se convertiría en un gran general musulmán. Su vista penetrante divisó el paso sin protección.

Solamente se hallaban unos pocos hombres custodiándolo. Jalid llamó a otro general mequí, ‘Amr bin al-‘As, diciéndole que echara un vistazo hacia la parte posterior del paso. Al hacerlo, ‘Amr pensó que era una oportunidad única. Ambos generales detuvieron a sus hombres y subieron a la colina. Mataron a los pocos musulmanes que todavía guardaban el paso y desde el promontorio lanzaron un contraataque contra los musulmanes. Al oír los gritos de la lucha, el derrotado ejército mequí se reunió de nuevo y volvió al campo de batalla.

El contraataque a los musulmanes fue repentino. En su persecución al ejército mequí, éstos se habían dispersado por todo el campo. No se pudo organizar a tiempo la defensa musulmana ante este nuevo ataque. Sólo se veían soldados musulmanes luchando individualmente contra el enemigo. Muchos cayeron. Otros se retiraron. Algunos formaron un cerco alrededor del Profeta^{sa}. No habría más de veinte. El ejército mequí atacó el cerco. Uno por uno, los musulmanes fueron cayendo ante las flechas de los soldados mequíes. Desde la colina, los arqueros lanzaban lluvias de flechas. En aquel momento, Talha, uno de los quraishíes y *muhayirim* (musulmanes mequíes que se habían refugiado en Medina)

vio que todas las flechas iban dirigidas contra el rostro del Profeta^{sa}. Levantó la mano para protegerle. Cada una de las flechas iba atravesando la mano de Talha, pero aún así no la dejó caer. Al final, su brazo quedó mutilado. Talha perdió la mano y pasó el resto de su vida con un muñón. En la época del Cuarto Jalifa del Islam, cuando empezaron a surgir disensiones internas, un enemigo se burló de Talha, llamándole “Talha el manco”. Un amigo de Talha respondió: “Sí, es manco. Pero ¿sabes dónde perdió la mano? En la Batalla de Uhud, donde alzó su mano para proteger el rostro del Profeta^{sa} de las flechas del enemigo.” Mucho tiempo después de la Batalla de Uhud, los amigos de Talha le preguntaron: “¿No te dolía la mano al recibir el impacto de las flechas? ¿No gemías de dolor?” Talha respondió: “Me dolía, y estuve a punto de gritar, pero resistí porque sabía que al más mínimo temblor de mi mano, dejaría expuesto el rostro del Profeta^{sa} a las flechas del enemigo.”

Los pocos hombres que quedaban con el Profeta^{sa} no podían resistir al ejército con el que estaban enfrentados. Una parte de las fuerzas enemigas avanzó y les apartó. Entonces el Profeta^{sa} se quedó completamente solo, y de súbito, una piedra le golpeó la

frente, hiriéndole profundamente. Otro golpe hundió los anillos de su casco en sus mejillas. En medio de la lluvia de flechas, el Profeta^{sa}, herido, rezaba: “Dios mío, perdona a mi pueblo, porque no saben lo que hacen” (*Muslim*). El Profeta^{sa} cayó encima de los cadáveres de los hombres que habían muerto defendiéndolo. Otros musulmanes avanzaron para defender al Profeta^{sa} de más ataques, pero también murieron. El Profeta^{sa} yacía inconsciente entre los cadáveres. Al observarlo, los enemigos lo tomaron por muerto. Seguros de su victoria, se retiraron y volvieron a formar filas.

Entre los musulmanes que habían defendido al Profeta^{sa} y que habían sido apartados por la avalancha de la fuerza enemiga, se encontraba ‘Umar^{ra}. El campo de batalla se había quedado desierto. ‘Umar^{ra}, viendo la escena, se convenció de que el Profeta^{sa} había muerto. ‘Umar^{ra} era un hombre valiente. Lo demostró en muchas ocasiones, sobre todo, al luchar simultáneamente contra los grandes imperios de Roma y Persia. Nunca había retrocedido ante ninguna dificultad. Este mismo ‘Umar^{ra} se sentó sobre una roca, profundamente afligido, y rompió a llorar como un niño. Mientras tanto, se le acercó otro musulmán, Anas bin Nadr, que creía que los musulmanes habían vencido al enemigo. Había divisado

la derrota de los enemigos, pero como no había comido nada desde la noche anterior, se había retirado del campo de batalla con unos dátiles en la mano. Quedó perplejo al ver a ‘Umar^{ra} llorar, y le preguntó: “¡‘Umar^{ra}! ¿Qué te ocurre? En lugar de regocijarte por la espléndida victoria de los musulmanes, estás llorando”.

‘Umar^{ra} respondió: “Anas, no sabes lo que ha ocurrido. Sólo has visto la primera parte de la batalla. No sabes que los enemigos se apoderaron de un punto estratégico en la colina, y nos atacaron con virulencia; los musulmanes se habían dispersado, pensando que la victoria era suya. No hubo ninguna resistencia a este ataque enemigo. Sólo el Profeta^{sa}, junto con unos pocos guardias, se enfrentaron al enemigo, y todos cayeron luchando.”

“Si es cierto lo que dices “, dijo Anas, “¿de qué sirve estar sentados aquí llorando? Allí donde ha ido nuestro querido Maestro, debemos ir nosotros también.” Anas tenía en la mano el último dátil. Estaba a punto de comerlo, pero lo arrojó, diciendo: “¡Dátil! ¿Aparte de ti, hay algo que se interponga entre Anas y el Paraíso?”

Con estas palabras, desenvainó su espada y se lanzó sobre las fuerzas enemigas, uno

contra casi tres mil. No pudo hacer gran cosa, pero un alma creyente es superior a muchas otras. Luchó valientemente, hasta que cayó finalmente herido, sin cesar de luchar. La horda enemiga se lanzó bárbaramente contra él, hasta el punto de que, según se dice, al terminar la batalla e identificar a los cadáveres, no se lograba identificar el cuerpo de Anas. Lo habían cortado en setenta pedazos. Al final, una hermana de Anas lo identificó por un dedo mutilado, diciendo: “Éste es el cuerpo de mi hermano” (*Bujari*).

Al ver retirarse al enemigo, aquellos musulmanes que habían formado un cerco alrededor del Profeta^{sa} pero que fueron apartados, volvieron hacia él. Levantaron su cuerpo de entre los cadáveres. Abu ‘Ubaida bin al-Yarrah sujetó entre sus dientes los anillos clavados en las mejillas del Profeta^{sa}, y los extrajo, perdiendo dos dientes en el intento.

Al poco tiempo, el Profeta^{sa} volvió en sí. Los soldados que le rodeaban enviaron mensajeros para decir a los musulmanes que se reunieran de nuevo. La fuerza dispersa comenzó a congregarse. Escoltaron al Profeta^{sa} al pie de la colina. Abu Sufyan, comandante del ejército mequí, al ver estos grupos de musulmanes, exclamó: “¡Hemos matado a Muhammad^{sa}!”. El Profeta^{sa} oyó la ostentosa proclamación,

pero prohibió a los musulmanes contestar, para evitar que el enemigo supiera la verdad y atacara de nuevo; y para que los musulmanes, heridos y exhaustos, no tuvieran que luchar de nuevo contra este feroz ejército. Al no recibir respuesta de los musulmanes, Abu Sufyan se convenció de que el Profeta^{SA} estaba muerto. Exclamó de nuevo: “También hemos matado a Abu Bakr^{RA}”. El Profeta^{SA} prohibió contestar a Abu Bakr^{RA}. Abu Sufyan exclamó por tercera vez: “También hemos matado a ‘Umar^{RA}”. El Profeta^{SA} también prohibió a ‘Umar^{RA} que respondiera. Abu Sufyan entonces gritó que había matado a los tres. ‘Umar^{RA}, no pudiendo contenerse por más tiempo, exclamó: “Estamos vivos y con la gracia de Dios, dispuestos a luchar contra vosotros y partir vuestras cabezas.” Abu Sufyan proclamó el canto nacional: “¡Gloria a Hubal! ¡Hubal ha acabado con el Islam!” (Hubal era el ídolo nacional de los mequíes). El Profeta^{SA} no pudo tolerar este insulto al Único Dios, Al’lah, por Quien él y todos los musulmanes estaban dispuestos a sacrificar sus vidas. Se había negado a desmentir la declaración de su propia muerte. También se había negado a desmentir, por razones de estrategia, la proclamación de la muerte de Abu Bakr^{RA} y de ‘Umar^{RA}. Sólo contaba con unos pocos soldados de su ejército. Las fuerzas enemigas eran

grandes y fuertes. Pero ahora el enemigo había insultado a Al'lah. El Profeta^{sa} no podía tolerar tal insulto. Miró con enojo a los musulmanes y preguntó: “¿Por qué mantenéis silencio, y no contestáis a este insulto a Al'lah, el Único Dios?”.

Los musulmanes le preguntaron: “¿Qué debemos decir, Oh Profeta^{sa}?”.

“Decid: ‘Sólo Al'lah es Grande y Poderoso. Sólo Al'lah es Grande y Poderoso. Sólo Al'lah es Grande y Poderoso. Sólo Él es Altísimo y Honorable. Sólo Él es Altísimo y Honorable. Sólo Él es Altísimo y Honorable.’”

Los musulmanes gritaron al unísono. Este grito dejó estupefactos a los enemigos. Se decepcionaron profundamente al saber que el Profeta^{sa} no había muerto a pesar de todo. Ante ellos estaba el pequeño grupo de musulmanes, heridos y agotados. Sería fácil acabar con ellos. Pero no se atrevieron a atacar de nuevo. Contentos con su victoria, regresaron triunfantes.

En la Batalla de Uhud, la victoria musulmana se convirtió en derrota. Sin embargo, la batalla proporciona evidencia de la verdad del Profeta^{sa}. En ella, se cumplieron las profecías que el Profeta^{sa} había anunciado antes de iniciarse la batalla. Los musulmanes salieron victoriosos al principio. El amado

tío del Profeta^{sa}, Hamza, murió luchando. El comandante del ejército mequí murió en la primera fase de la batalla. El Profeta^{sa} fue herido, y muchos musulmanes murieron. Todo esto sucedió tal como había sido anunciado en la visión del Profeta^{sa}.

Además del cumplimiento de los incidentes anunciados antes de la batalla, también quedó patente la sinceridad y devoción de los musulmanes. En la historia no existe paralelo de una conducta tan ejemplar. Ya se han narrado algunos incidentes que lo demuestran. Sin embargo, merece la pena mencionar otro, que demuestra la certeza de la convicción y la devoción mostrada por los Compañeros del Profeta^{sa}. Cuando el Profeta^{sa} se retiró al pie de la colina con el grupo de musulmanes, envió a algunos de sus Compañeros en búsqueda de los heridos que yacían en el campo de batalla. Tras una larga búsqueda, un Compañero encontró a un musulmán medinita herido. Estaba moribundo. El Compañero se inclinó sobre él, diciendo: “que la paz sea contigo”. El musulmán herido levantó una mano temblorosa y tomando la mano del compañero, dijo: “Estaba esperando que viniera alguien”.

“Estás mortalmente herido”, le dijo el Compañero. “¿Tienes algún mensaje para tu familia?”.

“Sí, sí”, contestó el musulmán, “Que la paz sea con ellos. Diles que cuando muera aquí, les confiaré algo valioso que tendrán que cuidar. Es el Profeta^{sa} del Islam. Espero que defiendan su persona con su vida y que recuerden que éste es mi último deseo” (*Mu’atta y Zurqani*).

Las personas moribundas tienen mucho que decir a sus familias, pero estos musulmanes, incluso en sus últimos instantes, no pensaban en sus parientes, hijos o esposas, ni tampoco en sus bienes, sino sólo en el Profeta^{sa}. Se enfrentaban a la muerte con la seguridad de que el Profeta^{sa} era el salvador del mundo. Sus hijos, si sobrevivían, conseguirían poco. Si morían protegiendo al Profeta^{sa}, habrían prestado servicio tanto a Dios como a la humanidad. Estaban convencidos que al sacrificar a sus familias servían a la humanidad y a Dios. Al invitar a la muerte, aseguraban la vida eterna para la humanidad en general.

El Profeta^{sa} hizo agrupar a los heridos y a los muertos. Los heridos fueron auxiliados y los muertos, enterrados. Entonces el Profeta^{sa} se dio cuenta de que el enemigo había tratado a los musulmanes de la forma más salvaje. Habían mutilado los cadáveres, cortando sus narices, orejas, etc... Uno de los cuerpos mutilados era el de Hamza, el tío del Profeta^{sa}. Conmovido, el Profeta^{sa} dijo: “Las acciones

de los infieles justifican ahora el trato que hasta ahora habíamos pensado que era injustificable.” Nada más expresarlo, Dios le ordenó que dejara solos a los infieles, y que siguiera mostrando compasión hacia ellos.

LOS RUMORES DE LA MUERTE DEL PROFETA LLEGAN A MEDINA

Los rumores de la muerte del Profeta^{sa}, y la noticia de la derrota del ejército musulmán, llegaron a Medina antes de que el resto de la fuerza musulmana pudiera alcanzar la ciudad. Las mujeres y los niños fueron corriendo hacia Uhud. Muchos de ellos supieron la verdad por los soldados, y regresaron de nuevo a la ciudad. Una mujer de la tribu de Banu Dinar continuó hasta llegar a Uhud. Esta mujer había perdido a su marido, a su padre y a su hermano en la batalla. Según algunos comentaristas, también había perdido a un hijo. Un soldado que venía de la batalla la vio y le dijo que su padre había muerto. Ella respondió: “No me preocupa mi padre; infórmame sobre el Profeta^{sa}”. El soldado sabía que el Profeta^{sa} estaba vivo, por lo que no contestó inmediatamente a su pregunta, sino que continuó hablando de su hermano y su marido, que también habían muerto. Ante cada noticia, ella permanecía impasible

y seguía preguntando: “¿Qué ha hecho el Profeta^{sa} de Dios?”. Era una frase extraña, pero si tenemos en cuenta que era expresada por una mujer, nos deja de parecer extraña. Las emociones de la mujer son intensas. A menudo se dirige al muerto como si estuviera vivo. Si se trata de un familiar próximo, tiende a reprocharle, preguntándole por qué la abandona, dejándola sola e indefensa. Es habitual que muchas mujeres lamenten de esta forma la pérdida de sus seres queridos. La expresión utilizada por esta mujer, por lo tanto, es la propia de una mujer que lamenta la muerte del Profeta^{sa}. Esta mujer amaba al Profeta^{sa} y se negó a aceptar que estaba muerto aún después de oír tal noticia. Al mismo tiempo, no negaba la noticia, sino que repetía con una tristeza típicamente femenina: “¿Qué ha hecho el Profeta^{sa} de Dios?”. Al decir esto, aparentaba que el Profeta^{sa} estaba vivo, y se quejaba de que un líder tan leal como él hubiera elegido darles a todos el dolor de la separación.

Cuando el soldado vio que a esta mujer no le importaba la muerte de su padre, su hermano ni su marido, comprendió la profundidad de su amor hacia el Profeta^{sa}, y dijo: “En cuanto al Profeta^{sa}, está como tú quieres, vivo.” La mujer le pidió que le mostrara al Profeta^{sa}.

Señaló una parte del campo de batalla. La mujer se precipitó hacia aquel lugar, y al llegar al Profeta^{SA} asió su capa con la mano, y besándola, dijo: “Que mi padre y mi madre sean sacrificados por ti, Profeta^{SA} de Dios. Si tú vives, no me importa la muerte de nadie” (*Hisham*).

Se puede observar, pues, la fortaleza y devoción que los musulmanes - hombres y mujeres - mostraron en esta batalla. Los autores cristianos narran con orgullo la historia de María Magdalena y sus compañeros, y nos describen su valentía y devoción. Dicen que de madrugada se escaparon de los judíos y se dirigieron a la tumba de Jesús. Pero esto no tiene comparación con la devoción demostrada por esta musulmana de la tribu de Dinar.

La historia nos ofrece otro ejemplo. De regreso a Medina, después de ser enterrados los muertos, el Profeta^{SA} vio a un grupo de mujeres y niños que habían salido de Medina para recibirle. Sa’d bin Mu’adh, un jefe medinita, sujetaba la cuerda de su camello. Sa’d llevaba el camello con orgullo, como si quisiera proclamar al mundo que los musulmanes, después de todo, habían logrado traer al Profeta^{SA} a Medina sano y salvo. Al avanzar, vio a su anciana madre que salía a recibir a los musulmanes que volvían.

Esta anciana no veía bien. Sa'd la reconoció y dirigiéndose al Profeta^{sa}, dijo: "Profeta^{sa}, te presento a mi madre."

"Que venga", dijo el Profeta^{sa}.

La mujer avanzó e, intentó buscar el rostro del Profeta^{sa}. Por fin consiguió verlo, y se alegró. El Profeta^{sa}, al verla, dijo: "Mujer, lamento la pérdida de tu hijo."

La mujer devota respondió: "Al verte vivo, he tragado todas mis desgracias". La expresión árabe fue "He asado mis desgracias, y las he tragado" (*Halbiyya*, Vol. 2, pág. 210). ¡Qué profundidad de emoción indica esta expresión! Normalmente, la tristeza consume a la persona, y esta anciana había perdido a su hijo, el apoyo de su vejez. Pero dijo que en vez de permitir que la tristeza la devorara, había ella devorado a su tristeza. El hecho de que su hijo hubiera muerto por el Profeta^{sa} la consolaría durante el resto de su vida.

El Profeta^{sa} llegó a Medina. En la batalla, habían muerto muchos musulmanes y otros muchos volvían heridos. Sin embargo la batalla no se puede considerar como una derrota para los musulmanes. Los incidentes que hemos mencionado demuestran lo contrario. Demuestran que Uhud fue una victoria tan grande como cualquier otra. Los musulmanes que ahora estudian las primeras épocas de su

historia encontrarán en Uhud una fuente de apoyo e inspiración.

En Medina, el Profeta^{sa} volvió a su misión, ocupándose de nuevo de la formación y educación de sus seguidores. Pero, al igual que antes, su trabajo no dejó de sufrir interrupciones. Después de Uhud, los judíos incrementaron su osadía, y los hipócritas volvieron a emerger de nuevo. Empezaban a pensar que la erradicación del Islam estaba a su alcance, y que a ellos les incumbía esta tarea. Sólo era preciso un esfuerzo conjunto. Por consiguiente, los judíos empezaron a utilizar nuevos métodos de vejación. Publicaron versos llenos de insultos graves al Profeta^{sa} y su familia. En una ocasión, el Profeta^{sa} tuvo que acudir a una fortaleza judía para resolver una disputa. Los judíos tramaron arrojar una roca de envergadura sobre él, para así acabar con su vida. Pero el Profeta^{sa} recibió un aviso de Dios. A menudo recibía tales oportunos avisos. Abandonó su asiento sin decir nada. Más tarde, los judíos confesaron esta malintencionada intriga. También insultaban a las mujeres musulmanas en la calle. En un incidente provocado por esta causa, un musulmán perdió la vida. En otra ocasión, los judíos apedrearon a una muchacha musulmana, que murió con gran dolor. La conducta de los judíos

provocó tal empeoramiento en sus relaciones con los musulmanes que éstos se vieron obligados a luchar contra ellos. Sin embargo, los musulmanes se limitaron a expulsar a los judíos de Medina. Una de las dos tribus judías emigró a Siria. De la otra, algunos se fueron a Siria y otros se instalaron en Jaibar, un asentamiento judío bien protegido, al norte de Medina.

En el período de paz entre Uhud y la siguiente batalla, el mundo vio un ejemplo extraordinario de la influencia del Islam sobre sus seguidores. Nos referimos a la prohibición de las bebidas alcohólicas. Ya hemos señalado en nuestra descripción de la condición de la sociedad árabe anterior al Islam, que los árabes eran unos bebedores empedernidos. Era costumbre de todas las casas árabes beber cinco veces al día. La pérdida de control bajo la influencia de la bebida constituía una práctica común, y lejos de sentir vergüenza por tal práctica, los árabes la consideraban una virtud. Cuando llegaba un invitado, el ama de casa tenía el deber de ofrecer bebidas alcohólicas a todos los presentes. No resultó fácil disuadir a la gente de un hábito tan nocivo. Pero en el cuarto año después de la Hégira, el Profeta^{sa} recibió la orden de prohibir

el consumo de alcohol. Con la promulgación de tal orden, la bebida desapareció de Medina.

Según los documentos históricos, al recibir la revelación que prohibía el alcohol, el Profeta^{SA} envió a un Compañero para que proclamara en las calles de Medina la nueva orden. En aquellos momentos se estaba celebrando una fiesta en la vivienda de un *ansari* (musulmán mequí). Había muchos invitados, y se servían copas de vino. Ya se había acabado una tinaja, y otra iba a ser servida. Muchos invitados ya estaban totalmente embriagados y otros estaban a punto de perder el sentido. En estas condiciones, oyeron a alguien proclamar que la bebida había sido prohibida por el Profeta^{SA} bajo orden divina. Un invitado se levantó diciendo: “Parece tratarse de una prohibición contra la bebida; vamos a comprobar si es verdad.” Al escucharlo, se levantó otro invitado, y mientras rompía en pedazos la tinaja con su bastón, dijo: “Primero obedeced y después preguntad. Es suficiente haber oído el pregón. No está bien seguir bebiendo mientras nos informamos. Es preferible arrojar el vino a la calle, y después informarnos acerca de este anuncio” (*Bujari y Muslim, Kitab al-Ashriba*).

Este musulmán tenía razón. Pues de haberse efectivamente prohibido las bebidas alcohólicas, hubieran cometido un pecado de

haber seguido bebiendo; por el contrario, si no se hubiera prohibido, no hubieran perdido mucho por arrojar por una vez el vino a la calle. Tras este pregón, desapareció de la sociedad musulmana entera la costumbre de beber alcohol. No fue necesario ningún esfuerzo especial ni campaña alguna para producir este cambio revolucionario. Los musulmanes que oyeron esta proclamación y fueron testigos de la rápida respuesta que recibió, vivieron hasta los setenta u ochenta años de edad. No se conoce el caso de ningún musulmán que, tras oír esta prohibición, hubiera mostrado la debilidad de infringirla. De haber existido, hubiera sido la de alguien que nunca tuvo la oportunidad de estar bajo la influencia directa del Profeta^{sa}.

Comparemos con esto el movimiento de prohibición en los Estados Unidos, y los esfuerzos realizados durante tantos años en Europa por promover la abstinencia. En un caso, una simple proclamación del Profeta^{sa} fue suficiente para erradicar un mal social profundamente arraigado en la sociedad árabe. En el otro, la prohibición fue decretada mediante leyes especiales. Tanto la policía como el ejército y los oficiales de aduana se esforzaron en conjunto por suprimir el mal del alcohol, pero fracasaron y se vieron

obligados a reconocer su fracaso. Ganaron los alcohólicos sin que el mal del alcohol pudiera combatirse. Se dice que ésta es una época de progreso social. Pero cuando comparamos nuestra época con la del inicio del Islam, nos preguntamos cuál de las dos realmente merece tal descripción, nuestra época o la época en la que el Islam consiguió esta gran revolución social.

Lo que ocurrió en Uhud no se podía olvidar fácilmente. Los mequíes consideraban a Uhud como su primera victoria sobre el Islam. Publicaron la noticia por toda Arabia y utilizaron su victoria para incitar a las tribus árabes contra el Islam, y para persuadirles de que los musulmanes no eran invencibles. Si seguían prosperando, no era gracias a su fuerza sino a la debilidad de los árabes ortodoxos e idólatras. Un esfuerzo común por parte de los árabes idólatras provocaría sin dificultad la derrota de los musulmanes. El resultado de tal propaganda fue la intensificación de la hostilidad contra los musulmanes. Las restantes tribus árabes comenzaron a superar a los mequíes a la hora de hostigar a los musulmanes. Algunos empezaron a atacarles abiertamente mientras que otros lo hacían de forma furtiva. En el cuarto año después de la Hégira, dos tribus árabes, los 'Adl y los Qara,

enviaron representantes al Santo Profeta^{sa} para decirle que muchos de sus hombres se inclinaban hacia el Islam. Pidieron que el Profeta^{sa} les enviara a algunos musulmanes con experiencia en la enseñanza del Islam, para convivir entre ellos y enseñarles la Nueva Religión. En realidad se trataba de una intriga por parte de los Banu Lihyan, enemigos declarados del Islam. Enviaron al Profeta^{sa} a estos representantes, con la promesa de ofrecerles a cambio una amplia recompensa. El Profeta^{sa}, sin sospechar, accedió a su petición y envió a diez musulmanes para enseñar a las tribus los principios y enseñanzas del Islam. Cuando este grupo llegó al territorio de los Banu Lihyan, sus acompañantes propagaron la noticia de su llegada a las tribus, instigándoles a detener al grupo o poner fin a su vida. Tras esta siniestra sugerencia, doscientos hombres armados de la tribu de Banu Lihyan salieron a la búsqueda del grupo de musulmanes a quienes finalmente alcanzaron en un lugar llamado Rayi. Se produjo un encuentro entre los diez musulmanes y sus doscientos enemigos. Pero los musulmanes poseían una fe inquebrantable, y el enemigo carecía totalmente de ella. Los diez musulmanes subieron a un promontorio y desafiaron a los doscientos. Los infieles intentaron disuadirles mediante la intriga. Ofrecieron perdonarles la

vida si descendían del monte. Pero el jefe del grupo contestó que ya habían visto suficiente de las promesas de los incrédulos. Con estas palabras, se volvieron hacia Dios y rezaron. Dios conocía bien su situación. ¿No era justo que Él informara al Profeta^{SA} de todo esto? Los infieles, viendo la resistencia de los musulmanes, se lanzaron al ataque. El grupo musulmán luchó sin pensar en su posible derrota. Siete de los diez murieron luchando. A los tres restantes, los enemigos repitieron su promesa de dejarles vivir si bajaban del monte. Estos tres les creyeron, y se rindieron. Tan pronto como lo hicieron, fueron maniatados por los incrédulos. Uno de los tres dijo: “Éste es el primer incumplimiento de vuestra promesa. Sabe Dios lo que haréis después.” Diciendo esto, se negó a acompañarles. Los incrédulos empezaron a golpear a su víctima, arrastrándolo por el camino. Pero se sentían tan intimidados por la determinación y la resistencia mostradas por este hombre, que decidieron matarle inmediatamente.

A los dos restantes se los llevaron y los vendieron como esclavos a los quraishíes de La Meca. Uno de ellos era Jubaib, y el otro Zaid. El que compró a Jubaib decidió matarle para así vengar a su propio padre, que había muerto en la batalla de Badr. Un día, Jubaib pidió

una navaja para afeitarse. Tenía la navaja en la mano cuando un niño de la casa se acercó a él por curiosidad. Jubaib cogió al niño y lo sentó en su regazo. Al ver esto, la madre del niño se atemorizó. Tenía su mente llena de sentimientos de culpabilidad. Este hombre, a quien en pocos días iban a asesinar, ahora sujetaba una navaja muy cerca de la cabeza de su hijo. Estaba convencida de que lo iba a matar. Jubaib vio la consternación en el rostro de la mujer, y le dijo: “¿Crees que voy a matar a tu hijo? No pienses eso ni por un momento. No soy capaz de semejante barbaridad. Los musulmanes no engañamos.” La mujer quedó impresionada por el comportamiento abierto y honrado de Jubaib. Esto permaneció siempre en su recuerdo, y solía decir que nunca había visto a ningún prisionero como Jubaib. Finalmente, los mequies llevaron a Jubaib a un campo abierto para celebrar su ejecución en público. Al llegar la hora prescrita, Jubaib pidió permiso para recitar dos *rak'ats* de oración. Los quraishíes accedieron a su petición, y Jubaib se dirigió a Dios, delante del público, en lo que fueron sus últimas oraciones de este mundo. Al terminar, comentó que deseaba seguir rezando, pero que no lo haría para que no pensarán que tenía miedo a la muerte. Entonces, se entregó al verdugo. Mientras lo hacía, cantaba estos versículos:

“Con tal de que muera musulmán, no me preocupa que mi cuerpo sin cabeza caiga a la izquierda o la derecha. ¿Por qué ha de preocuparme? Mi muerte es por Dios; si Él quiere, puede bendecir cada parte de mi cuerpo desmembrado” (*Bujari*).

Apenas hubo terminado de murmurar estos versículos cuando la espada del verdugo lo golpeó, separando la cabeza de su cuerpo. Entre los que se habían reunido para celebrar este asesinato público se encontraba Sa’id bin ‘Amir, que posteriormente se convirtió al Islam. Se dice que cuando se mencionaba la ejecución de Jubaib en su presencia, siempre sufría un arrebato (*Hisham*).

Al segundo prisionero, Zaid, también lo llevaron para ejecutarle. Entre el público se encontraba Abu Sufyan, jefe de La Meca. Abu Sufyan se dirigió a Zaid, diciendo: “¿No hubieras deseado que Muhammad^{sa} estuviera en tu lugar? ¿No hubieras preferido estar a salvo en tu casa, y que Muhammad^{sa} estuviera aquí en nuestras manos?”.

Zaid contestó con orgullo: “¿Qué dices, Abu Sufyan? Juro por Dios que preferiría morir antes que ver al Profeta^{sa} pisar una espina en una calle de Medina.” Abu Sufyan no pudo evitar quedar impresionado por tal devoción. Miró asombrado a Zaid y declaró pausadamente y sin dudar: “Juro por Dios

que nunca he conocido a nadie que ame tanto a otro como los Compañeros de Muhammad^{sa} aman a Muhammad^{sa}” (*Hisham*, Vol. 2).

En aquellos días, algunos habitantes de Nayad pidieron al Profeta^{sa} que enviara a unos musulmanes para enseñarles el Islam. El Profeta^{sa} no confiaba en ellos. Pero Abu Bara’, jefe de la tribu de los ‘Amir, se encontraba por casualidad en Medina. Se ofreció como garantía para la tribu, asegurando al Profeta^{sa} que no les causarían ningún daño. El Profeta^{sa} eligió a setenta musulmanes que sabían el Corán de memoria. Cuando este grupo llegó a Bi’r Ma’una, uno de ellos, Haram bin Malhan, se dirigió al jefe de los ‘Amir (sobrino de Bara’) para transmitirle el mensaje del Islam. Parece que Haram fue bien recibido por los hombres de la tribu. Pero mientras se dirigía al jefe, un hombre se le acercó por la espalda y atacó a Haram con una lanza. Haram murió en el acto. Cuando la lanza le atravesaba el cuello a Haram, se le oyó decir: “Dios es grande. El Señor de la Ka’ba es mi testigo; he alcanzado mi meta” (*Bujari*).

Tras asesinar a Haram impiamente, los jefes de la tribu incitaron a los demás a atacar al grupo de docentes musulmanes. Los hombres protestaron: “Nuestro jefe, Abu Bara’, se ha ofrecido como garantía; no podemos

atacarles.” Entonces, estos jefes solicitaron la ayuda de las dos tribus que habían pedido anteriormente al Profeta^{sa} que les enviara instructores musulmanes, y también a otras tribus, y atacaron al grupo musulmán. La simple declaración: “Hemos venido para predicar y enseñar; no para luchar” no hizo efecto. Se inició la matanza del grupo y todos fueron asesinados menos tres. Uno de los supervivientes estaba cojo, y se había subido a lo alto de un monte antes de iniciarse el encuentro. Dos más se habían adentrado en un bosque en busca de comida para sus camellos. Al volver del bosque, encontraron a sesenta y seis de sus compañeros muertos en el campo de batalla. Consideraron qué debían hacer. Uno dijo: “Debemos informar al Santo Profeta^{sa}”.

El otro contestó: “No puedo abandonar el lugar donde han matado al jefe de nuestro grupo, a quien el Profeta^{sa} nombró.” Con estas palabras se lanzó, solo, contra los incrédulos y murió luchando. El otro fue capturado, pero más tarde fue liberado en cumplimiento de una promesa hecha por el jefe de la tribu. Entre los musulmanes asesinados se encontraba ‘Amir bin Fuhaira, un liberto de Abu Bakr^{ra}. Su asesino fue un tal Yabbar, que más tarde

se convirtió al Islam. Yabbar atribuye su conversión a esta matanza de musulmanes.

“Cuando estaba a punto de matar a ‘Amir”, dice Yabbar, “le oí decir: ‘Por Dios, he alcanzado mi meta’. Pregunté a ‘Amir por qué un musulmán decía tales cosas en el momento de morir. ‘Amir me explicó que los musulmanes consideraban la muerte por la causa de Dios como una bendición y una victoria.” A Yabbar le impresionó tanto esta respuesta que inició un estudio minucioso del Islam y finalmente se hizo musulmán (*Hisham y Usud al-Ghaba*).

Las noticias de estos dos incidentes tristes, en los que murieron unos ochenta musulmanes como resultado de una perversa intriga, llegaron simultáneamente a Medina. Las víctimas no eran hombres corrientes, sino portadores del Corán. No habían cometido ningún delito, ni habían perjudicado a nadie. Tampoco habían tomado parte en ninguna batalla. Habían sido entregados a manos de sus enemigos mediante una mentira perpetrada en nombre de Dios y de la religión. Estos hechos demuestran definitivamente que la enemistad hacia el Islam era intensa y profunda. Sin embargo, igualmente intensa y profunda era la devoción que los musulmanes sentían por el Islam.

EL ENFRENTAMIENTO CON LOS BANU MUSTALIQ

Tras la batalla de Uhud, se produjo una escasez de alimentos en La Meca. El Profeta^{sa}, a pesar de toda la enemistad que le habían mostrado, a pesar de las maquinaciones empleadas para provocar el odio contra el Islam en todo el país, empezó a recolectar fondos para ayudar a los mequíes pobres en su momento de necesidad. A los mequíes no les impresionó siquiera este gesto de buena voluntad. Su hostilidad seguía sin mermar, e incluso se intensificó. Otras tribus, que hasta entonces habían simpatizado con los musulmanes, también empezaban a mostrar cierta hostilidad. Una de estas tribus era la de los Banu Mustaliq. Antes, se habían llevado bien con los musulmanes, pero ahora se encontraban preparando un ataque contra Medina. Cuando el Profeta^{sa} recibió noticias de sus preparativos, envió a un grupo para descubrir la verdad. Los hombres, al volver, confirmaron los informes iniciales. El Profeta^{sa} decidió salir a enfrentarse con el nuevo ataque. Reunió un ejército y lo llevó al territorio de los Banu Mustaliq. Cuando el ejército musulmán se situó frente a su enemigo, el Profeta^{sa} intentó persuadir a los adversarios de que se retiraran sin luchar. Se negaron a hacerlo y

se inició la batalla, y al cabo de unas horas el enemigo fue derrotado

En esta ocasión, al ver que los incrédulos mequíes estaban inclinados a la hostilidad, y que incluso las tribus antes favorables ahora se volvían también hostiles, los hipócritas de entre los musulmanes también decidieron luchar al lado de los musulmanes. Probablemente buscaban la oportunidad de ponerles en dificultades. El encuentro con los Banu Mustaliq no duró más que unas horas y por lo tanto los hipócritas no tuvieron oportunidad de hacerlo durante la batalla. El Profeta^{sa}, sin embargo, decidió quedarse unos días en el pueblo de los Banu Mustaliq.

Durante su estancia, se produjo un conflicto entre dos musulmanes, uno mequí y el otro medinita, acerca del derecho a sacar agua de un pozo. El mequí era un antiguo esclavo. Golpeó al medinita, que inmediatamente dio la voz de alarma, pidiendo la ayuda de sus compañeros medinitas -conocidos como Ansar, o Ayudantes-. El mequí también pidió a gritos la ayuda de sus compañeros mequíes -conocidos como *Muhayirin* o Refugiados-. La inquietud reinaba en todas partes. Nadie preguntó qué había ocurrido. Los jóvenes de ambos bandos sacaron la espada. ‘Abdul’lah bin Ubayy Salul veía en tal conflicto una

ayuda divina. Decidió agravarlo, diciendo: “Os habéis pasado en vuestra indulgencia para con los Refugiados. Vuestros buenos tratos se les han subido a la cabeza y ahora están intentando dominaros de todas las maneras.” El discurso podría haber tenido los efectos que ‘Abdul’lah deseaba y el conflicto podría haber adquirido dimensiones graves. Pero no fue así. ‘Abdul’lah se equivocó al evaluar los efectos de su discurso malintencionado. Creyendo que persuadía a los Ansar, sin embargo, prosiguió:

“Volvamos a Medina. Entonces el más honrado de sus ciudadanos expulsará al más despreciable” (Bujari).

Al decir “el más horado de sus ciudadanos” se refería a sí mismo, y por “el más despreciable” al Profeta^{sa}. Tan pronto como hubo dicho estas palabras, los musulmanes creyentes comprendieron que se trataba de una trampa. No habían escuchado, dijeron, un discurso inocente, sino un discurso de Satanás, que había venido para alejarles del camino. Un joven se levantó para informar al Profeta^{sa}, a través de su tío, de la situación. El Profeta^{sa} mandó traer a ‘Abdul’lah bin Ubayy ibn Salul y a sus Compañeros, y les preguntó sobre lo ocurrido. Éstos negaron haber participado en el incidente de la forma que se les había

atribuido. Sin embargo, con el paso del tiempo, la verdad empezó a extenderse, hasta tal punto que el propio hijo de ‘Abdul’lah bin Ubayy ibn Salul, llamado ‘Abdul’lah, se enteró del incidente y se dirigió inmediatamente al Profeta^{sa}, diciendo: “Profeta^{sa}, mi padre te ha insultado. Que la muerte sea su castigo. Si así lo decides, prefiero que me encomiendes a mí la tarea de matar a mi padre. Si mi padre muere a manos de otro, me veré obligado a vengar a mi padre, matando a aquel hombre. Así, tal vez sólo incurra en la ira de Dios.”

El Profeta^{sa} respondió: “No tengo tal intención, y trataré a tu padre con compasión y consideración”. Al comparar la falta de lealtad y cortesía de su padre con la compasión y la bondad del Profeta^{sa}, el joven ‘Abdul’lah se dirigió a Medina, lleno de ira contra su padre. Se encontró con éste en el camino, y lo paró, diciendo que no le dejaría seguir su camino a Medina hasta que retirara las palabras que había utilizado contra el Profeta^{sa}. “Los labios que dijeron: ‘El Profeta^{sa} es despreciable y yo soy honrado’ ahora habrían de decir: ‘El Profeta^{sa} es honrado y yo soy despreciable’.” ‘Abdul’lah bin Ubayy ibn Salul estaba asombrado y temeroso, y dijo: “Tienes razón, hijo mío. Muhammad es honrado y yo soy despreciable.” Entonces, el joven ‘Abdul’lah

permitió que su padre prosiguiera su viaje (*Hisham*, Vol. 2).

Ya hemos mencionado a las dos tribus judías que tuvieron que ser expulsadas de Medina debido a sus intrigas y maquinaciones. Los Banu Madir, una de las dos, emigraron en parte a Siria y en parte a una ciudad llamada Jaibar, al norte de Medina. Jaibar era un centro judío fortificado de Arabia. Los judíos que habían emigrado allí ya habían empezado a incitar a los árabes en contra de los musulmanes. Los mequíes, por su parte, ya eran enemigos jurados del Islam, por lo que no hacían falta más provocaciones para incitar a los mequíes en contra de los musulmanes. Los Ghatafan de Nalld, por sus relaciones amistosas con los mequíes, también eran hostiles a los musulmanes. Los judíos instalados en Jaibar ya contaban con los quraishíes de La Meca y los Ghatafan de Nalld. Además, tenían la intención de incitar a los Banu Sulaim y a los Banu Asad contra el Islam. También persuadieron a los Banu Sa'd, una tribu aliada de los judíos, a unirse en alianza con los mequíes en contra del Islam. Después de una larga intriga, se organizó una confederación de tribus árabes para luchar contra los musulmanes. Esta confederación incluía, por tanto, a los mequíes, las tribus

que vivían en los territorios alrededor de La Meca, las tribus de Nalld y las que vivían en territorios al norte de Medina.

LA BATALLA DE LA FOSA

Se reunió, de esta manera, un gran ejército en el quinto año de la Hégira, que según estiman los historiadores se componía de un número comprendido entre diez y veinticinco mil hombres. Sin embargo, un ejército confederado formado por las distintas tribus de Arabia no podía disponer de sólo diez mil hombres, por lo que parece más verosímil la cifra de veinticuatro mil, y fácilmente pudo estar compuesto de al menos dieciocho o veinte mil. La ciudad de Medina, que este ejército quería atacar, era una ciudad modesta, incapaz de resistir un ataque conjunto de toda Arabia. En aquella época su población estaba formada por algo más de tres mil varones (incluyendo a ancianos, jóvenes y niños). Frente a esta población, el enemigo había reunido una fuerza de entre veinte y veinticuatro mil hombres sanos, de gran experiencia bélica; y al ser un ejército reunido de distintas partes del país, contaba con miembros muy experimentados. En contraposición, la población de Medina, que tendría que resistir a este inmenso ejército, constaba de hombres de todas las

edades. Ante esta situación, no resulta difícil calcular las dificultades a las que la población musulmana de Medina tuvo que enfrentarse. Era un encuentro muy desigual, donde la fuerza enemiga disponía de entre veinte y veinticuatro mil soldados, mientras los musulmanes apenas contaban con tres mil, entre ellos, como ya hemos señalado, todos los varones jóvenes y ancianos de la ciudad. El Profeta^{sa}, al saber de los preparativos a gran escala del enemigo, celebró un consejo y pidió la opinión de los presentes. Entre los consultados se encontraba Salman^{ra} el persa, el primer converso musulmán de Persia. El Profeta^{sa} le preguntó cómo defenderían en Persia una ciudad contra un ejército tan grande. “Si la ciudad carece de fortificaciones, y el ejército que la defiende es muy pequeño”, dijo Salman, “en mi país tenemos por costumbre cavar una zanja alrededor de la ciudad para poder defenderla desde dentro.” El Profeta^{sa} aprobó esta idea. Medina estaba rodeada de colinas por un lado que proporcionaban una protección natural en dicho lugar. Había otro lado, con una gran concentración de caminos, habitado por una densa población, de manera que era imposible realizar un ataque inesperado desde allí. En el tercer lado había casas y palmerales, y a cierta distancia, estaban las fortalezas de

la tribu judía de los Banu Quraiza. Puesto que éstos habían firmado un acuerdo de paz con los musulmanes, este lado también se consideraba a salvo del ataque. En el cuarto lado había una llanura abierta y por ello, lo más probable era recibir el ataque desde allí. El Profeta^{sa}, por lo tanto, decidió cavar una trinchera en este lado, con el fin de impedir el ataque súbito de las fuerzas enemigas. La tarea se repartió de manera que cada diez musulmanes debían cavar diez metros de zanja. En total se había de conseguir una trinchera de más de un kilómetro de largo y con una anchura y profundidad adecuadas.

Durante la excavación, encontraron una roca difícil de romper. Se envió la noticia al Profeta^{sa}, que acudió inmediatamente al lugar y con un piquete, golpeó fuertemente la roca; salieron chispas, y el Profeta^{sa} gritó: “*Al’lahu Akbar*”. De nuevo golpeó la roca, y volvió a brotar la luminiscencia, y el Profeta^{sa} gritó: “*Al’lahu Akbar*”. Golpeó la roca una tercera vez. Surgió de nuevo un fulgor y el Profeta^{sa} gritó: “*Al’lahu Akbar*”, y la roca se rompió en pedazos. Los Compañeros le preguntaron acerca de lo que habían presenciado y por qué había repetido las palabras “*Al’lahu Akbar*” tres veces.

El Profeta^{sa} contestó: “Golpeé tres veces la roca con el piquete, y las tres veces se me revelaron escenas de la próxima gloria del Islam. En las primeras chispas vi los palacios sirios del Imperio romano, cuyas llaves me eran entregadas. La segunda vez, vi los palacios iluminados de Persia en Mada’in, y me fueron entregadas las llaves del Imperio persa. La tercera vez, vi las puertas de Sa’na, y se me entregaron las llaves del Reino del Yemen. Éstas son las promesas de Dios, y espero que confiéis en ellas. El enemigo no os puede dañar” (Zurqani Vol. 2 y Bari, Vol. 7).

Dada la fuerza limitada, los musulmanes no podían cavar una trinchera perfecta desde el punto de vista militar, pero ésta, al menos, parecía protegerles contra la entrada repentina de las fuerzas enemigas en la ciudad. El desarrollo posterior de la batalla demostró que no era infranqueable. Pero ningún otro lado de la ciudad era adecuado para que el enemigo pudiera atacar.

Así, el gran ejército árabe empezó a acercarse a Medina desde el lado de la trinchera. Al recibir las noticias del movimiento de las fuerzas enemigas, el Profeta^{sa} salió a defender la zanja con mil doscientos hombres y mandó otros soldados para defender otras partes de la ciudad.

Los historiadores ofrecen estimaciones distintas respecto al número de soldados que defendieron la trinchera. Algunos proponen una cifra de tres mil, otros sugieren que eran entre mil doscientos y mil trescientos hombres, y otros estiman que la fuerza musulmana constaba de tan sólo setecientos hombres. Estas estimaciones parecen difíciles de reconciliar, pero, tras sopesar todas las evidencias, hemos llegado a la conclusión de que todas son correctas, porque se refieren a fases distintas de la batalla.

UNA LUCHA MUY DESIGUAL

Ya hemos confirmado que tras la retirada de los hipócritas en Uhud, el número de musulmanes que quedaron en el campo de batalla fue de setecientos. La batalla de la Fosa tuvo lugar apenas dos años después de la Batalla de Uhud. Durante estos dos años, la historia no registra ninguna afluencia masiva hacia el Islam. Por lo tanto, tampoco se podría esperar un aumento del número de combatientes musulmanes de setecientos a tres mil. Al mismo tiempo, tampoco cabe descartar que no se produjera un cierto aumento del número de combatientes musulmanes entre las batallas de Uhud y de la Fosa. A partir de estas consideraciones, parece razonable la

estimación de mil doscientos hombres en la Batalla de la Fosa. Sólo resta analizar la razón que lleva a algunos historiadores a proponer cifras tan altas como tres mil o tan bajas como setecientos. En nuestra opinión, la respuesta reside en el hecho de que las dos cifras representan distintas fases del combate. La Batalla de la Fosa se desarrolló en tres fases. En la primera fase, antes de la llegada de las tropas enemigas, los musulmanes estaban entregados a la construcción de la trinchera. Cabe suponer que, durante este tiempo, los niños e incluso las mujeres ayudaran a transportar la tierra extraída de la zanja. Por lo tanto, podemos calcular que, en total, unas tres mil almas trabajaron por parte musulmana en la construcción de la fosa. Este número incluía a los niños y a algunas mujeres. Los niños pudieron ayudar a llevar la tierra, y las mujeres, que siempre competían con los hombres a la hora de ayudar en las campañas musulmanas, debieron haber sido de gran utilidad al efectuar diversas tareas secundarias en la construcción de la trinchera. Disponemos de evidencias que apoyan dicha suposición. Cuando se empezó la excavación, se pidió también la ayuda de los niños, de manera que prácticamente la totalidad de la población de la ciudad participó en la excavación. Pero, cuando llegaron las fuerzas

enemigas y se inició la batalla, el Profeta^{sa} ordenó que se retiraran del campo todos los jóvenes menores de quince años. Los mayores de quince podían tomar parte en la batalla si así lo deseaban (*Halbiyya*, Vol. 2). De esto se desprende que, durante la excavación, el número de musulmanes era mucho mayor que cuando empezó la batalla. Las estimaciones de tres mil musulmanes se refieren sólo a la excavación de la trinchera, y las que cifran el número de musulmanes en mil doscientos se refieren únicamente a la batalla, en la que participaron sólo los hombres. La única estimación que queda por explicar es la de setecientos. Nosotros creemos que también se trata de una estimación acertada. Ha sido propuesta por una autoridad sumamente fidedigna, como es Ibn Ishaq, y es defendida por el famoso Ibn Hazm, por lo que es difícil dudar de tal estimación. Efectivamente, si consideramos los demás detalles de la batalla, también esta estimación resulta ser correcta. Existen evidencias que muestran que cuando los Banu Quraiza, en contra de su palabra, se unieron a las fuerzas enemigas y decidieron atacar Medina desde la retaguardia, el Santo Profeta^{sa}, informado de su perversa intención, decidió enviar soldados a la parte de la ciudad ahora expuesta al ataque de los Banu Quraiza. Al principio no había pensado desplegar

defensas allí, ya que los Banu Quraiza estaban aliados con los musulmanes, y se suponía, por tanto, que no dejarían que los mequíes atacaran a la ciudad por su lado. Se sabe que cuando se le comunicó al Profeta^{SA} la noticia de la traición de los Banu Quraiza, éste – ante el hecho evidente de que las mujeres, que antes estaban seguras en esa parte de la ciudad en base a la alianza establecida, ahora se encontraban en peligro – decidió enviar dos fuerzas, de doscientos y de trescientos hombres, para defender las dos zonas de la ciudad ahora expuestas. El Profeta^{SA} les mandó utilizar el grito de “*Al’lahu Akbar*” como señal para que las fuerzas musulmanas principales supieran que las mujeres estaban a salvo. La estimación de Ibn Ishaq, por lo tanto, que cifra en setecientos el número de combatientes en la Batalla de la Fosa, también resulta acertada. Si se mandaron quinientos hombres, de un total de mil doscientos, a proteger la zona localizada detrás de la ciudad, entonces sólo podrían quedar setecientos en la trinchera. De ahí que las tres estimaciones de la fuerza musulmana para esta batalla sean correctas.

Para defender la zanja, por tanto, el Santo Profeta^{SA} disponía de tan sólo setecientos hombres. Es cierto que ya se había construido la trinchera, pero afrontar y rechazar a un ejército

tan grande parecía casi imposible incluso con la ayuda de la trinchera. Pero como siempre, los musulmanes confiaban en Dios, y contaban con Su ayuda. La pequeña fuerza se colocó a la espera del ejército enemigo, mientras que las mujeres y los niños se refugiaron en las dos zonas aparentemente seguras de la ciudad. Cuando el ejército mequí alcanzó la trinchera, sus soldados se sintieron desconcertados porque nunca se había utilizado tal estrategia en ninguna batalla árabe. Decidieron acampar a un lado de la zanja, mientras buscaban un método para atacar y entrar en Medina. Un lado estaba protegido por la trinchera, otro tenía la protección natural de las colinas y un tercer lado, estaba protegido por casas y palmerales. Era imposible lanzar un ataque repentino sobre ninguna zona de la ciudad. Los comandantes consultaron y decidieron que era necesario persuadir a los Banu Quraiza, la tribu judía todavía residente en Medina, para que rompieran su alianza con los musulmanes y se unieran a los confederados en este ataque crucial sobre la ciudad. Sólo los Banu Quraiza podrían abrirles paso a la ciudad. Tras deliberaciones, Abu Sufyan^{ra} eligió a Huyai bin Ajtab, jefe de la tribu exiliada de los Banu Nadir y principal incitador de las tribus árabes contra Medina, como responsable para negociar con los Banu Quraiza la concesión de

facilidades para atacar la ciudad desde atrás. Huyai bin Ajtab se dirigió a la fortaleza judía a visitar al jefe de los Banu Quraiza. Al principio se negaron a recibirle. Pero consiguió persuadir a uno de los Quraiza, un tal Ka'b, diciendo que éste era el momento más oportuno para derrotar a los musulmanes. Explicó que toda Arabia se había unido para atacar y destruir a los musulmanes. El ejército que se hallaba al otro lado de la trinchera no era un simple ejército, sino un océano de hombres fuertes, a quienes los musulmanes no podrían resistir. Finalmente, llegó a un acuerdo, según el cual los Banu Quraiza, en el momento en que el ejército de infieles lograra pasar la zanja, atacarían aquella zona de Medina a la que el Santo Profeta^{sa} había enviado a las mujeres y los niños para su seguridad. Se pensaba que este plan rompería la resistencia musulmana y provocaría la muerte de su población entera (hombres, mujeres y niños). Si este plan hubiese logrado siquiera un éxito parcial, les habría costado muy caro a los musulmanes. No habrían tenido escapatoria a esta trampa mortal.

LA TRAICIÓN DE LOS BANU QURAIZA

Como ya hemos señalado, los Banu Quraiza estaban aliados con los musulmanes, y

aunque no lucharan junto a los musulmanes, al menos se esperaba de ellos que bloquearan el paso de los enemigos. El Profeta^{sa}, por lo tanto, había dejado desprotegida aquella zona de la ciudad. Los Banu Quraiza sabían que los musulmanes confiaban en su buena fe. Por tanto, cuando decidieron ayudar a los árabes, acordaron no hacerlo de manera manifiesta, para no alarmar a los musulmanes que, sin duda, tomarían medidas para proteger la zona de la ciudad más próxima a los Banu Quraiza. Así pues, se organizó un peligroso complot.

Tras la decisión de atacar simultáneamente a los musulmanes por los dos lados, el ejército árabe se lanzó al asalto de la trinchera. Pasaron unos días, sin embargo, sin que se produjera ningún acontecimiento decisivo. Entonces tuvieron la idea de colocar a los arqueros en un promontorio, con la orden de atacar a los grupos de musulmanes que defendían la zanja. Estos grupos se encontraban en el borde de la trinchera, separados unos de otros por cierta distancia. En el momento en que la defensa musulmana mostrara signos de debilidad, los incrédulos intentarían atravesar la zanja, con la ayuda de sus mejores jinetes. Pensaban que al repetir ataques de este tipo lograrían apoderarse de una zona en el lado musulmán de la trinchera, desde donde

podrían reunir sus fuerzas para montar un ataque concentrado sobre la ciudad. Se lanzaron, pues, ataques sucesivos, y los defensores musulmanes se vieron forzados a luchar sin cesar. Un día se vieron tan ocupados en repeler estos continuos ataques que no pudieron hacer todas las oraciones diarias en las horas prescritas. El Profeta^{sa}, entristecido por esto, dijo: “¡Que Dios castigue a los infieles, que han perturbado nuestras oraciones!”. Este incidente muestra no sólo la intensidad de los ataques del enemigo, sino también que la preocupación principal del Profeta^{sa} era siempre la adoración a Dios. Medina se encontraba asediada por todos los lados. No sólo los hombres, sino también las mujeres y los niños se enfrentaban a una muerte casi segura. La ciudad entera era presa de la angustia. Pero el Profeta^{sa} seguía pensando en hacer las oraciones diarias a las horas prescritas. Los musulmanes no adoran a Dios una vez por semana, como hacen los cristianos y los hindúes. Los musulmanes han de hacer las oraciones cinco veces al día. Durante la batalla, resultaba difícil realizar una oración pública, y era aún más difícil rezar las cinco oraciones diarias en congregación. Pero el Profeta^{sa} convocaba las cinco oraciones diarias incluso durante la batalla. Si una de

ellas se veía impedida por los ataques del enemigo, el Profeta^{sa} se entristecía.

Respecto a la batalla, el enemigo atacaba ahora de frente, y los Banu Quraiza, sin alertar a la población musulmana, mantenían la intención de atacar desde atrás. Planeaban entrar en la ciudad desde la retaguardia y matar a las mujeres y los niños que se habían refugiado allí. En un momento determinado, los Banu Quraiza decidieron mandar a un espía para informarse acerca de la presencia y el número de guardias destinados a proteger a las mujeres y niños. Había un recinto especial para las familias, consideradas por el enemigo como objetivos especiales. El espía llegó, y empezó a merodear por el recinto, mirando sospechosamente a todos lados. Safiyya, una tía del Profeta^{sa}, le vio. En ese momento no había más que un centinela de guardia y estaba enfermo. Safiyya le informó de lo que había visto, sugiriendo que detuviera al espía antes de que pudiera informar al enemigo de la falta de protección de las mujeres y niños en aquella zona de la ciudad. El musulmán enfermo no pudo moverse y entonces Safiyya cogió un bastón y empezó a luchar contra el intruso. Con la ayuda de las demás mujeres, consiguió matar al hombre. Más tarde se confirmó que, efectivamente, el hombre era

espía de los Banu Quraiza. Los musulmanes se inquietaron y empezaron a temer otros ataques desde los flancos que hasta entonces se habían considerado seguros. Pero, por otro lado, el ataque frontal era tan intenso que se precisaba de toda la fuerza musulmana para resistirlo. No obstante, el Profeta^{sa} decidió destinar una parte de su ejército a la protección de las mujeres y los niños. Como hemos señalado en nuestro comentario anterior, de un total de mil doscientos efectivos, el Profeta^{sa} destinó quinientos para la protección de las mujeres dentro de la ciudad. Para la defensa de la zanja, por lo tanto, no quedaban más de setecientos hombres para luchar contra un ejército de unos dieciocho a veinte mil. Muchos musulmanes, que se sentían desanimados ante la lucha tan desigual que habían de afrontar, se dirigieron al Profeta^{sa} para exponerle la situación crítica en la que se encontraban, y la imposibilidad de salvar la ciudad. Le pidieron que rezara y les enseñara una oración especial para esta ocasión. El Profeta^{sa} les respondió: “No temáis. Orad a Dios para que os proteja de vuestra debilidad, para que fortalezca vuestro corazón y alivie vuestra angustia.” El Profeta^{sa} rezó con las siguientes palabras:

“Dios, Tú me has enviado el Corán. Tú no esperas a pedir cuentas. Inflige la derrota a estas hordas que han venido a atacarnos. Dios, de nuevo Te ruego: ocasiona su derrota, haz que nosotros les venzamos y frustra sus malas intenciones” (*Bujari*).

Y también rezó:

“Dios, Tú escuchas a quienes Te suplican en la pena y la aflicción. Tú contestas a los que sufren angustia. Libérame pues de mi dolor, mi angustia y mi temor. Tú conoces la lucha desigual que hemos de afrontar mis Compañeros y yo” (*Zurqani*).

Los hipócritas estaban más nerviosos que los demás en la fuerza musulmana. Desapareció de sus corazones toda consideración por el honor de su ejército, la seguridad de su ciudad, sus mujeres y sus niños. Pero no querían ser avergonzados en presencia de los suyos. Empezaron, pues, a desertar ofreciendo pretextos inverosímiles. El Corán hace referencia a esto en el versículo 14 del Capítulo 33:

Una fracción de ellos pidió permiso al Profeta^{sa}, diciendo: “Nuestras casas están expuestas e indefensas”. Pero no lo estaban. No querían más que huir.

En los siguientes versículos del Corán, se describen tanto el estado de la batalla en ese

momento como las condiciones en las que se encontraban los musulmanes:

“Cuando llegaron sobre vosotros desde arriba y desde abajo, cuando vuestros ojos se distrajeron y vuestros corazones saltaron a vuestras gargantas, y mantuvisteis pensamientos rebeldes sobre Al’lah. Allí y entonces fueron probados amargamente los creyentes, y agitados con una violenta agitación. Cuando los hipócritas y los de corazón enfermo dijeron: “Al’lah y Su Mensajero no nos han prometido más que un engaño”. Y cuando un grupo de ellos dijeron: “Oh pueblo de Yazrib, tal vez no podáis resistir al enemigo; volveos pues” ...” (33:11-14).

En estos versículos se recuerda a los musulmanes cómo fueron atacados de frente por la confederación de tribus árabes y desde atrás por los judíos. Se recuerda la tristeza que les acogía en aquel momento. Sus miradas desvariaban y sus corazones subían hasta sus gargantas por el miedo. Incluso empezaron a dudar de Dios. En ese momento, los creyentes fueron probados, y se vieron sometidos a una convulsión. Los hipócritas y los espiritualmente enfermos empezaron a decir: “¡Nos han engañado las falsas promesas de Dios y Su Profeta^{sa}!” Una parte de ellos intentó socavar la moral de las fuerzas musulmanas, diciendo: “Ya no merece

la pena luchar. Lo único que debemos hacer es retirarnos.”

El Corán también describe la conducta de los verdaderos creyentes en esta ocasión:

“Mas cuando los creyentes vieron a los confederados, dijeron: “Esto es lo que Al’lah y Su Mensajero nos prometieron, Y Al’lah y su Mensajero dijeron la verdad” y esto no hizo más que aumentar su fe y su sumisión. Entre los creyentes hay hombres que han respetado la alianza que hicieron con Al’lah. Hay algunos de ellos que siguen esperando y no han cambiado nada en lo que respecta a su condición.” (33:23-24).

Así, los verdaderos creyentes diferían de los hipócritas y los débiles. Cuando vieron el enorme ejército enemigo, se acordaron de lo que Dios y Su Profeta^{sa} ya les habían informado. Este ataque, acordado por las tribus de Arabia, simplemente constituía una prueba de la verdad de Dios y del Profeta^{sa}. La fe de los verdaderos creyentes permaneció inquebrantable, y su espíritu de obediencia y el fervor de su fe aumentaron. Los verdaderos creyentes fueron fieles a su alianza con Dios. Algunos ya habían conseguido el objetivo de su vida al encontrar la muerte. Otros sólo esperaban morir en el camino de Dios, y lograr alcanzar su meta.

Las fuerzas enemigas atacaban la trinchera sin interrupción. En algunos de sus intentos conseguían atravesarla. Un día, algunos generales importantes lograron cruzarla, pero se encontraron con una defensa musulmana tan decidida que tuvieron que retirarse. En este encuentro murió Naufal, uno de los jefes incrédulos de tal rango, que los árabes no podían tolerar la idea de que se pudiera humillar a su cadáver. Mandaron pues un mensaje al Profeta^{sa} comprometiéndose a pagar una suma de diez mil dírhamas a cambio del cuerpo de su jefe. Este precio tan elevado por la devolución de un cadáver se debía a su sentimiento de culpabilidad, pues los incrédulos habían mutilado los cuerpos de los musulmanes caídos en Uhud, y temían que los musulmanes hicieran lo mismo. Pero la enseñanza del Islam era distinta: prohibía la mutilación de los cadáveres. Cuando el Profeta^{sa} recibió el mensaje y la oferta, dijo: “¿De qué nos sirve este cadáver? No queremos nada a cambio. Si queréis, llevároslo.” (*Zurqani*, Vol. 2, p. 114)

En unodelosepígrafes de *Life of Muhammad*^{sa} (Londres, 1878, p. 322) de William Muir, se describe con gran elocuencia el feroz ataque lanzado contra los musulmanes. No necesitamos pedir disculpas por citarlo aquí:

“Al día siguiente, Muhammad^{sa} encontró toda la fuerza de los confederados reunida contra él. Frustrar las maniobras del enemigo exigió del Profeta^{sa} una mayor actividad y una vigilancia incesante. A veces, el enemigo amenazaba con lanzar un ataque general; y después, dividiéndose en grupos, atacaban distintas posiciones en sucesión rápida para crear una distracción; y por último, aprovechaba cualquier oportunidad para reunir sus tropas en el punto menos protegido y bajo la protección de una lluvia continua de flechas, intentaban atravesar la trinchera. Una y otra vez lanzaron ataques, sobre la ciudad y sobre la tienda de campaña de Muhammad^{sa}, dirigidos por jefes tan renombrados como Jalid^{ra} y Amr^{ra}. Los ataques eran rechazados únicamente mediante contraataques constantes y el disparo de flechas. Esta situación se alargaba durante todo el día y el ejército de Muhammad^{sa} era escasamente suficiente para defender la larga zanja y no había posibilidad de relevo. Incluso de noche, Jalid^{ra}, con una poderosa caballería, imponía la alarma, amenazando la defensa y haciendo precisa la colocación de centinelas a intervalos muy cortos. Pero todos los esfuerzos enemigos fueron en vano. No lograron cruzar la trinchera.”

Desde el comienzo de la batalla ya habían transcurrido dos días y aún no se había producido ningún combate cuerpo a cuerpo, ni había habido grandes pérdidas

humanas. Veinticuatro horas de lucha sólo habían causado tres muertes en el ejército enemigo y cinco en el ejército musulmán. Sa'd bin Mu'adh^{ra}, jefe de los Aus y devoto del Profeta^{sa}, se encontraba herido. Por otra parte, los repetidos asaltos sobre la zanja causaron algunos daños y facilitaron ataques posteriores. Se dieron grandes escenas de valentía y lealtad. Era una noche fría, quizás una de las más frías de Arabia. Sabemos por 'A'isha^{ra}, la santa esposa del Profeta^{sa}, que él se levantaba una y otra vez para proteger la parte dañada de la trinchera. Estaba agotado. Volvía a acostarse pero, al entrar en calor, se levantaba de nuevo para proteger la zanja. Un día, incapaz de moverse debido al agotamiento, expresó su deseo de que algún devoto musulmán le relevara en el trabajo físico de proteger la trinchera en el frío de la noche, y al instante, oyó una voz. Era Sa'd bin Waqqas^{ra}. El Profeta^{sa} le preguntó por qué había venido.

“Para proteger tu persona”, contestó Sa'd^{ra}.

“No es necesario proteger mi persona”, le dijo el Profeta^{sa}, “Una parte de la zanja ha sufrido daños. Ve a protegerla, para que los musulmanes estén seguros.” Sa'd^{ra} se fue, y el Profeta^{sa} pudo dormir. (Se dio en esto una curiosa coincidencia, pues cuando el Profeta^{sa}

llegó a Medina y su vida corría un gran peligro, Sa'd^{ra} se ofreció para protegerle como guardaespaldas). En otra ocasión durante aquellos días difíciles, el Profeta^{sa} oyó el sonido de las armas. “¿Quién es?”, preguntó. “Soy ‘Ibad bin Bishr^{ra}”, fue la respuesta.

“¿Vienes acompañado?”, le preguntó el Profeta^{sa}. “Sí”, respondió ‘Ibad^{ra}. “Vengo con un grupo de Compañeros para guardar tu tienda”. “Dejad la tienda. Los incrédulos están intentando cruzar la trinchera. Id a luchar contra ellos” (*Halbiyya*, Vol. 2).

Como ya hemos dicho, los judíos intentaron entrar desapercibidos en la ciudad. En ese intento murió un espía judío. Cuando se percataron de que su trama había sido descubierta, empezaron a ayudar abiertamente a los confederados árabes. Sin embargo, no se hizo realidad ningún ataque concertado desde atrás, porque el campo era estrecho, y la presencia de guardias musulmanes lo hacía difícil. Sin embargo, unos días más tarde, los judíos y los confederados paganos decidieron lanzar un ataque simultáneo y por sorpresa.

LOS CONFEDERADOS SE DISPERSAN

Este peligroso plan, sin embargo, fue frustrado milagrosamente por Dios. Sucedió

de esta manera: Un tal Mu'aim^{ra}, miembro de la tribu de los *Ghatafan*, se sentía inclinado hacia el Islam. Había venido con los ejércitos paganos pero deseaba ayudar a los musulmanes. Por sí sólo no podía hacer mucho. Pero cuando supo que los judíos se habían aliado con los árabes, y que los musulmanes se enfrentaban a la destrucción y a la muerte segura, decidió hacer todo lo posible por salvarlos. Se dirigió a los Banu Quraiza y habló con sus jefes. Les preguntó qué esperaban que hicieran los musulmanes en caso de que los ejércitos árabes huyeran. ¿No deberían los judíos, en tanto que mantenían una alianza con los musulmanes, prepararse para recibir el castigo merecido por romper su alianza? Esta pregunta asustó a los jefes judíos que le preguntaron qué es lo que deberían hacer. Nu'aim^{ra} les recomendó que pidieran como rehenes a setenta paganos. Si los paganos eran honestos y deseaban un ataque combinado, no rechazarían tal petición. Dirían que estos setenta hombres protegerían los puntos estratégicos mientras que ellos atacaban a los musulmanes desde atrás. Tras mantener estas conversaciones con los judíos, Nu'aim^{ra} se dirigió a los jefes paganos. Les preguntó qué es lo que harían si los judíos rompían su alianza; si para conciliar a los musulmanes pedían setenta

rehenes paganos y luego se los entregaban a los musulmanes. ¿No era importante poner a prueba la sinceridad de los judíos, pidiéndoles que participaran de inmediato en el ataque combinado? Este consejo impresionó a los jefes paganos, y lo aceptaron. Mandaron un mensaje a los judíos, pidiéndoles que atacaran la ciudad desde atrás, ahora que ellos (los confederados) estaban preparados para el ataque previsto. Los judíos respondieron que el día siguiente era sábado y por lo tanto, no podían luchar. Además, dijeron que ellos eran de Medina, mientras los confederados eran todos forasteros. Si los árabes huían de la batalla ¿qué harían los judíos? Los árabes, por lo tanto, debían entregar a setenta hombres como rehenes. Entonces los judíos estarían dispuestos a llevar a cabo su parte del ataque. De esta manera, quedaron sembradas las sospechas mutuas. Los árabes rechazaron la petición judía, pues decían que si eran sinceros en su pacto con los árabes, esta petición carecía de sentido. De esta manera la duda empezó a socavar su ánimo, y los ejércitos árabes fueron perdiendo la moral hasta tal extremo que, al caer la noche, tanto los oficiales como los soldados volvieron deprimidos a sus tiendas y se acostaron llenos de incertidumbre y vacilaciones. Bajo estas circunstancias se produjo un milagro, y los

musulmanes recibieron la ayuda desde el cielo. Empezó a soplar un fuerte viento que derribó las tiendas, volcó las ollas y apagó algunos fuegos. Los paganos tenían por costumbre mantener el fuego vivo a lo largo de la noche, pues el fuego ardiente en el campamento era un buen augurio, mientras que un fuego apagado era un mal augurio. Cuando se apagaba un fuego delante de una tienda, sus ocupantes, al considerarlo una mala señal, se retiraban de la batalla durante un día, para después volver a la lucha. Los jefes paganos ya se encontraban asediados por las dudas. Algunos soldados empezaron a recoger sus cosas, otros pensaron que los musulmanes habían lanzado un ataque nocturno. El rumor se extendió y todos empezaron a replegar sus tiendas y a retirarse del campo de batalla. Se dice que Abu Sufyan^{ra} estaba acostado en la suya, y cuando llegó a sus oídos la noticia de la retirada repentina de las divisiones paganas, se levantó de un salto y en su agitación, se montó sobre un camello que estaba atado. Espoleó al animal pero éste no se movió. Sus amigos le indicaron lo que sucedía, y liberaron al animal. Abu Sufyan^{ra}, en compañía de sus amigos, abandonó el campo de batalla.

Habían transcurrido apenas dos tercios de la noche cuando el campo de batalla quedó

completamente desierto. Desapareció un ejército de veinte a veinticinco mil soldados y seguidores, dejando atrás un campo vacío. Al mismo tiempo, el Profeta^{sa} recibía una revelación que le informaba de la huida de las fuerzas enemigas gracias a la intervención de Dios. Para confirmar lo ocurrido, el Profeta^{sa} quiso mandar a uno de sus soldados a recorrer el campo de batalla. Hacía un frío intenso y no era extraño que los musulmanes, mal vestidos, se sintieran ateridos. Algunos oyeron el grito del Profeta^{sa} en la noche. Quisieron responder, pero debido al frío no pudieron. Sólo Hudhaifa^{ra} contestó en voz alta: “Sí, Profeta^{sa} de Dios. ¿Qué desea que hagamos?”

El Profeta^{sa} llamó de nuevo, y de nuevo nadie salvo Hudhaifa^{ra}, fue capaz de contestar a causa del frío. El Profeta^{sa} pidió a Hudhaifa^{ra} que recorriera el campo de batalla, porque Dios le había informado de la huida del enemigo. Hudhaifa^{ra} se acercó a la zanja y desde allí vio que, efectivamente, el enemigo había abandonado el campo de batalla; ya no había soldados ni hombres. Hudhaifa^{ra} volvió al Profeta^{sa}, recitó la *Kalima* y dijo que el enemigo había huido. Al día siguiente, los musulmanes recogieron sus tiendas y se prepararon para volver a la ciudad. Se había acabado una dura prueba de veinte años.

EL CASTIGO DE LOS BANU QURAIZA

De nuevo, los musulmanes respiraban la paz. Pero todavía tenían que arreglar cuentas con los Banu Quraiza que habían roto su pacto con los musulmanes, algo que no se podía olvidar. El Profeta^{sa} reunió a sus fuerzas agotadas, y les dijo que aún no podían descansar, pues antes de la puesta del sol, debían atacar las fortificaciones de los Banu Quraiza. A continuación, envió a ‘Ali^{ra} a los Banu Quraiza para preguntarles por qué habían roto su solemne pacto. Los Banu Quraiza no mostraron remordimiento ni voluntad alguna de disculparse. Insultaron a ‘Ali^{ra} y a los demás delegados musulmanes, y profirieron viles insultos al Profeta^{sa} y las mujeres de su familia. Añadieron que no les importaba Muhammad^{sa} y que nunca habían hecho ningún pacto con él. Cuando ‘Ali^{ra} volvió para informar de la respuesta judía, encontró al Profeta^{sa} y los Compañeros avanzando hacia las fortificaciones judías. ‘Ali^{ra}, temiendo que el Profeta^{sa} se sintiera dolido por los insultos que los judíos habían proferido contra él, sus esposas y sus hijos, le sugirió que no participara, ya que los musulmanes podían hacer frente a los judíos. El Profeta^{sa} le comprendió, y dijo: “No quieres que oiga sus insultos ¿verdad?”.

“Así es”, dijo ‘Ali^{ra}.

“Pero, ¿por qué?”, preguntó el Profeta^{sa}, “Moisés era uno de los suyos, y sin embargo a él le infligieron más sufrimientos que a mí.” El Profeta^{sa} siguió avanzando. Los judíos erigieron sus defensas y empezaron a luchar. Sus mujeres también tomaron parte en la contienda. Algunos musulmanes se hallaban sentados al pie de un muro cuando una mujer judía, al verles, dejó caer sobre ellos una roca, matando a uno de ellos llamado Jayad^{ra}. El encuentro duró varios días, al cabo de los cuales los judíos no pudieron resistir más. Mandaron un mensaje al Profeta^{sa}, pidiéndole que enviara a Abu Lubaba^{ra}, jefe *Ansari* de los Aus, tribu que mantenía relaciones amistosas con los judíos. Querían consultarle sobre un posible acuerdo. El Profeta^{sa} envió a Abu Lubaba^{ra} y los judíos le preguntaron si debían deponer las armas y aceptar el juicio del Profeta^{sa}. Abu Lubaba^{ra} contestó afirmativamente, pero al mismo tiempo pasó un dedo por el cuello, haciendo el signo de la muerte. El Profeta^{sa} no había dicho nada a nadie respecto a este asunto. Pero Abu Lubaba^{ra}, temiendo que el crimen de los judíos no mereciera menos que la muerte, hizo dicho gesto involuntariamente, lo que resultó finalmente mortal para los judíos.

Rechazaron el consejo de Abu Lubaba^{ra} y se negaron a aceptar el juicio del Profeta^{sa}. De haberlo aceptado, el peor castigo habría sido su expulsión de Medina. Pero la suerte quiso que rechazaran el juicio del Profeta^{sa}, prefiriendo aceptar el juicio de Sa'd bin Mu'adh^{ra}, jefe de sus aliados, los Aus. Aceptarían cualquier castigo propuesto por él. Entre tanto, también surgió un conflicto entre los propios judíos: un grupo de entre ellos sostenía que mientras que su pueblo había roto la alianza con los musulmanes, la conducta de éstos mostraba que eran justos y honrados. Por tanto la suya era la religión verdadera. Quienes pensaban así se unieron al Islam. 'Amr bin Sa'di^{ra}, uno de los jefes judíos, reprochó a su pueblo, diciendo: "Habéis cometido un crimen al no cumplir con vuestra palabra. Ahora vuestro único recurso es uniros al Islam o dar la *jizya*."

Ellos contestaron: "Ni nos uniremos al Islam ni daremos la *jizya*, porque es mejor morir que dar la *jizya*". 'Amr^{ra} respondió que en ese caso se consideraba absuelto, y abandonó la fortaleza. Muhammad^{sa} bin Maslama^{ra}, comandante de una columna musulmana, le vio y le preguntó quién era. Al conocer su identidad, le dijo que marchara en paz, y empezó a rezar en voz alta:

"Dios, dame el poder de cubrir los errores de los hombres honrados."

Con esta plegaria quiso expresar que este judío mostraba remordimientos respecto a la conducta de su pueblo, y por lo tanto, era el deber moral de los musulmanes perdonar a hombres como él. Al dejar que se fuera, había hecho el bien y había pedido a Dios que le concediera la oportunidad de volver a hacer semejantes obras buenas. Cuando el Profeta^{sa} supo lo que había hecho Muhammad^{sa} bin Maslama^{sa}, no lo reprochó, sino que lo consideró correcto.

La voluntad de hacer la paz y aceptar el juicio del Profeta^{sa} había sido expresada sólo por algunos judíos a título individual. Como colectivo, los judíos permanecieron intransigentes, se negaron a aceptar el juicio del Profeta^{sa} y exigieron en su lugar el de Sa'd^{ra} bin Mu'adh (*Bujari, Tabari y Kramis*). El Profeta^{sa} aceptó su demanda y envió un mensaje a Sa'd^{ra}, que seguía herido, pidiéndole que viniera para emitir su veredicto sobre la traición judía. Al anunciarse la decisión del Profeta^{sa}, los Aus (aliados de los Banu Quraiza durante un largo tiempo) se apresuraron hacia Sa'd^{ra} para pedirle que concediera su favor a los Banu Quraiza; le dijeron que los Jazrall siempre habían intentado salvar a sus aliados judíos. Por tanto, era el deber de Sa'd^{ra} salvar a los judíos aliados con su tribu. Sa'd^{ra}

se dirigió en caballo hacia los Banu Quraiza, mientras a sus dos lados corrían hombres de su propia tribu que le pedían perdonar a los Banu Quraiza. Sa'd^{ra} se limitó a contestar que, como responsable del juicio, tenía una misión que debía cumplir con integridad: “Daré a conocer mi juicio, por tanto, tras sopesar toda la evidencia, y sin temor ni prejuicio alguno.” Al llegar a la fortaleza judía, Sa'd^{ra} vio a los Banu Quraiza alineados a lo largo de una muralla del recinto y a los musulmanes al otro lado. Acercándose a éstos, Sa'd^{ra} preguntó: “¿Aceptaréis mi juicio?”. Contestaron: “Sí”.

EL JUICIO DE SA'D INSPIRADO EN LA BIBLIA

Dirigiéndose a los Banu Quraiza, les hizo la misma pregunta; ellos también aceptaron. Después, tímidamente, señaló con el dedo hacia donde estaba el Profeta^{sa} y preguntó si los de aquel lado también aceptarían acatar su juicio. Al oírle, el Profeta^{sa} contestó: “Sí” (*Tabari e Hisham*). Entonces Sa'd^{ra} dio a conocer su juicio de acuerdo con el siguiente mandamiento de la Biblia:

Quando te acerques a una ciudad para combatir contra ella, le propondrás la paz. Si ella te responde con la paz y te abre las puertas, todo el pueblo que se

encuentra en ella te deberá tributo y te servirá. Pero si no hace la paz contigo, y te declara la guerra, la sitiarás. Yahveh tu Dios la entregará en tus manos, y pasarás a filo de espada a todos sus varones; las mujeres, los niños, el ganado, todo lo que haya en la ciudad, todos sus despojos, los tomarás como botín. Comerás los despojos de los enemigos que Yahveh tu Dios te haya entregado. Así has de tratar a las ciudades muy alejadas de ti, que no forman parte de estas naciones. En cuanto a las ciudades de estos pueblos que Yahveh tu Dios te da en herencia, no dejarás nada con vida, sino que las consagrarás al anatema: a hititas, amorreos, cananeos, perizitas, jivitas y jebuseos, como te ha mandado Yahveh tu Dios, para que no os enseñen a imitar todas estas abominaciones que ellos hacían en honor de sus dioses: ¡pecaríais contra Yahveh, vuestro Dios! (Deuteronomio, 20:10-18).

De acuerdo con la enseñanza de la Biblia, si hubieran ganado los judíos y hubiera perdido el Profeta^{sa}, todos los musulmanes (hombres, mujeres y niños) habrían sido asesinados. La historia nos ha enseñado que tal era, efectivamente, la intención de los judíos. Como mínimo, los judíos habrían matado a los hombres, tomado a las mujeres y los niños como esclavos y se habrían apropiado de sus bienes, siendo éste el tratamiento prescrito en el Deuteronomio para las naciones alejadas. Sa'd^{ra}

mantenía relaciones amistosas con los Banu Quraiza. Su tribu estaba aliada con la de ellos. Cuando vio que los judíos se habían negado a aceptar el juicio del Profeta^{sa}, rechazando así el castigo menor prescrito para tal delito en el Islam, decidió imponer a los judíos el castigo prescrito por Moisés. La responsabilidad de este juicio no recae, por tanto, en el Profeta^{sa} ni en los musulmanes, sino en Moisés y su enseñanza, y en los judíos que habían tratado tan cruelmente a los musulmanes. Se les ofreció un juicio misericordioso pero, lejos de aceptarlo, exigieron un juicio por parte de Sa'd^{sa}, quien optó por castigarles de acuerdo con la ley de Moisés. Y sin embargo, aún hoy los cristianos difaman al Profeta^{sa} del Islam, diciendo que trató con crueldad a los judíos. Si eso fuera cierto, ¿por qué no trató con la misma crueldad a otros pueblos en otras ocasiones? Hubo muchas ocasiones en las que los enemigos del Profeta^{sa} se vieron obligados a pedir clemencia, y nunca la pidieron en vano. En esta ocasión, el enemigo insistió en que el juicio fuera dictado por otro, y no por el Profeta^{sa}. Este juez, nombrado por los mismos judíos para actuar de árbitro entre ellos y los musulmanes, preguntó al Profeta^{sa} y a los judíos, en público, si estaban dispuestos a aceptar su veredicto. Tras recibir su consentimiento, pasó a anunciar su decisión.

¿En qué consistía tal veredicto? Simplemente en la aplicación de la ley de Moisés al delito de los judíos. ¿Por qué no habrían de aceptarlo? ¿No se consideraban acaso seguidores de Moisés? Si se perpetró alguna crueldad, los judíos la infligieron sobre ellos mismos. Se negaron a aceptar el juicio del Profeta^{sa} pidiendo, en su lugar, la aplicación de su propia ley religiosa. Si hubo crueldad, sólo es atribuible a Moisés, que estableció este castigo para el enemigo sitiado y lo hizo constar en su libro bajo el mandato de Dios. Los escritores cristianos, por tanto, no deben derramar su ira sobre el Profeta^{sa} del Islam. Más bien, han de condenar a Moisés, que prescribió esta cruel condena, o al Dios de Moisés, que le ordenó hacerlo.

Después de la Batalla de la Fosa, el Profeta^{sa} declaró que a partir de ese momento, los paganos no atacarían a los musulmanes, sino que los musulmanes atacarían a los paganos. Las cosas iban a cambiar. Los musulmanes tomarían la ofensiva contra las tribus y los grupos que hasta ahora les habían atacado sin justificación. Las palabras del Profeta^{sa} no eran una mera amenaza. En la Batalla de la Fosa, los confederados árabes no habían registrado grandes bajas. Perdieron tan sólo unos cuantos hombres. Podrían haber vuelto a atacar Medina en menos de un año, y con mejores preparativos.

En lugar de un ejército de veinte mil hombres, podrían haber reunido una fuerza de cuarenta o de hasta cincuenta mil hombres. Tampoco habría sido imposible levantar un ejército de cien mil o ciento cincuenta mil soldados. Pero durante veintiún años los enemigos del Islam habían hecho todo lo posible para erradicar al Islam y a los musulmanes. El fracaso repetido de sus planes había socavado su confianza y empezaban a temer que todo cuanto enseñaba el Profeta^{sa} fuera la verdad, que sus ídolos y dioses nacionales fueran falsos; y el Creador fuera el Único Dios. La idea de que el Profeta^{sa} tenía razón y ellos se equivocaban empezaba a calar en sus corazones. Sin embargo, no mostraban ningún signo externo de su temor. Físicamente, los incrédulos se comportaban como siempre; rezaban ante sus ídolos de acuerdo con la costumbre nacional. Pero su espíritu estaba destruido. Externamente vivían como paganos e incrédulos, pero por dentro sus corazones parecían hacer eco del lema musulmán: “No hay otro Dios que Al’lah”.

Tras la batalla de la Fosa, el Profeta^{sa}, como ya hemos señalado, declaró que en el futuro los incrédulos ya no atacarían a los musulmanes, sino que serían los musulmanes los que atacarían a los incrédulos. La tolerancia musulmana había llegado a sus límites, y

la situación debía cambiar (*Bujari, Kitab al-Maghazi*).

¿DESEABA EL PROFETA CONTINUAR LA GUERRA?

En los conflictos bélicos que hasta aquel momento se habían llevado a cabo, los musulmanes o bien se habían quedado en Medina, o bien se habían alejado a cierta distancia de la ciudad para luchar contra la agresión de los incrédulos. Los musulmanes no iniciaron estos enfrentamientos, ni se mostraron dispuestos a continuarlos una vez iniciados. Por regla general, sólo hay dos formas de acabar con las hostilidades: mediante una paz negociada o mediante la sumisión de una parte a la otra. Hasta ese momento, en los encuentros entre musulmanes e incrédulos no había perspectiva de una paz negociada, ni tampoco ninguna de las partes se había ofrecido someterse a la otra. Es cierto que se habían producido treguas, pero no se podía decir que la guerra entre musulmanes e incrédulos había terminado. Según la costumbre habitual, los musulmanes podrían haber atacado a las tribus enemigas, obligándoles a rendirse. Pero no lo hicieron. Cuando los enemigos dejaban de luchar, también cesaban de luchar los musulmanes. Abandonaban

la lucha esperando que se iniciaran unas negociaciones para la paz. Pero cuando fue evidente que los incrédulos no tenían intención de hablar de la paz, ni mostraban disposición alguna a rendirse, el Profeta^{sa} decidió que había llegado el momento de acabar la guerra, bien mediante un acuerdo de paz o mediante la rendición. Para que hubiera paz, era preciso terminar la guerra. Después de la Batalla de la Fosa, por lo tanto, el Profeta^{sa} se mostró dispuesto a conseguir una de las dos cosas: la paz o la rendición. La rendición de los musulmanes ante los incrédulos quedaba fuera de consideración, y la victoria del Islam sobre sus perseguidores había sido prometida por Dios. El Profeta^{sa} había hecho declaraciones a tal efecto durante su estancia en La Meca. ¿Podían abogar por la paz, por tanto, los musulmanes? Un movimiento por la paz puede ser iniciado bien por la parte más fuerte o bien por la más débil. Cuando el más débil propone la paz, ha de ceder, de forma provisional o permanente, una parte de su territorio o de los ingresos derivados de tal territorio, o ha de aceptar otras condiciones impuestas por el enemigo. Cuando es el más fuerte quien propone la paz, se entiende que no contempla la destrucción total del más débil, sino que está dispuesto a dejarle conservar su independencia total o parcial a

cambio de ciertas condiciones. En las batallas hasta ahora libradas entre musulmanes e incrédulos, éstos últimos sufrieron una derrota tras otra, y aun así, su poder no se había quebrantado. Sólo habían fracasado en sus intentos de destruir a los musulmanes. El fracaso en no poder destruir a otro, no implica una derrota, sino simplemente supone que la agresión no ha tenido éxito, y que los ataques se pueden repetir. A los mequíes, por lo tanto, no se les había derrotado. Desde el punto de vista militar, los musulmanes constituían, sin duda alguna, la parte más débil. Aunque mantenían sus defensas, eran una pequeña minoría, capaz de resistir la agresión mequí, pero incapaz de tomar la iniciativa. Los musulmanes no habían establecido todavía su independencia. Una propuesta de paz por su parte reflejaría la fractura de su defensa, y su voluntad de aceptar las condiciones impuestas por los incrédulos. Su oferta de paz hubiera sido desastrosa para el Islam; hubiera supuesto su propia destrucción, y un nuevo vigor para un enemigo desmoralizado por derrotas repetidas. El creciente pesimismo de los incrédulos habría cedido ante una nueva esperanza, una nueva ambición. Éstos habrían pensado que los musulmanes, a pesar de haber salvado Medina, se sentían pesimistas respecto a una victoria final contra

los incrédulos. Una propuesta de paz, por tanto, no podía provenir de los musulmanes, sino de los mequíes o de una tercera parte (si hubiera existido). En el conflicto que había surgido, Medina se enfrentaba a toda Arabia. Eran los incrédulos, por lo tanto, quienes podían haber propuesto la paz, pero no existía ninguna intención semejante por su parte. Por lo tanto, había claras posibilidades de que la guerra entre musulmanes y árabes no cesara. No existía ningún acuerdo de paz, los musulmanes no podían proponerlo, y los árabes no lo harían. El conflicto civil en Arabia parecía no tener fin, al menos durante otro siglo.

Los musulmanes tan solo contaban con una opción para acabar con el conflicto. No estaban dispuestos a ceder su conciencia a las imposiciones árabes, es decir, a renunciar a su derecho de profesar, practicar y predicar lo que querían; y no existía un movimiento por la paz entre los incrédulos. Los musulmanes habían podido rechazar las repetidas agresiones. A ellos les correspondía, pues, obligar a los árabes a rendirse o a aceptar la paz.

¿Era la guerra lo que buscaba el Profeta^{sa}? No. Él no quería provocar una guerra, sino conseguir la paz. Si hubiera permanecido inmóvil, Arabia habría permanecido sumida en

una guerra civil. Las medidas que tomó fueron una vía para conseguir la paz. La historia ha visto largas guerras. Algunas han durado cien años, y otras treinta o más. Las guerras largas siempre han sido fruto de una falta de acción decisiva por parte de ambos bandos. Como ya hemos sugerido, la acción decisiva se ha de plasmar bien mediante la rendición total, o bien mediante una paz negociada.

¿Acaso el Profeta^{sa} podría haber adoptado una actitud pasiva? ¿Podría haberse retirado, junto con su pequeño ejército de musulmanes, detrás de las murallas de Medina, dejando que las cosas se resolvieran solas? Era claramente imposible. Los incrédulos eran quienes habían iniciado la provocación. La pasividad no hubiera supuesto el fin de la guerra, sino más bien su continuación. Habría permitido a los incrédulos atacar Medina a su libre voluntad, y retirarse también a su libre voluntad. Una tregua no implicaba el fin de la guerra, sino simplemente una jugada estratégica.

ENSEÑANZAS DEL JUDAÍSMO Y CRISTIANISMO SOBRE LA GUERRA

Pero ahora surge la pregunta: ¿Tiene justificación y sentido luchar por la fe? Consideremos, pues, esta pregunta.

Las enseñanzas religiosas con respecto a la guerra toman varias formas. Hemos citado anteriormente la enseñanza del Antiguo Testamento. A Moisés se le ordena entrar en la tierra de Canaán mediante la fuerza, derrotar su población y asentar en Canaán a su propio pueblo (Deuteronomio, 20:10-18). A pesar de tal enseñanza en el Libro de Moisés, y a pesar de los ejemplos prácticos de los Profetas Josué y David, entre otros, que refuerzan esta enseñanza; los judíos y los cristianos siguen venerando a sus Profetas y considerando sus escritos como libros de Dios.

Al final de la tradición mosaica, Jesús predicó:

“Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra;” (*Mateo, 5:39*).

Los cristianos han citado a menudo esta enseñanza de Jesús para afirmar que Jesús predicó en contra de la guerra. Pero en el Nuevo Testamento encontramos otros textos que buscan enseñar lo contrario. Por ejemplo, un texto dice:

“No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada” (*Mateo, 10:34*).

Y otro:

“Y les dijo: Pues ahora, el que tiene bolsa, tómelas, y también la alforja; y el que no tiene espada, venda su capa y compre una.” (*Lucas, 22:36*).

De estos tres versículos, los dos últimos contradicen al primero. Si Jesús vino para hacer la guerra ¿cómo se explica su enseñanza de “ofrecer la otra mejilla”? Parece que, o bien hemos de admitir una contradicción en el Nuevo Testamento, o bien hemos de explicar una de las enseñanzas contradictorias de forma adecuada. Aquí no nos interesa la factibilidad de ofrecer la otra mejilla. A este respecto, sólo interesa señalar que a través de su larga historia, ningún pueblo cristiano se ha mostrado reacio a hacer la guerra. Cuando los cristianos llegaron al poder en Roma, participaron en guerras tanto defensivas como agresivas. La comunidad cristiana es una potencia dominante en el mundo actual, y todavía participa en guerras defensivas y agresivas, salvo que ahora el vencedor es canonizado por el resto del mundo cristiano. Se dice que su victoria supone una victoria de la civilización cristiana. La descripción “civilización cristiana” ha venido a aplicarse a todo lo que tiende a dominar y triunfar. Cuando luchan dos potencias cristianas, ambas afirman ser protectoras de los ideales cristianos; y al vencedor se le proclama

verdadera potencia cristiana. Es cierto, sin embargo, que desde los tiempos de Jesucristo^{as} hasta nuestra época, la cristiandad ha estado involucrada en guerras; y toda evidencia indica que lo seguirá estando. El veredicto práctico de los pueblos cristianos, por tanto, es que la guerra representa la verdadera enseñanza del Nuevo Testamento y que la idea de “ofrecer la otra mejilla” constituía una enseñanza pragmática en tiempos de debilidad de los primeros cristianos, o una enseñanza referente a individuos; pero no a estados ni pueblos.

En segundo lugar, aun suponiendo que Jesús^{as} enseñó la paz y no la guerra, no podemos concluir que los que no observan dicho precepto no son honrados ni piadosos. La Cristiandad siempre ha venerado a exponentes de la guerra, tales como Moisés^{as}, Josué^{as} y David^{as}. Además, la Iglesia misma ha canonizado a héroes nacionales que sufrieron en guerras y que fueron convertidos en santos por los Papas.

LA ENSEÑANZA DEL CORÁN RESPECTO A LA GUERRA Y LA PAZ

La enseñanza del Islam es distinta a estas enseñanzas. Opta por una vía media entre las dos. El Islam no enseña la agresión tal como la

enseñó Moisés^{as}. Ni tampoco como la predica el cristianismo actual (y seguramente corrupto), como una verdadera contradicción. No nos pide ofrecer la otra mejilla y a la par, vender nuestro manto para comprar una espada. La enseñanza del Islam se adapta a los deseos naturales del hombre, promoviendo la paz de la única manera posible.

El Islam prohíbe la agresión, pero nos insta a la lucha solo cuando, de no hacerlo, ponemos en peligro la paz o promovemos la guerra. Si el no luchar implica la aniquilación de la libertad de culto y la libertad de la búsqueda de la verdad, entonces nuestro deber es luchar. Es sobre esta enseñanza sobre la que, al final, se podrá construir la paz, y es en esta enseñanza donde el Profeta^{sa} basaba su propia política y acciones. En La Meca, el Profeta^{sa} sufría continuamente, pero no luchaba contra la agresión de la que era víctima constante. Cuando emigró a Medina, sus enemigos se propusieron el exterminio del Islam. Fue necesario, por ello, luchar contra el enemigo en defensa de la verdad y de la libertad de culto.

Citamos a continuación los textos del Corán que se refieren al tema de la guerra:

1. En el Sura 22, versículos 40-42, leemos:

“Se da permiso para combatir a quienes son combatidos, porque han sido perjudicados -y Al’lah tiene en verdad poder para ayudarles-. Quienes fueron expulsados injustamente de sus hogares sólo por haber dicho: “Nuestro Señor es Al’lah_ y si Al’lah no hubiera permitido a los hombres defenderse contra la actuación injusta de los demás, ciertamente habrían sido destruidos monasterios e iglesias, sinagogas y mezquitas, en las que se conmemora frecuentemente el nombre de Al’lah. Mas Al’lah ayudará en verdad a quien Le ayude, Al’lah es ciertamente Fuerte, Poderoso_. Aquellos que, si los establecemos en la tierra, cumplen la Oración y pagan el Zakat, ordenan el bien y prohíben el mal. Pues en Al’lah está el destino final de todos los asuntos”.

Este versículo concede el permiso de luchar a las víctimas de la agresión. Dios tiene poder para ayudar a quienes han sido expulsados de sus casas a causa de sus creencias. Este permiso es sabio, porque si Dios no rechazara a los crueles con la ayuda de los justos, no existiría libertad de creencia o culto en el mundo. Dios ha de ayudar a quienes ayudan a establecer la libertad de culto. Por lo tanto, la guerra se permite cuando un pueblo ha sufrido durante mucho tiempo una agresión no provocada, cuando el agresor no ha tenido justificación para su agresión, y busca

interferir en la religión de su víctima. El deber de la víctima, una vez que llega al poder, es establecer la libertad religiosa y proteger a todas las religiones y a todos los lugares de culto. Su poder ha de emplearse no para su propia glorificación, sino para el cuidado de los pobres, para el progreso del país y la expansión general de la paz. Esta enseñanza es tan excepcional como clara y precisa. Proclama el hecho de que los primeros musulmanes hicieron la guerra porque estaban obligados a hacerla. Las guerras agresivas estaban prohibidas por el Islam. A los musulmanes se les promete el poder político, pero se les advierte que no han de emplearlo para su propio engrandecimiento, sino para mejorar las condiciones de los pobres y promover la paz y el progreso.

2. En el Surah 2, versículos 191-194, leemos:

“Y luchad en la causa de Al’lah contra los que luchan contra vosotros, pero no seáis transgresores. En verdad, Al’lah no ama a los transgresores. Y matadlos en donde los encontréis y expulsadlos de donde os hayan expulsado; ya que la persecución es peor que el homicidio. Y no luchéis contra ellos ni dentro de cerca de la Mezquita Sagrada mientras no os ataquen allí. Pero si os atacan, combatidlos: esa es la retribución para los incrédulos. Pero si desisten,

sepan que Al'lah es, en verdad, el Sumo Indulgente, el Misericordioso. Y luchad contra ellos hasta que cese la persecución, y se profese libremente la religión de Al'lah. Pero si desisten, recordad que no se permite hostilidad alguna excepto contra los agresores.”

La lucha ha de ser por la causa de Dios, no para nuestro propio bien, ni por ira ni deseo de engrandecimiento; además, ha de estar libre de excesos, porque los excesos no agradan a Dios. Ha de librarse entre grupos de combatientes. Los asaltos a nivel individual están prohibidos

La agresión contra una religión será contestada con una resistencia activa, porque tal agresión es peor que un homicidio. Los musulmanes no deben combatir cerca de la Mezquita Sagrada, salvo cuando el enemigo es el responsable del primer ataque, porque luchar en las inmediaciones de la mezquita sagrada interferiría con el derecho público de peregrinaje. Pero si el enemigo ataca, los musulmanes tienen el derecho de responder, siendo ésta la retribución justa de la agresión. Pero si el enemigo desiste, los musulmanes también deben desistir, perdonar y olvidar el pasado. La lucha sólo ha de durar mientras dure la persecución religiosa y hasta que se establezca la libertad de culto. El uso de la

fuerza o la presión en cuestiones de religión es injusto. Si los *Kafirs* [incrédulos] desisten de ello y establecen la libertad religiosa, entonces los musulmanes deben dejar de combatir contra los *Kafirs*.

De forma categorica, podemos afirmar que los versículos anteriormente mencionados enseñan los siguientes preceptos:

1. Se recurrirá a la guerra sólo por la causa de Dios y no por motivos egoístas, ni por el propio engrandecimiento, ni para desarrollar otros intereses.
2. Sólo podemos luchar contra quienes nos hayan atacado antes.
3. Sólo podemos combatir contra quienes luchan contra nosotros. No podemos luchar contra quienes no participan en la guerra.
4. Incluso si nuestro enemigo ha iniciado el ataque, es nuestro deber contener la guerra dentro de ciertos límites. Extender la guerra, geográficamente o en cuanto a las armas utilizadas, es injusto.
5. Sólo debemos luchar contra el ejército regular empleado por el enemigo para luchar de su parte. No hemos de luchar contra otros en el lado enemigo.

6. Durante la guerra, gozarán de inmunidad todos los ritos y lugares religiosos. Si el enemigo no ataca los lugares donde se celebran ceremonias religiosas, entonces los musulmanes también desistirán de luchar en tales lugares.
7. Si el enemigo utiliza un lugar de culto como base de su ataque, los musulmanes podrán devolver la agresión. No se les considerará culpables por ello. No se permiten actos de agresión en los alrededores de los lugares de culto. Queda totalmente prohibido atacar, destruir o dañar los lugares de culto. Un lugar de culto utilizado como base militar permite el contraataque. La responsabilidad de los daños ocasionados a tal lugar será del enemigo, y no de los musulmanes.
8. Si el enemigo comprende el peligro y la equivocación de utilizar un lugar de culto como base y por lo tanto, cambia el frente de batalla, los musulmanes han de aceptar tal cambio. El hecho de que el enemigo haya iniciado el ataque desde un lugar de culto no constituye justificación para un ataque contra dicho lugar. Por puro respeto, los musulmanes deben cambiar el frente de batalla en el momento en que lo hace el enemigo.

9. La lucha continuará sólo mientras dure la interferencia con respecto a la religión y la libertad religiosa. Una vez que cesa la persecución religiosa y cesa la interferencia, y el enemigo declara y actúa conforme a sus palabras, no deberá haber más guerra, aun cuando fuera el enemigo quien la iniciara.

3. En el Surah 8, versículos 39-41, leemos:

“Diles a los incrédulos, si desisten, que lo pasado se les perdonará; pero si vuelven a ello, entonces, en verdad, tienen ante ellos el ejemplo de los pueblos que les precedieron. Y combatidlos hasta que cese la persecución y la religión sea totalmente para Al’lah. Pero si desisten, en verdad Al’lah vigila todo lo que hacen. Si vuelven la espalda, sabed que Al’lah es vuestro Protector. ¡Qué magnífico Protector y qué magnífico Defensor!”

Es decir, a los musulmanes se les han impuesto las guerras. Pero si el enemigo desiste, los musulmanes también deben desistir y perdonar lo pasado. En caso de que el enemigo no desista y ataque repetidamente a los musulmanes, debe recordar la suerte de los enemigos de los Profetas anteriores. Los musulmanes han de combatir mientras dure la persecución, mientras la religión no sea para Dios, y mientras persista la interferencia en las cuestiones de religión. Cuando desiste

el agresor, los musulmanes también han de desistir. No deben continuar la guerra por el hecho de que el enemigo crea en una religión falsa; Dios conoce bien el valor de las creencias y las acciones, y en verdad, las retribuirá como Él quiera. Los musulmanes no tienen derecho a inmiscuirse en la religión de otro pueblo, a pesar de que tal religión les parezca falsa. Si después de una propuesta de paz el enemigo sigue haciendo la guerra, entonces los musulmanes pueden contar con la victoria, por reducidas que sean sus fuerzas, pues Dios les ayudará, y ¿quién puede ayudar mejor que Dios?

Estos versículos fueron revelados en relación con la Batalla de Badr, la primera guerra propiamente dicha entre musulmanes e incrédulos. En la batalla, los musulmanes fueron víctimas de una agresión no provocada. El enemigo había elegido alterar la paz de Medina y el territorio circundante. Aun así, la victoria fue para los musulmanes, y varios jefes importantes del ejército enemigo fueron muertos. Responder a tal agresión no provocada parece natural, justo y necesario. Pero se enseña a los musulmanes a dejar de combatir en cuanto el enemigo desiste. El enemigo no ha de conceder más que la libertad de creencia y culto.

4. En el Surah 8, versículos 62-63, leemos:

“Pero si se inclinan hacia la paz, inclínate tú también hacia ella y deposita tu confianza en Al’lah. En verdad, Él es Quien todo lo oye, el Omnisciente. Pero si pretenden engañarte, en verdad Al’lah te basta. Él es Quien te ha fortalecido con Su ayuda y con los creyentes.”

Si en cualquier momento, durante el transcurso de la batalla, los incrédulos se inclinan hacia la paz, los musulmanes deben aceptar la propuesta de inmediato, y hacer la paz; aún cuando corran el riesgo de ser engañados. Han de confiar en Dios. Los engaños serán inútiles contra los musulmanes, que cuentan con la ayuda de Dios. Sus victorias no son fruto de su esfuerzo, sino de la ayuda de Dios. En los tiempos más difíciles y tenebrosos, Dios había apoyado al Profeta^{sa} y a sus seguidores. De igual manera les defenderá contra futuros engaños. Se han de aceptar las propuestas de paz y no rechazarlas con el pretexto de que se trata de una estrategia para que el enemigo descanse antes de volver a lanzar otro ataque.

El énfasis por la paz en estos versículos no carece de importancia. Anticipa la paz firmada por el Profeta^{sa} en Hudaibiya. Aquí se le advierte del momento en que sus enemigos le propondrán un tratado de paz; que no

deberá rechazar con el pretexto de que el enemigo fue el agresor y cometió excesos, o de que el enemigo no es de fiar. El camino recto inculcado por el Islam exige que los musulmanes siempre acepten los acuerdos de paz. Tanto la piedad como la política hacen que dicha aceptación sea deseable.

5. En el Surah 4, versículo 95, tenemos:

¡Oh vosotros los que creéis! Cuando avancéis por la causa de Al'lah, informaos cuidadosamente y no digáis a quien os saluda con el saludo de la paz: "Tú no eres creyente". Buscáis las cosas buenas de este mundo, pero es con Al'lah donde hay abundancia de cosas buenas. Así erais antes, pero Al'lah os otorgó Su favor especial. Informaos, pues, cuidadosamente. En verdad, Al'lah es perfectamente consciente de lo que hacéis."

De ahí que, cuando los musulmanes salgan para la guerra, han de asegurarse que le ha sido explicada al enemigo la inutilidad de la guerra, y que éste sigue deseando combatir. Aún siendo así, si reciben una propuesta de paz de un individuo o de un grupo, los musulmanes no deben rechazarla, puesto que no sería correcto. Si los musulmanes rechazan propuestas de paz, ya no luchan por Dios sino por su propio engrandecimiento y por sus propias ambiciones mundanales. No sólo la religión, sino también la gloria y el beneficio

mundanal proceden de Dios. Dar muerte a los demás no ha de ser el objetivo, pues a quién hoy deseamos matar podría ser uno de los rectamente guiados el día de mañana. ¿Acaso los musulmanes podían haber llegado a ser musulmanes si no hubieran sido perdonados? Los musulmanes han de abstenerse de matar, porque las vidas perdonadas pueden convertirse en vidas guiadas. Dios conoce bien todo lo que hacen los hombres, así como la finalidad y motivos por lo que lo hacen.

El versículo enseña que, incluso después de iniciarse la guerra, los musulmanes tienen la obligación de asegurarse de que el enemigo pretende la agresión. A menudo sucede que, sin pretender la agresión, pero incitado por el nerviosismo o el miedo, el enemigo empieza a prepararse para la guerra. Los musulmanes no deben luchar hasta que no estén convencidos de que el enemigo tiene intención de lanzar un ataque agresivo. Si sus preparativos tienen por objetivo defenderse, los musulmanes deben aceptar tal afirmación y no declarar la guerra. No deben protestar diciendo que los preparativos del enemigo señalan claramente su intención agresiva. Es posible que puedan haber cambiado de parecer, ¿no cambian constantemente nuestros motivos e intenciones? ¿Acaso no hubo enemigos del

Islam que posteriormente se convirtieron en amigos?

6. Sobre la inviolabilidad de las alianzas, el Corán estipula:

“Exceptuados aquellos de los idólatras con los que habéis concluido un tratado, y que no os hayan fallado en el cumplimiento de sus obligaciones, ni ayudado a nadie contra vosotros. Cumplid pues estos tratados que *habéis* establecido con ellos hasta su término. En verdad, Al’lah ama a los timoratos.” (9:4).

Los paganos que firmen un pacto con los musulmanes, y lo cumplan y no ayuden al enemigo en contra de los musulmanes, recibirán de éstos un respeto recíproco. La piedad exige que los musulmanes cumplan sus pactos al pie de la letra.

7. Respecto al enemigo que, luchando en guerra contra los musulmanes, expresa el deseo de conocer el mensaje del Islam, el Corán dice:

“Mas si alguno de los idólatras te pide protección, concédesela para que oiga la palabra de Al’lah. Llévalo después a su lugar seguro. Esto es porque se trata de gentes que no saben.” (9:6)

Es decir, si algunos de los enemigos que luchan contra los musulmanes, buscan refugio en éstos para estudiar el Islam y

meditar sobre su mensaje, se les deberá ofrecer refugio durante el tiempo necesario para la realización de tal intención.

8. Sobre los prisioneros de guerra, el Corán enseña:

“No corresponde a un Profeta^{sa} tomar prisioneros mientras no se haya iniciado una batalla regular en el país. Vosotros deseáis los bienes del mundo, mientras que Al’lah desea *para vosotros* el Más Allá. Pues Al’lah es Poderoso, Sabio.” (8:68)

Un Profeta^{sa} no debe tomar prisioneros de entre el ejército enemigo salvo como resultado de una guerra organizada en la que se haya derramado mucha sangre. La costumbre de tomar a miembros de las tribus enemigas como prisioneros, sin guerra y sin derramamiento de sangre, era habitual hasta el advenimiento del Islam (e incluso después); aquí, sin embargo, se declara ilegal. Sólo se podrán tomar prisioneros de entre los combatientes, después de una batalla.

9. También se establecen normas para la liberación de prisioneros:

“...más tarde, *liberadlos como gracia o recibiendo un rescate, hasta que la guerra haya depuesto sus cargas.*” (47:5)

Lo mejor, según el Islam, es liberar a los prisioneros sin exigir rescate. Ya que esto no

es siempre posible, también se contempla la liberación mediante el pago del rescate.

10. También hay disposiciones respecto a los prisioneros de guerra que no pueden pagar el rescate, o que no tienen a nadie capaz o dispuesto a pagarlo. A menudo, los parientes están en condiciones de pagar, pero no lo hacen prefiriendo dejar que sus familiares permanezcan prisioneros –posiblemente con la intención de apoderarse de sus bienes en su ausencia–. El Corán contiene la siguiente práctica:

“Y aquellos de vuestros esclavos que desean contratar una *escritura de emancipación*, extendedla si veis que poseen alguna buena *capacidad*; y dadles de la riqueza que *verdaderamente pertenece a Al’lah* y que Él os ha concedido.” (24:34)

Es decir, los prisioneros que no merecen ser liberados sin rescate, pero que no tienen a nadie que se lo pague, podrán obtener su libertad firmando un acuerdo en el que se estipule que ellos mismos trabajarán, ganarán dinero y pagarán el rescate. Sólo podrán hacerlo, sin embargo, si se comprueba su capacidad para trabajar y ganar dinero. Si se acredita esta capacidad, incluso podrán pedir ayuda económica a los musulmanes. Por tanto, aquellos musulmanes que dispongan de suficientes recursos deberán ayudarles

económicamente, o se deberá crear un fondo público para ayudar a estos desafortunados a reinsertarse en la sociedad.

Los textos del Corán arriba citados contienen la enseñanza del Islam respecto a la guerra y la paz. Reflejan en qué circunstancias, según el Islam, es justo declarar la guerra y qué límites han de ser observados por los musulmanes.

LOS PRECEPTOS DEL PROFETA RESPECTO A LA GUERRA

La enseñanza musulmana, sin embargo, no consiste sólo en los preceptos contenidos en el Corán. También incluye las instrucciones y el ejemplo del Profeta^{sa}. Todo cuanto hizo y enseñó también forma parte esencial de la enseñanza islámica. A continuación referimos algunas instrucciones del Profeta^{sa} referentes a la guerra y la paz:

1. A los musulmanes se les prohíbe absolutamente la mutilación de los cadáveres (*Muslim*).
2. Se les prohíbe recurrir al engaño (*Muslim*).
3. No se les permite matar a niños ni a mujeres (*Muslim*).
4. No se permite interferir en la labor de los sacerdotes, los funcionarios religiosos ni los líderes religiosos (*Tahavi*).

5. No se permite matar a los ancianos, los débiles, las mujeres y los niños. Siempre se ha de tener en cuenta la posibilidad de intentar la paz (*Abu Dawud*).
6. Cuando los musulmanes entren en territorio enemigo, no deben infundir terror a la población general. No deben consentir el maltrato a los ciudadanos (*Muslim*).
7. Un ejército musulmán no debe acampar en un lugar que ocasione molestias al público. En las marchas debe evitar bloquear el camino o dificultar el paso a los demás viajeros.
8. No se permite desfigurar los rostros (*Bujari y Muslim*).
9. Se causarán las mínimas pérdidas posibles al enemigo (*Abu Dawud*).
10. Cuando se coloquen a los prisioneros bajo custodia, se deben situar juntos a familiares y parientes (*Abu Dawud*).
11. Los emisarios y delegados de otros países deben ser tratados con respeto. Hay que ignorar cualquier error o falta de respeto por su parte (*Abu Dawud, Kitab al Yihad*).
12. Si un musulmán comete el pecado de maltratar a un prisionero de guerra, se

le compensará con su puesta en libertad, sin excusa alguna.

13. Cuando un musulmán se hace cargo de un prisionero de guerra, éste debe ser alimentado y vestido de igual manera que el musulmán (*Bujari*).

Tal era la insistencia del Profeta^{sa} sobre el cumplimiento de estas normas, que declaró que quien no cumpliera con ellas, luchaba por sus propios propósitos y no por Dios (*Abu Dawud*).

Abu Bakr^{ra}, el primer Jalifa del Islam, añadió algunas normas a las ya existentes del Santo Profeta^{sa}. Una de estas normas, que también forma parte de la enseñanza islámica, es:

14. Los edificios públicos, árboles frutales (y tierras), no han de ser dañados (*Muatta*).

De los dichos del Profeta^{sa} y las normas del primer Jalifa del Islam, se deduce la clara evidencia de que el Islam ha establecido pautas para prevenir o detener las guerras, o disminuir su intensidad. Tal y como se ha dicho antes, los principios que el Islam enseña, no son solo principios morales, sino que su puesta en práctica está en el ejemplo del Profeta^{sa} y en el de los primeros Jalifas del Islam. Como es sabido por todos, el Profeta^{sa}, no solo enseñó estos principios, sino que él mismo los llevó a la práctica.

Volviendo a nuestro tiempo, hemos de admitir que ninguna otra enseñanza parece dar solución al problema de la guerra y la paz. La enseñanza de Moisés^{as} está lejos de nuestra percepción de la justicia y el juego limpio; y tampoco es posible actuar bajo su precepto en la actualidad. La enseñanza de Jesús^{as} no se puede llevar a la práctica, y así ha sido siempre; los cristianos jamás en su historia han intentado ponerla en práctica. La enseñanza islámica es la única capaz de ser llevada a la práctica; la única que ha sido tanto predicada como practicada, y cuya implementación puede crear y establecer la paz en el mundo.

En nuestros tiempos, Ghandi enseñó, aparentemente, a no participar en una guerra aún en el caso de que uno se vea forzado a ella. Pero esta enseñanza no ha sido puesta en práctica en ningún período de la historia del mundo. Por tanto, es imposible determinar su valor en cuanto a términos de guerra y paz. Ghandi vivió lo suficiente para ver al Congreso hindú conseguir la independencia política. Aun así, el gobierno no ha disuelto ni el ejército ni el resto de las fuerzas armadas del país. Es más, solo hacen planes para su indianización; y también tienen previsto readmitir a los oficiales hindúes alistados voluntariamente

en el ejército nacional de La India (y que fueron despedidos por las autoridades británicas) durante los ataques de Japón a Birmania y a La India en los últimos días de la reciente Guerra Mundial. Gandhi mismo, en muchas ocasiones, alzó la voz para la absolución de crímenes de violencia, e instó a la liberación de quienes cometieron tales crímenes. Esto muestra que la enseñanza de Gandhi tampoco puede ser puesta en práctica, y tanto Gandhi como sus seguidores, son conscientes de ello.

No hay ejemplos prácticos que muestren al mundo cómo puede ser aplicada la no-violencia cuando se crean conflictos armados entre naciones y estados; o cómo la no-violencia puede prevenir o parar una guerra. Un método predicado que no puede llevarse a la práctica, demuestra su propio carácter impracticable. Así, parece ser que la experiencia y sabiduría humana señalan un único método preventivo contra la guerra: el que fue enseñado y practicado por el Santo Profeta^{sa} del Islam.

ATAQUES ESPORÁDICOS DE LOS INCRÉDULOS

Las confederaciones árabes regresaron derrotadas y desanimadas de la Batalla de la Fosa, pero incapaces de admitir que carecían

de poder para atormentar a los musulmanes. Estas confederaciones, aún derrotadas, eran conscientes de su mayoría dominante; y de que podían fácilmente maltratar, golpear, e incluso asesinar de manera individual a los musulmanes. Esperaban, mediante asaltos individuales, acabar con su sensación de derrota. Por tanto, poco después de la batalla, comenzaron a atacar a los musulmanes en los alrededores de Medina. Algunos hombres de la tribu de *Fazara*, montados en camellos, atacaron a un grupo de musulmanes cerca de Medina. Robaron camellos del lugar, tomaron a una mujer como rehén y escaparon con el botín. Aunque la mujer consiguió huir, el grupo de los *Fazara* logró hacerse con algunos animales. Un mes más tarde, un grupo de la tribu de los *Ghatafan* atacó desde el norte para arrebatarse a los musulmanes sus manadas de camellos. El Santo Profeta^{SA} envió a Muhammad^{SA} bin Maslama^{RA} con diez Compañeros montados para una misión de reconocimiento y para la protección de los rebaños de los musulmanes, pero el enemigo los asaltó en un ataque violento, matando a todos, salvo a Muhammad^{SA} bin Maslama^{RA}, que quedó inconsciente. Al recuperar la conciencia, volvió a Medina e informó de lo sucedido. Unos días más tarde, un enviado del Santo Profeta^{SA} fue atacado de camino

a la capital Romana y despojado de sus pertenencias por miembros de la tribu de *Jurham*. Un mes después, los *Banu Fazara* atacaron una caravana musulmana y se escaparon con el botín. Es posible que este ataque no hubiera sido realizado en base a un antagonismo religioso, pues los *Banu Fazara* eran una tribu de saqueadores cuyo objetivo era robar y matar. Por otro lado, los judíos de Jaibar, protagonistas principales de la Batalla de la Fosa, estaban también determinados a vengar la derrota que habían sufrido en esa lucha. Incitaron a los asentamientos tribales y oficiales del Estado junto a la frontera romana. Los líderes árabes, por su parte, incapaces de realizar un ataque directo a Medina, conspiraban con los judíos para hacer muy difícil la vida de los musulmanes. El Santo Profeta^{sa}, sin embargo, aún no tomaba la decisión sobre una lucha decisiva, porque pensaba que tal vez los líderes árabes podrían decidirse a ofrecer un pacto de paz que acabara con la guerra civil.

EL PROFETA PARTE A LA MECA CON MIL QUINIENTOS COMPAÑEROS

Durante este tiempo, el Profeta^{sa} recibió una visión, recogida en el Corán con las siguientes palabras:

“Entrareis de cierto en la Mezquita Sagrada, si Al’lah lo quiere, con seguridad, *algunos* con sus cabezas rapadas y *otros* con el pelo corto, y no tendréis temor. Mas Él sabe lo que desconocéis. En efecto, ha ordenado para vosotros, además de ésta, una victoria casi inmediata.” (48:28)

Así pues, Dios había decidido permitir que los musulmanes entraran en paz en el recinto de la Ka’ba, con sus cabezas rasuradas o su pelo cortado (siendo éstos los signos externos de los peregrinos de la Ka’ba) y sin temor. Pero los musulmanes no sabían exactamente cómo Dios lo haría suceder. Por otra parte, antes de hacer en paz su peregrinaje, los musulmanes habían de ganar otra victoria, precursora de la victoria prometida en la visión.

En esta visión, Dios anunció la última victoria de los musulmanes, su marcha pacífica hasta La Meca, y la conquista de la misma sin recurrir a las armas. Pero el Profeta^{SA} interpretó la visión como un mandamiento de Dios que le ordenaba intentar realizar la peregrinación de la Ka’ba. Esta interpretación errónea por parte del Profeta^{SA} se convirtió en la victoria “próxima” prometida en la visión. Debido a este error, por tanto, el Profeta^{SA} preparó su marcha hacia la Ka’ba. Anunció la visión y su interpretación a los musulmanes, y les dijo que se prepararan. “Vuestra misión” dijo “es simplemente la

de efectuar la peregrinación de la Ka'ba. No deberá haber ninguna manifestación contra el enemigo.” Hacia finales de febrero del año 628, mil quinientos³ peregrinos encabezados por el Profeta^{sa}, salieron hacia La Meca, precedidos por una escolta montada de veinte hombres, cuya misión era avisar a los musulmanes en caso de que los mequíes decidieran atacar.

Los mequíes pronto recibieron noticias de esta caravana. La tradición había establecido como un derecho universal la peregrinación a la Ka'ba. Tal derecho no se podía negar a los musulmanes, pues estos habían anunciado claramente que el motivo de su marcha era sencillamente el de peregrinar. El Profeta^{sa} había prohibido cualquier tipo de manifestación; no habría riñas ni polémica. Pese a esto, los mequíes se prepararon como si se tratara de un conflicto armado. Erigieron barricadas por todas partes, solicitaron la ayuda de las tribus vecinas y se mostraron determinados a luchar. Cuando el Santo Profeta^{sa} llegó cerca de La Meca, se le informó que los quraishíes estaban preparados para

3 En esta peregrinación planeada un año después de la Batalla de la Zanja, solamente mil quinientos hombres acompañaron al Profeta^{sa}. El número de combatientes musulmanes en la batalla de la zanja pudo ser menor, aunque no mayor que este número. Los historiadores que afirman que el número de los musulmanes combatientes en la batalla de la zanja era de tres mil, están equivocados por tanto. El número más razonable sería el de mil doscientos..

luchar; se habían vestido con pieles de tigre, y traían consigo a sus mujeres y niños. Habían jurado solemnemente no dejar pasar a los musulmanes. Las pieles de tigre representaban su feroz determinación para el combate. Poco después, una columna de mequíes, que marchaba en la vanguardia de su ejército, se enfrentó con los musulmanes; ya incapaces de avanzar sin desenvainar las espadas. El Santo Profeta^{sa}, decidido a no luchar, encargó a un guía que mostrara a la caravana musulmana otro camino a través del desierto. Bajo su dirección, el Profeta^{sa} y los Compañeros llegaron a un lugar llamado Hudaibiya, muy cerca de La Meca. El dromedario del Profeta^{sa} se detuvo y se negó a seguir.

“El animal parece cansado, Profeta^{sa} de Dios. Sería mejor que lo cambiara con otro”, le dijo un Compañero.

“No, no”, respondió el Profeta^{sa}. “El animal no está cansado. Parece más bien que Dios desea que nos detengamos aquí sin avanzar más. Propongo, pues, acampar aquí y pedir a los mequíes que nos permitan efectuar el peregrinaje. Yo, al menos, estoy dispuesto a aceptar cualquier condición que decidan imponer” (*Halbiyya*, Vol. 2, pág. 13).

En ese momento, el ejército mequí no se encontraba en La Meca. Había salido a

cierta distancia para encontrarse con los musulmanes en la carretera principal hacia Medina. Si hubiera querido, el Profeta^{sa} podría haber llevado a sus mil quinientos hombres a La Meca, y tomar la ciudad sin encontrar resistencia. Pero estaba decidido a limitarse al peregrinaje de la Ka'ba, y eso sólo si los mequíes le permitían hacerlo. Habría resistido y luchado contra los mequíes, no obstante, si éstos hubieran iniciado el ataque. Abandonó, pues, el camino principal y acampó en Hudaibiya. Las noticias no tardaron en llegar al comandante mequí, que mandó a sus tropas retirarse a posiciones más cercanas a La Meca. A continuación los mequíes mandaron a un jefe llamado Budail para negociar con el Profeta^{sa}. Este le explicó que simplemente deseaban circunvalar la Ka'ba; pero si los mequíes preferían combatir, los musulmanes estaban preparados. Entonces se presentó al Profeta^{sa} 'Urwa, yerno del comandante mequí Abu Sufyan. Se comportó de forma muy descortés, llamó a los musulmanes "vagabundos" y "desechos de la sociedad", y dijo que los mequíes no les dejarían entrar en la ciudad. Otros mequíes acudieron a participar en las negociaciones, y terminaron por declarar que al menos en aquel año no se les permitiría realizar la circunvalación de la Ka'ba. Los mequíes se sentirían humillados

si les vieran realizar la circunvalación aquel año. Quizás lo permitieran al año siguiente.

Algunas tribus aliadas con los mequíes instaron a los jefes mequíes a que permitieran a los musulmanes realizar el circuito. Después de todo, no exigían más que su derecho a realizar el circuito. ¿Por qué negarles incluso eso? Pero los mequíes se mostraron intransigentes. Los jefes de las tribus declararon que los mequíes no querían la paz, y amenazaron con disociarse de ellos. Temiendo la ruptura, los mequíes se dejaron persuadir para llegar a un acuerdo con los musulmanes. Al saber esto, el Profeta^{SA} envió a ‘Uzman^{ra} (que posteriormente se convertiría en Tercer Jalifa del Islam) a los mequíes. ‘Uzman^{ra} tenía muchos familiares en La Meca, que salieron y le rodearon, ofreciendo permitirle hacer el circuito de la peregrinación; pero declarando al mismo tiempo que no estaban dispuestos a permitir que el Profeta^{SA} lo hiciera hasta el año siguiente. ‘Uzman^{ra}, sin embargo, se negó y dijo: “No haré el circuito de la peregrinación si no es en compañía de mi Maestro”. Las negociaciones entre ‘Uzman^{ra} y los jefes mequíes se prolongaron. Se extendió el rumor malicioso de que ‘Uzman^{ra} había sido asesinado. El rumor llegó a oídos del Profeta^{SA}. Éste reunió a los Compañeros, y

les dijo: “La vida de un enviado se considera sagrada en todas las naciones. Acabo de oír que los incrédulos han matado a ‘Uzman. De ser cierto, hemos de entrar en La Meca, cualesquiera que sean las consecuencias.” La intención anterior del Profeta^{sa} de entrar en paz en La Meca había cambiado debido al cambio de las circunstancias. El Profeta^{sa} prosiguió: “Quienes juren solemnemente que si han de seguir, no volverán sino como vencedores, que se acerquen para jurar sobre mi mano.” Apenas hubo terminado cuando todos los mil quinientos Compañeros se levantaron y se precipitaron hacia él para coger su mano y prestar juramento. Este juramento posee una importancia especial en la historia de los comienzos del Islam. Es conocido como el “Juramento del Árbol”. Cuando los Compañeros prestaron juramento, el Profeta^{sa} estaba sentado bajo un árbol. Cada uno de los hombres que prestó juramento lo recordó con orgullo durante toda la vida. De los mil quinientos Compañeros presentes, ni uno sólo se quedó atrás. Todos prometieron que si el enviado musulmán había sido asesinado, no volverían: o tomarían La Meca antes del atardecer, o morirían luchando. No había terminado aún el juramento cuando ‘Uzman^{ra} regresó. Informó que los mequíes solo permitirían a los musulmanes realizar el

circuito de la peregrinación al año siguiente. Habían nombrado delegados para firmar un acuerdo con los musulmanes. Poco tiempo después, Suhail, un jefe mequí, vino al Profeta^{SA}. Se llegó a un acuerdo que fue recogido por escrito.

EL TRATADO DE HUDAIBIYA

El acuerdo se redactó en los siguientes términos:

“En el nombre de Al’lah. Éstas son las condiciones de paz entre Muhammad^{SA}, hijo de ‘Abdul’lah, y Suhail ibn ‘Amr, el enviado de La Meca. No habrá combate durante diez años. Quienquiera que desee unirse a Muhammad^{SA} y entrar en acuerdos con él, es libre de hacerlo. Quienquiera que desee unirse a los quraishíes y entrar en acuerdos con ellos, es libre de hacerlo. Si un joven, o un hombre cuyo padre todavía vive, se une a Muhammad^{SA} sin el permiso de su padre o tutor, será devuelto al mismo. Pero si, de lo contrario, alguien desea unirse a los quraishíes, no será devuelto. Este año Muhammad^{SA} regresará sin entrar en La Meca. Pero el próximo año, él y sus seguidores podrán entrar en La Meca, pasar allí tres días, y realizar el circuito de la peregrinación. Los quraishíes se retirarán a las montañas que rodean la ciudad. Cuando Muhammad^{SA} y sus seguidores entren en La Meca, irán desarmados, llevando sólo

la espada envainada que siempre llevan los viajeros en Arabia” (*Bujari*).

Cabe mencionar dos hechos de interés ocurridos durante la firma de este acuerdo. Tras acordar los términos, el Profeta^{sa} empezó a dictar el acuerdo, diciendo: “En el nombre de Al’lah, el Clemente, el Misericordioso”. Suhail protestó, diciendo: “A Al’lah lo conocemos y en Él creemos, pero ¿por qué “El Clemente, el Misericordioso”?” Éste es un acuerdo entre dos partes. Por lo tanto se han de respetar las creencias religiosas de ambas”. El Profeta^{sa} consintió de inmediato y dijo a su escriba: “escribe tan sólo “En el nombre de Al’lah”.

Luego empezó a dictar los términos del acuerdo. En la frase inicial: “Éstas son las condiciones de paz entre el pueblo de La Meca y Muhammad^{sa} el Profeta^{sa} de Dios.” Suhail protestó de nuevo, diciendo: “Si hubiéramos pensado que eras el Profeta^{sa} de Dios, no habríamos luchado contra ti.” El Profeta^{sa} aceptó también esta protesta, y sustituyó “Muhammad^{sa}, el Profeta^{sa} de Dios”, por “Muhammad^{sa}, hijo de ‘Abdul’lah’.” Al percatarse de que el Profeta^{sa} aceptaba todas las sugerencias de los mequíes, sus Compañeros empezaron a impacientarse por lo que sentían como una humillación. Les hervía la sangre. ‘Umar^{ra}, que se sentía

más molesto que nadie, se acercó al Profeta^{SA} y preguntó: “Profeta^{SA} de Dios, ¿no está con nosotros la razón?”.

“Sí. La razón está con nosotros”, contestó el Profeta^{SA}.

“¿Y no nos informó Dios que haríamos el circuito de peregrinación de la Ka’ba?”, preguntó ‘Umar^{RA}.

“Sí”, respondió el Profeta^{SA}.

“Entonces, ¿por qué este acuerdo, y por qué estas humillantes condiciones?”.

“Es cierto”, contestó el Profeta^{SA}, “que Dios nos anunció que haríamos el circuito de peregrinación en paz, pero no informó del momento. Yo pensé que iba a ser este año. Pero puede que me haya equivocado. ¿Ha de ser acaso forzosamente este año?”. ‘Umar^{RA} permaneció en silencio.

Entonces los demás Compañeros protestaron. Algunos preguntaron por qué había consentido devolver a su padre o tutor a un joven que quería ser musulmán, sin obtener a cambio la misma condición para un musulmán que quisiera unirse a los mequías. El Profeta^{SA} les explicó que esto no perjudicaba a los musulmanes. “Todo hombre que se hace musulmán”, dijo, “lo hace porque acepta las creencias y prácticas inculcadas por el Islam.

No se hace musulmán para unirse a un partido y adoptar sus costumbres. Tal persona propagará el Mensaje del Islam donde quiera que vaya y servirá como instrumento para la extensión del Islam. Pero un hombre que renuncia al Islam no nos sirve para nada. Si ya no cree sinceramente lo que creemos nosotros, ya no es de los nuestros. Es mejor que se vaya a otro sitio.” Esta respuesta del Profeta^{sa} fue suficiente para aquellos que dudaban de la sensatez de la postura adoptada por el Profeta^{sa}. Debe ser suficiente también para aquellos que hoy creen que según el Islam, la apostasía se castiga con la muerte. De haber sido así, el Profeta^{sa} hubiera insistido en la devolución y el castigo de quienes renunciaran al Islam.

Ya anotado el acuerdo y firmados los documentos, pronto surgió una ocasión que puso a prueba la buena fe de las partes. El hijo de Suhail, un plenipotenciario mequí, apareció ante el Profeta^{sa}, atado, herido y agotado. Se cayó a los pies del Profeta^{sa}, diciendo: “Profeta^{sa} de Dios, en el corazón soy musulmán y por mi fe he tenido que sufrir estos malos tratos a manos de mi padre. Mi padre se hallaba aquí contigo, así que escapé y logré llegar hasta ti”. El Profeta^{sa} no había hablado cuando intervino Suhail, diciendo

que el acuerdo ya estaba firmado, y que su hijo tendría que irse con él. El joven - Abu Yandal - estaba ante los musulmanes, un hermano entre hermanos, llevado a la desesperación por el maltrato recibido de su padre. Dejar que volviera con su padre era una obligación que los musulmanes no podían tolerar. Sacaron las espadas y parecían resueltos a salvar a este hermano, aunque murieran en el intento. Abu Yandal rogó al Profeta^{sa} que le dejara quedarse. ¿Querría devolverle de nuevo a los tiranos de cuyas manos había logrado escapar? Pero el Profeta^{sa} tenía clara su decisión. Dijo a Abu Yandal: “Los Profetas no se retractan. Ya hemos firmado el acuerdo. Has de tener paciencia y confiar en Dios. Ciertamente, Él te dará tu libertad y liberará a otros jóvenes como tú.” Tras firmar el acuerdo de paz, el Profeta^{sa} volvió a Medina. Poco tiempo después, llegó a Medina otro joven converso mequí, llamado Abu Basir. Pero de acuerdo con las condiciones acordadas, el Profeta^{sa} devolvió también a éste. En el viaje de regreso, Abu Basir luchó con sus escoltas. En el transcurso de la lucha, mató a uno de ellos y consiguió escapar. Los mequíes fueron a ver de nuevo al Profeta^{sa} para quejarse. Pero el Profeta^{sa} respondió: “Os hemos entregado ya a vuestro hombre. Ahora se ha escapado de vuestras manos. No nos incumbe encontrarle

y entregarle de nuevo a vosotros.” Algunos días más tarde, una mujer huyó a Medina. La persiguieron algunos familiares suyos y exigieron que volviera. El Profeta^{sa} explicó que el acuerdo incluía una excepción en caso de los hombres, pero no hacía ninguna referencia a las mujeres; por lo tanto, se negó a devolver a la mujer.

LAS CARTAS DEL PROFETA A VARIOS REYES

Tras regresar de Hudaibiya a Medina, el Profeta^{sa} instituyó otro plan para la propagación de su Mensaje. Al mencionarlo a los Compañeros, algunos de ellos que conocían las formas y costumbres observadas en las cortes reales, dijeron que los reyes no aceptaban cartas sin el sello del remitente. Por lo tanto, el Profeta^{sa} encargó un sello con las palabras *Muhammad^{sa} Rasul Al'lah* grabadas. Por respeto, figuraba primero *Al'lah*, después *Rasul* y al final *Muhammad^{sa}*.

En el año 628 del mes de *Muharram*, varios enviados partieron hacia distintas capitales con las cartas del Profeta^{sa} en las que invitaba a los jefes de Estado a aceptar el Islam. Los enviados visitaron al Emperador Romano Heraclio, y a los reyes de Persia, Egipto (el rey egipcio era a la sazón vasallo del Emperador) y

Abisinia. También se dirigieron a otros reyes y jefes. La carta dirigida al Emperador fue llevada por Dihya Kalbi^{ra}, que tenía instrucciones de visitar primero al Gobernador de Busra. Cuando éste le recibió, el Emperador se encontraba en Siria efectuando una visita por el Imperio. El Gobernador concertó una entrevista entre Dihya^{ra} y el Emperador. Al entrar en la corte se le informó que todos los que eran recibidos en audiencia por el Emperador debían postrarse ante él. Dihya^{ra} se negó a obedecer, pues los musulmanes no se postraban ante ningún ser humano. Se sentó, pues, ante el Emperador, sin hacer las reverencias prescritas. El Emperador ordenó a un intérprete leer la carta; luego preguntó si se encontraba en la ciudad alguna caravana árabe. Dijo que deseaba interrogar a algún árabe acerca de este Profeta^{sa} árabe que le había invitado a aceptar el Islam. Por casualidad, Abu Sufyan^{ra} se encontraba en la ciudad con una caravana comercial. Los oficiales de la corte lo llevaron ante el Emperador. A Abu Sufyan le mandaron situarse ante los demás árabes, que debían corregirle si mentía o se equivocaba. Entonces, Heraclio procedió a interrogar a Abu Sufyan^{ra}. La historia nos ha conservado la siguiente conversación:

H: ¿Conoces a este hombre que pretende ser Profeta^{sa}, y que me ha enviado una carta? ¿Puedes decirme de qué de familia es?

A.S: Es de una familia noble y es mi pariente.

H: ¿Ha habido antes que él otros árabes que hayan hecho semejante declaración?

A.S: No.

H: ¿Tu pueblo le ha acusado alguna vez de haber mentido antes de que anunciara su misión?

A.S: No.

H: ¿Ha habido entre sus antecesores un rey o un jefe?

A.S: No.

H: ¿Cómo juzgas su capacidad general y su juicio?

A.S: Nunca hemos tenido motivo para criticar su capacidad general ni su juicio.

H: ¿Cómo son sus seguidores? ¿Son grandes y poderosos, o pobres y humildes?

A.S: La mayoría son pobres y humildes.

H: ¿Y su número va en aumento o disminuye?

A.S: Va aumentando.

H: ¿Sus seguidores vuelven alguna vez a sus antiguas creencias?

A.S: No.

H: ¿Ha roto alguna vez un pacto o una alianza?

A.S: Hasta ahora, no. Pero acabamos de firmar un nuevo pacto con él. Veremos cómo actúa.

H: ¿Has luchado contra él?

A.S: Sí.

H: ¿Con qué resultado?

A.S: Como los cubos del azud, la victoria y la derrota alternan entre nosotros y él. En la Batalla de Badr, por ejemplo, en la que yo no participé, él pudo derrotar a nuestro ejército. En la Batalla de Uhud, en la que yo fui comandante de nuestro ejército, derrotamos al suyo. Rompimos sus estómagos, sus orejas y sus narices.

H: Pero ¿qué es lo que enseña?

A.S: Que debemos adorar al único Dios y no fabricar otros dioses iguales que Él. Predica en contra de los ídolos que adoraban nuestros antecesores. En vez de eso, quiere que adoremos al Único Dios, que sólo digamos la verdad y que siempre renunciemos a prácticas viciosas y corruptas. Nos insta a comportarnos bien los unos con los otros, a observar nuestras alianzas y cumplir con nuestras obligaciones.

Aquí terminó la entrevista, y el Emperador dijo:

Primero te pregunté acerca de su familia y me dijiste que pertenecía a una familia noble. Ciertamente, los Profetas siempre provienen de familias nobles. Después te pregunté si otros habían hecho afirmaciones parecidas antes, y me contestaste que no. Pensé que si alguien más había alegado algo parecido, se podría decir que este Profeta^{sa} no hacía más que imitarle. Después te pregunté si había sido acusado alguna vez de haber mentido antes de anunciar su misión, y tú dijiste que no. De ahí concluí que una persona que no miente acerca de los hombres tampoco mentirá acerca de Dios. A continuación te pregunté si había habido algún rey entre sus antecesores, y tú me volviste a responder que no. De esto concluyo que su afirmación no constituye una manera sutil de recuperar su reino. Después, te pregunté si sus seguidores eran individuos importantes y poderosos, o si eran más bien pobres y débiles. Tú contestaste que solían ser débiles y pobres, y no orgullosos ni importantes; precisamente así son los primeros seguidores de un Profeta^{sa}. Al preguntarte si el número de sus seguidores aumentaba o disminuía, respondiste que iba aumentando, y recordé que el número de seguidores de un Profeta^{sa} va aumentando hasta que el Profeta^{sa} alcanza su objetivo. Te pregunté después si alguno de sus seguidores le había abandonado por estar decepcionado o desilusionado, y tú dijiste que no. Recordé que los seguidores de los Profetas suelen ser constantes. Puede que les abandonen por

otros motivos, pero nunca por estar decepcionados con la fe. Te pregunté a continuación si habían ocurrido conflictos entre tú y él, y cuáles habían sido los resultados. Dijiste que tú y tus seguidores erais como cubos en el azud; y los Profetas son así: al principio, sus seguidores sufren reveses y desgracias, pero terminan por vencer. Después te pregunté sobre sus enseñanzas y dijiste que enseña la adoración de Dios Único, la verdad entre los hombres, la virtud y la importancia de cumplir con los pactos y obligaciones. También te pregunté si él había roto alguna vez una promesa y dijiste que no. Y así es la forma de ser de los hombres virtuosos. Me parece, por tanto, que su afirmación de ser Profeta^{sa} es justa. En cierta medida, yo esperaba que apareciera en nuestra era, pero desconocía que podría ser árabe. Si tus respuestas son ciertas, creo que su influencia y su dominio se extenderán por estas tierras (*Bujari*).

El discurso molestó a los cortesanos, que empezaron a criticar al Rey por haber aplaudido a un Maestro de otra comunidad. Los oficiales despidieron a Abu Sufyan y a sus amigos. El texto de la carta dirigida por el Profeta^{sa} al Emperador se conserva en varios documentos históricos. Recoge lo siguiente:

“De Muhammad^{sa}, Siervo de Dios y Su Mensajero, al jefe de Roma, Heraclio. La Paz sea con quienes siguen el camino de la guía divina. Tras esto, ¡oh

Rey!, te invito al Islam. Hazte musulmán. Dios te protegerá de todos los males y te otorgará una doble recompensa. De no ser así, si niegas a aceptar este Mensaje, sobre tu cabeza recaerá el pecado, no sólo el tuyo propio, sino también el del rechazo de tus súbditos. Di: “¡Pueblo del Libro! Venid a una palabra igual entre nosotros y vosotros: que no adoremos más que a Al’lah, que no asociemos partícipes a Él, y que ninguno de nosotros tomemos a otros como señores, aparte de Al’lah”. Pero, si se alejan di: “Atestiguad que nos hemos sometido a Dios.” (*Zurqani*).

La invitación al Islam era una invitación para aceptar la Unidad de Dios y a Muhammad^{sa} como Su Mensajero. Así mismo, la doble recompensa de la que se advierte a Heraclio en la carta se refiere a la creencia tanto en Jesucristo como en Muhammad^{sa} que imparte el Islam.

Se dice que cuando la carta fue presentada al Emperador, varios cortesanos sugirieron que la rompiera. Constituía, dijeron, un insulto al Emperador. No le describía como tal, sino tan sólo como *Sahib al-Rum*, es decir, Jefe de Roma. El Emperador, no obstante, declaró que sería imprudente romperla sin antes leerla. También sostuvo que el título “Jefe de Roma” no estaba equivocado. Al fin y al cabo, el Amo

de todo era Dios. Un Emperador no era más que un Jefe.

Cuando el Profeta^{sa} supo cómo su carta había sido recibida por Heraclio expresó su alegría, y declaró que la acogida que el Emperador Romano había dado a su carta salvaría al Imperio: los descendientes del Emperador seguirían reinando durante mucho tiempo. Y así sucedió. En las guerras posteriores, gran parte del Imperio romano –de acuerdo con otra profecía del Profeta^{sa} del Islam –dejó de pertenecer a Roma; pero durante seis siglos más, la dinastía de Heraclio permaneció en Constantinopla. La carta del Profeta^{sa} se guardó durante mucho tiempo en los archivos del Estado. Cuando los embajadores del rey musulmán Mansur Qalawun visitaron la corte de Roma, se les mostró la carta, guardada en una vitrina. El entonces Emperador romano, al enseñarles el documento, dijo que había sido recibido del Profeta^{sa} por un antecesor suyo. Y había sido cuidadosamente conservado.

CARTA AL REY DE PERSIA

La carta al Rey de Persia fue enviada a través de ‘Abdul’lah bin Hudhafa^{ra}. He aquí el texto de la carta:

“En el nombre de Al’lah, el Clemente, el Misericordioso. Esta carta es de Muhammad^{sa}, el Mensajero de Dios, a Cosroes, Jefe de Persia. La paz sea con todo hombre que se somete a la guía perfecta, que cree en Al’lah, atestigua la Unicidad de Dios, no le atribuye partícipes ni iguales, y reconoce a Muhammad^{sa} como Su Siervo y Su Mensajero. ¡Oh, Rey! Dios me ha ordenado invitarte al Islam. Porque Él me ha mandado como Su Mensajero para toda la humanidad, para amonestar a todos los hombres, y completar mi Mensaje para todos los incrédulos. Acepta el Islam y protégete contra todos los males. Si rechazas esta invitación, sobre tu cabeza recaerá el pecado del rechazo por parte de tus súbditos.”
(*Zurqani y Jamis*)

‘Abdul’lah bin Hudhafa^{ra} relata que, al llegar a la corte de Cosroes, solicitó audiencia con el Rey, y le entregó la carta; un intérprete la leyó y explicó su contenido. Al oír el mensaje de la carta, Cosroes se enfureció y la rompió en pedazos. ‘Abdul’lah bin Hudhaf^{ara} presentó su informe al Profeta^{sa} que, tras oír lo sucedido, dijo: “Dios dará al Imperio de Cosroes el mismo trato que ha dado él a nuestra carta”, (es decir, romperlo en pedazos).

El arrebatado de ira mostrado en esta ocasión por Cosroes era el resultado de una campaña perversa de propaganda dirigida contra el Islam por los judíos que habían emigrado

desde territorios romanos a Persia. Estos refugiados judíos desempeñaron un papel importante en las intrigas contra los romanos que se generaban en Persia, y por lo tanto, se habían convertido en favoritos de la corte persa. Cosroes se sintió lleno de ira contra el Profeta^{SA}. Le pareció que los informes judíos sobre el Profeta^{SA} traídos a Persia se veían confirmados con esta carta. Consideró al Profeta^{SA} como un aventurero agresivo, con ambiciones respecto a Persia. Poco tiempo después, Cosroes escribió al Gobernador del Yemen, diciendo que uno de los quraishíes de Arabia se había anunciado como Profeta^{SA}. Sus afirmaciones se estaban volviendo excesivas. Pidió al Gobernador que enviara a dos hombres y les encargara detener a este quraishí, y traerle a la corte persa. Badham, Gobernador de Yemen bajo Cosroes, envió a un jefe militar y un acompañante montado a caballo a buscar al Profeta^{SA}, junto con una carta, en la que se explicaba que tras recibir la carta, el Profeta^{SA} debía acompañar inmediatamente a los dos mensajeros a la corte persa. Los mensajeros tenían la intención de ir primero a La Meca. Al llegar cerca de Ta'if, les dijeron que el Profeta^{SA} vivía en Medina. Se dirigieron, pues, a Medina, y una vez llegados allí, este jefe militar dijo al Profeta^{SA} que Badham, Gobernador del Yemen, había recibido órdenes de Cosroes de detenerle

y llevarle a Persia. Si el Profeta^{sa} se negaba a obedecer, le destruiría a él y a su pueblo, y demolería su tierra. Por compasión hacia el Profeta^{sa}, este delegado del Yemen recomendó al Profeta^{sa} que obedeciera, y consintiera ir a Persia. Después de escuchar sus palabras, el Profeta^{sa} propuso que los delegados volvieran a reunirse con él al día siguiente. Durante la noche, el Profeta^{sa} rezó a Dios, que le informó que la insolencia de Cosroes le había costado la vida. “Hemos puesto a su propio hijo en contra suya y este hijo matará a su padre el día 10 de *Yumad al-'Ula* de este año.” Según algunas versiones, la revelación decía: “El hijo ha matado al padre esta misma noche.” Es posible que aquella misma noche fuera la del 10 de *Yumad al-'Ula*. Por la mañana, el Profeta^{sa} llamó a los delegados de Yemen y les dijo lo que le había sido revelado aquella noche. Entonces preparó una carta dirigida a Badham, en la que escribió que Cosroes sería asesinado el día concreto del mes determinado. Cuando el Gobernador del Yemen recibió la carta, dijo: “Si este hombre es Profeta^{sa}, será justo como él dice. Si no, que Dios le ayude a él y a su país.” Poco tiempo después, un barco procedente de Persia amarró en el puerto del Yemen. Traía una carta del Emperador de Persia, dirigida al Gobernador del Yemen. La carta llevaba un nuevo sello, de lo que el Gobernador dedujo

que la profecía del Profeta^{SA} árabe se había cumplido. Un nuevo sello significaba un nuevo rey. Abrió la carta y leyó:

De Cosroes Siroes a Badham, Gobernador del Yemen. He matado a mi padre, porque se había vuelto corrupto e injusto como Emperador. Mató a los nobles y maltrató a sus súbditos. En cuanto recibas esta carta, reúne a todos los oficiales y pide que me juren su lealtad. En cuanto a las órdenes de mi padre respecto a la detención de un Profeta^{SA} árabe, puedes considerarlas anuladas (*Tabari, Vol. 3, págs. 1572-1574, e Hisham pág. 46*).

Badham quedó tan impresionado por estos acontecimientos que él, junto con muchos amigos, declaró inmediatamente su fe en el Islam, e informaron al Profeta^{SA} de su decisión.

LA CARTA AL NEGUS

La carta al Negus, Rey de Abisinia, fue llevada por ‘Amr bin Umaya Damri^{ra}. Decía:

“En el nombre de Al’lah, el Clemente, el Misericordioso. Muhammad^{SA}, el Mensajero de Dios, se dirige al Negus, Rey de Abisinia. La paz sea contigo, Oh Rey. Alabo, ante ti, al Único Dios. No hay otro digno de adoración. Es el Rey de los Reyes, la Fuente de todas las virtudes, Exento de todo defecto. Concede la paz a todos Sus siervos y protege a Sus criaturas. Atestiguo que Jesús, hijo

de María, fue Mensajero de Dios, que vino para cumplir las promesas que Dios había hecho a María. María había consagrado su vida a Dios. Te invito a unirte conmigo, para seguir y obedecer al Único Dios. Te invito a seguirme, y a creer en el Dios que me ha enviado. Yo soy Su Mensajero. Te invito a ti y a tus ejércitos a uniros a la fe de Dios Todopoderoso. Cumplo así con mi deber. Te he traído el Mensaje de Dios y te he explicado su significado con toda veracidad; confío en que respetes la sinceridad que ha dado lugar a este Mensaje. Quien obedece la guía de Dios recibe en herencia las bendiciones de Dios” (*Zurqani*).

Cuando esta carta le llegó al Negus, la trató con gran respeto. La miró de cerca, descendió del trono y mandó traer una caja de marfil para conservarla. Puso la carta en la caja diciendo: “Mientras esta carta esté segura, mi reino estará seguro.” Sus palabras resultaron ser ciertas. Durante los mil años de conquista musulmana, los ejércitos musulmanes se extendieron en todas las direcciones y pasaron cerca de todas las fronteras de Abisinia, pero no entraron en este pequeño reino del Negus. Ello se debía a dos actos memorables del Negus: la protección que brindó a los primeros refugiados musulmanes por una parte, y la reverencia que mostró hacia la carta del Profeta^{sa} por otra. Se desmanteló el Imperio

romano. El Cosroes perdió sus dominios. Desaparecieron los reinos de la China y la India, pero este pequeño reino del Negus permaneció inviolado, porque su rey había recibido y protegido a los primeros refugiados musulmanes y había mostrado debido respeto y reverencia a la carta del Profeta^{SA}.

De esta forma, los musulmanes devolvieron la magnanimidad del Negus. Comparemos con esto el tratamiento recibido por este reino cristiano del Negus a manos de un pueblo cristiano, y en esta época civilizada. Han bombardeado las ciudades indefensas de Abisinia, y las han destruido. La familia real se vio obligada a refugiarse y a permanecer varios años en el exilio. El mismo pueblo ha sido tratado de dos formas distintas por dos pueblos distintos. Los musulmanes consideraron Abisinia como sagrada e inviolable, debido a la magnanimidad de uno de sus reyes. Una nación cristiana la atacó y la saqueó en nombre de la civilización. De esto se desprende que los efectos de las enseñanzas del Profeta^{SA} y de su ejemplo, sean positivos y duraderos. El agradecimiento musulmán a un reino cristiano hizo que lo consideraran sagrado. La codicia cristiana atacó el mismo reino, a pesar de ser también cristiano.

CARTA AL JEFE DEL ESTADO EGIPCIO

La carta al Muqauqis fue llevada por Hatib ibn Abi Balta'a^{ra}. El texto de esta carta era el mismo que el de la carta al Emperador romano. Decía que el pecado del rechazo por parte de los súbditos romanos recaería sobre la cabeza del Emperador. En la carta dirigida al Muqauqis, el pecado del rechazo por parte de los coptos recaería sobre la cabeza de su jefe. La carta decía lo siguiente:

“En el nombre de Al'lah, el Clemente, el Misericordioso. Esta carta es de Muhammad^{sa}, el Mensajero de Al'lah, al Muqauqis, Jefe de los coptos. La paz sea con quien sigue el camino de la justicia. Te invito a aceptar el Mensaje del Islam. Si crees, te salvarás y tu recompensa será doble. Si te niegas a creer, el pecado del rechazo por parte de los coptos también recaerá sobre tu cabeza. Di: “¡Pueblo del Libro! Venid a una palabra igual entre nosotros y vosotros, que no adoremos más que a Al'lah, no asociemos partícipes a Él ni tomemos a otros como señores, salvo a Al'lah”. Pero, si se alejan di: “Atestiguad que nos hemos sometido a Dios.” (Halbiyya, Vol. 3, pág. 275).

Cuando Hatib^{ra} llegó a Egipto, no encontró a Muqauqis en la capital. Hatib^{ra} le siguió a Alejandría donde, a la orilla del mar, se había reunido la Corte. Hatib^{ra} viajó en barco,

y percatándose de que la corte estaba bien guardada, mostró la carta desde cierta distancia y empezó a hablar en voz alta. El Muqauquis mandó traer al enviado del Profeta^{SA}. Leyó la carta y dijo: “Si este hombre es un verdadero Profeta^{SA}, ¿Por qué no reza por la destrucción de sus enemigos?” Hatib^{RA} respondió: “Tú crees en Jesucristo. Fue maltratado por su pueblo y aun así, no pidió su destrucción.” El rey alabó a Hatib^{RA}, diciendo que era el enviado sabio de un hombre sabio. Había contestado bien a las preguntas que se le habían hecho. Hatib^{RA} habló otra vez: “Antes que tú, hubo un rey orgulloso, arrogante y cruel. Fue el Faraón que persiguió a Moisés. Al final le alcanzó el castigo divino. No muestres, pues, orgullo y cree en este Profeta^{SA} de Dios. Por Dios, ¿Moisés no anunció el advenimiento de Jesús con la misma claridad que Jesús anunció a Muhammad^{SA}? Te invitamos a Muhammad^{SA} el Profeta^{SA}, al igual que los cristianos invitáis a los judíos a aceptar a Jesús. Cada Profeta^{SA} tiene sus seguidores, que han de obedecerlo. Ahora que ha aparecido un Profeta^{SA} en tu época, te incumbe creer en él y seguirle. Ten presente que nuestra religión no exige que niegues a Jesús, ni que le desobedezcas. Nuestra religión requiere que todos crean en Jesús”.

Tras escuchar estas palabras, Muqauquis reveló que ya había oído hablar de las enseñanzas de este Profeta^{sa} y que consideraba que no enseñaba nada malo, ni prohibía nada bueno. También había indagado y sabía que el Profeta^{sa} no era ni mago ni adivino. Había oído hablar del cumplimiento de algunas de sus profecías. Después mandó traer un arca de marfil, introdujo en ella la carta, la selló y la entregó a una criada, para que la pusiera en un lugar seguro. Escribió también una respuesta al Profeta^{sa}, cuyo texto se conserva en los anales:

En el nombre de Al'lah, el Clemente, el Misericordioso. De Muqauquis, Rey de los coptos, a Muhammad^{sa} hijo de Abdul'lah. La paz sea contigo. Después de esto, te digo que he leído tu carta y he reflexionado acerca de su contenido y de las creencias que me invitas a aceptar. Reconozco que los Profetas hebreos han predicho el advenimiento de un Profeta^{sa} en nuestra era. Pero creía que iba a aparecer en Siria. He recibido a tu enviado, y le he regalado mil dinars y cinco Knilats. Además, te envío dos muchachas egipcias como regalo. Mi pueblo, los coptos, estiman mucho a estas muchachas. Una se llama María y la otra Sirin. Igualmente te envío veinte prendas hechas de lino egipcio de la mejor calidad, y una mula para viajar. Finalmente, rezo de

nuevo para que Dios te conceda la paz (*Zurqani y Tabari*).

De esta carta se desprende que aunque el Muqauquis trató la carta con gran respeto, no aceptó el Islam.

CARTA AL JEFE DEL BAHREIN

El Profeta^{sa} también envió una carta a Mundhir Taimi, Jefe de Bahrein. La carta fue llevada por Ala ibn Hadrami^{ra}. Aunque el texto de la carta no se ha conservado, se sabe que el jefe del Bahrein, al recibirla, creyó y escribió al Profeta^{sa} diciendo que, junto con muchos amigos y seguidores, había decidido unirse al Islam. Otros, sin embargo, habían decidido mantenerse al margen. Añadió que vivían bajo su mando varios judíos y magos. ¿Qué debía hacer respecto a ellos?

El Profeta^{sa} escribió de nuevo al Jefe:

“Me alegra saber de tu aceptación del Islam. Tu deber reside en obedecer a los delegados y enviados que yo te envíe. El mensajero que te llevó mi carta me ha hablado bien de ti y me ha asegurado de la sinceridad de tu creencia. He rezado a Dios por tu pueblo. Intenta, pues, enseñarles las costumbres y prácticas del Islam. Protege su propiedad. No permitas que nadie tenga más de cuatro esposas. Los pecados del pasado quedan perdonados. Siempre

que seas bueno y virtuoso, seguirás reinando sobre tu pueblo. Con respecto a los judíos y los magos, sólo tienen que pagar un impuesto. No exijas, pues, más de ellos. En cuanto a la población general, quienes carecen de tierras suficientes para mantenerse, deben recibir cuatro dírham por persona, y algo de ropa para ponerse.” (*Zurqani y Jamis*).

El Profeta^{sa} escribió también al Rey de Omán, al Jefe de Yamama, al Rey de Ghassan, al Jefe de los Bani Nahd (una tribu del Yemen), al Jefe de Hamdan (otra tribu yemení), al Jefe de Bani 'Alim y al Jefe de los Hadrami. La mayoría de ellos se hicieron musulmanes.

Estas cartas revelan el grado de perfección al que había llegado la fe del Profeta^{sa} en Dios. Igualmente demuestran que, desde el principio, el Profeta^{sa} creía haber sido enviado por Dios, no para un pueblo o un territorio concreto, sino para todos los pueblos del mundo. Las cartas fueron recibidas por sus destinatarios de diversas formas. Algunos aceptaron inmediatamente el Islam, mientras que otros trataron las cartas con respeto, pero no lo aceptaron. Otros, las trataron con la cortesía normal, y otros con orgullo y desprecio. Pero también es cierto –y la historia lo demuestra – que la suerte de los receptores de estas cartas o sus respectivos pueblos, estuvo ligada a su forma de tratar estas cartas.

LA CAÍDA DE JAIBAR

Como ya hemos señalado, los judíos y otros enemigos del Islam se ocupaban ahora de incitar a las tribus en contra de los musulmanes. Estaban convencidos de que Arabia no podía resistir por mucho tiempo la creciente influencia del Islam, y que las tribus árabes eran ya incapaces de atacar Medina. Los judíos, por lo tanto, empezaron a conspirar con las tribus cristianas instaladas en la frontera meridional del Imperio romano. Al mismo tiempo, comenzaron a escribir contra el Profeta^{sa} a sus correligionarios en Iraq. Mediante una propaganda maliciosa efectuada por correspondencia, intentaron incitar al Cosroes de Persia. Como resultado de estas maquinaciones, el Cosroes se volvió contra el Islam y envió órdenes al Gobernador del Yemen para detener al Profeta^{sa}. Gracias a la intervención divina y mediante la gracia de Dios, el Profeta^{sa} permaneció a salvo, y el perverso plan del Emperador de Persia se vio frustrado. Es evidente que de no haber sido por la ayuda divina que recibió el Profeta^{sa} a lo largo de su vida, el movimiento del Islam hubiera sido ahogado en sus comienzos, por la hostilidad y la oposición de los Emperadores de Persia y Roma. Cuando el Cosroes ordenó la detención del Profeta^{sa}, el Emperador fue

depuesto y asesinado por su hijo antes de que se pudiera ejecutar la orden, que fue anulada por el nuevo Emperador. A los oficiales yemeníes les impresionó este milagro; la provincia del Yemen pronto se integró en el Imperio musulmán. Las intrigas constantes de los judíos contra los musulmanes y contra la ciudad de Medina hacían necesario alejarles más de Medina. Si se les hubiera permitido seguir viviendo cerca, sus tramas habrían dado lugar, sin duda alguna, a un derramamiento de sangre y de violencia cada vez mayor. Al volver de Hudaibiya, el Profeta^{sa} esperó durante cinco meses y después decidió expulsarles de Jaibar. Jaibar estaba a poca distancia de Medina y desde allí los judíos conspiraban con facilidad. Con esta finalidad, el Profeta^{sa} emprendió (durante el mes de agosto del año 628) una marcha sobre Jaibar, acompañado de mil seiscientos hombres. Jaibar, como ya hemos señalado, era una ciudad bien protegida. Estaba rodeada por todos lados por grandes rocas encima de las cuales se encontraban pequeñas fortalezas. Conquistar tal sitio con una fuerza tan reducida no era una tarea fácil.

Los pequeños puestos situados alrededor de la ciudad cayeron sin ofrecer gran resistencia. Pero cuando los judíos se concentraron en la

fortaleza central de la ciudad, todos los ataques lanzados sobre ella y todas las estrategias empleadas para tomarla, fracasaron. Un día, el Profeta^{sa} recibió una revelación anunciándole que Jaibar caería en manos de Ali. La mañana siguiente, el Profeta^{sa} anunció esto a sus seguidores, diciendo: “Hoy entrego la bandera negra del Islam al que es querido por Dios, por su Profeta^{sa} y por todos los musulmanes. Dios ha dispuesto que nuestra victoria en Jaibar se obtenga a través suya”. Al día siguiente mandó traer a ‘Ali y le entregó la bandera. ‘Ali no perdió tiempo. Reunió a sus hombres y atacó la fortaleza central. A pesar de que los judíos habían concentrado sus fuerzas dentro de la fortaleza, ‘Ali y su división pudieron tomarla antes del anochecer. Se firmó un tratado de paz. Las condiciones impuestas fueron que todos los judíos, sus esposas e hijos, abandonarían Jaibar y se instalarían en algún lugar lejos de Medina. Su propiedad y sus bienes pasarían a manos de los musulmanes. El que intentara ocultar su propiedad o sus bienes o intentara engañar a los musulmanes a este respecto, no gozaría de la protección del tratado, sino que recibiría el castigo prescrito por incumplimiento.

Durante el sitio de Jaibar, tuvieron lugar tres incidentes interesantes. Uno de ellos

constituye una Señal de Dios y dos nos proporcionan una perspectiva del elevado carácter moral del Profeta^{sa}.

Una viuda de Kinana, que era uno de los jefes de Jaibar, se casó con el Profeta^{sa}. El Profeta^{sa} vio que tenía en su cara la marca de una mano. “¿Qué te ha pasado en la cara, Safiyya?”, preguntó el Profeta^{sa}.

“Sucedió así”, dijo Safiyya. “En un sueño, vi que la luna cayó en mi regazo. Conté el sueño a mi marido. Apenas hube terminado cuando mi marido me dio una bofetada, y me dijo: “Tú te quieres casar con el Rey de Arabia” (*Hisham*). La luna era el emblema nacional de Arabia. La luna en el regazo significaba una relación íntima con el Rey de Arabia. Una luna partida o que caía significaba conflictos dentro del estado árabe, o bien su destrucción total.

El sueño de Safiyya era un signo de la verdad del Santo Profeta^{sa}. También es prueba de que Dios revela el futuro a sus siervos a través de los sueños. Los creyentes gozan de mayor gracia a este respecto que los incrédulos. Safiyya era judía cuando tuvo este sueño. Su marido murió en el sitio de Jaibar. El asedio fue el castigo recibido por el incumplimiento de los judíos de su palabra. Safiyya fue tomada prisionera y en

la distribución de prisioneros fue dada a un Compañero. Cuando se descubrió que era la viuda de un jefe, se consideró que sería más apropiado para su rango vivir con el Profeta^{SA}. El Profeta^{SA}, sin embargo, eligió concederle el estatus de esposa y ella consintió. De este modo se cumplió su sueño.

Tuvieron lugar otros dos incidentes. Uno está relacionado con un pastor que cuidaba las ovejas de un jefe judío. Este pastor se hizo musulmán. Tras su conversación, dijo al Profeta^{SA}: “¿Qué debo hacer con los rebaños de mi antiguo amo?”.

“Dirige la cabeza de los animales hacia Jaibar y dales un empujón en esa dirección. Dios los llevará a su amo”, respondió el Profeta^{SA}. El pastor hizo lo que se le había mandado, y el rebaño llegó a la fortaleza. Fue recogido por los centinelas (*Hisham*, Vol. 2, pág. 191). El incidente demuestra la importancia que el Profeta^{SA} concedía a la cuestión de los derechos individuales y la obligación de todos los hombres a cumplir con sus compromisos. En la guerra, los bienes de los vencidos son apropiados, justamente, por los vencedores. La nuestra es una edad civilizada y culta, pero ¿acaso podemos encontrar algo parecido? ¿Ha sucedido alguna vez que los bienes abandonados por un enemigo derrotado le

fueran devueltos por los vencedores? En este caso, el rebaño pertenecía a uno de los combatientes del ejército enemigo. La devolución al adversario de los animales significaba la entrega de alimentos que le servirían durante varios meses. Con ellos, el enemigo podría resistir el asedio durante mucho más tiempo. Y sin embargo, el Profeta^{sa} mandó devolver los animales, para inculcar al nuevo converso la importancia de cumplir con las obligaciones.

El tercer incidente está relacionado con una mujer judía que intentó envenenar al Profeta^{sa}. Preguntó a sus Compañeros qué parte del animal prefería comer el Profeta^{sa}. Le dijeron que prefería la paletilla del cordero o de la cabra. La mujer mató una cabra y preparó chuletas sobre piedras calientes. Añadió un veneno mortal, que aplicó encima de los trozos cortados de la paletilla, pensando que serían de la elección del Profeta^{sa}.

El Profeta^{sa} regresaba a su tienda tras celebrar las oraciones vespertinas en congregación. Vio a la mujer esperándole cerca de su tienda, y preguntó: “¿Puedo hacer algo por ti?”.

“Sí, Abu’l Qasim, puedes aceptar un regalo mío”. El Profeta^{sa} pidió a un Compañero que tomara lo que la mujer había traído. Cuando se sentó a cenar, se puso delante suyo este

regalo de carne asada. El Profeta^{sa} tomó un trozo. Un Compañero, Bishr ibn al-Bara' ibn al-Ma'rur, tomó otro. Los demás Compañeros presentes también extendieron las manos para tomar la carne. Pero el Profeta^{sa} se lo impidió, diciendo que temía que la carne estuviera envenenada. Bishr dijo que había pensado lo mismo. Hubiera querido tirar la carne, pero no quería molestar al Profeta^{sa}. “Al ver que tú cogías la carne”, dijo, yo también la tomé. Pero pronto empecé a lamentar que tú la hubieras tomado”. Poco después, Bishr se puso enfermo y según algunos relatos, murió inmediatamente. Otras fuentes afirman que murió tras enfermar durante un cierto tiempo. El Profeta^{sa} mandó traer a la mujer y le preguntó si había envenenado la carne. La mujer le preguntó a su vez cómo lo había descubierto. El Profeta^{sa} tenía todavía un pedazo de carne en la mano, y dijo: “La mano me lo dijo” - lo que significaba que lo pudo adivinar por el gusto que tenía - y la mujer confesó lo que había hecho.

“¿Por qué lo hiciste?” preguntó el Profeta^{sa}.

“Mi gente estaba en guerra contra ti y murieron varios familiares míos. Decidí envenenarte, pensando que si eras impostor, morirías y estaríamos a salvo, pero si eras Profeta^{sa}, Dios te salvaría”.

Al oír su explicación, el Profeta^{sa} perdonó a la mujer, a pesar de merecer la pena de muerte (*Muslim*). El Profeta^{sa} estaba siempre dispuesto a perdonar y sólo castigaba cuando el castigo resultaba necesario, cuando temía que el culpable seguiría cometiendo delitos.

SE CUMPLE LA VISIÓN DEL PROFETA

En el octavo año después de la Hégira y más concretamente en febrero del año 629, el Profeta^{sa} debía viajar a La Meca para realizar el circuito de peregrinación de la Ka'ba, según lo acordado con los jefes mequíes. Cuando llegó la hora de salir, el Profeta^{sa} reunió a dos mil fieles y partió en dirección a La Meca. Al llegar a Marr al-Zahran, un lugar de descanso cerca de La Meca, mandó a sus fieles deponer las armas. De acuerdo con los términos del acuerdo firmado en Hudaibiya, el Profeta^{sa} y sus fieles entraron en el recinto sagrado tan sólo con las espadas envainadas. La vuelta a La Meca, tras siete años de exilio no constituía un acontecimiento cotidiano para las dos mil personas que ahora entraban. Recordaban las torturas a las que habían sido sometidos durante su vida en esa ciudad, pero al mismo tiempo, veían cuánta gracia Dios les había mostrado al permitirles volver y hacer en paz el circuito de peregrinación a la Ka'ba. Su ira

era sólo igual a su alegría. Los habitantes de La Meca habían salido de sus casas y habían tomado posiciones en lo alto de las colinas para ver a los musulmanes. Los musulmanes se sentían llenos de fervor, entusiasmo y orgullo. Deseaban decir a los mequíes que se habían hecho ciertas las promesas de Dios. Abdul'lah bin Rawaha^{ra} empezó a cantar cánticos de guerra, pero el Profeta^{sa} le hizo callar diciendo: "No cantes himnos de guerra. Di simplemente: No hay otro digno de adoración salvo el Dios Único. Dios es Quien ayudó al Profeta^{sa} y elevó a los creyentes desde la degradación hasta la dignidad y expulsó a los enemigos". (*Halbiyya*, Vol. 3, pág. 73).

Tras hacer el circuito de la Ka'ba y tras correr entre los montes de *Safa* y *Marwa*, el Profeta^{sa} y sus Compañeros pasaron tres días en La Meca. Abbas tenía una cuñada viuda, de nombre Maimuna, y propuso que el Profeta^{sa} se casara con ella. El Profeta^{sa} consintió. Al cuarto día, los mequíes exigieron que los musulmanes se retiraran. El Profeta^{sa} pidió a sus fieles que salieran de La Meca rumbo a Medina. Observó el acuerdo tan religiosamente, y respetó tan profundamente los sentimientos de los mequíes, que incluso dejó en La Meca a su nueva esposa. Dispuso que ella se uniera a él con la caravana que

transportaba los efectos personales de los peregrinos. El Profeta^{sa} montó en su camello y pronto se encontró fuera de los límites del recinto sagrado. Durante la noche, el Profeta^{sa} acampó en un lugar llamado Sarif, donde su esposa se reunió con él en su tienda.

Podríamos haber omitido este detalle poco significativo de nuestro breve relato de la vida del Profeta^{sa}, pero el incidente reviste un interés importante, que a continuación aclaramos. Diversos autores europeos han criticado al Profeta^{sa} por tener varias esposas. Consideran que la pluralidad de esposas es prueba de una laxitud personal y del amor al placer. Tal impresión respecto a los matrimonios del Profeta^{sa}, sin embargo, se ve desmentida por la devoción y el amor sin límites que sus esposas sentían por él, que demostraba el carácter puro, altruista y espiritual de la vida matrimonial del Profeta^{sa}. Fue tan singular en este aspecto que podemos afirmar que ningún hombre trató a su única esposa con la misma bondad que mostró el Profeta^{sa} hacia sus muchas esposas. Si la vida conyugal del Profeta^{sa} hubiera estado motivada por el placer, el resultado, con toda probabilidad, habría sido la indiferencia, o incluso el antagonismo hacia él por parte de sus esposas. Pero los hechos son muy

distintos. Todas las esposas del Profeta^{SA} le estaban dedicadas, y su devoción se debía a su actitud generosa y su elevado espíritu moral. Ésto viene demostrado en muchos incidentes conservados en las crónicas. Uno de ellos está relacionado con Maimuna. Se reunió con el Profeta^{SA} por primera vez en una tienda en el desierto. Si sus relaciones conyugales hubieran sido violentas, o si el Profeta^{SA} hubiera preferido unas esposas a otras por su atractivo físico, Maimuna, no habría conservado tal recuerdo de su primer encuentro con el Profeta^{SA}. Si su matrimonio con el Profeta^{SA} hubiera estado asociado con recuerdos indiferentes o desagradables, lo habría olvidado todo. Maimuna vivió mucho tiempo después de la muerte del Profeta^{SA}. Murió colmada de años, pero nunca olvidó lo que había significado para ella su matrimonio con el Profeta^{SA}. En la víspera de su muerte, cuando ya tenía ochenta años, cuando las delicias de la carne están olvidadas y cuando sólo las cosas relacionadas con la virtud y el valor duradero conmueven el corazón, ella pidió que la enterraran a un día de viaje de La Meca, en el mismo lugar donde el Profeta^{SA} había acampado al volver a Medina y donde ella se había unido a él después de la boda. El mundo recoge ya muchas historias de amor,

tanto reales como imaginarias, pero pocas tan emocionantes como ésta.

Poco tiempo después de este circuito histórico de la Ka'ba, dos grandes generales del ejército enemigo se unieron al Islam. Uno era Jalid bin Walid, cuyo genio y valentía sacudieron los cimientos del Imperio romano y bajo cuyo mando los musulmanes fueron añadiendo un país tras otro a su Imperio. El otro era 'Amr bin al-As, conquistador de Egipto.

LA BATALLA DE MAUTA

Al volver de la Ka'ba, el Profeta^{sa} empezó a recibir informes según los cuales las tribus cristianas en la frontera siria se estaban preparando para atacar Medina, instigadas por los judíos y los paganos. El Profeta^{sa}, por lo tanto, envió a un grupo de quince hombres con la misión de averiguar la verdad. Vieron que efectivamente se estaba congregando un ejército en la frontera siria, pero en lugar de volver inmediatamente para presentar su informe, permanecieron allí. El deseo de exponer el Islam se apoderó de ellos, aunque el efecto de su entusiasmo bien intencionado resultó ser contrario a lo que esperaban y deseaban.

Repasando hoy los acontecimientos, vemos que aquellos que, motivados por la provocación de los enemigos, estaban preparándose para atacar a la patria del Profeta^{sa}, no podrían haberse comportado de otra forma. En lugar de escuchar su exposición, cogieron sus arcos y enviaron una lluvia de flechas sobre este grupo de quince hombres. El grupo, sin embargo, se quedó inmóvil. A pesar de recibir flechas como respuesta a sus argumentos, no se retiraron. Se mantuvieron firmes, quince contra miles, y cayeron luchando.

El Profeta^{sa} proyectó una expedición para castigar a los sirios por esta crueldad innecesaria, pero al mismo tiempo recibió nuevos informes según los cuales las fuerzas que se habían concentrado en la frontera se habían dispersado. Aplazó, pues, sus proyectos.

El Profeta^{sa}, sin embargo, escribió una carta al Emperador de Roma (o mejor dicho, al jefe de la tribu de los *Ghassan* que reinaba en Busra en nombre de Roma). Cabe suponer que en dicha carta el Profeta^{sa} se quejó de los preparativos que habían sido observados en la frontera siria, y del asesinato cruel e injustificado de los quince musulmanes a quienes había enviado para que informaran de la situación en la frontera. La carta fue llevada

por al-Harth, un Compañero del Profeta^{sa}. Se detuvo en Mauta, donde se encontró con Shurahbil, un jefe Ghassaní que servía como oficial romano. Este jefe le preguntó: “¿eres tú un enviado de Muhammad^{sa}?”. Al recibir la respuesta afirmativa, Shurahbil le detuvo, le ató y lo mató. Sería razonable suponer que este jefe Ghassaní era el mismo oficial del ejército que había ejecutado a los quince hombres que habían acudido a predicar. El hecho de que dijera a al-Harth: “¿Acaso llevas un mensaje de Muhammad^{sa}?”, indica que temía que la queja del Profeta^{sa} sobre el ataque a los musulmanes perpetrado por miembros de una tribu que se encontraba bajo el mandato del Emperador, llegara a oídos de éste. Temía que le pidieran rendir cuentas de lo ocurrido. Lo más seguro, habría pensado, era matar al mensajero. Pero se equivocaba. El Profeta^{sa} recibió las noticias del asesinato. Para vengar de esta muerte y las anteriores, el Profeta^{sa} reunió una fuerza de tres mil hombres y la envió a Siria bajo el mando de Zaid bin Haritha, liberto del Profeta^{sa}, a quien hemos tenido ocasión de referirnos en nuestra descripción de su vida en La Meca. En el caso de que muriera Zaid, el Profeta^{sa} nombró a Yafar ibn Abi Talib como sucesor, y a Abdul’lah bin Rawaha, en el caso de que Yafar muriera. Caso de morir este último, los musulmanes deberían elegir a su propio

comandante. Un judío que oyó esto dijo: “Abu’l Qasim, si eres de verdad un Profeta^{sa}, estos tres oficiales que has nombrado seguramente morirán, porque Dios cumple las palabras de sus profetas”. Dirigiéndose a Zaid, dijo: “Créeme, si Muhammad^{sa}, es un Profeta^{sa} de verdad, no volveréis con vida”. Zaid, como creyente sincero que era, respondió: “Aunque yo no vuelva con vida, Muhammad^{sa} es un verdadero Profeta^{sa} de Dios (*Halbiyya*, Vol. 3, pág. 71).

Al día siguiente, el ejército musulmán inició su larga marcha. El Profeta^{sa} y sus Compañeros salieron con el ejército y lo acompañaron durante cierto tiempo antes de despedirse. Era la primera vez que salía una expedición tan grande y tan importante que no estuviera bajo el mando del Profeta^{sa}. Mientras la acompañaba, el Profeta^{sa} daba instrucciones y consejos. Al llegar al lugar donde los medinitas solían despedirse de los amigos y familiares que iban a Siria, el Profeta^{sa} se detuvo y dijo:

“Os pido que temáis a Dios y que tratéis con justicia a los musulmanes que van con vosotros. Combatid en nombre de Al’lah, y luchad contra el enemigo en Siria, que es vuestro enemigo y el de Al’lah. Cuando estéis en Siria, os encontraréis con gente que se acuerda mucho de Dios en sus templos. No tenéis

que querellar con ellos, ni les causaréis molestias. En la tierra de los enemigos, no matéis ni a mujeres ni a los niños, ni a los ciegos ni a los ancianos; no cortéis ningún árbol ni derribéis ninguna casa”. (*Halbiyya*, Vol. 3).

Con estas palabras, el Profeta^{sa} volvió hacia Medina y el ejército musulmán prosiguió su marcha. Fue el primer ejército musulmán enviado a combatir contra cristianos. Cuando los musulmanes llegaron a la frontera siria, oyeron que el Emperador mismo estaba al frente de la campaña, con cien mil soldados propios, y otros cien mil reclutados de entre las tribus cristianas de Arabia. Ante este número tan superior, los musulmanes pensaron en detenerse para enviar un informe al Profeta^{sa} en Medina. Podría quizás enviar refuerzos, o mandar nuevas instrucciones. Cuando los jefes del ejército se reunieron en consejo, se levantó ‘Abdul’lah bin Rawaha, lleno de pasión, y dijo: “Pueblo mío, habéis salido de vuestras casas para morir como mártires en la senda de Dios, y ahora que el martirio está a vuestro alcance queréis retiraros. Hasta ahora no hemos luchado porque estuviéramos mejor provistos que el enemigo en cuanto a hombres y material. Nuestro apoyo principal era nuestra fe. Si el enemigo es tantas veces superior a nosotros en número y material

¿qué importa? Tendremos una de las dos recompensas. O venceremos, o moriremos como mártires en la senda de Dios”. El ejército oyó a ibn Rawaha, y se conmovió. Tenía razón, dijeron, con una única voz. El ejército avanzó. Al avanzar, vieron que el ejército romano se acercaba a ellos. En Muta, por lo tanto, los musulmanes tomaron posiciones y la batalla comenzó. Pronto murió Zaid, el comandante musulmán, y primo del Profeta^{sa} y Yafar ibn Abi Talib recibió el estandarte y el mando del ejército. Cuando vio que la presión del ejército enemigo iba aumentando, y que los musulmanes -por la inferioridad física absoluta en que se encontraban- no resistirían, bajó de su caballo y le cortó las patas. La acción significaba que por lo menos no pensaba huir; prefería morir antes que huir.

Cortar las patas al caballo era una costumbre árabe para evitar la estampida y el pánico. Yafar perdió la mano derecha, pero sujetó el estandarte con la izquierda. Perdió también la mano izquierda y entonces sujetó el estandarte entre los muñones. Fiel a su promesa, murió luchando. Entonces y de acuerdo con las instrucciones del Profeta^{sa}, Abdul’lah bin Rawaha cogió el estandarte y relevó el mando. También murió luchando.

Según las instrucciones del Profeta^{sa}, los musulmanes debían unirse para elegir un comandante. Pero no había tiempo para celebrar tal elección. Los musulmanes podrían haberse rendido ante un enemigo numéricamente tan superior, pero Jalid bin Walid, aceptando la sugerencia de un amigo, tomó el estandarte y siguió luchando hasta la noche. Al día siguiente, Jalid salió de nuevo con su ejército diezmado y agotado, pero empleó una nueva estrategia. Cambió las posiciones de sus hombres: los de delante se intercambiaron con los de la retaguardia, y los del flanco derecho con los del flanco izquierdo. También profirieron gritos de guerra. El enemigo pensó que habían recibido refuerzos durante la noche, y se retiró temeroso. Jalid salvó lo que quedaba de su ejército y volvió. El Profeta^{sa} había sido informado de lo ocurrido mediante una revelación. Reunió a los musulmanes en la mezquita. Al levantarse para hablarles, sus ojos derramaban lágrimas. Dijo:

Quiero hablaros acerca del ejército que salió de aquí para la frontera siria. Se mantuvo firme y luchó contra el enemigo. Primero llevó el estandarte Zaid, después Yafar y después ‘Abdul’lah bin Rawaha. Murieron los tres, uno tras otro, luchando valientemente. Después, el estandarte fue llevado por Jalid bin Walid. Se

nombró a sí mismo. Es una espada entre las espadas de Dios. Salvó el ejército musulmán, y regresó. (*Zad al-Ma'ad, Vol.1, y Zurqani*).

Esta descripción de Jalid se hizo popular, hasta tal punto que la gente empezó a hablar de Jalid como “la espada de Dios”.

Al ser uno de los conversos más recientes, Jalid, era a menudo objeto de burlas por parte de otros musulmanes. Una vez se peleó con ‘Abd al-Rahman bin Auf. Éste se quejó al Profeta^{sa}, el cual reprendió a Jalid diciendo: “Jalid, has molestado a uno que sirve al Islam desde los tiempos de *Badr*. Te digo que aunque regalaras el peso de Uhud en oro para servir al Islam, no merecerías una recompensa divina tan grande como la que merece ‘Abd al-Rahman bin ‘Auf”

“Pero se burlan de mí” contestó Jalid, “y me veo obligado a contestarles”.

Al oír esto, el Profeta^{sa} se dirigió a los demás, y les dijo: “No debéis burlaros de Jalid. Es una espada entre las espadas de Dios, que permanece apuntando a los incrédulos”.

La descripción del Profeta^{sa} se cumplió de forma literal algunos años más tarde.

Tras el regreso de Jalid, con el ejército musulmán, algunos musulmanes de Medina calificaron a los soldados de derrotistas y

faltos de espíritu. La crítica general era que deberían haber muerto luchando. El Profeta^{sa} reprendió a los críticos, diciendo que Jalid y sus soldados no eran derrotistas ni carecían de espíritu. Al contrario, eran soldados que volvían una y otra vez al ataque. Estas palabras significaban más de lo que parecía. Anunciaban las batallas que los musulmanes habrían de librar contra Siria.

EL PROFETA PARTE HACIA LA MECA CON DIEZ MIL FIELES

En el octavo año de la Hégira, en el mes del Ramadán (diciembre de 629), el Profeta^{sa} partió en la última expedición, y consiguió establecer el Islam de forma definitiva en Arabia.

En Hudaibiya se había acordado entre musulmanes e incrédulos que las tribus árabes podrían unirse tanto a los incrédulos como al Profeta^{sa}. También se acordó que durante diez años las partes firmantes no se harían la guerra, salvo que una de las partes violara el pacto atacando a la otra. Bajo este acuerdo, los *Banu Bakr* se unieron con los mequíes, mientras que los *Juza'a* hicieron una alianza con los musulmanes. Los incrédulos árabes mostraban poco respeto por los pactos, sobre todo por los firmados con los musulmanes.

Sucedió que los *Banu Bakr* y los *Juza'a* tenían algunas cuentas que ajustar. Los *Banu Bakr* consultaron con los mequíes para resolver los conflictos pendientes con los *Juza'a*. Les recordaron que se había firmado el tratado de Hudaibiya y por ello, los *Juza'a* se sentían protegidos por su pacto con el Profeta^{SA}. Ahora, sin embargo, decían, había llegado la hora de atacarles. Los mequíes estuvieron de acuerdo. Se unieron, pues, con los *Banu Bakr* en un ataque nocturno contra los *Juza'a* y mataron a muchos de sus hombres. Los *Juza'a* enviaron a cuarenta de sus hombres montados en camellos veloces a Medina, para informar al Profeta^{SA} de este incumplimiento del acuerdo. Dijeron que ahora les incumbía a los musulmanes avanzar hacia La Meca para vengarse de este ataque. La delegación fue recibida por el Profeta^{SA}, que afirmó que consideraba las desgracias de ellos como suyas propias. Señaló hacia una nube que se levantaba en el cielo, y dijo: “Como las gotas de lluvia que veis allí, los soldados musulmanes caerán para ayudaros”. A los mequíes les perturbaron las noticias de la presencia de la delegación *Juza'a* en Medina. Enviaron de inmediato a Abu Sufyan^{ra} a Medina para que disuadiera a los musulmanes del ataque. Abu Sufyan^{ra} llegó a la ciudad y declaró que era preciso que los musulmanes firmaran

un nuevo tratado de paz, pues él no estuvo presente en Hudaibiya. El Profeta^{sa} consideraba imprudente contestar a tal argumento. Abu Sufyan^{ra} se alteró, se dirigió a la mezquita y anunció:

“¡Oh, pueblo!, Renuevo, en nombre de los mequíes, nuestro deseo de mantener la paz con vosotros”. (*Zurqani*).

Los medinitas no comprendieron este discurso, y se rieron de sus palabras. El Profeta^{sa} dijo a Abu Sufyan^{ra}: “Tu declaración es unilateral; no la podemos aceptar.”

Mientras tanto, el Profeta^{sa} ya había enviado mensajes a todas las tribus. Una vez asegurado de que estaban todas listas y ya en camino, pidió a los musulmanes de Medina que se armaran y se prepararan. El uno de enero, el ejército se puso en marcha. En distintos puntos del camino, otras tribus musulmanas se fueron uniendo al ejército medinita. Sólo habían viajado unos cuantos días cuando el ejército entró en el desierto de Farán. Este ejército, tal y como había anunciado el Profeta^{sa} Salomón hacía mucho tiempo, ya constaba de diez mil hombres. Mientras avanzaba hacia La Meca, el silencio que reinaba les parecía a los mequíes un mal augurio, por lo que persuadieron a Abu Sufyan^{ra} para que saliera de nuevo y se informara del plan de

los musulmanes. Estaba a menos de un día de viaje de La Meca cuando vio, de noche, el desierto entero alumbrado por hogueras. El Profeta^{sa} había dado la orden de encender un fuego delante de cada tienda. El efecto de tantos fuegos ardientes en medio del silencio y la oscuridad de la noche era terrible. “¿Qué será esto?”, preguntó Abu Sufyan^{ra} a sus Compañeros. “¿Ha caído un ejército de los cielos? No conozco ningún ejército árabe tan grande”. Estaba conjeturando cuando gritó una voz desde la oscuridad: “¡Abu Hanzala!” (Hanzala era hijo de Abu Sufyan).

“Abbas. ¿Estás aquí?”, preguntó Abu Sufyan^{ra}.

“Sí. Está cerca el ejército del Profeta^{sa}. Actúa rápidamente, o te esperan la humillación y la derrota”, respondió ‘Abbas.

‘Abbas y Abu Sufyan eran viejos amigos. ‘Abbas insistió en que Abu Sufyan le acompañara sobre la misma mula, hasta donde se encontraba el Profeta^{sa}. Cogió la mano de Abu Sufyan y le hizo montar. Espoleando a la mula, pronto llegaron al campamento del Profeta^{sa}. ‘Abbas temía que ‘Umar^{ra}, de guardia ante la tienda del Profeta^{sa}, atacase y matase a Abu Sufyan. Pero el Profeta^{sa} ya había tomado precauciones, anunciando que si alguien entraba con Abu Sufyan, no debía

tratar de matarle. El encuentro le causó una impresión profunda a Abu Sufyan. Le sorprendió ver cómo había cambiado la suerte del Islam. Aquí estaba el Profeta^{sa}, a quien los mequíes habían desterrado de La Meca en compañía de un único amigo. Habían pasado apenas siete años desde entonces y ahora estaba llamando a las puertas de La Meca con diez mil fieles. Las posiciones habían cambiado radicalmente. El Profeta^{sa} fugitivo que hacía siete años había huido de La Meca temiendo por su vida, ahora había vuelto, y La Meca no le podía ofrecer resistencia.

LA DERROTA DE LA MECA

Abu Sufyan^{ra} debió haber pensado con furia. ¡Qué cambio más profundo en tan solo siete años! Y ahora, como jefe de los mequíes ¿qué iba a hacer? ¿Iba a resistir o a rendirse? Confuso por estos pensamientos, parecía estupefacto. El Profeta^{sa} vio que el jefe mequí estaba aturdido. Ordenó a ‘Abbas^{ra} que lo llevara y lo acompañara durante la noche, prometiendo recibirle por la mañana. Abu Sufyan^{ra} pasó la noche con ‘Abbas^{ra}.

Por la mañana, visitaron al Profeta^{sa}. Era la hora de las oraciones de la aurora. El bullicio y la actividad que Abu Sufyan^{ra} observó a tan tempranas horas le resultaron inesperados.

No había conocido a nadie, ni siquiera a un mequí, que se levantara tan temprano como los musulmanes lo hacían bajo la disciplina del Islam. Vio a todos los soldados musulmanes salir para las oraciones matinales. Algunos iban en busca de agua para las abluciones, mientras otros dirigían la formación de filas de fieles para el servicio de la oración. Abu Sufyan^{ra} no comprendía tanta actividad a estas horas de la mañana. Tenía miedo. ¿Se trataba de un nuevo plan para infundirle miedo?

“¿Qué están haciendo?”, preguntó consternado.

“No temas”, contestó, ‘Abbas^{ra}. “Sólo se están preparando para las oraciones matinales.”

Entonces, Abu Sufyan^{ra} vio a miles de musulmanes alineados detrás del Profeta^{sa}, haciendo los movimientos y devociones prescritos por él (de rodillas, postrándose, levantándose, etc.) ‘Abbas^{ra} estaba de guardia, de modo que podría hablar libremente con ‘Abu Sufyan^{ra}.

“¿Qué están haciendo ahora?”, preguntó Abu Sufyan^{sa}. “todo cuanto hace el Profeta^{sa}, lo repiten”.

“¿Qué estás pensando? Se trata tan sólo de la oración musulmana, Abu Sufyan. Los

musulmanes harían cualquier cosa si el Profeta^{sa} se lo pidiera, dejarían, por ejemplo, de comer y beber”.

“Es cierto” dijo Abu Sufyan^{ra}, “que he visto grandes Cortes. He visto la Corte del Cosroes, y la del Emperador Romano, pero jamás he visto a gente tan dedicada a su jefe como lo están los musulmanes a su Profeta^{sa}”. (*Halbiyya*, Vol. 2, pág. 90).

Lleno de temor y remordimiento, Abu Sufyan^{ra} preguntó a ‘Abbas^{ra} si estaría dispuesto a pedir al Profeta^{sa} que perdonara a su propio pueblo (refiriéndose a los mequíes).

Terminadas las oraciones matinales, ‘Abbas^{ra} condujo a Abu Sufyan^{ra} hasta el Profeta^{sa}, que le preguntó: “¿Todavía no has comprendido que no hay nadie digno de ser adorado excepto Al’lah?”.

“¡Que se sacrifiquen mi padre y mi madre por ti! siempre has tratado a los tuyos con bondad y consideración. Ahora estoy seguro de que si hubiera otro merecedor de ser adorado, ya nos hubiera ayudado contra ti.”

“Y ¿no has comprendido todavía que yo soy un Mensajero de Al’lah?”

“¡Que se sacrifiquen mi padre y mi madre por ti!; la verdad es que, a este respecto, todavía tengo dudas.”

Mientras Abu Sufyan^{ra} dudaba si debía reconocer al Profeta^{sa} como Mensajero de Dios, dos de sus compañeros, que habían salido de La Meca junto con él en la misión de reconocimiento, se hicieron musulmanes. Uno de ellos era Hakim bin Hizam^{ra}. Poco tiempo después, Abu Sufyan^{ra} también aceptó el Islam, pero su conversión interior pareció haberse aplazado hasta la conquista posterior de La Meca. Hakim bin Hizam^{ra} preguntó al Profeta^{sa} si los musulmanes destruirían a su propio pueblo.

“Este pueblo”, contestó el Profeta^{sa}, ha sido muy cruel. Los mequías han cometido abusos y han mostrado mala fe. Han roto el pacto que firmaron en Hudaibiya, y han atacado ferozmente a los *Juza’a*. Han hecho la guerra en el lugar que Dios había declarado sagrado.”

“Es cierto, Oh Profeta^{sa} de Dios, que nuestro pueblo ha hecho estas cosas, pero en vez de atacar a La Meca debías haber atacado a los *Hawazin*”, sugirió Hakim^{ra}.

“Los *Hawazin* también han sido crueles y salvajes. Espero que Dios me permita conseguir los tres objetivos: la conquista de La Meca, el dominio del Islam y la derrota de los *Hawazin*”

Abu Sufyan^{ra}, que había estado escuchando, preguntó entonces al Profeta^{sa}: “Si los mequíes no sacan sus espadas ¿podrán vivir en paz?”.

“Sí”, contestó el Profeta^{sa}. “Todos aquellos que permanezcan en sus casas vivirán en paz.”

“Pero Profeta^{sa}”, interrumpió ‘Abbas^{ra}, “Abu Sufyan está muy preocupado por sí mismo. Quiere saber si se respetarán su rango y su posición entre los mequíes.”

“Bien”, dijo el Profeta^{sa}, “quién se refugie en la casa de Abu Sufyan tendrá paz. Quien entre en la Mezquita Sagrada tendrá paz. Quien deponga las armas tendrá paz. Quien cierre sus puertas y se quede en su casa tendrá paz. Quien se quede en la casa de Hakim bin Hizam tendrá paz”.

Con estas palabras, llamó a Abu Ruwaiha^{ra} y le entregó el estandarte del Islam. Abu Ruwaiha^{ra} había hecho un pacto de hermandad con Bilal, el esclavo negro. Al entregarle el estandarte, el Profeta^{sa} dijo: “Quien se ponga debajo de este estandarte tendrá paz”. Al mismo tiempo ordenó a Bilal^{ra} que fuera delante de Abu Ruwaiha^{ra} para anunciar a todos que la paz estaba bajo el estandarte que él portaba.

EL PROFETA ENTRA EN LA MECA

Eran disposiciones sabias. Cuando los musulmanes fueron perseguidos en La Meca, Bilal^{ra} (uno de los sujetos de la persecución) fue arrastrado por las calles con cuerdas atadas a sus piernas. La Meca no concedió la paz a Bilal^{ra}; sólo le causó dolor físico, humillación y desgracia. Bilal^{ra} debió haber experimentado sentimientos de venganza en este día de liberación. Era necesario permitir que se desquitara de las atrocidades que sufrió en La Meca, pero siempre dentro de los límites establecidos por el Islam. Por ello, el Profeta^{sa} no le permitió sacar su espada para matar a sus antiguos perseguidores; habría sido un acto anti-islámico. En lugar de eso, el Profeta^{sa} entregó al hermano de Bilal^{ra} el estandarte del Islam y confió a Bilal^{ra}, el deber de ofrecer la paz a todos sus antiguos perseguidores bajo el estandarte que llevaba su hermano. Era una venganza repleta de belleza y de emoción. Debemos imaginar a Bilal^{ra}, delante de su hermano, invitando a sus enemigos a la paz; su deseo de venganza no debió haber durado; debió haberse disuelto al avanzar hacia La Meca, invitando a los mequíes a la paz bajo el estandarte que llevaba su hermano.

Mientras los musulmanes avanzaban hacia La Meca, el Profeta^{sa} había ordenado a ‘Abbas^{ra}

conducir a Abu Sufyan^{ra} y sus amigos a un lugar suficientemente alto para que pudieran contemplar con facilidad la actividad del ejército musulmán. ‘Abbas^{ra} así lo hizo y desde un mirador, Abu Sufyan^{ra} y sus amigos vieron pasar a las tribus árabes con cuyo poder los mequíes habían contado durante todos estos años para sus maquinaciones contra el Islam. Aquel día, no marchaban como soldados de la incredulidad, sino como soldados de la fe. Ahora cantaban los lemas del Islam, y no los de la época pagana. No marchaban en formación para acabar con la vida del Profeta^{sa}, sino para sacrificar sus vidas por él; no para derramar la sangre del Profeta^{sa}, sino para derramar su propia sangre por él. Aquel día, su ambición no era la de resistir al Mensaje del Islam y salvar la solidaridad superficial de su pueblo, sino la de llevar a todos los rincones del mundo el mismo Mensaje que hasta entonces habían rechazado; para establecer la unidad y la solidaridad de todos los hombres. Columna tras columna de soldados iba pasando ante Abu Sufyan^{ra}, hasta que llegó la tribu de los *Ashja’*. Su devoción al Islam y su entusiasmo para el sacrificio se veían en sus rostros y se oían en sus canciones.

“¿Quiénes son?”, preguntó Abu Sufyan^{ra}.

“Son los *Ashja’*.”

Abu Sufyan^{ra} estaba perplejo y dijo: “¡pero si en toda Arabia ninguna tribu odiaba más a Muhammad^{sa}!”.

“Lo debemos a la gracia de Dios. Él cambió los corazones de los enemigos del Islam cuando lo consideró oportuno”, respondió ‘Abbas^{ra}.

Por último pasó el Santo Profeta^{sa}, rodeado de columnas de *Ansary Muhayirin*, que debían ser unos dos mil, vestidos de armadura y marchando bajo el mando del valiente ‘Umar^{ra}. Esta visión fue la más impresionante de todas. La devoción de estos musulmanes, su determinación y su entusiasmo parecían no tener límite. Al verles, Abu Sufyan^{ra}, se sintió subyugado por completo.

“Y éstos ¿quiénes son?”, preguntó.

“Son los *Ansar* y los *Muhayirin*, que rodean al Profeta^{sa}”, respondió ‘Abbas^{ra}.

“Ninguna potencia del mundo sería capaz de resistirse a este ejército”, comentó Abu Sufyan^{ra}. Después, dirigiéndose directamente a ‘Abbas^{ra}, añadió: “tu sobrino se ha convertido en el rey más poderoso del mundo.”

“Todavía estás lejos de la verdad, Abu Sufyan. No es ningún rey; es un Profeta^{sa}, un Mensajero de Dios”, respondió ‘Abbas^{ra}.

“Sí, sí. Que sea como tú digas. Un Profeta^{sa}, no un Rey”, añadió Abu Sufyan^{ra}.

Mientras el ejército musulmán pasaba delante de Abu Sufyan^{ra}, Sa'd bin Ubada^{ra}, el comandante de los *Ansar*, apercibió a Abu Sufyan^{ra}, y no pudo resistir la oportunidad de decirle que Dios, aquel día, les había permitido que entraran en La Meca por la fuerza, y que los quraishíes serían humillados.

Al pasar el Profeta^{sa}, Abu Sufyan^{ra} se dirigió a él a gritos: “Vas a permitir la masacre de tu propio pueblo? He oído a Sa'd, el comandante *Ansary* a sus Compañeros, decirlo. Dijeron que era el día de la matanza. El carácter sagrado de La Meca no impedirá el derramamiento de sangre y los quraishíes serán humillados. Oh Profeta^{sa} de Dios, tú eres el hombre más clemente y más compasivo. Tú eres el mejor. ¿No nos perdonarás, olvidando lo que te hizo tu propio pueblo?”

El llamamiento de Abu Sufyan^{ra} surtió su efecto. Los mismos musulmanes que antes eran insultados y golpeados en las calles de La Meca, y que fueron expulsados de sus casas, empezaron a sentir piedad por sus antiguos perseguidores. “Profeta^{sa} de Dios”, dijeron, “Los relatos que los *Ansar* hayan oído acerca de las atrocidades a las que nos sometieron los mequíes, puede que les muevan a buscar la venganza. No sabemos lo que pueden llegar a hacer.”

El Profeta^{SA} comprendió y dirigiéndose a Abu Sufyan^{ra}, dijo: “Lo que Sa’d ha dicho es erróneo. Hoy no es el día de la matanza, sino el día de perdón. Los quraishíes y la Ka’ba serán honrados por Dios.”

Entonces mandó traer a Sa’d^{ra} y le pidió que entregara la bandera de *Ansar* a su hijo Qais^{ra} (*Hisham*, Vol. 2). El mando de los *Ansar* pasó así de Sa’d^{ra} a Qais^{ra}. Era una medida prudente. Apaciguó a los mequies y evitó la decepción de los *Ansar*. Qais^{ra}, un joven piadoso, tenía la plena confianza del Profeta^{SA}. Un incidente de sus últimos días muestra la virtud de su carácter. Tumbado en su lecho de muerte, Qais^{ra} se hallaba recibiendo a sus amigos. Algunos vinieron y otros no. No lo comprendía y preguntó por qué algunos amigos no habían venido a verle. “Tu caridad es abundante”, explicó uno. “Has ayudado con tus préstamos a muchos necesitados. Hay muchos en la ciudad que te deben dinero. Puede que algunos no hayan venido porque temen que les pidas el dinero que les has prestado.”

“Entonces, ¡yo he sido la causa del alejamiento de mis amigos! Por favor, anuncia que ahora nadie debe nada a Qais^{ra}”. Tras este anuncio, Qais^{ra}, recibió tantas visitas que se rompió la escalera de su casa.

Cuando el ejército musulmán hubo terminado de desfilarse, ‘Abbas^{ra} le dijo a Abu Sufyan^{ra} que se apresurara hacia La Meca para anunciar a los mequíes que el Profeta^{sa} había llegado, y para explicarles cómo conseguir la paz. Abu Sufyan^{ra} llegó a la ciudad con este mensaje de paz para su pueblo, pero su mujer, Hind, cuya hostilidad hacia los musulmanes era notoria, le afrentó. Incrédula confirmada, era sin embargo una mujer valiente. Cogió a Abu Sufyan^{ra} por la barba e invitó a los mequíes a que mataran al cobarde de su marido. En lugar de conducir a sus conciudadanos a sacrificar la vida por la defensa y el honor de su ciudad, les invitaba a la paz.

Pero Abu Sufyan^{ra} comprendía que Hind se comportaba de forma imprudente. “Ya se acabaron aquellos tiempos”, dijo. “Será mejor que vayas a casa y te sientes con la puerta cerrada. He visto el ejército musulmán. Ni siquiera la Arabia entera podrá hacerle frente hoy.”

A continuación, explicó las condiciones bajo las cuales el Profeta^{sa} había prometido la paz a los mequíes. Al oírlas, la gente se apresuró a buscar la protección brindada en los lugares mencionados en la declaración del Profeta^{sa}. En esta declaración, se hacía la

excepción de once hombres y cuatro mujeres. Los delitos que habían cometido eran muy graves; su delito no era el de no creer, ni de haber participado en guerras contra el Islam. Habían cometido atrocidades que no se podían olvidar. Sin embargo, sólo cuatro de ellos fueron ejecutados.

El Profeta^{sa} había dado órdenes a Jalid bin Walid^{ra} de que no permitiera ningún combate, salvo en caso de que fueran atacados en primer lugar y se vieran obligados a defenderse. En la parte de la ciudad por donde entró Jalid^{ra}, no habían escuchado las condiciones de paz. Los soldados mequíes destinados en aquella zona desafiaron a Jalid^{ra} y le invitaron a luchar. Se produjo un encuentro en el que murieron doce o trece hombres. (*Hisham*, Vol., 2, pág. 217)

Jalid^{ra} era un hombre irascible. Alguien, advertido de este incidente, se dirigió al Profeta^{sa} para que ordenara a Jalid^{ra} cesar el combate. “Si Jalid no se detiene”, dijo el hombre, “matará la población entera de La Meca”.

El Profeta^{sa} mandó traer inmediatamente a Jalid^{ra} y le preguntó: “¿No te prohibí luchar?”

“Es verdad, Profeta^{sa} de Dios. Pero esta gente nos atacó primero y nos arrojó flechas. Durante un tiempo no hice nada; les dije que no buscábamos la lucha. Pero no escucharon,

ni se detuvieron. Entonces devolví el ataque, y se dispersaron”.

Éste fue el único incidente negativo que se produjo en esta ocasión. La conquista de La Meca se consiguió, por tanto, sin que prácticamente hubiera derramamiento de sangre.

El Profeta^{sa} entró en La Meca y le preguntaron dónde deseaba hospedarse. “¿Me ha dejado ‘Aqil una casa donde vivir?”, preguntó el Profeta^{sa}. ‘Aqil era uno de sus primos, hijo de su tío. Durante los años de exilio del Profeta^{sa}, sus familiares habían vendido todas sus propiedades. Ya no quedaba ni una sola casa a la que pudiera llamar suya. Por tanto, el Profeta^{sa} decidió: “Me quedaré en Jif Bani Kinana”. Éste era un espacio abierto, donde se habían reunido anteriormente en una ocasión con los *quraishíes* y los *kinana* para jurar que si los Banu Hashim y los Banu ‘Abdal no les entregaban al Profeta^{sa}, para hacer con él lo que quisieran, romperían sus relaciones con ambas tribus. Fue tras esta declaración solemne cuando el Profeta^{sa}, su tío Abu Talib, su familia y sus seguidores se vieron obligados a refugiarse en el valle de Abu Talib, sufriendo el boicot extremo que duró tres años.

La elección, por parte del Profeta^{sa}, de este sitio como lugar de descanso era, por ello, muy

significativa. Los mequies se habían reunido allí cierto día para jurar que, de no entregarles al Profeta^{sa}, no habría paz con su tribu. Ahora, el mismo Profeta^{sa} había venido a ese preciso lugar. Era como si hubiera llegado para decir a los mequies: “Me queríais aquí. Aquí estoy pues. Pero no como habíais pensado. Me queríais aquí como víctima, a vuestra merced. Pero aquí me tenéis, en el poder. No sólo mi propio pueblo, sino toda Arabia está conmigo. Deseabais que mi pueblo me entregara a vosotros. Pero, os han entregado a mí”. Este día de la victoria era un lunes. También fue un lunes cuando el Profeta^{sa} y Abu Bakr^{ra} salieron de la cueva de Zour para reanudar el viaje a Medina. Aquel día, desde el monte de Zour, el Profeta^{sa} se dirigió a La Meca, diciendo: “¡Meca! Me eres más querida que ningún otro lugar del mundo, pero tus habitantes no me permiten vivir aquí.”

Cuando el Profeta^{sa} entró en la ciudad, montado en su camello, Abu Bakr^{ra} iba con él sujetando un estribo. Mientras caminaba, recitaba versículos de la Sura Al Fath, en la que muchos años antes se había anunciado la Conquista de La Meca.

LA KA'BA, LIBRE DE ÍDOLOS

El Profeta^{sa} se dirigió directamente a la Ka'ba e hizo el circuito del recinto sagrado, siete veces, montado en su camello. Circunvaló, con el bastón en la mano, el templo construido por el Patriarca Abraham y su hijo Ismael para la adoración de Dios Único, que había degenerado en santuario de ídolos. El Profeta^{sa} rompió, uno por uno los trescientos sesenta ídolos del templo. Cada vez que caía un ídolo, el Profeta^{sa} decía: “Ha llegado la verdad y se ha desvanecido la falsedad. En verdad la falsedad se desvanece rápidamente”. Este versículo fue revelado antes de que el Profeta^{sa} saliera de La Meca con dirección a Medina; forma parte del Capítulo *Bani Isra'il*, donde se anuncia la partida del Profeta^{sa} y la conquista de La Meca. Se trata de un Capítulo mequí, hecho que reconocen incluso los estudiosos europeos. Los versículos que contienen la profecía respecto a la partida del Profeta^{sa} de La Meca y la conquista posterior de la misma son los siguientes:

“Y di: “Oh mi Señor, haz que mi entrada sea una entrada buena, y mi salida una salida buena. Y concédeme, de Ti mismo, un poder inquebrantable”.
Di También: “Ha llegado la verdad y se ha

desvanecido la falsedad. En verdad la falsedad se desvanece rápidamente.” (17: 81-82).

La conquista de La Meca se anuncia aquí en forma de una oración enseñada al Profeta^{SA}. Se le enseña a orar para poder entrar en La Meca y salir de ella con buenos augurios; para conseguir la ayuda de Dios en asegurar la victoria final de la verdad sobre la falsedad. La profecía se había cumplido en su forma literal. La recitación de estos versículos por Abu Bakr^{ra} era apropiada. Estimulaba a los musulmanes y recordaba a los mequies la futilidad de su lucha contra Dios y la verdad de las promesas hechas por Dios al Profeta^{SA}.

Con la conquista de La Meca, la Ka’ba volvió a adquirir las funciones para las que había sido consagrada hacía tantos años por el Patriarca Abraham. Fue dedicada de nuevo a la adoración de Dios Único. Se destruyeron todos los ídolos. Uno de ellos era Hubal. Cuando el Profeta^{SA} le golpeó con su bastón, cayó y se rompió en pedazos. Zubair^{ra} miró a Abu Sufyan^{ra}, y con una sonrisa contenida, le recordó la batalla de Uhud: “¿Te acuerdas del día en que los musulmanes estaban heridos y agotados, y tú les heriste aún más gritando: “gloria a Hubal, gloria a Hubal”? ¿Fue Hubal quien te dio la victoria aquel día? Si fue él

quien te dio la victoria, mira cómo ha acabado hoy.”

Abu Sufyan^{ra}, impresionado, confesó que si ciertamente hubiera habido otro Dios aparte del Dios de Muhammad^{sa}, les habría evitado la desgracia y la derrota que habían sufrido aquel día.

Entonces el Profeta^{sa} ordenó que se borrarán las imágenes que habían sido pintadas en las paredes de la Ka'ba. Luego recitó dos *rak'ats* de oración en agradecimiento a Dios. A continuación se retiró al patio abierto y recitó otros dos *rak'ats* más de oración. La tarea de borrar las imágenes se había confiado a 'Umar^{ra}, que borró todas las imágenes menos la de Abraham. Cuando el Profeta^{sa} volvió para inspeccionar, y encontró intacta esa imagen, preguntó a 'Umar^{ra} por qué la había conservado. ¿Acaso no recordaba el testimonio del Corán, que decía que Abraham no era judío ni cristiano, sino un musulmán recto y obediente? (3:68).

Era un insulto a la memoria de Abraham, gran defensor de la Unicidad de Dios, mostrar su imagen en las paredes de la Ka'ba. Suponía adorar a Abraham de la misma forma que a Dios.

Fue un día memorable, un día lleno de las señales de Dios. Por fin, se habían cumplido

las promesas de Dios al Profeta^{sa}, hechas en un momento en el que parecía imposible que se cumplieran. El Profeta^{sa} era el centro de la devoción y de la fe. En su persona y a través suyo, Dios se había manifestado y había, por así decirlo, mostrado de nuevo su rostro. El Profeta^{sa} mandó traer agua del *Zamzam*. Bebió un poco, y utilizó el resto para hacer sus abluciones. Tan devotos eran los musulmanes a la persona del Profeta^{sa} que no dejaban caer al suelo ni una gota de este agua. Recibían el agua en el hueco de las manos para mojar con ella su cuerpo, por reverencia. Los paganos que presenciaban estas escenas de devoción repetían sin cesar que jamás habían visto a un rey terrenal al que su pueblo fuera tan devoto. (*Halbiyya*, Vol. 3, pág. 99)

EL PROFETA PERDONA A SUS ENEMIGOS

Terminados todos los ritos y deberes, el Profeta^{sa} se dirigió a los mequías, diciendo: “Habéis visto cómo se han cumplido las promesas de Dios. Ahora, decidme cuál debe ser vuestro castigo por las atrocidades que cometisteis contra aquellos cuya única falta era la de invitaros a adorar al Único Dios.”

A esto, los mequías respondieron: “Esperamos que nos trates como José trató a sus hermanos extraviados.”

Por una coincidencia significativa, los mequíes utilizaron en su petición de perdón las mismas palabras que Dios había utilizado en el *Sura Yusuf*, revelado diez años antes de la conquista de La Meca. En este Sura, se anunció al Profeta^{sa} del Islam que trataría a sus perseguidores mequíes igual que José había tratado a sus hermanos. Al pedir exactamente tal castigo, los mequíes reconocían que el Profeta^{sa} del Islam era como José, y al igual que a José se le concedió la victoria sobre sus hermanos, al Profeta^{sa} se le había concedido la victoria sobre los mequíes. Al oír la petición de los mequíes, el Profeta^{sa} declaró de inmediato: “Por Dios, que desde hoy no sufriréis castigo ni reproche.” (*Hisham*).

Mientras el Profeta^{sa} se dedicaba a expresar su agradecimiento a Dios, y a realizar otras devociones en la Ka’ba, y en tanto se dirigía a los musulmanes para anunciar su decisión de perdonar y olvidar, las dudas crecían entre los *Ansar*, los musulmanes medinitas. Algunos de ellos estaban molestos por las escenas de reconciliación y alegría que habían presenciado cuando los musulmanes mequíes volvieron a La Meca. ¿Acaso el Profeta^{sa} se iba a separar de ellos, sus amigos en la adversidad, que le dieron su primer hogar en Medina? ¿Iba a instalarse en La Meca, la ciudad de la que

había tenido que huir? Tales temores parecían justificados ahora que La Meca había sido conquistada y su propia tribu se había unido al Islam. Era posible que el Profeta^{sa} quisiera instalarse allí. Dios informó al Profeta^{sa} de estas dudas de los *Ansar*. Levantó la cabeza, y mirando a los *Ansar*, dijo: “Por lo visto pensáis que a Muhammad^{sa} le preocupa el amor a su ciudad y los lazos que le unen a su pueblo”. “Es cierto”, respondieron los *Ansar*, “Lo habíamos pensado.”

“¿Sabéis quién soy? Soy el Siervo de Dios, y Su Mensajero. ¿Cómo os podría abandonar? Me habéis apoyado y habéis sacrificado vuestras vidas cuando la Fe de Dios carecía de ayuda en este mundo. ¿Cómo podría abandonaros para instalarme en otro lugar? No, *Ansar*. Es imposible. Abandoné La Meca por amor a Dios, y no puedo volver a ella. Viviré y moriré con vosotros.”

Los *Ansar* estaban conmovidos por esta singular expresión de amor y lealtad. Lamentaron haber desconfiado de Dios y de Su Profeta^{sa}. Lloraron y se disculparon. Explicaron que no tendrían paz si el Profeta^{sa} abandonaba su ciudad para ir a otro lugar. El Profeta^{sa} respondió que su temor estaba justificado, y que tras oír su explicación,

Dios y Su Profeta^{sa} estaban satisfechos de su inocencia y reconocían su sinceridad y lealtad.

¿Qué sentían los demás mequíes en ese momento? Es cierto que no derramaron lágrimas de devoción, pero sus corazones debieron haberse llenado de remordimiento. ¿No habían expulsado con las propias manos la joya que había surgido en su propia ciudad? Tenían aún más motivos para lamentarlo, porque el Profeta^{sa}, tras venir a La Meca, había decidido abandonarla para volver de nuevo a Medina.

‘IKRIMA SE HACE MUSULMÁN

De aquellos que no iban a beneficiarse de la amnistía general, algunos recibieron el perdón por recomendación de los Compañeros. Entre ellos se encontraba ‘Ikrima^{ra}, uno de los hijos de Abu Yahl. La mujer de ‘Ikrima^{ra} era musulmana convencida. Pidió al Profeta^{sa} que perdonara a su marido, y el Profeta^{sa} accedió a tal petición. En ese momento, ‘Ikrima^{ra} estaba intentando huir a Abisinia. Su mujer le siguió, y le encontró a punto de embarcar. Le reprochó: “¿Huyes de un hombre tan clemente y pacífico como el Profeta^{sa}?”

‘Ikrima^{ra} mostró gran sorpresa y preguntó a su mujer si sinceramente creía que el

Profeta^{sa} le perdonaría. Ella le aseguró que incluso él recibiría el perdón del Profeta^{sa} y que, en realidad, ya le había dado su palabra. 'Ikrima^{ra} abandonó su idea de huir a Abisinia y volvió para ver al Profeta^{sa}. “Mi mujer afirma que incluso a mí me ha perdonado”, dijo.

“Tu mujer tiene razón. En verdad, te perdono”, dijo el Profeta^{sa}.

'Ikrima^{ra} concluyó entonces que una persona capaz de perdonar a sus enemigos más hostiles no podía ser falsa. Declaró, pues, su fe en el Islam: “Soy testigo de que Dios es Uno y no tiene igual, y de que tú eres Su Siervo y Su Mensajero.” Con estas palabras, 'Ikrima^{ra} agachó la cabeza por vergüenza. El Profeta^{sa} le confortó diciendo: “'Ikrima^{ra}, no sólo te he perdonado, sino como prueba de mi respeto por ti he decidido invitarte a que me pidas cualquier cosa que yo sea capaz de darte.”

'Ikrima^{ra} respondió: “No le puedo pedir otra cosa sino que rece por mí a Dios, pidiendo Su perdón por todos los excesos y atrocidades que he podido cometer contra usted”.

Al oír esta petición, el Profeta^{sa} rezó en seguida a Dios: “Dios mío, perdona la enemistad que 'Ikrima^{ra} me mostró. Perdona los insultos que profirió su boca.”

Luego, el Profeta^{sa} se levantó, y cubrió con su capa la cabeza de 'Ikrima^{ra} diciendo: “El que

viene a mí, creyendo en Dios, es uno conmigo. Mi casa es tanto tuya como mía.”

La conversación de ‘Ikrima^{ra} cumplió una profecía que el Santo Profeta^{sa} había anunciado hacía muchos años. Hablando a sus Compañeros, había dicho: “He tenido una visión en la que estaba en el Paraíso. Vi allí un racimo de uvas. Cuando pregunté para quién eran las uvas, alguien me contestó: Para Abu Yahl”. Refiriéndose a esta visión con motivo de la conversación con ‘Ikrima^{ra}, el Profeta^{sa} dijo que al principio no comprendía la visión. ¿Cómo podría entrar en el Paraíso un enemigo de los creyentes como era Abu Yahl? ¿Y cómo podría haber allí un racimo de uvas para él? “Pero ahora”, dijo, “comprendo mi visión; las uvas eran para ‘Ikrima^{ra}. Sólo que en lugar del hijo, vi al padre, una sustitución corriente en las visiones y los sueños.” (*Halbiyya*, Vol. 3, pág. 104).

Entre las personas que debían ser ejecutadas como excepciones a la amnistía general, se encontraba un hombre que había sido responsable del cruel asesinato de Zainab, la hija del Profeta^{sa}. Este hombre era Habbar. Había cortado las cinchas del camello de Zainab, de modo que Zainab cayó al suelo y estando encinta, abortó. Poco tiempo después, murió. Ésta fue una de las atrocidades que

cometió y por la que merecía la pena de muerte. Este hombre ahora vino al Profeta^{SA} y dijo: “Profeta^{SA} de Dios, yo me escapé de ti y me fui a Persia. Pero se me ocurrió pensar que ya que Dios nos había liberado de nuestras creencias paganas y nos había salvado de la muerte espiritual, en lugar de buscar refugio en los demás ¿por qué no ir al Profeta^{SA} mismo, reconocer mis faltas y mis pecados, y pedir su perdón?”

El Profeta^{SA} se sintió conmovido y dijo: “Habbar, si Dios ha implantado en tu corazón el amor al Islam ¿cómo puedo negarme a perdonarte? Te perdono todo lo que has hecho antes”.

Es imposible describir en detalle las abominaciones que cometieron estos hombres contra el Islam y contra los musulmanes. Y sin embargo ¡con cuánta facilidad los perdonó el Profeta^{SA}! Este espíritu de perdón convirtió incluso a los adversarios más intransigentes en devotos del Profeta^{SA}.

LA BATALLA DE HUNAIN

La entrada del Profeta^{SA} en La Meca fue imprevista. Las tribus de la vecindad de La Meca, sobre todo las del sur, permanecieron ignorantes del acontecimiento durante algún

tiempo. Cuando les llegó la noticia, empezaron a reunir sus fuerzas en preparación para una batalla contra los musulmanes. Se trataba de dos tribus árabes, los *Hawazin* y los *Zakif*, excepcionalmente orgullosas de su tradición y valentía. Deliberaron conjuntamente y tras las correspondientes consultas, eligieron a Malik bin 'Auf como su jefe. Después invitaron a las tribus vecinas a unirse a ellos. Entre las tribus invitadas se encontraban los *Banu Sa'd*. La nodriza del Profeta^{sa}, Halima, era de dicha tribu, y, de niño, el Profeta^{sa} había vivido entre ellos. Los hombres de esta tribu se reunieron en gran número y salieron hacia La Meca, llevando consigo a sus familias y sus pertenencias. Cuando se les preguntó por qué llevaban todo consigo, contestaron que era para que los soldados recordaran que si daban la vuelta para huir, sus esposas y sus hijos serían tomados como prisioneros y sus bienes serían saqueados (tan fuerte era su determinación de luchar y destruir a los musulmanes). Esta fuerza descendió al valle de Autas; base adecuada para un combate, pues brindaba protección natural, comida y agua abundante, y facilidades para los movimientos de caballería.

Al conocer la noticia, el Profeta^{sa} envió a 'Abdul'lah bin Abi Hadrad^{ra} para informarse

sobre la situación. Éste informó que había divisado en aquel lugar una concentración militar que estaba determinada a matar o morir. Se trataba de una tribu famosa por la destreza de sus arqueros, y la base del terreno que habían elegido les brindaba grandes ventajas. El Profeta^{SA} se reunió con Safwan^{RA}, un jefe próspero de La Meca, para negociar un préstamo de armas y armaduras. Safwan^{RA} contestó: “Parece que quieres presionarme, y crees que por temor a tu creciente poder, te entregaré todo cuanto deseas.”

El Profeta^{SA} respondió: “No deseamos incautarte nada. Tan sólo queremos pedir prestadas estas cosas, y estamos dispuestos a dejar una fianza adecuada.”

Safwan^{RA}, sorprendido, consintió en prestarle el material. En total, suministró cien armaduras y un número adecuado de armas. El Profeta^{SA} pidió prestadas tres mil lanzas a su primo, Naufal bin Harith^{RA} y unos treinta mil dirhams a ‘Abdul’lah bin Rabi’a (*Mu’atta*, *Musnad* y *Halbiyya*). Cuando el ejército musulmán partió en dirección a los *Hawazin*, los mequíes expresaron su deseo de unirse a ellos. No eran musulmanes, pero habían aceptado vivir bajo un régimen musulmán. En consecuencia, unos dos mil mequíes se unieron a los musulmanes. De

camino, pasaron por delante de un famoso mausoleo árabe, *Dhat Anwat*. Aquí había un viejo azufaifo, al que los árabes consideraban sagrado. Cuando compraban armas, solían dirigirse primero a *Dhat Anwat* y colgaban las armas en el mausoleo para así recibir sus bendiciones sobre ellas. Cuando el ejército musulmán pasó delante de este mausoleo, algunos soldados dijeron: “Profeta^{sa} de Dios, debería haber un *Dhat Anwat* también para nosotros.”

El Profeta^{sa} rechazó la proposición, diciendo: “Habláis como los seguidores de Moisés. Cuando Moisés se dirigía a Canaán, sus seguidores vieron a un grupo de gente que adoraba a los ídolos y le dijeron: “¡Moisés! Haz para nosotros un dios como los dioses que tienen ellos.”

“EL PROFETA DE DIOS OS LLAMA”

El Profeta^{sa} exhortó a los musulmanes a recordar siempre que Al’lah es Grande, y a rezar para que Él les salvara de las supersticiones de los pueblos anteriores. Antes de la llegada del ejército musulmán a Hunain, los *Hawazin* y sus aliados ya habían preparado emboscadas en forma de zanjas de protección, y posiciones artilleras de arqueros camuflados propias de la guerra moderna.

Habían construido muros alrededor de sus posiciones, detrás de los cuales se situaban los soldados. Los musulmanes debían de pasar por un barranco estrecho. La mayor parte del ejército enemigo estaba escondida en lugares de emboscada, mientras que sólo un pequeño número se hallaba alineado delante de sus camellos. Los musulmanes pensaban que no había más soldados que los que veían. Por lo tanto, avanzaron y atacaron. Cuando hubieron avanzado lo suficiente para permitir un fácil ataque por parte de los enemigos que se hallaban ocultos, el grupo delantero de los que iban montados sobre camellos inició un ataque contra el centro del ejército musulmán, y al mismo tiempo, los arqueros escondidos lanzaron una lluvia de flechas sobre los flancos. Los mequies que se habían unido al ejército musulmán para tener la oportunidad de mostrar su valor, no pudieron soportar este ataque a dos bandas y retornaron apresuradamente a La Meca. Aunque los musulmanes estaban acostumbrados a situaciones difíciles, cuando dos mil soldados montados en camellos y caballos se abrieron camino en medio del ejército musulmán, los animales de los musulmanes también se espantaron. Cundió el pánico en su ejército. La presión procedía de tres lados y causó una fuga desordenada. En medio de la confusión, sólo el

Profeta^{sa} permaneció inmóvil acompañado de doce Compañeros. Los demás Compañeros no habían huido del campo de batalla. Quedaban unos cien, algo alejados del Profeta^{sa}. Uno de ellos declaró que él y sus amigos hicieron todo lo posible para dirigir sus animales hacia el campo de batalla, pero que estos no respondían, asustados por la estampida de los animales mequíes. Sus esfuerzos parecían inútiles. Tiraban de las riendas, pero los animales se negaban a dar la vuelta. Incluso tiraban de su cabeza hasta casi hacerles tocar la cola, pero cuando los espoleaban hacia el campo de batalla, los animales se negaban a moverse, alejándose cada vez más. "Nuestros corazones latían de temor; de miedo por la seguridad del Profeta^{sa}", comentaba este Compañero, "pero no había nada que hacer". Esta era la situación. El Profeta^{sa} estaba en medio de un pequeño grupo de hombres, expuesto a una lluvia de flechas procedentes de las tres direcciones. Detrás de ellos había un desfiladero muy estrecho, por el que sólo podían pasar dos o tres hombres a la vez. En este momento Abu Bakr^{ra} bajó de su camello, y cogiendo las riendas de la mula del Profeta^{sa}, dijo: "Profeta^{sa} de Dios, retirémonos un poco para que el ejército musulmán se reúna."

“Suelta las riendas de mi mula, Abu Bakr^{ra}”, dijo el Profeta^{sa}, y espoleó el animal hacia el barranco entre las líneas emboscadas enemigas, desde donde tiraban los arqueros, exclamando: “Soy un Profeta^{sa}; no un impostor. Soy el hijo de ‘Abd al-Muttalib” (*Bujari*). Estas palabras, expresadas en un momento de extremo peligro para su persona, tenían un gran significado. Subrayaban el hecho de que el Profeta^{sa} era de verdad un Profeta^{sa}, un verdadero Mensajero de Dios. Al reiterarlo, quería decir que no temía a la muerte ni al fracaso de su misión. Pero si a pesar de estar rodeado por los arqueros permanecía a salvo, los musulmanes no debían atribuirle cualidades divinas, pues no era más que un ser humano, el hijo de ‘Abd al-Muttalib. ¡Cuánto se esforzaba para recordar a sus fieles la diferencia entre la fe y la superstición! Tras esta declaración memorable, el Profeta^{sa} llamó a ‘Abbas^{ra}, que tenía una voz poderosa, y le dijo: “‘Abbas^{ra}, alza tu voz y recuerda a los musulmanes el juramento que prestaron bajo el árbol en Hudaibiya, y de lo que aprendieron en la época de la revelación de la Sura Baqara. Diles que el Profeta^{sa} de Dios les llama”. ‘Abbas^{ra} alzó su poderosa voz y el mensaje del Profeta^{sa} cayó como un trueno, no sobre oídos sordos sino sobre oídos impacientes. Tuvo un efecto conmovedor. Los mismos Compañeros

que eran incapaces de dirigir sus animales hasta el campo de batalla de pronto se sentían ya, no en este mundo sino en el otro, ante Dios en el Día del Juicio. La voz de ‘Abbas^{ra} ya no parecía suya, sino la voz de un ángel llamándoles a rendir cuentas de sus acciones. Entonces, nada les impidió volver al campo de batalla. Muchos se apearon, llevando tan solo el escudo y la espada, dejando sus animales donde estaban. Otros se apearon, y tras cortar la cabeza de sus animales se precipitaron a pie hacia el Profeta^{sa}. Se dice que aquel día los *Ansar* fueron corriendo hacia el Profeta^{sa} con la velocidad de una vaca o de una camella que corre hacia su cría al oír sus gritos. Muy pronto, el Profeta^{sa} se encontraba rodeado de un gran número de Compañeros, la mayor parte de ellos *Ansar*. El enemigo fue derrotado de nuevo.

La presencia de Abu Sufyan^{ra} al lado del Profeta^{sa} aquel día constituye una importante señal divina, signo del poder de Dios y del ejemplo purificador del Profeta^{sa}. Hacía tan sólo unos días que Abu Sufyan^{ra} era un enemigo feroz del Profeta^{sa}, comandante de un ejército igualmente fiero, empeñado en destruir a los musulmanes. Pero ahora Abu Sufyan^{ra} estaba al lado del Profeta^{sa} como amigo, seguidor y Compañero. Cuando se produjo la estampida

de los camellos del enemigo, Abu Sufyan^{ra}, general de mucha experiencia, se percató de que su propio caballo también se espantaría. Se apresuró a apearse y cogiendo el estribo de la mula del Profeta^{sa}, empezó a caminar. Con la espada en la mano, estaba dispuesto a morir antes que permitir que alguien se acercara al Profeta^{sa}. Al observar este cambio en Abu Sufyan^{ra}, el Profeta^{sa} mostró una gran alegría y sorpresa. Meditó sobre esta nueva evidencia del poder divino: hacía tan sólo diez o quince días, este hombre estaba levantando un ejército para acabar con el movimiento del Islam. Pero ahora se había producido el gran cambio. Un antiguo comandante enemigo ahora se encontraba al lado del Profeta^{sa} como simple soldado, sujetando el estribo de su mula, dispuesto a morir por él. Abbas^{ra} vio cómo se maravillaba el Profeta^{sa} y dijo: “Profeta^{sa} de Dios, éste es Abu Sufyan, hijo de tu tío, y por lo tanto tu hermano. ¿No estás contento con él?”

“Lo estoy”, respondió el Profeta^{sa}, “y rezo para que Dios le perdone todos los males que ha cometido.” Entonces, dirigiéndose a Abu Sufyan^{ra}, dijo “¡Hermano!” Abu Sufyan^{ra}, incapaz reprimir el afecto que surgía de su corazón, se inclinó y besó el pie del Profeta^{sa}, en el estribo que sujetaba. (*Halbiyya*)

Tras la batalla de Hunain, el Profeta^{sa} devolvió el material bélico que había pedido prestado. Al hacerlo, dio a los prestamistas una compensación varias veces superior. Éstos se maravillaron por el cuidado y consideración mostrados por el Profeta^{sa} al devolver el material, y compensar a los que lo habían prestado. Sentían que el Profeta^{sa} no era un hombre ordinario, sino uno cuyo ejemplo moral se elevaba muy por encima de los demás. No es de extrañar, pues, que Safwan^{ra} se hiciera musulmán de inmediato.

UN ENEMIGO JURADO SE CONVIERTE EN SEGUIDOR DEVOTO

La batalla de Hunain siempre recuerda a los historiadores otro incidente interesante ocurrido durante la misma batalla. Shaiba^{ra}, habitante de La Meca al servicio de la Ka'ba, luchó al lado de los enemigos. Dice que sólo tenía un objetivo al iniciarse la batalla: buscar la oportunidad de matar al Profeta^{sa}. Estaba decidido, aun en el caso de que todo el mundo se uniera al Profeta^{sa} (por no hablar de toda Arabia), a seguir oponiéndose al Islam. Cuando se intensificó la batalla, Shaiba^{ra} sacó su espada y avanzó hacia el Profeta^{sa}. A medida que avanzaba perdía la calma y su determinación empezaba a fallar. “Cuando me

acerqué al Profeta^{sa}”, dice Shaiba^{ra}, “me pareció ver una llama que amenazaba con devorarme. Entonces oí la voz del Profeta^{sa}, que decía: “Shaiba^{ra}, acércate”. Cuando estuve muy cerca de él, pasó la mano por mi pecho con gran afecto, diciendo: “Dios: libra a Shaiba^{ra} de todo pensamiento satánico”. Con esta pequeña muestra de afecto, Shaiba^{ra} cambió. Desaparecieron su hostilidad y su enemistad; y desde aquel momento, el Profeta^{sa} le fue más querido que nada en el mundo. Cuando hubo cambiado, el Profeta^{sa} le invitó a que luchara a su lado. “En aquel momento”, cuenta Shaiba^{ra}, “sólo tenía un objetivo: morir por el Profeta^{sa}. Aunque mi padre se interpusiera en mi camino, no habría dudado en traspasar su pecho con mi espada.”(*Halbiyya*)

El Profeta^{sa} se dirigió entonces a Ta'if, la ciudad donde le habían lapidado y expulsado. Asedió la ciudad, pero aceptó la sugerencia de unos amigos de abandonar el sitio. Más tarde, el pueblo de Ta'if se unió por propia voluntad al Islam.

EL PROFETA DISTRIBUYE EL BOTÍN

Tras la conquista de La Meca y la victoria de Hunain, el Profeta^{sa} se dispuso a distribuir el dinero y de los bienes pagados como rescate,

o abandonados en el campo de batalla por los enemigos. De haber seguido la costumbre, este botín se habría distribuido entre los soldados musulmanes que participaron en estos encuentros. Pero en esta ocasión, en lugar de distribuirlo entre los musulmanes, el Profeta^{sa} lo distribuyó entre los mequies, y los habitantes que vivían alrededor de La Meca. Esta gente todavía no había mostrado ninguna inclinación por la fe. Muchos eran incrédulos convencidos. Quienes habían declarado su fe eran todavía novicios, y no sabían cuánta abnegación era capaz de mostrar alguien que hubiera aceptado el Islam. Pero, lejos de beneficiarse del ejemplo de abnegación y sacrificio que presenciaron, lejos de devolver a los musulmanes los buenos tratos que de ellos habían recibido, se volvieron más codiciosos que nunca. Sus exigencias crecieron. Rodearon en multitud al Profeta^{sa} y le empujaron debajo de un árbol y le arrebataron la capa de su espalda. Al final, el Profeta^{sa} se dirigió así a la multitud: “Ya no tengo nada que dar. Si tuviera algo, ya os lo habría dado. No soy ni avaro ni mezquino.” (*Bujari*, capítulo sobre *Farad al-Jums*)

Entonces, acercándose a su camello y arrancándole un pelo dijo: “De este dinero, de estos bienes, no quiero nada. Ni siquiera un

pelo. Sólo he de tomar la quinta parte para el Estado. Ésta es la división que la costumbre árabe reconoce como justa y equitativa. No se gastará esa quinta parte en mí, sino en vosotros y vuestras necesidades. Recordad que quien malversa o emplea mal los fondos públicos será humillado ante Dios en el Día del Juicio.”

Los críticos malintencionados han afirmado que el Profeta^{SA} anhelaba ser rey y tener un reino. Si hubiera anhelado ser rey y tener un reino ¿habría tratado a ésta multitud mezquina de esta forma? ¿Habría permitido que le quitara todo? ¿Habría explicado sus ideas de forma tan razonable? Sólo los Profetas y los Mensajeros de Dios pueden dar tal ejemplo. Todo el botín, el dinero y los bienes de valor habían sido distribuidos entre los pobres y los necesitados. Pero todavía quedaban personas insatisfechas, que hostigaban al Profeta^{SA}; protestaban contra la distribución y le acusaban de injusticia.

Un tal Dhu’l Juwaisira se acercó al Profeta^{SA} y dijo: “Muhammad^{SA}, soy testigo de cuanto estás haciendo.”

“Y ¿qué es lo que estoy haciendo?”, preguntó el Profeta^{SA}.

“Estás cometiendo una injusticia”, respondió.

“¡Ay de ti!”, dijo el Profeta^{sa}, “si puedo ser injusto, entonces nadie en toda la faz de la tierra, podrá ser justo”. (*Muslim, Kitab al-Zakat*).

Los creyentes se enfurecieron. Cuando el hombre abandonó la asamblea, algunos dijeron: “Este hombre merece morir. ¿Nos permites matarle?”

“No”, respondió el Profeta^{sa}. “Si observa nuestras leyes y no comete delito visible ¿por qué hemos de matarle?”

Los creyentes, sin embargo, insistieron: “Pero cuando una persona dice y hace una cosa, y cree y desea otra distinta ¿no merece un tratamiento apropiado?”

“No puedo tratar a la gente según lo que guardan en sus corazones. Dios no me ha encargado hacerlo. Sólo puedo tratarles según lo que dicen o hacen”.

A continuación, el Profeta^{sa} anunció a los creyentes que llegaría un día en el que ese hombre y sus familiares fomentaría una rebelión en el Islam. Estas palabras se cumplieron en la época del Jalifato de Ali^{ra}, el cuarto Jalifa del Islam; cuando este individuo y sus amigos encabezaron una rebelión contra su persona, y se convirtieron en los jefes de una división universalmente condenada en el Islam, los *Jawarill*.

Tras enfrentarse con los *Hawazin*, el Profeta^{sa} regresó a Medina. Fue otro grandioso día para su pueblo. Fue un gran día el de su llegada a Medina, como refugiado de los malos tratos de los mequíes. En este magno día, el Profeta^{sa} volvió a Medina lleno de alegría y consciente de su determinación de hacer de Medina su hogar.

LAS MAQUINACIONES DE ABU 'AMIR

Volvamos ahora a las actividades de un tal Abu 'Amir Madami. Pertenecía a los *Jazrall*, y gracias a su larga coexistencia con judíos y cristianos, había adquirido la costumbre de meditar en silencio y repetir los nombres de Dios. Debido a esta costumbre, la gente solía llamarle Abu 'Amir, el Ermitaño. Sin embargo, no profesaba la fe cristiana. Cuando el Profeta^{sa} fue a Medina después de la Hégira, Abu 'Amir huyó de Medina a La Meca. Y cuando finalmente La Meca se sometió a la creciente influencia del Islam, empezó a urdir nuevas intrigas contra el Islam. Cambió de nombre y de forma de vestir, y se instaló en Quba, un pueblo de Medina.

Puesto que había estado fuera mucho tiempo y había cambiado su apariencia y su forma de vestir, los medinitas no le

reconocieron. Sólo le reconocieron los hipócritas con quienes mantenía contactos secretos, y con cuya ayuda confidencial pensaba ir a Siria para incitar a los jefes árabes y cristianos a que atacaran Medina.

Mientras cumplía esta siniestra misión, ya había hecho planes para sembrar la discordia en Medina. Sus amigos hipócritas debían propagar rumores de que Medina iba a ser atacada por fuerzas sirias. Mediante esta doble intriga, Abu 'Amir esperaba provocar una guerra entre musulmanes y cristianos sirios. Si su intriga fracasaba, esperaba provocar a los musulmanes para que iniciaran un ataque contra Siria. De esta forma podría producirse una guerra entre musulmanes y sirios, y Abu 'Amir tendría motivos para regocijarse.

Tras completar sus preparativos, marchó a Siria. Durante su ausencia y de acuerdo con lo planeado, los hipócritas empezaron a extender rumores de que habían visto caravanas que venían a atacar Medina. Cuando no aparecía ninguna caravana, buscaban alguna excusa para justificarlo.

LA EXPEDICIÓN DE TABUK

Estos rumores se hicieron tan persistentes que el Profeta^{sa} decidió conducir en persona una expedición musulmana contra Siria. Eran tiempos difíciles. El hambre azotaba Arabia. La cosecha del año anterior había sido pobre, tanto el trigo como la fruta escaseaban, y todavía no había llegado la época de la nueva cosecha. El Profeta^{sa} salió en esta misión hacia finales de septiembre o principios de octubre. Los hipócritas sabían que los rumores eran una invención suya destinada a provocar un ataque musulmán contra los sirios en el caso de que éstos no atacaran antes a los musulmanes. En cualquier caso, un conflicto contra el poder del Imperio romano provocaría, inevitablemente, la destrucción del Islam. Todavía tenían ante sí la lección de Mauta, donde los musulmanes se vieron obligados a enfrentarse con un ejército tan enorme que apenas pudieron efectuar la retirada. Los hipócritas esperaban provocar otra Mauta, en la que el propio Profeta^{sa} perdiera la vida. Al mismo tiempo que se dedicaban a propagar rumores sobre el ataque sirio contra los musulmanes, se esforzaban por sembrar el pánico entre éstos diciendo que los sirios disponían de ejércitos inmensos contra los que los musulmanes no podrían resistir. Instaron

a los musulmanes a que no participaran en el conflicto con Siria. Su intención era por una parte, incitar a los musulmanes a que atacaran Siria, y por otra, evitar que fueran allí en gran número. Deseaban, en definitiva, que los musulmanes librasen una batalla contra Siria y que fueran derrotados. Pero en cuanto el Profeta^{sa} anunció su intención de encabezar la expedición, el entusiasmo creció entre los musulmanes. Ofrecieron sacrificar sus vidas por el amor de la fe. Los musulmanes no estaban bien equipados para una guerra de estas proporciones. El tesoro estaba vacío. Sólo los más prósperos poseían los medios necesarios para sufragar la guerra. Los musulmanes compitieron entre sí en sus sacrificios por la fe. Se dice que, ya iniciada la expedición, cuando el Profeta^{sa} pidió más fondos, Uzman^{ra} ofreció la mayor parte de sus bienes. Según se cuenta, su contribución se cifraba en unos mil dinares de oro, es decir, unas veinticincomilrupias. Otros musulmanes también contribuyeron según su capacidad. Los pobres recibieron animales para montar, espadas y lanzas. Reinaba el entusiasmo. En aquella época se encontraba en Medina un grupo de musulmanes que había emigrado del Yemen. Eran muy pobres. Algunos se dirigieron al Profeta^{sa} para ofrecerle su servicio en la expedición. Dijeron: “Profeta^{sa} de Dios,

llévanos contigo. Sólo necesitamos un medio de transporte.” El Corán se refiere a estos musulmanes con las siguientes palabras:

“Tampoco contra aquellos que, cuando llegaron a ti para que les proporcionases una montura, les dijiste: “No puedo encontrar cabalgadura para vosotros”; se volvieron, con sus ojos inundados de lágrimas, por la pena de no poder encontrar nada que emplear.” (9:92)

Es decir, no son culpables quienes no participaron en la guerra por carecer de medios, y quienes se dirigieron al Profeta^{SA} para pedirle un medio de transporte al campo de batalla. El Profeta^{SA} no pudo encontrarles transporte, y se volvieron entristecidos porque su pobreza les impedía participar en la guerra entre musulmanes y sirios. Abu Musa^{RA} era el jefe de este grupo. Cuando se le preguntó qué había pedido, respondió: “No pedimos ni camellos ni caballos. Sólo dijimos que no teníamos zapatos y que no podríamos hacer un largo viaje descalzos. Si hubiéramos tenido calzado, habríamos ido a pie para participar en la guerra al lado de nuestros hermanos”. Cuando partieron hacia Siria, todavía no habían olvidado nada de cuanto habían sufrido en Mauta y cada uno de ellos iba preocupado por la seguridad personal del Profeta^{SA}. Las mujeres de Medina también desempeñaron su

papel, al animar a sus maridos e hijos a unirse al ejército. Un Compañero, que había estado fuera de Medina, regresó cuando el Profeta^{sa} ya había salido. Entró en su casa esperando que su mujer le recibiera con el cariño y la emoción de una esposa cuyo marido vuelve tras una larga ausencia. Encontró a su esposa sentada en el patio y avanzó para abrazarla y besarla. Pero ella le rechazó. El marido la miró sorprendido y le preguntó: “¿Así tratas a quien vuelve a casa tras una larga ausencia?”.

“¿No te da vergüenza?”, preguntó la mujer. ¿“El Profeta^{sa} de Dios ha salido en una expedición peligrosa, y tú quieres hacer el amor con tu esposa? Tu primer deber es ir al campo de batalla. Después veremos lo demás.” Se dice que el Compañero abandonó inmediatamente la casa, apretó las cinchas del caballo y salió al galope. Tras tres días de viaje, alcanzó al ejército musulmán. Los incrédulos y los hipócritas probablemente pensaban que el Profeta^{sa}, en base a los rumores que habían inventado, se lanzaría sin pensar sobre los ejércitos sirios. Olvidaban que el Profeta^{sa} deseaba dar ejemplo a generaciones venideras de sus fieles. Cerca de Siria, el Profeta^{sa} se detuvo y envió a sus hombres en todas direcciones para reconocer el terreno. Volvieron e informaron de que

no había concentraciones sirias en ninguna parte. El Profeta^{sa} decidió regresar, pero se detuvo algunos días allí, y firmó acuerdos con algunas tribus que vivían cerca de la frontera. No hubo ni guerra ni combate. El viaje del Profeta^{sa} duró unos dos meses y medio. Cuando los hipócritas de Medina comprendieron que había fracasado su intento de provocar la guerra entre musulmanes y sirios, y que el Profeta^{sa} regresaba sano y salvo, empezaron a temer que su intriga se hubiera descubierto. Temían recibir el castigo que les correspondía, pero no abandonaron sus siniestros planes. Un grupo armado se colocó a ambos lados de un estrecho desfiladero a cierta distancia de Medina. Era tan estrecho que sólo podía ser atravesado en fila india. Cuando el ejército musulmán se acercaba al lugar, el Profeta^{sa} recibió una revelación que le advertía de la presencia de una emboscada enemiga a ambos lados del desfiladero. Así pues, el Profeta^{sa} envió a sus Compañeros a reconocer el terreno. Cuando llegaron al lugar, vieron a varios hombres escondidos con el propósito de atacarles, pero que huyeron en cuanto les vieron. El Profeta^{sa} decidió no perseguirles.

Cuando el Profeta^{sa} llegó a Medina, los hipócritas que se habían mantenido al margen de esta batalla empezaron a ofrecer pretextos

poco convincentes. Pero el Profeta^{sa} los aceptó, y a la par, decidió que había llegado el momento de exponer su hipocresía. Recibió de Dios la orden de demoler la mezquita de Quba, construida por los hipócritas para poder celebrar allí sus reuniones secretas. Los hipócritas ahora se veían obligados a hacer sus oraciones junto con los demás musulmanes. No se propuso otro castigo.

Al volver de Tabuk, el pueblo de Ta'if también se sometió, y a partir de entonces, otras tribus pidieron ser admitidas en el seno del Islam, de forma que, poco tiempo después, Arabia entera se encontraba bajo la bandera del Islam.

EL ÚLTIMO PEREGRINAJE

En el noveno año de la Hégira, el Profeta^{sa} emprendió el peregrinaje a La Meca. En el día del peregrinaje, recibió la revelación que contiene el famoso versículo del Corán:

“Hoy os he perfeccionado vuestra religión y he completado Mi gracia con vosotros y os he elegido al Islam como religión” (5:4)

El versículo significaba que, en efecto, el Mensaje que el Santo Profeta^{sa} había traído de Dios y que durante todos estos años había expuesto con la palabra y el ejemplo, se había

completado. Cada parte de este Mensaje era una bendición. Ahora, este Mensaje encerraba las bendiciones más elevadas que el hombre pudiera recibir de Dios; y que se resume en el nombre “al-Islam”, que significa “sumisión”. La sumisión iba a ser la religión de los musulmanes, la religión de la humanidad. El Santo Profeta^{SA} recitó este versículo en el valle de Muzdalifa, donde los peregrinos se habían reunido. Al volver de Muzdalifa, el Profeta^{SA} se detuvo en Mina; era el día once del mes de *Dhu'l Hiyya*, y ante una inmensa congregación musulmana, pronunció el discurso conocido en la historia como el discurso de despedida del Santo Profeta^{SA}. En el transcurso de su discurso dijo:

“¡Oh hombres! Prestadme atención pues no sé si podré reunirme de nuevo con vosotros en este valle y dirigirme a vosotros como lo hago ahora. Vuestras vidas y posesiones han sido declaradas inviolables por Dios frente a los ataques de uno y otro, hasta el Día del Juicio. Dios ha designado a cada uno su parte en la herencia. No será admitido ningún testamento que perjudique los derechos de un heredero legal. Todo niño nacido en cualquier casa será considerado hijo del padre de esa casa. Quienquiera que impugne el parentesco de tal niño será reo de castigo según la ley del Islam. Quienquiera que atribuya su nacimiento al padre

de otro, o declare falsamente que determinada persona es su tutor, a ese, Dios, Sus ángeles, y toda la humanidad, le maldecirá.

“¡Oh hombres! Tenéis algunos derechos ante vuestras mujeres, pero vuestras mujeres tienen también algunos derechos sobre vosotros. Su obligación es que vivan una vida casta y no sigan maneras que acarreen la desgracia del marido a los ojos de la gente. Si vuestras esposas no observan esta conducta, tenéis el derecho a castigarlas, pero sólo tras una investigación realizada por las autoridades competentes, y sólo cuando se haya establecido vuestro derecho a castigarlas. Aun así, el castigo en tal caso no ha de ser muy severo. Mas si vuestras esposas no actúan así, y su comportamiento no conduce a la desgracia de sus maridos, vuestro deber es proporcionarles comida, vestido y refugio, de acuerdo con vuestro estándar de vida. Recordad que debéis tratar siempre bien a vuestras mujeres. Dios os ha hecho responsables del cuidado de ellas. La mujer es débil y no puede proteger sus propios derechos. Cuando contraéis matrimonio, Dios os nombra depositarios de tales derechos. Traéis a vuestras mujeres a vuestros hogares bajo la ley de Dios. No debéis, por tanto, abusar de la responsabilidad que Dios ha puesto en vuestras manos.

“¡Oh hombres!, Aún mantenéis bajo vuestra posesión a algunos prisioneros de guerra. Os

advierto, pues, que les alimentéis y les vistáis de la misma manera y estilo con que os alimentáis y vestís vosotros. Si cometen algo erróneo que sois incapaces de perdonar, cededlos entonces a alguien otro. Son parte de la creación de Dios. No puede ser justo de ninguna manera que les causéis dolor o sufrimiento.

“¡Oh hombres!, Escuchad y recordad lo que os digo: Todos los musulmanes son como hermanos entre sí. Todos vosotros sois iguales. Todo hombre, cualquiera sea la nación o tribu a la que pertenezca, y cualquiera que sea la posición que mantenga en su vida, es igual a los demás.”

Mientras pronunciaba estas palabras, el Profeta^{sa} levantó las manos y unió los dedos de una mano con los de la otra, y prosiguió:

“De igual manera que los dedos de las dos manos son iguales, así son iguales los seres humanos. Nadie posee ningún derecho ni superioridad que reclamar ante otro. Sois como hermanos”

A continuación, el Profeta^{sa} dijo:

“¿Sabéis en qué mes estamos? ¿En qué territorio? ¿Qué día del año es?”

Los musulmanes contestaron que sabían que era el mes sagrado, el territorio sagrado, y el día del *Hall*. Entonces el Profeta^{sa} dijo:

“De la misma forma que este mes es sagrado, esta tierra es inviolable y este día es sagrado, así Dios

ha hecho sagrados la vida, propiedad y honor de todo hombre. Despojar a un hombre de su vida, su propiedad o atacar su honor, es tan malvado e injusto como violar la santidad de este día, este mes y este territorio. Lo que os ordeno hoy no es sólo para hoy. Tiene valor para todos los tiempos. Se espera de vosotros que lo recordéis, y que actuéis en consecuencia hasta que abandonéis este mundo, y acudáis al próximo a encontraros con vuestro Hacedor.”

Para concluir, dijo:

“Lo que os he dicho, debéis comunicarlo a los confines de la tierra. Tal vez aquellos que no me han escuchado se beneficien más que los que me escucharon.” (*Sihah Sitta, Tabari, Hisham y Jamis*).

El discurso del Profeta^{sa} resume la enseñanza y el espíritu del Islam. Demuestra la profundidad de la preocupación que sentía por el bienestar del hombre y por la paz del mundo. Demuestra, igualmente, la profundidad de su respeto por los derechos de la mujer y otras criaturas débiles. El Profeta^{sa} sabía que se le acercaba su muerte. Había recibido indicaciones de Dios acerca de ello.

Entre otras cosas, expresó su preocupación por el tratamiento que las mujeres recibían de sus maridos. Cuidó de no dejar este mundo sin asegurar a las mujeres el estatus que les correspondía por derecho. Desde el

nacimiento de la humanidad, la mujer había sido considerada como esclava y criada del hombre. Ésta era una preocupación del Profeta^{sa}; la otra eran los prisioneros de guerra. Eran mal considerados, tratados como esclavos y sometidos a crueldades y excesos de todo tipo. El Profeta^{sa} creía que no debía dejar este mundo sin asegurar a los prisioneros de guerra los derechos que les correspondían ante los ojos de Dios.

La desigualdad entre los hombres también deprimía al Profeta^{sa}. A veces estas diferencias se agudizaban hasta extremos inaceptables. Determinados hombres eran elevados al cielo, mientras otros eran considerados lo más bajo del mundo. Las condiciones que creaban tal desigualdad también creaban antagonismo y guerra entre naciones y pueblos. El Profeta^{sa} también se preocupó por estas dificultades. Si no se eliminaba la desigualdad junto con las condiciones que llevaban a un pueblo a usurpar los derechos de otro, a matar y a saquear (si no se eliminaban estas condiciones que prevalecen en tiempos de decadencia moral), sería imposible asegurar la paz y el progreso del mundo.

Enseñó que la vida y la propiedad humana gozaban de la misma santidad que los días, meses y lugares sagrados. Ningún hombre se

había preocupado tanto por el bienestar de las mujeres, los derechos de los débiles y la paz entre las naciones como el Santo Profeta^{sa} del Islam. Nadie había hecho tanto como él por el bien de la humanidad. No es de extrañar, pues, que el Islam haya defendido siempre el derecho de la mujer a tener y heredar bienes.

Las naciones europeas no reconocieron este derecho hasta unos mil trescientos años después del advenimiento del Islam. Todos los que se unen al Islam se consideran iguales a los demás, aún si provienen de una clase social muy baja. La libertad y la igualdad son contribuciones del Islam a la cultura universal.

Las concesiones de las demás religiones respecto a la libertad e igualdad están muy atrasadas con respecto a las que practica y predica el Islam. En una mezquita musulmana gozan del mismo estatus el rey, el jefe religioso y el hombre ordinario: no hay diferencia entre ellos. En los templos e iglesias de las demás religiones y naciones, tales diferencias persisten hoy por mucho que afirman haber hecho más que el Islam por la libertad y la igualdad.

EL PROFETA HACE ALUSIÓN A SU FALLECIMIENTO

De regreso, el Profeta^{sa} informó de nuevo a sus Compañeros de la proximidad de su muerte. Dijo: “¡Oh hombres! No soy más que uno de vosotros. Puedo recibir la llamada en cualquier momento, y deberé irme. Mi Amo, Bueno y Vigilante, me ha informado que un Profeta^{sa} vive hasta la mitad de la edad del Profeta^{sa} anterior⁴. Creo que recibiré la llamada muy pronto, y tendré que marchar. Compañeros, tendré que responder ante Dios, y vosotros también tendréis que responder. ¿Qué diréis entonces?”

Los Compañeros respondieron: “Diremos que usted entregó el Mensaje del Islam de la mejor forma y que dedicó su vida al servicio de la Fe. Que poseyó la mayor pasión por el bien de la humanidad. Diremos: Oh, Al’lah, concédele la mejor de las recompensas.”

Entonces el Profeta^{sa} preguntó: “¿Sois testigos de que Dios es Uno, de que Muhammad^{sa} es su Siervo y Profeta^{sa}, de que el Cielo y el Infierno son verdaderos, de que la muerte es cierta, de que existe una vida

4 Ésta no era una ley general; se refería sólo al Santo Profeta^{sa}. Una tradición sitúa la edad de Jesucristo a su muerte en unos ciento veinte años. Como él ya había cumplido los sesenta y dos o sesenta y tres años, pensaba que se acercaba su muerte.

después de la muerte, de que ha de venir el Día del Juicio, y de que un día todos los muertos serán resucitados de sus tumbas, devueltos a la vida y reunidos?”

“Sí”, respondieron los Compañeros, “somos testigos de todas estas verdades.”

Dirigiéndose hacia Dios, el Profeta^{sa} dijo: “Sé Tú también testigo de que les he explicado el Islam.”

Tras este peregrinaje, el Profeta^{sa} se ocupó de enseñar y educar a sus seguidores, intentando elevar su nivel moral y reformar y refinar su conducta. Su propia muerte se convirtió en un tema frecuente de su conversación, pues preparaba a los musulmanes para ese momento.

Un día, levantándose tras pronunciar un discurso ante los fieles, dijo: “Hoy he recibido la revelación:

“Cuando llega la ayuda de Al’lah y la victoria, y ves a los hombres entrar en la religión de Al’lah en masa, glorifica a tu Señor con Su alabanza y pide Su perdón. En verdad, Él es remisorio con compasión.”
(110:2-4)

Es decir, se acercaban tiempos en los que, con la ayuda de Dios, grandes multitudes se unirían a la Fe del Islam. Entonces sería el deber del Profeta^{sa}, y de sus seguidores, alabar

a Dios y rogarle la erradicación de todos los obstáculos que impidieran el establecimiento de la Fe.

En esta ocasión, el Profeta^{SA} empleó una parábola: “Dios dijo a un hombre: si quieres, puedes volver a Mí, o puedes trabajar un poco más para reformar el mundo. El hombre dijo que preferiría volver a su Señor.”

Abu Bakr^{RA} se encontraba entre los oyentes. Había escuchado este último discurso del Profeta^{SA} con fervor y ansiedad –el fervor de un gran creyente y la ansiedad de un amigo y seguidor que veía en este discurso el anuncio del fallecimiento del Profeta^{SA} –. Al oír esta parábola, Abu Bakr^{RA} ya no pudo contenerse, y empezó a llorar. Los demás Compañeros, que solo se habían formado una idea superficial de cuanto habían oído, quedaron perplejos cuando vieron que Abu Bakr^{RA} lloraba. ¿Qué le pasaba? El Profeta^{SA} hablaba de las victorias venideras del Islam y sin embargo, Abu Bakr^{RA} lloraba. Umar^{RA} se sintió molesto por esta actitud. El Profeta^{SA} anunciaba buenas noticias, pero este anciano lloraba. Sólo el Profeta^{SA} comprendía lo que sucedía: sólo él vio que los versículos que prometían victorias también anunciaban la llegada de la muerte del Profeta^{SA}.

A continuación, el Profeta^{sa} dijo: “Abu Bakr^{ra} me es muy querido. Si fuera posible amar a uno más que a los demás, así habría amado yo a Abu Bakr^{ra}. Pero ese grado de amor pertenece sólo a Dios. Pueblo mío, desde hoy se cerrarán todas las puertas que dan a la mezquita, salvo la puerta de Abu Bakr^{ra}.”

Sin duda alguna, esta orden implicaba la profecía de que tras la muerte del Profeta^{sa}, Abu Bakr^{ra} sería el Primer Jalifa. Para dirigir a los fieles en la oración, tendría que acudir a la Mezquita cinco veces al día y para ello, tendría que dejar abierta la puerta de su casa a la mezquita. Muchos años después, cuando Umar^{ra} era Jalifa, preguntó a los presentes el significado del versículo: “Cuando llega la ayuda de Al’lah y la victoria”. Evidentemente recordaba las circunstancias en las que el Profeta^{sa} enseñó a los musulmanes éste y los versículos siguientes. Habría recordado también, que entonces tan sólo Abu Bakr^{ra} comprendió su significado. Umar^{ra} intentaba comprobar el conocimiento de los musulmanes acerca de estos versículos. No los habían comprendido a la hora de su revelación, ¿sabrían ahora su significado? Ibn Abbas^{ra}, que tendría unos diez u once años a la hora de su revelación, y que ahora tenía diecisiete o dieciocho años, respondió: “Jefe

de los fieles, estos versículos contenían una profecía acerca del fallecimiento del Santo Profeta^{sa}. Cuando se termina el trabajo de un Profeta^{sa}, éste ya no desea vivir en el mundo. Los versículos hablaban de una victoria inminente del Islam. Esta victoria tenía un aspecto triste: el próximo abandono de este mundo por parte del Profeta^{sa}.” Umar^{ra} felicitó a Ibn Abbas^{ra}, añadiendo que cuando se revelaron los versículos, sólo Abu Bakr^{ra} había comprendido su significado.

LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL PROFETA

Por fin, se iba acercando el día que todos los seres humanos hemos de afrontar. El trabajo del Profeta^{sa} había concluido. Todo cuanto Dios tenía que revelar para el beneficio de la humanidad ya se lo había revelado. El espíritu de Muhammad^{sa} había infundido una nueva vida en su pueblo. Había surgido una nueva nación, una nueva perspectiva de la vida, nuevas instituciones; en resumen, un nuevo cielo y una nueva tierra. Se habían establecido los cimientos de un nuevo orden. La tierra se había arado y se había regado. Se había sembrado la semilla de una nueva cosecha. Y ahora, empezaba a mostrarse la propia cosecha. Pero no le correspondía a él recogerla, sino solamente arar, sembrar y

regar. Vino como un labrador, permaneció como un labrador, y ahora se marchaba como un labrador. Encontró su recompensa, no en las cosas de este mundo, sino en el agrado y la satisfacción de Dios, su Creador y su Amo. Cuando llegaba la hora de la recolección prefería ir con Él, dejando para otros la cosecha.

El Santo Profeta^{sa} enfermó. Durante algunos días, siguió visitando la mezquita para dirigir las oraciones. Después se encontró muy débil para seguir haciéndolo. Los Compañeros estaban tan acostumbrados a estar diariamente en su compañía que difícilmente creían que pudiera morir. Sin embargo, él les había hablado constantemente de su muerte. Un día, hablando de este tema, dijo: “Si un hombre se equivoca, es mejor que haga la expiación en este mundo, para no tener remordimientos en el otro. Por lo tanto, os digo que si he hecho algo respecto a alguno de vosotros, aunque haya sido inadvertidamente, que se acerque para pedirme reparación. Si he herido a alguno de vosotros sin darme cuenta, que avance para desquitarse. No quiero sentir vergüenza cuando me presente ante Dios en el otro mundo”. Los Compañeros estaban conmovidos. Sus ojos derramaban lágrimas. ¡Cuántas preocupaciones había

tenido, cuánto sufrimiento había aguantado por el bien de ellos! Sufrió hambre y sed para que ellos comieran y bebieran. Remendó su propio calzado y ropa para que otros vistieran bien. Y sin embargo, ahora estaba ansioso de rectificar las supuestas injusticias que pudo haber cometido con los demás; así respetaba los derechos de los demás.

Los Compañeros recibieron con un silencio solemne este ofrecimiento del Profeta^{sa}. Sin embargo, uno de ellos avanzó diciendo: “Profeta^{sa} de Dios, en cierta ocasión me hiciste daño. Nos alineábamos para la batalla y tú pasaste por delante de nuestra fila, y al pasar me diste con el codo en el costado. Lo hiciste sin querer, pero has dicho que podríamos desquitarnos incluso de males no intencionados. Quiero resarcirme”. Los Compañeros se sintieron llenos de ira. Les molestó la insolencia y la estupidez de este hombre, que no había comprendido el espíritu de la oferta del Profeta^{sa} ni la solemnidad de la ocasión. Pero el Compañero se empeñaba, estaba decidido a tomar literalmente las palabras del Profeta^{sa}.

El Profeta^{sa} dijo: “Te invito a que te tomes la revancha.”

Le ofreció la espalda, diciendo: “Ven, golpéame como yo lo hice.”

“Pero cuando tú me golpeaste, tenía desnudo el costado porque no llevaba camisa”, dijo el Compañero.

“Levantad mi camisa”, dijo el Profeta^{sa} “y que me golpee en el costado con el codo. Así se hizo; pero, en lugar de golpear el costado desnudo del Profeta^{sa}, el Compañero se inclinó, con los ojos húmedos, y besó su cuerpo desnudo.

“¿Por qué haces esto?”, preguntó el Profeta^{sa}.

“¿No dijo usted que le quedaban unos días contados entre nosotros? ¿Cuántas oportunidades tendremos, pues, de tocarle físicamente y expresar nuestro amor y cariño por usted? Es cierto que me golpeó, pero ¿quién se vengaría de ello? Ahora mismo me había surgido la idea. Usted nos ofreció el desquite, y yo me dije: “Voy a besarle como resarcimiento.”

Los Compañeros, hasta ese momento enfurecidos, desearon que la misma idea se les hubiera ocurrido a ellos.

EL PROFETA FALLECE

El Profeta^{sa} estaba enfermo, y la enfermedad avanzaba. La muerte se le acercaba, y la depresión invadía el corazón de sus Compañeros. El sol brillaba como siempre sobre

Medina, pero a los Compañeros les parecía cada vez más pálido. Amanecía como siempre, pero parecía no traer luz sino oscuridad. Al final llegó la hora en que el alma del Profeta^{sa} abandonó su cuerpo físico, para reunirse con su Creador. Respiraba cada vez con más dificultad. El Profeta^{sa}, que pasaba sus últimos días en el cuarto de A'isha^{ra}, le dijo: “Levanta mi cabeza un poco y acércate, pues no respiro bien”. A'isha^{ra} así lo hizo. Se sentó a su lado sosteniendo su cabeza. El Profeta^{sa} agonizaba visiblemente. Muy intranquilo, miraba de un lado a otro. Repetía constantemente: “¡Ay de los judíos y los cristianos! ¡Fomentaron el culto a las tumbas de sus Profetas!” Éste fue, podríamos decir, su último mensaje a sus seguidores. Tendido en su lecho de muerte, parecía decirles: “Aprenderéis a considerarme por encima de los demás Profetas; con una misión mejor cumplida que ninguno de ellos. Pero no por eso habéis de convertir mi tumba en objeto de adoración. Que mi tumba sea simplemente una tumba. Quizás otros adoren las tumbas de sus Profetas, convirtiéndolas en centros de adoración y peregrinaje, donde intenten buscar la salud a través de la austeridad, hacer sus ofrendas o expresar agradecimiento. Quizás lo hagan otros, pero vosotros no. Acordaos siempre de vuestro único objetivo: la adoración de Dios Único.”

Tras advertir así a los musulmanes acerca de su deber de defender la idea por la que habían luchado, la de un Único Dios, y de la distinción clara entre Dios y el hombre, se empezaron a cerrar sus ojos. Entonces no dijo más que: “A mi Amigo, el Más Elevado de los Elevados; a mi Amigo, el Más Elevado de los Elevados”. Evidentemente, se dirigía a Dios. Con estas palabras, el Profeta^{sa} entregó el espíritu.

La noticia llegó a la mezquita. Allí se habían reunido muchos Compañeros tras abandonar su trabajo diario. Esperaban mejores noticias, pero tuvieron que oír la noticia del fallecimiento del Profeta^{sa}. Fue un golpe inesperado. Abu Bakr^{ra} no se encontraba allí. Umar^{ra} que sí estaba presente, sobrecogido por la pena, se sintió tan molesto al oír decir que el Profeta^{sa} había fallecido, que desenvainó su espada y amenazó con matar a quien así lo afirmara. El Profeta^{sa} no podía morir, porque todavía le quedaba mucho por hacer. Es cierto que el alma había salido de su cuerpo. Pero sólo había ido a encontrarse con su Creador. Del mismo modo que Moisés se había reunido durante cierto tiempo con su Creador, para después volver, el Profeta^{sa} debía volver para terminar cuanto había dejado sin hacer. Umar^{ra} andaba de un lado a otro con la espada

en la mano, casi como un demente. Mientras andaba decía: “Quien diga que el Profeta^{sa} ha muerto, morirá a manos de ‘Umar^{ra}”.

Los Compañeros estaban tan afectados que casi llegaron a creer lo que él decía. El Profeta^{sa} no podía haber fallecido; tenía que haber habido algún error. Mientras tanto, algunos Compañeros fueron en busca de Abu Bakr^{ra}. Lo encontraron, y le informaron de lo sucedido. Abu Bakr^{ra} se dirigió de inmediato a la mezquita de Medina, y sin hablar con nadie, entró en el cuarto de A’isha^{ra} y le preguntó: “¿Ha fallecido el Profeta^{sa}?”

“Sí”, contestó A’isha^{ra}. Se dirigió hacia donde yacía el cuerpo del Profeta^{sa}, le descubrió la cara y se inclinó para besar su frente. Sus ojos derramaban lágrimas cargadas de amor y dolor, y dijo: “Dios es nuestro testigo. La muerte no te alcanzará dos veces.”

Era una frase cargada de significado, la respuesta de Abu Bakr^{ra} a la declaración que Umar^{ra} había hecho desde el fondo de su dolor. El Profeta^{sa} había muerto una vez: aquélla fue su muerte física; la muerte que todos hemos de tener. Pero no tendría una segunda muerte. No habría ninguna muerte espiritual; ninguna muerte de las creencias que él había inculcado en sus seguidores, y por cuyo establecimiento se había preocupado

tanto. Una de las creencias más importantes que había enseñado era que los Profetas eran humanos, e incluso ellos habían de morir. Los musulmanes no iban a olvidar tan pronto esta enseñanza después de su fallecimiento. Tras pronunciar esta gran declaración sobre el cuerpo del Profeta^{sa}, Abu Bakr^{ra} salió, y atravesando las líneas de fieles, avanzó hasta el púlpito de la mezquita en silencio. Umar^{ra} se puso a su lado, blandiendo la espada como antes, decidido a matar a Abu Bakr^{ra} si éste decía que el Profeta^{sa} había fallecido. Umar^{ra} le agarró de la camisa, para impedirle continuar, pero Abu Bakr^{ra} liberó su camisa de las manos de Umar^{ra} y negándose a detenerse, recitó el versículo del Corán:

“Y Muhammad^{sa} no es más que un Mensajero, y antes que él han pasado todos los Mensajeros. Pero si muere o es asesinado, ¿volveréis sobre vuestros pasos?” (3:145).

Es decir, Muhammad^{sa} era un hombre que trajo el Mensaje de Dios. Había habido otros hombres que trajeron mensajes de Dios, y todos habían muerto. Si Muhammad^{sa} moría ¿renunciarían a todo cuanto se les había enseñado, y a todo cuanto habían aprendido? Este versículo fue revelado en el momento de la batalla de Uhud, cuando se habían extendido rumores de que el enemigo había asesinado

al Profeta^{SA}. Muchos musulmanes se habían retirado, desesperanzados, de la batalla. Este versículo vino del cielo para darles ánimo. En esta ocasión surtió el mismo efecto. Tras recitar el versículo, Abu Bakr^{RA} añadió algunas palabras suyas. Dijo: “Aquellos de entre vosotros que adoran a Dios, que sepan que Dios sigue vivo, y siempre vivirá. Pero aquellos de entre vosotros que adoraban a Muhammad^{SA}, que sepan que Muhammad^{SA} ha fallecido”. Este discurso oportuno permitió a los Compañeros recuperar su equilibrio. Incluso Umar^{RA} cambió al escuchar a Abu Bakr^{RA} recitar el versículo citado. Recuperó su sentido común, y el juicio que había perdido. Cuando Abu Bakr^{RA} terminó de recitar el versículo, se abrieron por completo los ojos espirituales de Umar^{RA}. Comprendió que el Profeta^{SA} había fallecido. Pero en el momento en que lo entendió, sintió que sus piernas temblaban y cedían bajo su peso. Cayó agotado. El hombre que había amenazado a Abu Bakr^{RA} con su espada había cambiado tras el discurso de Abu Bakr^{RA}. Los Compañeros sintieron como si el versículo se hubiera revelado por primera vez aquel día, pues les produjo un impacto nuevo y poderoso. En su agonía de dolor y aflicción, olvidaron que el versículo ya estaba en el Corán.

Muchos han expresado el dolor que sobrecogió a los musulmanes con la muerte del Profeta^{sa}, pero la expresión mejor y más duradera se encuentra en los versos profundos y sucintos de Hassan^{ra}, el poeta de la primera época del Islam:

“Eras la pupila de mi ojo. Ahora que has fallecido, mi ojo está ciego. No me importa quién muera ahora. Pues sólo temía tu muerte”.

Estos versos expresaban los sentimientos de todos los musulmanes. Durante meses, hombres, mujeres y niños anduvieron por las calles de Medina recitando estos versos de Hassan bin Zabit^{ra}

LA PERSONALIDAD Y EL CARÁCTER DEL PROFETA

Tras describir a grandes rasgos los incidentes más destacados de la vida del Santo Profeta^{sa}, debemos hacer un breve esbozo sobre su carácter. Para ello disponemos del testimonio colectivo de su pueblo, incluso desde antes de anunciarse su misión. En aquella época, su pueblo ya le conocía como “El Sincero” y “El Veraz” (*Hisham*). En todas las épocas viven personas contra las que nunca hay acusaciones de falta de honestidad. También existen muchas personas que nunca se ven

expuestas a grandes pruebas y tentaciones, y dentro de la rutina cotidiana de la vida se comportan con honradez e integridad. Y sin embargo, no se les considera por eso dignas de ninguna distinción especial. Éstas se conceden sólo cuando la vida de una persona refleja notablemente alguna cualidad moral elevada. Todos los soldados que participan en una batalla ponen en peligro su vida, pero no todos los soldados británicos han sido considerados dignos de recibir la Cruz de la Victoria, ni todos los soldados alemanes la Cruz de Hierro. Miles de franceses se dedican a actividades intelectuales, pero no todos reciben la condecoración de la Legión de Honor. El hecho de que un hombre sea leal o veraz, no indica por sí solo que destaque por dichas cualidades; pero cuando un pueblo entero coincide en llamar a un hombre por los apodos de “El Sincero” y “El Veraz”, es evidencia de que posee cualidades excepcionales. Si hubiera sido costumbre entre los habitantes de La Meca conferir tal distinción a un individuo en cada generación, entonces tal individuo sería considerado como alguien destacado. Pero la historia de La Meca, y de Arabia en general, no nos facilita ninguna indicación de que existiera entre los árabes la costumbre de conferir éstos u otros sobrenombres a individuos eminentes de cada

generación. Al contrario, a través de siglos de historia árabe, encontramos que tan sólo en el caso del Santo Profeta^{sa} del Islam, su pueblo le confirió los sobrenombres de “El Sincero” y “El Veraz”. Esto demuestra que el Profeta^{sa} poseía en tal grado estas cualidades, que en la memoria de su pueblo ningún otro individuo podía ser considerado igual. Los árabes eran famosos por su agudeza de juicio, y lo que ellos consideraban singular debe haber sido de verdad singular y único.

Cuando el Santo Profeta^{sa} recibió de Dios la orden de asumir la carga y las responsabilidades de su misión profética, su esposa Jadiyah^{ra} atestiguó sus elevadas cualidades morales (como ya hemos señalado antes). A continuación ilustraremos algunas de estas cualidades, para que el lector aprecie aquellos aspectos de su carácter que suelen ser poco conocidos.

LA PUREZA DEL ALMA Y LA LIMPIEZA DEL PROFETA

Se dice del Santo Profeta^{sa} que su lenguaje era siempre puro y a diferencia de la gran mayoría de sus contemporáneos, no blasfemaba (*Tirmidhi*). Esto era excepcional en un árabe. No queremos dar a entender que los árabes

en tiempos del Santo Profeta^{sa} emplearan constantemente un lenguaje obsceno, pero no cabe duda de que puntualizaban sus frases con palabras malsonantes; una costumbre que aún hoy persiste. El Santo Profeta^{sa}, sin embargo, consideraba con tanta reverencia el nombre de Dios que nunca lo pronunciaba sin plena justificación.

Prestaba una atención especial, incluso meticulosa, a la higiene personal. Se limpiaba los dientes varias veces al día, y se atenía tanto a esta práctica, que solía decir que si no fuera por temor a que tal ordenanza resultara onerosa, obligaría a los musulmanes a limpiarse los dientes antes de cada una de las cinco oraciones diarias. Siempre se lavaba las manos antes y después de cada comida, y después de comer un alimento cocido siempre se enjuagaba la boca y consideraba que todos aquellos que habían comido alimentos cocidos debían enjuagarse la boca antes de participar en las oraciones. (*Bujari*).

En la administración del Islam, la mezquita es el único lugar prescrito para las reuniones de los musulmanes. El Santo Profeta^{sa}, por tanto, subrayó particularmente la necesidad de mantener limpias las mezquitas, sobre todo cuando la gente se debía reunir allí. Había dado instrucciones de quemar incienso

en las mezquitas para purificar el aire en tales ocasiones (*Abu Dawud*). También dijo que nadie debía entrar en la mezquita para una reunión después de haber comido algo susceptible de exhalar un mal olor. (*Bujari*).

El Profeta^{sa} insistía en que las calles se mantuvieran limpias y libres de piedras y desperdicios de cualquier tipo, que pudieran dificultar el paso, o resultar ofensivos. Si él encontraba desperdicios en una calle, los retiraba, y solía decir que la persona que ayuda a mantener limpios los caminos y las calles gana un mérito especial ante los ojos de Dios. Según dicen, también ordenó que la vía pública no se utilizara de forma que obstaculizara el paso a los demás; que no se arrojaran basura o desechos de ningún tipo a la vía pública, y no se ensuciara de ninguna otra forma, ya que dichos actos desagradaban a Dios. También insistía en que los suministros de agua destinada al consumo humano se mantuvieran limpios y puros. Por ejemplo, prohibía que se arrojara en el agua estancada cualquier sustancia que pudiera contaminarla, o que se descuidara la utilización de los estanques de agua de manera que se ensuciaran (*Bujari y Muslim, Kitab al-Birr Wa'l Sita*).

LA VIDA SENCILLA DEL SANTO PROFETA

En cuestiones de comida y bebida, el Santo Profeta^{sa} tenía gustos muy simples. Nunca expresaba su desagrado si la comida estaba mal preparada o mal cocinada. Si podía comerla, la comía para no decepcionar al que la había preparado. Sin embargo, si un cierto plato no se podía comer, simplemente se abstenía de comerlo, pero nunca lo criticaba. Cuando se sentaba para comer, prestaba atención a la comida que tenía delante, y siempre decía que no le gustaba una actitud indiferente, como si la persona que comía estuviera por encima de cuestiones tan poco importantes como la comida o la bebida. Cuando se le presentaba un alimento, siempre lo compartía con los que estaban presentes en su compañía. En una ocasión, alguien le ofreció dátiles; el Santo Profeta^{sa} miró a su alrededor, y después de calcular el número de personas presentes, repartió los dátiles entre ellos, de forma que cada uno recibió siete. Hazrat Abu Huraira^{ra} relata que el Santo Profeta^{sa} nunca comió hasta saciarse, ni siquiera el pan de cebada (*Bujari*). En una ocasión, pasaba por la calle cuando vio a un grupo de personas reunidas alrededor de una cabra asada, preparados para disfrutar del banquete. Cuando vieron al Santo Profeta^{sa}, le invitaron a comer, pero él rechazó la invitación.

No lo hizo porque no le gustara la carne asada, sino porque no aprobaba la celebración de un banquete al aire libre, donde los comensales podrían ser observados por los pobres que no tenían suficiente para comer. Se dice que efectivamente, en otras ocasiones, sí que comió carne asada. Hazrat A'isha^{ra} relata que, hasta el día de su fallecimiento, nunca comió lo suficiente como para satisfacer su hambre durante tres días consecutivos. Además, no le gustaba que nadie acudiera a comer a casa de otro, sin haber sido invitado. En una ocasión, alguien le invitó a comer en su casa diciéndole que trajera cuatro invitados más. Cuando llegó a la casa, encontró que una sexta persona se había unido al grupo. El anfitrión vino a la puerta para recibir al Santo Profeta^{sa} y a su grupo. El Santo Profeta^{sa} le comentó que ahora eran seis y el anfitrión debía decidir si permitía que la sexta persona comiera con ellos, o pedirle que se fuera. Naturalmente, el anfitrión, invitó gustosamente a la sexta persona (*Bujari, Kitab al-A'ima*).

Cuando el Santo Profeta^{sa} se sentaba para comer, siempre empezaba invocando el nombre y las bendiciones de Al'lah; y al terminar la comida, le daba las gracias con estas palabras: "Todas las alabanzas sean a Al'lah, que nos ha dado de comer;

alabanzas abundantes, sinceras y cada vez mayores; alabanzas que dejan en la mente, no la impresión de haber dicho bastante, sino la impresión de que estas alabanzas no deben terminar nunca, y que todos los actos divinos son dignos de glorificación y deben ser ensalzados. ¡Al'lah! Llena nuestro corazón con estos sentimientos.” A veces empleaba estas otras palabras: “Todas las alabanzas sean para Dios, que ha satisfecho nuestra hambre y nuestra sed. Que nuestros corazones anhelan siempre Su enaltecimiento, y nunca Le sean ingratos.” Siempre recomendaba a sus Compañeros que dejaran de comer antes de satisfacer el hambre, y decía que la comida de una persona debía ser siempre suficiente para dos. Cuando se preparaba en su casa alguna comida especial, sugería que se enviara una parte a sus vecinos. Se enviaban constantemente regalos de comida y otros artículos desde su casa a las de sus vecinos (*Muslim y Bujari, Kitab al-Adab*).

Siempre intentaba descubrir por el rostro de los que le acompañaban si alguno de ellos pasaba hambre y precisaba ingerir alimento. Hazrat Abu Huraira^{ra} relata que en una ocasión, llevaba tres días sin comer. Se puso en la puerta de la mezquita y vio pasar a Hazrat Abu Bakr^{ra}. Le preguntó el significado

de un versículo del Corán que insta a los hombres a dar de comer a los pobres. Hazrat Abu Bakr^{ra} le explicó el significado y siguió su camino. Hazrat Abu Huraira^{ra} al narrar este incidente, decía indignado que él comprendía el Corán tan bien como Abu Bakr^{ra}. Su motivo al preguntar el significado a Hazrat Abu Bakr^{ra} había sido intentar conseguir que éste, dándose cuenta de que tenía hambre, le proporcionara algo de comida. Poco después, pasó Hazrat Umar^{ra} y Hazrat Abu Huraira^{ra} volvió preguntarle el sentido del versículo. Hazrat Umar^{ra} también se lo explicó y siguió su camino. Hazrat Abu Huraira^{ra}, como todos los Compañeros del Santo Profeta^{sa}, era reacio a hacer una petición directa, y al constatar que habían fracasado sus intentos indirectos de llamar la atención sobre su condición, empezó a sentirse muy débil. De repente oyó una voz suave y tierna que le llamaba. Mirando hacia donde venía la voz, vio que el Santo Profeta^{sa} le miraba sonriente desde la ventana de su casa. “¿Tienes hambre?”, preguntó a Hazrat Abu Huraira^{ra}. Éste respondió: “A decir verdad, Mensajero de Al’lah, sí que tengo hambre”. El Santo Profeta^{sa} le dijo: “Tampoco hay comida en nuestra casa, pero alguien acaba de mandarnos un tazón de leche. Ve a la mezquita a ver si hay allí otros que puedan tener hambre como tú”. Prosiguiendo

el relato, Hazrat Abu Huraira^{ra} dice: “sentía tanta hambre como para tomar toda la leche del tazón y sin embargo, el Santo Profeta^{sa} me había dicho que invitara a todos los demás que estuvieran en la misma condición. Eso significaba que me correspondería una parte muy pequeña de la leche. Pero tenía que obedecer las órdenes del Santo Profeta^{sa}, así que entré en la mezquita y encontré a seis personas a quienes llevé conmigo. El Santo Profeta^{sa} dio la taza de leche a uno de ellos y le dijo que bebiera. Cuando hubo terminado y tras haber alejado la taza de sus labios, el Santo Profeta^{sa} insistió en que bebiera una segunda y una tercera vez hasta que satisficiera su hambre. Del mismo modo insistió en que cada uno de los seis bebiera hasta la saciedad. Cada vez que pedía a alguien que bebiera, yo temía que apenas quedara algo de leche en la taza para mí. Cuando hubieron bebido los seis, el Santo Profeta^{sa} me dio la taza y vi que todavía quedaba mucha leche. En mi caso también el Santo Profeta^{sa} insistió en que bebiera todo lo que quisiera, haciéndome volver a beber dos o tres veces. Al final, él bebió lo que restaba en la taza, dio gracias a Dios y cerró la puerta”. (*Bujari, Kitab al-Riqaq*). Es probable que el motivo del Santo Profeta^{sa} al ofrecer la taza en último lugar a Hazrat Abu Huraira^{ra} fuera el de indicarle que debería haber seguido

aguantando el hambre, confiando en Dios, y no haber llamado la atención, aun de forma indirecta, respecto a su condición.

Siempre comía y bebía con la mano derecha y se detenía tres veces para respirar cuando bebía. La razón de esto podría radicar en el hecho de que, cuando alguien tiene sed y tiende a beber mucha agua de un solo trago, suele beber demasiado, lo que le puede alterar la digestión. Con respecto a la comida, tenía por norma comer de todas las cosas puras y permisibles, pero no con glotonería o de forma que pudiera privar a otros de su parte. Como ya hemos señalado, su comida normal era siempre muy simple, pero si alguien le ofrecía un plato especialmente preparado, no lo rechazaba. No anhelaba comer platos exquisitos, pero sí le agradaban mucho la miel y los dátiles. Decía, respecto a los dátiles, que existía una relación especial entre el musulmán y la palmera datilera porque las hojas, la corteza y el fruto, tenían algún uso. Ninguna parte del árbol se desperdiciaba. Lo mismo ocurría con el verdadero musulmán. Ninguno de sus actos era superfluo y todo cuanto hacía ayudaba a promover el bienestar de la humanidad (*Bujari y Muslim*).

El Santo Profeta^{sa} prefería la sencillez en cuestiones de ropa. Solía llevar una camisa y

un *izar*, o una camisa y un pantalón. Siempre llevaba el *izar*⁵o el pantalón de forma que esta prenda cubriera su cuerpo hasta justo por encima de los tobillos. No consideraba decente descubrir la rodilla, ni cualquier parte del cuerpo por encima de la rodilla. No aprobaba el uso de tela (para ropa o para cortinas, etc.) que tuviera figuras bordadas o pintadas, sobre todo si las figuras podían ser interpretadas como imágenes de dioses o diosas u otros objetos de adoración. En una ocasión encontró colgada de su casa una tela que llevaba un diseño con grandes figuras y mandó que la retiraran. Sin embargo, no consideraba ofensivo el uso de telas que llevaran diseños con figuras pequeñas que no pudieran ser interpretadas así. Nunca llevaba ropa de seda, y no permitía que los hombres musulmanes la llevaran. Para establecer la autenticidad de las cartas que escribió a ciertos reyes invitándoles a aceptar el Islam, hizo que se le preparase un anillo de sello, pero estipuló que se hiciera, no de oro, sino de plata, porque dijo que a los hombres musulmanes se les había prohibido portar objetos de oro (*Bujari y Muslim*). A las mujeres musulmanas sí se les permitía llevar seda y oro, pero en este caso el Santo Profeta^{SA} también les pedía que evitaran

5 Pedazo de tela que se envuelve alrededor de la cintura y que desciende hasta los tobillos

excesos. En una ocasión pidió donativos para los pobres, y una dama se quitó una de sus pulseras y se la ofreció como contribución. El Santo Profeta^{sa} le dijo: “¿Acaso tu otra mano no merece ser salvada del fuego?”. Entonces la dama se quitó la otra pulsera y la entregó también con el mismo propósito. Ninguna de las esposas del Santo Profeta^{sa} poseían adornos de gran valor, y las demás mujeres musulmanas no solían poseer adornos. De acuerdo con las enseñanzas del Corán, el Santo Profeta^{sa} reprochaba la acumulación de dinero y de oro, ya que consideraba que perjudicaba a los intereses de los sectores más pobres de la comunidad y por lo tanto, constituía un pecado.

En una ocasión, Hazrat Umar^{ra} sugirió al Santo Profeta^{sa} que como tenía que recibir a los embajadores de grandes monarcas, mandara preparar una capa lujosa para ponérsela durante las ceremonias. El Profeta^{sa} rechazó la sugerencia, diciendo: “A Dios no le agradaría que yo adoptara tales costumbres. Recibiré a todo el mundo con la ropa que llevo todos los días.” En otra ocasión se le ofrecieron como regalo prendas de seda, una de las cuales envió a Hazrat Umar^{ra}, que dijo: “¿Cómo puedo ponérmela si usted ha rechazado el uso de las prendas de seda?”. El Santo Profeta^{sa} comentó:

“No todos los regalos son para uso personal.” Con esto quería decir que, al ser una prenda de seda, Hazrat Umar^{ra} podía ofrecerla a su esposa o su hija, o podía emplearla de otra forma (*Bujari, Kitab al’libas*).

La cama del Santo Profeta^{sa} también era muy sencilla. No usaba nunca una cama con armazón ni colchón, sino que siempre dormía en el suelo sobre un pedazo de tela de pelo de camello, o un trozo de cuero. Según relata Hazrat A’isha^{ra}: “nuestra cama era tan pequeña que cuando el Santo Profeta^{sa} se levantaba de noche para hacer las oraciones, yo me tendía a un lado del lecho, con las piernas estiradas cuando él estaba de pie, y dobladas cuando tenía que postrarse”. (*Muslim, Tirmidhi y Bujari, Kitab al-At’ima*).

Adoptó la misma sencillez con respecto a su vivienda. Su casa consistía generalmente en un cuarto y un pequeño patio. Una cuerda dividía el cuarto, para que cuando recibía visitas, se pudiera colgar una cortina para convertir una parte del cuarto en cámara de audiencias separada de la parte ocupada por su esposa. Su vida era tan simple que, según Hazrat A’isha^{ra}, durante la vida del Santo Profeta^{sa} a menudo vivían de dátiles y agua; y en el día de su fallecimiento no había

más comida en su casa que algunos dátiles (*Bujari*).

SU RELACIÓN CON DIOS

Todos los aspectos de la vida del Santo Profeta^{sa} parecen haber sido gobernados e influenciados por su amor y devoción a Dios. A pesar de las enormes responsabilidades que le habían sido confiadas, consagraba la mayor parte de su tiempo, día y noche, a la adoración y la abalanza de Dios. Dejaba su cama a medianoche para dedicarse a la adoración de Dios, hasta que llegaba la hora de acudir a la mezquita para las oraciones matinales. A veces se mantenía tanto tiempo rezando de pie durante la noche, que se le hinchaban los pies. Y quienes le veían en esta condición siempre se preocupaban por él. En una ocasión Hazrat A'isha^{ra} le dijo: “Dios te ha honrado con Su amor y Su proximidad. Entonces, ¿por qué te sometes a tanta incomodidad?”

El Santo Profeta^{sa} respondió: “Si Dios, por Su Gracia y Misericordia me ha conferido Su amor y Su proximidad ¿no me incumbe a cambio darle constantemente las gracias? El agradecimiento debe aumentar en la medida de los favores recibidos.” (*Bujari, Kitab al-Kusuf*).

Nunca emprendió ninguna misión sino por orden divina, o con el permiso divino. Ya hemos comentado, en la sección biográfica, que a pesar de la persecución intensa a la que le sometieron los habitantes de La Meca, no salió de la ciudad hasta recibir la orden divina para hacerlo. Cuando la persecución se intensificó y el Santo Profeta^{sa} dio permiso para que sus Compañeros emigraran a Abisinia, algunos de ellos expresaron el deseo de que les acompañara. Se negó a hacerlo, sin embargo, diciendo que no había recibido la autorización divina. Así pues, durante el período de tribulación y persecución, cuando la gente normalmente prefiere tener cerca a sus amigos y familiares, ordenó a sus Compañeros buscar refugio en Abisinia, y él se quedó atrás en La Meca porque Dios todavía no le había dado la orden de salir de la ciudad.

Siempre que oía recitar la palabra de Dios, le invadía la emoción, y las lágrimas saltaban de sus ojos; sobre todo cuando escuchaba los versículos que hablaban de sus propias responsabilidades. Hazrat Abdul'lah bin Mas'ud^{ra} cuenta cómo un día el Santo Profeta^{sa} le pidió que le recitara algunos versículos del Corán. Dijo: “¡Mensajero de Al'lah!, el Corán te fue revelado a ti (es decir, tú lo conoces mejor que nadie). ¿Cómo quieres que yo lo recite?”.

Pero el Santo Profeta^{sa} contestó: “Me encanta oír también a otros recitarlo”. Entonces, Hazrat Abdul’lah bin Mas’ud^{ra} empezó a recitar el Sura *Al-Nisa*. Cuando recitó el versículo: “Y ¿qué suerte correrán cuando traigamos a un testigo de cada pueblo y te presentemos a ti como testigo contra ellos?”. (4:42) el Santo Profeta^{sa} exclamó: “¡Basta!”. Hazrat Abdul’lah bin Mas’ud^{ra} le miró y vio cómo los ojos del Santo Profeta^{sa} estaban llenos de lágrimas (*Bujari, Kitab Fada il al-Qur’an*).

Insistía tanto en participar en las oraciones en congregación que incluso durante los momentos de enfermedad grave, cuando es permisible no sólo hacer las oraciones en la habitación, sino incluso hacerlas tendido en la cama, iba a la mezquita para dirigir en persona las oraciones. En una ocasión, sintiéndose incapaz de llegar a la mezquita, ordenó que Hazrat Abu Bakr^{ra} dirigiera las oraciones. Poco después, sin embargo, notó una mejoría en su estado, y pidió que le llevaran a la mezquita. Se apoyaba sobre los hombros de dos personas, pero se encontraba tan débil que, según Hazrat A’isha^{ra}, sus pies se arrastraban por el suelo (*Bujari*).

Es una costumbre general expresar el agrado, o llamar la atención sobre algo, aplaudiendo con las manos; los árabes también tenían esa

costumbre. El Santo Profeta^{sa}, sin embargo, amaba tanto el recuerdo a Dios que para estos propósitos también reemplazó el aplauso por la alabanza y conmemoración de Dios. En una ocasión, ocupado con un asunto de gran importancia, vio que se acercaba la hora de la siguiente oración, y pidió a Hazrat Abu Bakr^{ra} que dirigiera las oraciones. Poco después, pudo concluir el asunto que le ocupaba y fue directamente a la mezquita. Hazrat Abu Bakr^{ra} se hallaba dirigiendo las oraciones, pero cuando la congregación vio que había llegado el Santo Profeta^{sa}, comenzaron a aplaudir para expresar su alegría por su llegada, y para advertir a Hazrat Abu Bakr^{ra} de su presencia. Hazrat Abu Bakr^{ra} se retiró y le cedió su sitio para que liderara las oraciones. Terminadas éstas, el Santo Profeta^{sa} llamó a Hazrat Abu Bakr^{ra} y le preguntó: “¿Por qué te retiraste, si yo te había dicho que dirigirías las oraciones?”. Hazrat Abu Bakr^{ra} contestó: “¡Mensajero de Al’lah! ¿Cómo podría yo, el hijo de Abu Quhafa, dirigir las oraciones en presencia del Mensajero de Al’lah?” Entonces, dirigiéndose a la congregación, el Santo Profeta^{sa} preguntó: “¿Por qué habéis aplaudido? No está bien dar palmas cuando se está conmemorando a Dios. Si resulta necesario llamar la atención sobre cualquier asunto en el transcurso de las oraciones, en vez de aplaudir, se debe decir

en voz alta el nombre de Dios. Así se podrá llamar la atención sobre lo que sea necesario. (*Bujari*).

El Santo Profeta^{sa} no aprobaba el uso de las oraciones o la adoración como medio de penitencia y obligación. En una ocasión, cuando volvió a casa encontró una cuerda colgada entre dos pilares. Preguntó para qué servía y le dijeron que su esposa Zainab^{ra} tenía la costumbre de apoyarse en la cuerda cuando se fatigaba durante las oraciones. El Santo Profeta^{sa} mandó quitar la cuerda, diciendo que las oraciones debían continuarse mientras uno se sintiera cómodo y dispuesto, pero si se cansaba, debía sentarse. Las oraciones no eran una imposición, y seguir rezando cuando el cuerpo estaba agotado era frustrar el propósito de las mismas. (*Bujari, Kitab al-Kusuf*)

Aborrecía todos los actos o prácticas que recordaran, por poco que fuera, a la idolatría. Cuando se acercaba su fallecimiento, y el Santo Profeta^{sa} ya agonizaba, miraba de un lado a otro murmurando: “Que la maldición de Dios caiga sobre aquellos judíos y cristianos que han convertido en lugares de culto a las tumbas de sus Profetas.” (*Bujari*). Se refería a aquellos judíos y cristianos que se postraban ante las tumbas de sus Profetas y Santos,

dirigiendo a ellos sus oraciones. Quería decir que si los musulmanes adoptaban prácticas parecidas, ya no merecerían sus oraciones, sino que se encontrarían separados de él para siempre.

En la sección biográfica, hemos tenido ya ocasión de referirnos al intenso fervor que sentía el Santo Profeta^{SA} por el honor de Dios. Los mequíes buscaban interponer en su camino todo tipo de tentaciones para persuadirle a que renunciara a su oposición a la idolatría. (*Tabari*). Su tío Abu Talib también intentó disuadirle, expresando su temor de que, si persistía en la denuncia de la idolatría, tendría que elegir entre dejar de ofrecerle su protección, o afrontar la oposición encarnizada de su pueblo.

La única respuesta que el Santo Profeta^{SA} dio a su tío en esa ocasión fue: “Aunque esta gente colocara el sol en mi mano derecha, y la luna en mi mano izquierda, no dejaría de proclamar y predicar la Unicidad de Dios” (*Zurqani*). De nuevo, durante la batalla de Uhud, cuando los musulmanes supervivientes heridos se hallaban agrupados alrededor del Santo Profeta^{SA} al pie de un monte, y sus enemigos expresaban con gritos su júbilo haber penetrado en las filas musulmanas, su jefe, Abu Sufyan, gritó: “Que se glorifique el nombre

de Hubal (uno de los ídolos adorados por los mequíes) ¡Gloria a Hubal!” El Santo Profeta^{sa}, a pesar de darse cuenta de que su seguridad y la del pequeño grupo de musulmanes que le rodeaban exigía mantener el silencio, no se pudo contener, y mandó que los Compañeros gritaran a su vez:” ¡La victoria y la gloria son sólo de Al’lah! ¡La victoria y la gloria son sólo de Al’lah!” (*Bujari*)

Antes del advenimiento del Islam una gran parte de seguidores de distintas religiones creían equivocadamente que se producían manifestaciones celestes y terrestres para señalar los momentos de alegría y tristeza de los Profetas, los santos y otros hombres eminentes; e incluso creían que estos hombres eran capaces de controlar los movimientos de los astros. Se dice, por ejemplo, de algunos de ellos, que hacían que el sol detuviera su curso, o que eran capaces de parar el progreso de la luna, o hacían que se estancara el agua corriente. El Islam enseñó que tales ideas carecían de fundamento, y que las referencias de fenómenos de este tipo que se encontraban en las escrituras religiosas eran simplemente metáforas, que al no ser interpretadas en su significado correcto, habían dado lugar a supersticiones. Sin embargo, algunos musulmanes tenían la tendencia a atribuir

tales fenómenos a acontecimientos de la vida de los grandes Profetas.

En los últimos años de la vida del Santo Profeta^{SA}, su hijo Ibrahim murió a la edad de dos años y medio. El mismo día tuvo lugar un eclipse del sol. Algunos musulmanes de Medina expresaron la idea de que el sol se había oscurecido con motivo del fallecimiento del hijo del Santo Profeta^{SA} como señal de pesar divino. Cuando se mencionó esto al Santo Profeta^{SA}, mostró su enfado y rechazó totalmente la idea. Explicó que el sol, la luna y los demás cuerpos celestes obedecen a leyes divinas, y que sus movimientos y los fenómenos relacionados con ellos no tenían relación con la vida o la muerte de ninguna persona (*Bujari*).

Arabia es un país muy árido y su gente siempre espera ansiosamente la lluvia que tanto necesita. Los árabes creían que la llegada de la lluvia estaba controlada por los movimientos de las estrellas. Al Santo Profeta^{SA} le molestaba sobremanera que alguien expresara tal idea, y exhortaba a su pueblo a no atribuir a otras causas los favores concedidos por la providencia. Explicaba que la lluvia, al igual que otros fenómenos naturales, estaba regida por leyes divinas, no por el placer o desagrado de ningún dios,

ninguna diosa ni ningún otro poder (*Muslim, Kitab al-Iman*).

Tenía en Dios una confianza que no podía quebrantar ninguna combinación de circunstancias adversas. En una ocasión, un enemigo suyo, encontrándole dormido e indefenso, sacó la espada, amenazando con matarle en el acto. Con la espada en la mano, preguntó: “¿Quién te puede salvar ahora?” El Santo Profeta^{sa} respondió tranquilamente: “Al’lah”. Pronunció esta palabra con una seguridad tan perfecta, que incluso el corazón de este enemigo incrédulo se vio obligado a reconocer la profundidad de su fe y su confianza en Dios. La espada se le cayó de la mano, y el que momentos antes estaba dispuesto a aniquilarle, se quedó delante del Santo Profeta^{sa} como un condenado esperando su sentencia (*Muslim, Kitab al-Fadail y Bujari, Kitab al-Yihad*).

Por otra parte, poseía un sentido perfecto de la humildad necesaria ante el Ser Divino. Hazrat Abu Huraira^{ra} relata: “Un día oí decir al Santo Profeta^{sa} que nadie alcanzaría la salvación a través de sus propias buenas obras. Entonces dije: ¡Mensajero de Al’lah! Tú ciertamente entrarás en el Paraíso por tus propias buenas obras. Él respondió: “No. Yo tampoco puedo entrar en el Paraíso por mis

propias acciones, a no ser que me envuelvan la Gracia y la Misericordia de Dios” (*Bujari, Kitab al-Riqaq*).

Siempre exhortaba a la gente a elegir y seguir el buen camino, y a buscar con asiduidad los medios que les permitieran acercarse a Dios. Enseñaba que ningún hombre debía desear su propia muerte, porque una buena persona, al vivir más tiempo, puede hacer más buenas obras; y una persona perversa, si vive más tiempo, tendrá mayor oportunidad de arrepentirse y encontrar el buen camino. Su amor y devoción a Dios se manifestaban de muchas formas. Por ejemplo, cuando venían las primeras lluvias tras una temporada seca, sacaba la lengua para recoger una gota de agua, exclamando: “¡He aquí el último favor de mi señor!”. Rezaba constantemente para pedir el perdón y la beneficencia de Dios, sobre todo cuando estaba en compañía de otros, para que sus amigos, fueran o no musulmanes, pudieran salvarse de la ira divina y merecer el perdón de Dios. La conciencia de que estaba siempre en presencia de Dios nunca le abandonaba. Al acostarse para dormir decía: “¡Al’lah! Que muera (me duerma) con tu nombre en mis labios, y que me levante con tu nombre en mis labios.” Al despertarse decía: “Todas las alabanzas sean a Dios, que me ha

resucitado tras la muerte (el sueño), pues un día todos seremos reunidos alrededor de Él.” (*Bujari*).

Anhelaba constantemente la proximidad de Dios y una oración que repetía a menudo era la siguiente: “¡Al’lah! Llena mi corazón y mis ojos con Tu luz, y pon Tu luz a mi derecha, y pon Tu luz a mi izquierda y pon Tu luz encima de mí y pon Tu luz debajo de mí, y pon Tu luz delante de mí y pon Tu luz detrás de mí; te ruego ¡Oh! Al’lah que conviertas todo mi ser en luz.” (*Bujari*).

Hazrat Ibn ‘Abbas^{ra} relata: “Poco tiempo antes del fallecimiento del Santo Profeta^{sa}, Musailima (el impostor) vino a Medina y proclamó que si Muhammad^{sa} le nombraba sucesor suyo, estaría dispuesto a aceptarle como Profeta^{sa}. Musailima vino acompañado de un séquito muy grande, y la tribu a la cual estaba aliado era una de las más grandes de Arabia. Cuando el Santo Profeta^{sa} recibió la noticia de su llegada, salió a su encuentro acompañado de Zabit bin Qais bin Shams^{ra}. Tenía en la mano una ramita seca. Cuando llegó al campamento de Musailima, se presentó delante de él. Entretanto, habían acudido otros Compañeros, que se agruparon alrededor del Santo Profeta^{sa}. Dirigiéndose a Musailima, el Santo Profeta^{sa} dijo: “Tengo entendido que has

dicho que si te nombro sucesor mío, estarías dispuesto a seguirme. Pero no te concederé siquiera esta rama seca en contra de la voluntad de Dios. Tu fin será como Dios ha dispuesto. Si me vuelves la espalda, Dios te aniquilará. Veo claramente que Dios te dará lo que Él ha revelado”. Entonces añadió: “Ahora me voy a retirar. Si tienes algo más que decir, puedes hablar con Zabit bin Qais bin Shams, que me representará”. Con estas palabras, se marchó. Hazrat Abu Huraira^{ra} también estaba con él. Alguien preguntó al Santo Profeta^{sa} qué es lo que quiso decir con su declaración de que Dios le daría lo que se le había revelado. El Santo Profeta^{sa} respondió: “Vi en un sueño dos pulseras alrededor de mis muñecas, y no me gustó. En el sueño, Dios me ordenó que soplara sobre las pulseras; y cuando soplé, las dos pulseras desaparecieron. Mi interpretación de esto es que dos pretendientes (a la misión profética) aparecerán después de mí” (*Bujari, Kitab al-Maghazi*).

Este incidente ocurrió hacia el final de la vida del Santo Profeta^{sa}. La última y la más grande de las tribus árabes que todavía no habían aceptado al Santo Profeta^{sa} estaba dispuesta a someterse, con la única condición de que nombrara como sucesor suyo al jefe de dicha tribu. Si el Santo Profeta^{sa} hubiera

actuado por motivos personales, nada le hubiera impedido conseguir la unidad de toda Arabia al prometer la sucesión al jefe de la tribu más importante. El Santo Profeta^{sa} no tenía hijo varón y ninguna ambición dinástica habría impedido tal sucesión, pero él nunca consideró que siquiera la cosa más pequeña le perteneciera, o que estuviera a su absoluta disposición. Por lo tanto, no podía decidir respecto a la dirección de los musulmanes como si dependiera de él. Lo consideraba como una herencia sagrada y divina, y creía que Dios la concedería a quien Él considerara apropiado. Rechazó, pues, con desprecio, la oferta de Musailima, diciéndole que no estaba dispuesto a concederle siquiera una rama seca de palmera, por no hablar de la sucesión.

Cuando se refería a Dios, o hablaba de Él, los que le miraban sentían que se entregaba a Él con todo su ser, con un amor apasionado y una devoción absoluta.

Siempre preconizaba la simplicidad en el culto divino. La mezquita que había construido en Medina, en la cual siempre dirigía las oraciones, no tenía más que un suelo de barro sin tapices ni esterado, y un techo de ramas secas de palmera y hojas, que dejaban entrar el agua cuando llovía. En tales ocasiones, el Santo Profeta^{sa} y los miembros

de la congregación se empapaban de lodo y lluvia, pero siempre continuaba dirigiendo las oraciones hasta que terminaban; nunca expresó la intención de aplazarlas, ni de mudarse a un lugar más protegido (*Bujari, Kitab al-Saum*).

También se preocupaba sobremanera por sus Compañeros. Abdul'lah bin 'Umar^{ra} era un hombre de gran piedad y pureza. Hablando de él, el Santo Profeta^{sa} dijo en una ocasión: “Abdul'lah bin 'Umar^{ra} sería un hombre aún mejor si ofreciera con más regularidad las oraciones de *Tahayyud*”. Cuando esto le fue comunicado a Abdul'lah^{ra}, no olvidó nunca poner en práctica estas oraciones. Se dice además, que estando en casa de su hija Fátima^{ra}, el Santo Profeta^{sa} le preguntó si ella y su marido, Ali^{ra}, recitaban con regularidad las oraciones de *Tahayyud*⁶. Ali^{ra} contestó: “¡Mensajero de Al'lah! Intentamos levantarnos para las oraciones de *Tahayyud*, pero en ciertas ocasiones, cuando Dios así lo dispone, no somos capaces de levantarnos y las perdemos”. El Santo Profeta^{sa} regresó a su casa, repitiendo varias veces un versículo del Corán según el cual el hombre a menudo se muestra poco dispuesto a reconocer sus faltas, intentando ocultarlas con pretextos (*Bujari,*

6 Se trata de una oración ofrecida durante la noche que no forma parte de las oraciones obligatorias.

Kitab al-Kusuf). El Santo Profeta^{sa} quería decir que Ali^{ra} no debía haber atribuido a Dios su falta, diciendo que no podían despertarse porque Dios así lo había dispuesto, sino que debía haber reconocido su propia debilidad a este respecto.

SU DESAPROBACIÓN DE LA PENITENCIA

El Santo Profeta^{sa}, sin embargo, desaprobaba enérgicamente cualquier forma de formalismo en las cuestiones de culto, y condenaba la penitencia auto-impuesta como forma de culto. Enseñaba que el verdadero culto consiste en el empleo provechoso de las facultades con las que Dios ha dotado al hombre. Puesto que Dios dio al hombre ojos para que viera, extirparlos o mantenerlos cerrados no era una forma de adoración, sino una impertinencia. El uso apropiado del don de la vista no constituye un pecado. Es, al contrario, el abuso de esa facultad lo que constituye un pecado. Un hombre sería un ingrato si se privara voluntariamente de la facultad de oír, aunque constituiría un pecado emplear esa facultad con el propósito de escuchar calumnias y murmuraciones. La abstención de la comida (salvo en las ocasiones en las que el ayuno está prescrito o resulta deseable por otra razón) puede provocar el

suicidio, y por lo tanto, constituye un pecado imperdonable. Pero también cabe destacar que dedicarse enteramente a los placeres de la mesa, o comer o beber cosas prohibidas o indeseables, también constituye un pecado. Ésta es una regla de oro, enseñada y predicada por el Santo Profeta^{sa} del Islam, que nunca fue inculcada por ningún Profeta^{sa} anterior.

El uso correcto de las facultades naturales da lugar a la adquisición de elevadas cualidades morales, mientras que la frustración o neutralización de dichas cualidades constituye una insensatez. Su uso indebido es perverso o pecaminoso, mientras su uso debido representa la verdadera virtud. Ésta es la esencia de las enseñanzas inculcadas por el Santo Profeta^{sa} del Islam. Y ésta, a grandes rasgos, es la imagen de su propia vida y acciones. Hazrat A'isha^{ra} relata: "Cuando el Santo Profeta^{sa} tenía que elegir entre dos alternativas, siempre elegía la más fácil de las dos, siempre que estuviera libre de sospecha de error o pecado. Si cierta acción estaba sujeta a la duda o sospecha, el Santo Profeta^{sa}, más que nadie, hacía todo lo posible por evitarla". (*Muslim, Kitab al-Fadail*). Ésta es, sin duda, la línea de conducta más elevada y admirable que se ofrece al hombre. Muchos hombres se imponen voluntariamente el sufrimiento y la

privación, no con el fin de ganar el agrado de Dios, porque el agrado de Dios no se alcanza mediante imposición de penas y privaciones innecesarias, sino con el propósito de engañar a la humanidad. Dichas personas poseen una escasa virtud interior, y desean ocultar sus faltas y adquirir méritos a los ojos del prójimo, asumiendo virtudes falsas. El objetivo del Santo Profeta^{sa} del Islam, sin embargo, fue el de alcanzar la verdadera virtud y el agrado de Dios. Se encontraba, por lo tanto, exento por completo de engaños e ilusiones. Le era absolutamente indiferente que el mundo le considerara perverso o le apreciara por el bien que hacía. Lo único que le importaba era cómo se consideraba a sí mismo y cómo le juzgaría Dios. Si además del testimonio de su conciencia y de la aprobación de Dios ganaba también el verdadero testimonio de la humanidad, lo agradecía. Pero si los hombres le criticaban, lo sentía por ellos y no concedía ningún valor a su opinión.

SU ACTITUD HACIA SUS ESPOSAS

Se mostraba extremadamente bondadoso y justo hacia sus esposas. Si en cualquier ocasión una de ellas no le mostraba la deferencia debida, se limitaba a sonreír y a olvidar. Un día dijo a Hazrat A'isha^{ra}: “Siempre que estás enfadada

conmigo, me doy cuenta”. “¿Cómo es eso?”, preguntó Hazrat A’isha^{ra}. El Santo Profeta^{sa} contestó: “Porque cuando estás contenta y durante la conversación has de referirte a Dios, le llamas “El Señor de Muhammad^{sa}”, pero si estás enfadada conmigo, le llamas “El Señor de Ibrahim^{ra}”. Hazrat A’isha^{ra}, riéndose, declaró que era cierto (*Bujari, Kitab al-Nikah*). Hazrat Jadiyya^{ra} fue su primera esposa e hizo grandes sacrificios por él. Era mucho mayor que el Santo Profeta^{sa}. Cuando falleció, se casó con mujeres más jóvenes, pero nunca permitió que su memoria fuera olvidada. Cuando venía a visitarle cualquier amiga de Hazrat Jadiyya^{ra}, siempre se levantaba para recibirla (*Muslim*). Si veía algún objeto que le hubiera pertenecido o estuviera relacionado con ella, se conmovía sobremanera. Entre los prisioneros tomados por los musulmanes en la Batalla de Badr, se encontraba un yerno del Profeta^{sa}. No poseía nada que pudiera ofrecer para su rescate. Su mujer, Zainab^{ra} (la hija del Profeta^{sa}) envió a Medina un collar que había pertenecido a su madre, Jadiyya^{ra}, y lo ofreció como rescate por su marido. Cuando el Santo Profeta^{sa} vio el collar, lo reconoció, y se mostró profundamente afectado. Dijo a sus Compañeros: “No me corresponde dar ninguna instrucción en este asunto, pero sé que este collar es muy apreciado por Zainab,

como último recuerdo de su difunta madre, y si no tenéis ningún inconveniente, sugiero que no se le prive de él, que le sea devuelto”. Ellos contestaron que nada les daría mayor placer, y aceptaron gustosamente su sugerencia (*Halbiyya*, Vol. 2). A menudo hablaba bien de Hazrat Jadiyya^{ra} ante sus otras esposas, resaltando sus virtudes, y los sacrificios que había hecho por la causa del Islam. En una ocasión, Hazrat A’isha^{ra} se ofendió y dijo: “Mensajero de Al’lah ¿Por qué hablas tanto de la anciana? Dios te ha concedido esposas mejores, más jóvenes y más atractivas”. El Santo Profeta^{sa}, sobrecogido por la emoción, protestó al oír estas palabras: “¡No, no. A’isha! No tienes ni idea de cuán buena fue Jadiyya conmigo”. (*Bujari*)

ELEVADAS CUALIDADES MORALES

Siempre fue muy paciente ante la adversidad. Nunca admitió la derrota en circunstancias difíciles, ni se dejó llevar por deseos personales. Ya hemos dicho que su padre había fallecido antes de su nacimiento, y su madre murió cuando era aún pequeño. Hasta la edad de ocho años estuvo bajo la tutela de su abuelo, y tras el fallecimiento de éste, fue educado por su tío Abu Talib. Motivado tanto por el cariño natural como por el deseo de

respetar la voluntad de su padre, Abu Talib^{ra}, siempre se ocupó de su sobrino con cuidado e indulgencia. Su esposa, sin embargo, no se sentía tan afectada por estas consideraciones. Sucedió muchas veces que repartía cosas entre sus propios hijos, omitiendo a su pequeño primo. Si Abu Talib^{ra} llegaba por casualidad a casa en ese momento, solía encontrar a su pequeño sobrino sentado aparte, con un perfecto aspecto y sin mostrar en el rostro el menor rencor o tristeza. El tío, llevado por el cariño y consciente de su responsabilidad, corría hacia el niño y abrazándole, exclamaba: “¡Presta atención a mi hijo también! ¡Préstale también atención!” Tales incidentes se producían con cierta frecuencia, y quienes los presenciaron testifican unánimemente que el joven Muhammad^{sa} nunca se mostró envidioso respecto a sus primos. Más tarde, estando en posición de hacerlo, se encargó de cuidar y educar a dos de los hijos de su tío, Ali y Jas’far, y cumplió con sus responsabilidades de forma excelente.

En el transcurso de su vida, el Santo Profeta^{sa} se vio obligado a afrontar una sucesión de experiencias amargas. Nació huérfano, su madre murió cuando era todavía muy joven y perdió a su abuelo cuando contaba tan sólo ocho años. Ya casado, debió sufrir la pérdida

de varios hijos, uno tras otro, y después murió su amada y devota esposa Jadiyya^{ra}. Algunas esposas con las que se casó tras la muerte de Hazrat Jadiyya^{ra} fallecieron mientras él todavía vivía, y hacia el fin de su vida perdió a su hijo Ibrahim. Soportó con serenidad todas estas pérdidas y calamidades, y ninguna de ellas afectó en lo más mínimo su alto grado de resolución ni su temperamento alegre. Nunca expresaba en público sus penas personales, y recibía a todos con gran cortesía, tratando a cada uno con la misma benevolencia. En una ocasión, vio a una mujer que había perdido a un hijo. La mujer lloraba desconsoladamente sobre su tumba. Él le pidió que fuera paciente y que aceptara la voluntad de Dios por encima de todo. La mujer no sabía que era el Santo Profeta^{sa} quien le estaba hablando, y contestó: “Si tú hubieras perdido un hijo, como yo, sabrías lo difícil que es tener paciencia ante esta desgracia”. El Santo Profeta^{sa} le dijo: “Yo he perdido, no a un hijo, sino a siete”, y siguió su camino. Excepto cuando se refería de forma indirecta a sus pérdidas o desgracias, nunca quería hablar de ellas, ni permitió que interfirieran de ningún modo en su servicio constante a la humanidad, y su deseo de compartir serenamente los problemas de los demás.

SU TEMPLANZA

El Santo Profeta^{sa} siempre ejercía un dominio total sobre sí mismo. Cuando se convirtió en soberano, seguía escuchando pacientemente a todos, y si alguien se comportaba de forma insolente, no cambiaba su actitud paciente, y nunca intentaba tomar represalias. En Oriente, una manera de mostrar respeto a la hora de dirigirse a una persona es no llamarle por su nombre personal. Los musulmanes se dirigían al Santo Profeta^{sa} como “Mensajero de Al’lah” y los no musulmanes le llamaban Abu’l Qasim (es decir, “padre de Qasim” siendo Qasim el nombre de uno de sus hijos). En una ocasión, un judío se le acercó en Medina y empezó a discutir con él. Durante la discusión, el judío lo llamó varias veces “Muhammad^{sa}”. El Santo Profeta^{sa} no hizo caso a esta forma de dirigirse a él y siguió con su exposición del asunto en cuestión. Sus Compañeros, sin embargo, se irritaron por esta falta de cortesía por parte de su interlocutor, hasta el punto de que uno de ellos, incapaz de contenerse, pidió al judío que no se dirigiera al Profeta^{sa} por su nombre personal, sino que utilizara la forma “Abu’l Qasim”. El judío respondió que pensaba seguir dirigiéndose a él utilizando sólo el nombre que sus padres le habían dado. El Santo Profeta^{sa} sonrió, y dijo a sus Compañeros: “Tiene razón.

Me dieron el nombre de Muhammad^{sa} cuando nací y no tengo motivo para enfadarme si este hombre se me dirige con este apelativo”.

A veces la gente le detenía en el camino para entablar conversación con él, explicándole sus necesidades y dirigiéndole sus peticiones. Siempre les escuchaba con paciencia, dejando que terminaran antes de proseguir su camino. A veces al estrecharle la mano, la gente le cogía la mano durante mucho tiempo, y aunque le resultaba molesto, y le ocasionaba la pérdida de su valioso tiempo, el Santo Profeta^{sa} nunca era el primero en retirar la mano. La gente iba libremente a él para exponerle sus dificultades y sus problemas. A veces se veía acosado por peticiones expuestas con una insistencia poco razonable, pero el Santo Profeta^{sa} seguía satisfaciendo estas peticiones dentro de su capacidad. En una ocasión, el Santo Profeta^{sa} tras acceder a una determinada petición, aconsejó al demandante: “Es mejor que el hombre confíe en Dios y evite pedir a otros”. La persona en cuestión era un hombre sincero. Para no herir los sentimientos del Santo Profeta^{sa}, no ofreció devolver lo que había pedido, pero declaró que en el futuro no pediría nada a nadie, bajo ninguna circunstancia. Unos años más tarde, este hombre participaba en una batalla, montado

a caballo, y en plena batalla, cuando el ruido, la confusión y el choque de armas habían llegado a su apogeo, y se encontraba rodeado de enemigos, se le cayó el látigo de la mano. Un soldado musulmán que combatía de pie apreció su dificultad y se agachó para recoger el látigo. Pero el hombre le pidió que no lo hiciera, y apeándose de su caballo recogió él mismo el látigo. Explicó al soldado que hacía muchos años que le había prometido al Santo Profeta^{sa} que nunca pediría nada a nadie, y que si le permitía recoger el látigo, equivaldría a una petición indirecta, en cuyo caso sería culpable de haber incumplido la promesa al Santo Profeta^{sa}.

JUSTICIA Y EQUIDAD

Los árabes, tendían al favoritismo y aplicaban criterios distintos dependiendo de las personas en cuestión. Incluso entre las llamadas naciones civilizadas de hoy existe cierta reticencia a la hora de obligar a personas importantes, o que ocupan altos cargos, a justificar sus acciones, aunque la ley se aplica rigurosamente al pueblo común. El Santo Profeta^{sa}, sin embargo, era único a la hora de imponer normas uniformes de justicia y equidad. En una ocasión, se le presentó un caso en el que una joven de una

familia muy respetada había sido acusada de hurto. Hubo gran consternación, porque si se imponía a la joven el castigo habitual, una familia importante sufriría la humillación y la desgracia. Muchos querían interceder ante el Santo Profeta^{sa} a favor de la joven, pero tenían miedo de hacerlo. Al final persuadieron a Hazrat Usama^{ra} para que se encargara de este cometido. Hazrat Usama^{ra} fue a ver al Santo Profeta^{sa}, pero en el mismo instante en que éste comprendió el motivo de la visita, se mostró muy contrariado y dijo: “Será mejor que lo dejes. Muchas naciones han acabado mal por favorecer a los importantes y al mismo tiempo ejercer presión sobre el pueblo. El Islam no permite tal conducta y yo no tengo la menor intención de hacerlo. En verdad, si mi propia hija, Fátima, cometiera un delito, no duraría en imponerle el castigo prescrito”. (*Bujari, Kitab al-Hudud*).

Ya hemos visto como, cuando el tío del Santo Profeta^{sa}, Abbas, fue hecho prisionero durante la Batalla de Badr, fue maniatado como los demás prisioneros para impedir que escapara. La cuerda que le ataba le apretaba tanto que el dolor le hizo gemir durante la noche. El Santo Profeta^{sa} oía sus gemidos y no podía dormir, por lo que sus Compañeros aflojaron las cuerdas que ataban a Abbas^{ra}.

Cuando el Santo Profeta^{sa} supo lo que habían hecho, mandó tratar uniformemente a todos los prisioneros, diciendo que no había justificación para favorecer a un familiar suyo. Insistió en que o bien aflojaran las ataduras de todos los prisioneros, o bien volvieran a apretar las de Abbas. Ya que los Compañeros no querían que el Santo Profeta^{sa} estuviera molesto por causa de su tío, se encargaron de vigilar cuidadosamente a los prisioneros y aflojaron las cuerdas a todos. (*Zurqani*, Vol. 3. Pág. 279).

Incluso durante las exigencias de la guerra, se esforzaba al máximo por observar todas las normas y convenciones aceptadas. Una vez mandó a un grupo de Compañeros a una misión de reconocimiento del terreno. Se encontraron con unos soldados del ejército enemigo, el último día del sagrado mes de Rayab. Pensando que sería peligroso dejarles escapar, ya que podrían advertir a La Meca de la presencia de un grupo explorador en su vecindad, les atacaron y en el transcurso del combate mataron a uno de ellos. Cuando el grupo volvió a Medina, los mequies protestaron porque los exploradores musulmanes habían matado a uno de sus hombres durante el mes sagrado. Ellos, los mequies, no dudaban en violar la santidad de los meses sagrados contra

los musulmanes siempre que les convenía, y el Santo Profeta^{sa} podría haberles contestado que, ya que ellos solían violar la convención respecto a los meses sagrados, no tenían justificación para exigir que los musulmanes la observasen. Pero el Santo Profeta^{sa} no les dio esta respuesta. Reprendió severamente a los miembros del grupo, se negó a aceptar el botín, y según algunas versiones, pagó el precio de la sangre (indemnización) por el hombre asesinado, hasta que la revelación del Sura 2:218 dilucidó el asunto (*Tabari y Halbiyya*).

La gente suele esforzarse por no herir los sentimientos de sus amigos y familiares, pero el Santo Profeta^{sa} respetaba igualmente los de todos, incluso los de sus adversarios. En una ocasión vino un judío a quejarse de que Hazrat Abu Bakr^{ra} le había ofendido al decir que Dios había exaltado a Muhammad^{sa} por encima de Moisés^{as}. El Santo Profeta^{sa} llamó a Hazrat Abu Bakr^{ra}, y le preguntó qué había ocurrido. Hazrat Abu Bakr^{ra} explicó que el judío había empezado la discusión diciendo que juraba por Moisés^{as}, a quien Dios había exaltado por encima de toda la humanidad, a lo cual él (Abu Bakr^{ra}) había contestado que juraba por Muhammad^{sa}, a quien Dios había exaltado por encima de Moisés^{as}. El Santo Profeta^{sa}

dijo: “No deberías haberlo dicho, porque hay que respetar los sentimientos de los demás. Nadie debe exaltarme por encima de Moisés^{AS}” (*Bujari, Kitab al-Tauhid*). Esto no significaba que el Santo Profeta^{SA} no ocupara de hecho una posición superior a la de Moisés^{AS}, sino que una afirmación de este tipo dirigida a un judío podría ofenderle y por lo tanto, debía evitarse.

SU CONSIDERACIÓN POR LOS POBRES

El Santo Profeta^{SA} siempre se esforzaba por mejorar las condiciones de los sectores más pobres de la comunidad y por elevar sus estatus dentro de la sociedad. En una ocasión, mientras estaba sentado con sus Compañeros, pasó delante de ellos un hombre rico. El Santo Profeta^{SA} pidió a uno de los Compañeros que diera su opinión respecto ese hombre. “Es rico, y está bien relacionado”, respondió el Compañero, “y si pidiera la mano de cualquier chica, su petición sería considerada favorablemente, y si intercediera a favor de alguien, su intercesión sería aceptada”. Poco tiempo después, pasó delante de ellos otro hombre, que parecía pobre y de apariencia humilde. El Santo Profeta^{SA} preguntó al mismo Compañero su opinión. El Compañero respondió: “¡Mensajero de

Al'lah! ¡Es un hombre pobre! Si pidiera la mano de cualquier chica, la petición no recibiría una consideración favorable, y si intercediera a favor de alguien, la intercesión sería desestimada, y si intentara entablar conversación con alguien, nadie le prestaría atención". Al oír esto, el Santo Profeta^{sa} comentó: "Este hombre vale más que todo el oro necesario para llenar el universo". (*Bujari, Kitab al-Riqaq*).

Una musulmana pobre limpiaba la mezquita del Santo Profeta^{sa} en Medina. Durante varios días, el Santo Profeta^{sa} no la vio en la mezquita y preguntó por ella. Le dijeron que había muerto. El Santo Profeta^{sa} preguntó: "¿Por qué no me informaron de ello? Me hubiera gustado unirme a las oraciones funerarias". Y añadió: "Tal vez no os era digna de consideración por ser pobre. Eso no está bien. Llevadme ante su tumba". Entonces se dirigió a su tumba y rezó por ella. (*Bujari, Kitab al-Salat*). Decía que existían personas de pelo rizado y cuerpo polvoriento que no eran bien recibidas por los ricos, pero que Dios les amaba tanto que si, confiando en la beneficencia de Dios, juraban en su nombre que cierto asunto concluiría de una determinada forma, Él les daría su apoyo (*Muslim, Kitab al-Birr Wa'l Sila*). En cierta ocasión se hallaban sentados juntos

algunos Compañeros del Santo Profeta^{sa}, que eran esclavos libertos, cuando pasó delante de ellos Abu Sufyan^{ra} (un jefe quraishí que había luchado contra los musulmanes hasta la rendición de La Meca, y que sólo tras dicho acontecimiento aceptó el Islam). Estos Compañeros, dirigiéndose a él, le recordaron la victoria que Dios había concedido al Islam. Hazrat Abu Bakr^{ra} oyó este comentario, y no le agradó que recordaran al jefe quraishí su humillación. Reprendió al grupo de Compañeros y después acudió al Santo Profeta^{sa} para contarle el incidente. El Santo Profeta^{sa} dijo: “Abu Bakr^{ra}, me temo que has ofendido a estos siervos de Dios. Si es así, habrás ofendido a Dios”. Hazrat Abu Bakr^{ra} volvió enseguida con los Compañeros y les preguntó: “Hermanos míos ¿os he ofendido con mi reprimenda?”. Ellos contestaron: “No nos sentimos ofendidos por tus palabras. ¡Que Dios te perdone!” (*Muslim, Kitab al-Fada'il*).

Sin embargo, aunque insistía en que se respetara a los pobres y que no se hirieran sus sentimientos, y aunque se esforzaba por satisfacer sus necesidades, también intentaba inculcarles el amor propio y autoestima, enseñándoles a no pedir favores. Decía que al pobre le incumbía no contentarse con un dátil o dos, o con un bocado de comida, pero

que le convenía no pedir nada, por dura que fuera la prueba (*Bujari, Kitab al-Kusuf*). Por otra parte, dijo también que ninguna fiesta sería bendecida si no se invitaba a algunos pobres a la misma. Hazrat A'isha^{ra} nos cuenta que en una ocasión vino a visitarle una mujer pobre, acompañada de sus dos hijas pequeñas. Hazrat A'isha^{ra} no tenía nada que dar en aquel momento, salvo un dátil que dio a la mujer. La mujer lo dividió entre sus dos hijas y todas se marcharon. Cuando el Santo Profeta^{sa} llegó a casa, Hazrat A'isha^{ra} le relató lo ocurrido y él contestó: “Si un pobre tiene hijas y las trata con consideración, Dios le salvará de los tormentos del Infierno”. Añadió: “Dios le concederá el Paraíso a esta mujer por la consideración que muestra a sus hijas” (*Muslim*). En otra ocasión, le dijeron que uno de los Compañeros, Sa'd^{ra}, un hombre próspero, se jactaba ante los demás de su gran negocio. Al oír esto, el Santo Profeta^{sa} dijo: “Que nadie imagine que su riqueza, su estatus o su poder son sólo el resultado de sus propios esfuerzos o iniciativa. Vuestro poder, vuestra riqueza y vuestra posición social la ganáis a través de los pobres”. Una de sus oraciones era: “Dios mío, manténme humilde mientras viva, y manténme humilde cuando muera y que mi resurrección en el Día del Juicio sea con los humildes (*Tirmidhi, Abwab al-Zuhd*).

Un día de gran calor, mientras pasaba por la calle, observó a un musulmán muy pobre que llevaba cargas pesadas de un sitio a otro. Era un hombre de facciones rudas, empeoradas por una densa capa de sudor y polvo. Tenía una expresión triste. El Santo Profeta^{sa} se acercó a él disimuladamente por detrás, y al igual que hacen los niños cuando juegan, cubrió con sus manos los ojos del hombre, esperando que adivinara quién era. El hombre extendió las manos hacia atrás y palpando el cuerpo del Santo Profeta^{sa} se dio cuenta que era él en persona. Probablemente pensó que ninguna otra persona podría haber mostrado tanto cariño por un hombre de su condición. Alegre y animado, se apretó contra el cuerpo del Santo Profeta^{sa}, frotando su cuerpo cubierto de polvo y sudor contra la ropa del Santo Profeta^{sa}, deseando quizás determinar hasta qué punto estaba dispuesto a soportarle. El Santo Profeta^{sa} siguió sonriendo, y no le pidió que dejara de hacerlo. Cuando el hombre se dio por contento, ya alegre y satisfecho, el Santo Profeta^{sa} le dijo: “Tengo un esclavo ¿Tú crees que alguien querrá comprármelo?”. El hombre sabía que seguramente nadie, salvo el Santo Profeta^{sa}, estaría dispuesto a conceder a su persona valor alguno, y suspirando respondió: “¡Mensajero de Al’lah!, nadie en este mundo estaría dispuesto a comprarme”.

El Santo Profeta^{sa} dijo: “No, no. No debes decir eso. Tú tienes un gran valor a los ojos de Dios” (*Sharh al-Sunna*).

No sólo se preocupaba personalmente del bienestar de los pobres, sino que exhortaba constantemente a los demás a hacer lo mismo. Hazrat Abu Musa Ash'ari^{ra} cuenta que si un pobre se acercaba al Santo Profeta^{sa} para pedirle algo, éste decía a los que estaban alrededor de él: “También debéis acceder vosotros a su demanda, para adquirir el mérito de haber compartido una buena obra.” (*Bujari y Muslim*). Con estas palabras quería, por una parte, crear en la mente de sus Compañeros el deseo de ayudar a los pobres, y por otra parte, crear en los necesitados la conciencia de que sus hermanos mejor situados les tenían cariño y compasión.

LA PROTECCIÓN DE LOS INTERESES DE LOS POBRES

Cuando el Islam empezó a conseguir una aceptación general en la mayor parte de Arabia, el Santo Profeta^{sa} recibía a menudo grandes cantidades de bienes y dinero, que distribuía inmediatamente entre los más necesitados. En una ocasión, su hija Fátima^{ra} vino a verle, y mostrándole sus manos callosas a fuerza de machacar el trigo con la piedra, le pidió

que se le asignara un esclavo para aliviar su trabajo. El Santo Profeta^{sa} respondió: “Te diré algo que vale mucho más que un esclavo. Por la noche, cuando te vayas a acostar, debes alabar a Dios treinta y tres veces, afirmar su perfección también treinta y tres veces, y afirmar su grandeza treinta y cuatro veces. Esto te ayudará mucho más que la posesión de un esclavo.” (*Bujari*).

En otra ocasión, cuando estaba distribuyendo el dinero, una moneda se le cayó de la mano y se perdió de vista. Tras terminar la distribución, el Santo Profeta^{sa} fue a la mezquita para dirigir las oraciones. Tenía la costumbre de quedarse sentado un breve período de tiempo después de concluir las oraciones, ocupado en recordar a Dios; entonces permitía que la gente se acercara a él para hacerle preguntas o peticiones. En esta ocasión, concluidas las oraciones, se levantó y se dirigió rápidamente a su casa. Buscó la moneda perdida y tras recuperarla volvió a la mezquita y dio la moneda a una persona necesitada, explicando que la moneda se le había caído de la mano mientras distribuía el dinero y que lo había olvidado; pero se acordó del incidente mientras dirigía las oraciones, y le perturbaba la idea de que pudiera morir antes de recuperar la moneda y

dársela a alguien que la necesitara, pues sería considerado responsable ante Dios: por eso había salido tan bruscamente de la mezquita para buscarla (*Bujari, Kitab al-Kusuf*).

En su preocupación por proteger los intereses de los pobres y los necesitados, llegó incluso a establecer que no se diera nada por caridad a sus descendientes, temiendo que los musulmanes, por devoción y amor a él, llegaran con el paso del tiempo, a hacer de sus descendientes el objeto principal de su caridad, privando así a los pobres y necesitados de la parte que les correspondía. En una ocasión, alguien le presentó una cierta cantidad de dátiles ofreciéndolos en caridad. Su nieto Imam Hasan^{ra}, que en aquel entonces tenía dos años y medio, se encontraba por casualidad con el Santo Profeta^{sa}, cogió uno de los dátiles y se lo metió en la boca. El Santo Profeta^{sa} en seguida puso el dedo en la boca del niño y retiró el dátil, diciendo: “No tenemos derecho. Pertenece a los pobres de entre las criaturas de Dios.” (*Bujari, Kitab al-Kusuf*).

EL TRATO A LOS ESCLAVOS

Exhortaba constantemente a quienes poseían esclavos a tratarlos bien. Había establecido que si el amo de un esclavo le golpeaba o abusaba de él, la única forma de

enmendarlo era liberar al esclavo (*Muslim, Kitab al-Imam*). Fomentó siempre la liberación de los esclavos y había previsto varios métodos para hacerlo. Dijo: “Si una persona que posee un esclavo, lo libera, Dios, como recompensa, salvará de los tormentos del Infierno a cada parte de su cuerpo, en correspondencia a cada parte del cuerpo del esclavo”.

Además enseñó que sólo se debía exigir de un esclavo el trabajo que pudiera hacer sin dificultad, y que al pedir a un esclavo que hiciera un determinado trabajo, el amo debía ayudarle en dicha tarea para que el esclavo no se sintiera humillado o degradado (*Muslim*). Si un amo salía de viaje acompañado de un esclavo, su deber era compartir la cabalgadura con éste, montando, o bien juntos, o bien por turnos. Hazrat Abu Huraira^{ra}, después de hacerse musulmán, pasaba todo su tiempo en compañía del Santo Profeta^{sa}, y oía constantemente sus órdenes respecto al trato de los esclavos. Relata Abu Huraira^{ra}: “Juro por Dios, en cuyas manos está mi vida, que si no fuera por las oportunidades que tengo de participar en la guerra santa, y si no fuera por la oportunidad que tengo de servir a mi vieja madre, me gustaría morir como esclavo, porque el Santo Profeta^{sa} insistía constantemente en que los esclavos fueran

tratados con bondad y justicia” (*Muslim*). Hazrat Ma’rur bin Suwaid^{ra} relata: “Vi a Abu Dhar Ghaffari^{ra} (un Compañero del Profeta^{sa}) vestido con la misma ropa que llevaba su esclavo. Le pregunté la razón, y me dijo que “durante la vida del Santo Profeta^{sa} me burlé en una ocasión de un hombre porque su madre había sido esclava. El Santo Profeta^{sa} me reprendió, diciendo: “Parece que todavía tienes ideas anti-islámicas. ¿Quiénes son los esclavos? Son tus hermanos y la fuente de tu poder. Dios con Su sabiduría te concede una autoridad temporal sobre ellos. El que detenta tal autoridad sobre su hermano debe darle de comer de los mismos alimentos que come, y debe vestirle con la misma ropa que viste, y no debe imponerle ninguna tarea por encima de su capacidad, y debe ayudarlo a realizar lo que le pide hacer”. En otra ocasión, el Santo Profeta^{sa} dijo: “Si vuestro siervo os prepara comida, y os la sirve, debéis invitarle a sentarse con vosotros a comer, o por lo menos a comer una parte de la comida en vuestra compañía; tiene derecho a hacerlo porque es el fruto de su trabajo” (*Muslim*).

EL TRATO A LAS MUJERES

El Santo Profeta^{sa} se esforzó por mejorar la condición de la mujer en la sociedad y

asegurarle un tratamiento equitativo y una posición digna y justa. El Islam fue la primera religión en conceder a las mujeres el derecho a la herencia. El Corán hace que las hijas, junto con los hijos, sean herederas de los bienes dejados por los padres. Del mismo modo, una madre hereda de su hijo o su hija, y una esposa hereda de su marido. Cuando un hombre hereda los bienes de su difunto hermano, la hermana también es heredera de dichos bienes. Ninguna religión anterior al Islam había establecido con tanta claridad y firmeza el derecho a la herencia de la mujer y su derecho a poseer bienes. En el Islam, una mujer es dueña absoluta de sus propios bienes, y su marido no puede, en virtud de su matrimonio, obtener el control de dichos bienes. Una mujer posee plena libertad para hacer con su propiedad lo que le plazca.

El Santo Profeta^{SA} prestaba tanta atención al buen trato hacia las mujeres que los que le rodeaban y que no estaban acostumbrados a considerar a las mujeres como socias o consejeras, encontraban difícil adaptarse a las normas que el Santo Profeta^{SA} quería establecer y hacer observar. Hazrat Umar^{RA} relata: “A veces mi esposa intentaba intervenir en mis asuntos para darme consejos, y yo le reprochaba diciendo que los árabes

nunca habían permitido que las mujeres se inmiscuyeran en sus asuntos”. Ella contestaba: “Todo eso se acabó. El Santo Profeta^{sa} permite que sus esposas le aconsejen respecto a sus asuntos, y no se lo impide. ¿Por qué no sigues su ejemplo?” Yo le solía contestar: “En cuanto a A’isha^{ra}, el Profeta^{as} le tiene un cariño especial, pero en cuanto a tu hija (Hafsa^{ra}), si lo hiciera, sufrirá un día las consecuencias de su insolencia”. Posteriormente, en una ocasión, sucedió que el Santo Profeta^{sa}, preocupado por algún asunto, decidió pasar un cierto tiempo separado de sus esposas. “Cuando supe esto, dije a mi mujer que había ocurrido lo que yo temía. Entonces fui a casa de mi hija Hafsa^{ra}, y la encontré llorando. Le pregunté qué le pasaba, y si el Santo Profeta^{sa} se había divorciado de ella. Ella contestó: “No sé si se trata de un divorcio, pero el Santo Profeta^{sa} ha decidido pasar una temporada separado de nosotras”. Yo le pregunté: “¿No te dije que no tomaras con él las libertades que se toma A’isha^{ra}?” El Santo Profeta^{sa} ama sobre todo a A’isha^{ra}, pero parece que tú has atraído hacia ti la desgracia que yo temía”. Entonces fui a casa del Santo Profeta^{sa}, y le encontré tendido sobre una estera dura. No llevaba camisa, y su cuerpo llevaba marcadas las huellas de la estera. Me senté a su lado y le dije: “Mensajero de Al’lah, el Emperador y el

Cosroes no merecen ningún favor de Dios y sin embargo, viven una vida de lujo, pero usted, Su Mensajero, pasa los días con esta falta de comodidad. El Santo Profeta^{SA} respondió: “No es verdad. No se espera que los Mensajeros de Al’lah vivan una vida de lujo. Este tipo de vida les corresponde sólo a los monarcas seculares”. Entonces conté al Santo Profeta^{SA} todo lo que había sucedido entre mi esposa, mi hija y yo. El Santo Profeta^{SA} se rió de mis palabras y me dijo: “No es cierto que haya divorciado a mis esposas. Simplemente creía conveniente pasar cierto tiempo separado de ellas”. (*Bujari, Kitab al-Nikah*).

Tanto se preocupaba por los sentimientos de las mujeres que en una ocasión, mientras dirigía las oraciones, oyó el llanto de un niño y concluyó rápidamente el servicio, explicando después que al oír llorar al niño supuso que la madre estaría preocupada, por lo que concluyó la oración con prisa para que la madre pudiera atender al niño.

Cuando en alguno de sus viajes se encontraban mujeres en el grupo, siempre ordenaba que la caravana avanzara lentamente y en etapas fáciles. En una ocasión en que los hombres querían avanzar más rápidamente, el Santo Profetas^A les dijo: “¡Cuidado con el cristal! ¡Cuidado con el cristal!” queriendo

decir que había mujeres entre ellos, y que si los caballos y los camellos eran llevados al galope, ellas sufrirían por los movimientos bruscos de los animales (*Bujari, Kitab al-Adab*). Durante una batalla, surgió una cierta confusión entre las filas de soldados montados, y los animales se volvieron difíciles de dominar. El Santo Profeta^{sa} se cayó de su caballo, y también se cayeron de sus animales algunas mujeres. Uno de los Compañeros, que venía inmediatamente detrás montado a camello, se apeó de un salto y se precipitó hacia el Santo Profeta^{sa}, gritando: “Que sea yo tu sacrificio, Mensajero de Al’lah”. El pie del Santo Profeta^{sa} estaba todavía en el estribo. Lo liberó rápidamente y dijo al Compañero: “No te preocupes por mí. Ve a ayudar a las mujeres”. Poco antes de fallecer, una de las instrucciones que dio a los musulmanes, y sobre la cual insistió continuamente, era que siempre debían tratar a las mujeres con gentileza y consideración. Decía muchas veces que si un hombre tenía hijas y les daba buena instrucción y una buena educación, Dios le salvaría de los tormentos del Infierno (*Tirmidhi*).

Existía entre los árabes la costumbre extendida de infligir a las mujeres un castigo corporal por cada pequeña falta que cometían.

El Santo Profeta^{sa} enseñaba que las mujeres eran, como los hombres, criaturas de Dios; que no eran esclavas de los hombres, y por tanto, no debían ser castigadas de esta manera. Cuando las mujeres fueron conocedoras de estas palabras, muchas se fueron al otro extremo, comenzando a oponerse por sistema a los hombres en todos los asuntos, con el resultado de que, en muchos casos, la armonía conyugal se veía constantemente alterada. Hazrat Umar^{ra} se quejó de esto al Santo Profeta^{sa}, diciendo que si no se castigaba de vez en cuando a las mujeres, se volverían rebeldes y sería imposible controlarlas. Como todavía no se habían revelado enseñanzas detalladas respecto al trato hacia la mujer, el Santo Profeta^{sa} dijo que si una mujer era culpable de una transgresión grave, se le podría castigar. Esto, a su vez, dio lugar a que muchos hombres revirtieran a la antigua costumbre árabe. Entonces eran las mujeres las que se quejaban, y exponían sus quejas a las esposas del Santo Profeta^{sa}, quien, a su vez, reprochó a los hombres, diciéndoles que quienes maltratasen a las mujeres nunca merecerían el favor de Dios. A partir de entonces, se establecieron los derechos de la mujer, y por primera vez, se empezó a tratar a las mujeres como individuos libres y de pleno derecho. (*Abu Dawud, Kitab al-Nikah*).

Hazrat Mu'awiya al-Qushairi^{ra} cuenta: “Pregunté al Santo Profeta^{sa} qué derechos tenía mi mujer, y él me contestó: dale de comer de la comida que Dios te dé y que se vista con la ropa que Dios te conceda. No la castigues, ni la insultes, ni la expulses de tu casa”. Se preocupaba tanto de los sentimientos de las mujeres que siempre exhortaba a quienes tenían que ir de viaje a que terminaran pronto sus asuntos, y volvieran cuanto antes a sus casas, para que sus esposas y sus hijos sufrieran lo menos posible la separación. Él siempre volvía de sus viajes de día. Si veía que anocheecía cuando se aproximaba el fin del viaje, pasaba la noche en los alrededores de Medina, para entrar en la ciudad la mañana siguiente. También dijo a sus Compañeros que cuando volvieran de viaje no debían llegar inesperadamente a sus casas, sin haber anunciado su vuelta (*Bujari y Muslim*).

SU ACTITUD HACIA LOS DIFUNTOS

El Santo Profeta^{sa} ordenó que cada uno hiciera testamento respecto a la gestión de sus asuntos tras su muerte, para que los familiares del difunto sufrieran el mínimo de incomodidad.

Enseñó que nadie debía hablar mal de un difunto. Se debían resaltar las cualidades

buenas que tenía, pues no beneficiaba a nadie mencionar los vicios o debilidades del difunto; y, por el contrario, al resaltar sus virtudes, la gente estaría más dispuesta a rezar por él (*Bujari*). Insistía en que las deudas del difunto se pagaran antes del entierro. Muchas veces él mismo pagaba las deudas de los que fallecían, pero si no podía hacerlo, exhortaba a los herederos y familiares, o a otras personas, a que saldaran dichas deudas. Se negaba a oficiar las oraciones funerarias por un difunto hasta que se hubieran pagado sus deudas.

EL TRATO A LOS VECINOS

Siempre trataba a sus vecinos con gran consideración y gentileza. Decía que el ángel Gabriel había insistido tanto en la consideración debida a los vecinos que a veces se preguntaba si no se debía incluir a los vecinos entre los herederos legales.

Hazrat Abu Dharr^{ra} relata que el Santo Profeta^{sa} dijo: “Abu Dharr, cuando prepares caldo en tu casa, echa un poco más de agua para que lo puedas compartir con tu vecino.”

Esto no significaba que no había que invitar al vecino a compartir otras cosas, sino que, como los árabes eran un pueblo nómada y su plato preferido era el caldo, el Santo Profeta^{sa}

se refería a este plato como ejemplo, para enseñar que no se debe pensar tanto en el sabor de la comida como en la obligación de compartirla con el vecino.

Hazrat Abu Huraira^{ra} relata: “En una ocasión, el Santo Profeta^{sa} exclamó: ¡Juro por Dios que no es creyente! ¡Juro por Dios que no es creyente! ¡Juro por Dios que no es creyente!” Los Compañeros le preguntaron: “¿Quién no es creyente, Mensajero de Al’lah?” Él contestó: “Aquél cuyo vecino no está a salvo de sus ataques y su maltrato”.

En una ocasión, hablando con unas mujeres, dijo: “Aunque no encontréis más que un pie de cabra para cocinar, debéis compartirlo con el vecino”. Pidió a la gente que no protestara si los vecinos clavaban clavos en las paredes, o las utilizaban para cualquier otro propósito, con tal de que no ocasionaran daño a nadie”. Hazrat Abu Huraira^{ra} también dice: “El Santo Profeta^{sa} decía: quien crea en Dios y en el Día del Juicio, no debe ocasionar ningún daño a su vecino; quien crea en Dios y en el Día del Juicio no debe hacer ningún daño a su invitado, y quien crea en Dios y en el Día del Juicio debe optar por pronunciar sólo palabras virtuosas, o por permanecer callado”. (*Muslim*).

EL TRATO A LOS PARIENTES

La mayoría de la gente, al casarse y establecer su propia casa, tiende a descuidar a sus padres. El Santo Profeta^{sa}, por tanto, hizo gran hincapié en el mérito de servir a los padres, y tratarlos con bondad y consideración. Hazrat Abu Huraira^{ra} relata: “Un hombre vino al Santo Profeta^{sa} y le preguntó quién era merecedor del mejor trato por su parte. El Santo Profeta^{sa} contestó: tu madre. El hombre preguntó de nuevo: ¿Y después de ella? El Santo Profeta^{sa} repitió: tu madre. El hombre volvió a preguntar: ¿Y después de mi madre? El Santo Profeta^{sa} contestó de nuevo: tu madre, otra vez. Al preguntar por cuarta vez, el hombre recibió la siguiente respuesta: Después de ella, tu padre, y tras él los parientes más próximos y después los más lejanos”. Los padres y los abuelos del Santo Profeta^{sa} habían fallecido cuando él era aún un niño. Todavía vivían, sin embargo, los padres de algunas de sus esposas, y siempre los trataba con la mayor consideración y respeto. Con ocasión de la rendición de La Meca, cuando el Santo Profeta^{sa} entró en la ciudad como un general victorioso, Hazrat Abu Bakr^{ra} trajo a su padre para presentárselo. El Santo Profeta^{sa} le dijo: “¿Por qué has molestado a tu padre haciendo que viniera a mí? Yo habría ido hasta él con

mucho gusto”. (*Halbiyya*, Vol. 3, pág. 99). El Santo Profeta^{sa} decía: “Desgraciado aquel cuyos padres viven hasta una edad avanzada y aun así no gana el Paraíso”. Con esto quería decir que el servicio a los padres, sobre todo si son de edad avanzada, atrae hacia uno mismo la gracia y el favor de Dios.

Un hombre se quejó en una ocasión al Santo Profeta^{sa} de que cuanto más bondad mostraba hacia sus familiares, más hostiles se volvían contra él; cuanto más les trataba con bondad, más le perseguían, y cuanto más cariño les mostraba, más le rechazaban. El Santo Profeta^{sa} le dijo: “Si cuanto dices es cierto, eres muy afortunado, porque siempre recibirás la ayuda de Dios” (*Muslim, Kitab al-Birr wa’l Sila*). En otra ocasión, mientras el Santo Profeta^{sa} inducía a la gente a dar limosnas y hacer caridad, uno de sus Compañeros, Hazrat Abu Talha Ansari^{ra}, le ofreció un huerto. El Santo Profeta^{sa} se mostró muy contento y exclamó: “¡Qué caridad más excelente! ¡Qué caridad más excelente! ¡Qué caridad más excelente!” y añadió: “Tras haber dedicado este huerto al servicio de los pobres, quiero ahora que lo repartas entre tus parientes pobres” (*Bujari, Kitab al-Tafsir*). En otra ocasión, un hombre dijo: “Mensajero de Al’lah, estoy dispuesto a comprometerme a

realizar el *Hillrat* (la peregrinación) y también a participar en la guerra santa, pues quiero ganar el agrado de Dios”. El Santo Profeta^{SA} le preguntó si vivía alguno de sus padres, y el hombre contestó que vivían los dos. Entonces, el Santo Profeta^{SA} le dijo: “¿De verdad quieres ganar el agrado de Dios?” y cuando el hombre contestó afirmativamente el Santo Profeta^{SA} le aconsejó: “vuelve para servirles, y sírveles bien”. Subrayaba que los parientes no musulmanes tenían el mismo derecho al tratamiento bondadoso que los parientes musulmanes. Una de las esposas de Hazrat Abu Bakr^{RA}, que no era musulmana, visitó a su hija Asma^{RA}, y ésta preguntó al Santo Profeta^{SA} si era permisible servirle y darle regalos. El Santo Profeta^{SA} respondió: “Por supuesto que sí. Es tu madre” (*Bujari, Kitab al-Adab*).

Trataba con gran consideración no sólo a sus parientes próximos sino también a los más lejanos, y a cualquier persona relacionada con ellos. Al sacrificar un animal, siempre mandaba parte de la carne a las amigas de Hazrat Jadiyah^{RA} (su difunta esposa), y pedía a sus esposas que no les olvidaran en estas ocasiones. Muchos años después del fallecimiento de Hazrat Jadiyah^{RA}, cuando el Santo Profeta^{SA} estaba sentado con algunos Compañeros, la hermana de Jadiyah^{RA}, Halah^{RA},

vino a su casa y pidió permiso para entrar. Su voz sonaba, al oído del Santo Profeta^{sa}, muy parecida a la de Jadiyya^{ra}, y al oírlo dijo: “Oh Señor, ésta es Halah, la hermana de Jadiyya”. Efectivamente, el verdadero amor siempre se manifiesta por sí mismo, de forma que uno empieza a querer y tratar con gran consideración a todos los que están relacionados con la persona amada.

Hazrat Anas bin Malik^{ra} relata que durante un viaje se encontraba en compañía de Yarir bin Abdul’lah^{ra}, y vio que éste se ocupaba de él con la misma atención que un siervo se ocupa de su amo. Como Yarir bin Abdul’lah^{ra} era mayor que Anas^{ra}, éste se sentía incómodo y le pidió que no se molestara por él. Yarir^{ra}, contestó: “He observado con cuánta devoción los *Ansar* sirvieron al Santo Profeta^{sa}, y me impresionó tanto dicha devoción, que decidí que si alguna vez me encontrara en compañía de un *Ansar*, le serviría como un criado. Por tanto, sólo estoy cumpliendo mi promesa y no debes intentar disuadirme” (*Muslim*). Este incidente confirma que si una persona realmente quiere a otra, su cariño se extiende también a todos los que aman al objeto de su amor. Del mismo modo, quienes honran a sus padres siempre se muestran respetuosos y bondadosos con los que están relacionados

con ellos a través de lazos de parentesco o de afecto. En una ocasión, el Santo Profeta^{SA} subrayó como una virtud muy elevada el que un hombre honre a los amigos de su padre. Entre los oyentes se encontraba Hazrat Abdul'lah bin Umar^{RA}. Muchos años después, durante el peregrinaje, se encontró con un beduino, y le entregó su propia montura y su turbante. Uno de los Compañeros comentó que había sido demasiado generoso, ya que el beduino se hubiera contentado con mucho menos. Hazrat Abdul'lah bin Umar^{RA} contestó: “El padre de este hombre era amigo de mi padre, y he oído al Santo Profeta^{SA} decir que honrar a los amigos de tu padre constituye una de las virtudes más elevadas”.

LA BUENA COMPAÑÍA

Siempre prefería la compañía de hombres virtuosos, y si observaba alguna debilidad en alguno de sus Compañeros, se lo reprochaba en privado y con mucho tacto. Según Hazrat Abu Musa Ash'ari^{RA}, el Santo Profeta^{SA} ilustraba el beneficio que se deriva de los buenos amigos y los compañeros virtuosos, y el daño que suponen los amigos perversos y los compañeros viciosos, diciendo: El hombre que prefiere la compañía de hombres justos es como una persona que lleva consigo almizcle;

si lo vende, saca beneficio de la venta, y si lo guarda, disfruta de su perfume. Quien prefiere la compañía de hombres perversos es como uno que sopla en un horno de carbón; lo único que puede esperar es que una chispa caiga y prenda fuego a su ropa, o que el gas que emite el carbón le enloquezca”. Decía que el carácter de un hombre asume el color de la compañía que frecuenta, y que por tanto se debía intentar pasar el tiempo en compañía de los justos (*Bujari y Muslim*).

LA PROTECCIÓN DE LA FE

El Santo Profeta^{sa} se esforzaba por evitar posibles malentendidos. En una ocasión, su esposa Hazrat Safiyya^{ra} vino a verle a la mezquita. Cuando llegó la hora de volver, ya había anochecido y el Santo Profeta^{sa} decidió acompañarla a casa. De camino se encontró con dos hombres y ansioso de evitar cualquier conjetura por parte de ellos respecto a su compañera, les detuvo y levantó el velo que cubría el rostro de su esposa, diciendo: “Mirad, es Safiyya, mi esposa”. Ellos protestaron, diciendo: “Pero Mensajero de Al’lah ¿por qué has imaginado que tendríamos dudas respecto a ti?”. El Santo Profeta^{sa} respondió: “Satanás (es decir, los pensamientos perversos) corre a menudo en la sangre del hombre. Temía que

vuestra fe se viera afectada”. (*Bujari, Abwab al-Itikaf*).

EL PERDÓN DE LAS FALTAS AJENAS

Nunca hablaba en público de las faltas y las debilidades de los demás, y exhortaba a la gente a no proclamar sus propias faltas. Decía: “Si una persona oculta las faltas de otra, Dios ocultará sus faltas en el Día del Juicio”. También decía: “Cada uno de quienes me siguen pueden evitar las consecuencias de sus errores (es decir, a través del arrepentimiento y la reforma), salvo aquellos que insisten en proclamar sus faltas”. Como ejemplo decía: “Un hombre comete un pecado por la noche y Dios lo oculta; por la mañana se encuentra con sus amigos y presume ante ellos, diciendo: anoche hice esto, anoche hice aquello, y de esta forma revela lo que Dios había ocultado” (*Bujari y Muslim*).

Alguna gente se imagina, equivocadamente, que la confesión de un pecado conduce al arrepentimiento; cuando la realidad es que sólo sirve para reforzar la deshonestidad. El pecado es un mal, y el que peca pero siente vergüenza y remordimiento tiene la oportunidad de volver a situarse, a través del arrepentimiento, en el camino de la pureza y la rectitud. Su caso es como el de una persona que ha sido seducida

por el mal, pero es perseguido por la rectitud; cuando se le presenta la oportunidad es capaz de vencer al mal y la virtud reclama al pecador. Sin embargo, aquellos que proclaman sus pecados y se muestran orgullosos de ellos, pierden todo sentido del bien y del mal, y se vuelven incapaces de arrepentirse.

Un día, un hombre dijo al Santo Profeta^{sa}: “He cometido adulterio” (esto constituía un delito castigable bajo la Ley islámica, siempre cuando se dispusiera de la evidencia adecuada). Oyendo la confesión del hombre, el Santo Profeta^{sa} se dio la vuelta para ocuparse de otra cosa. Quería indicar que el mejor remedio en tal caso es el arrepentimiento, no la confesión pública. Pero el hombre no se percató de ello, y creyendo que el Santo Profeta^{sa} no le había oído, se puso nuevamente delante de él y le repitió su confesión. El Santo Profeta^{sa} le volvió a dar la espalda, pero el hombre volvió a ponerse delante para repetir su confesión. Tras hacerlo por cuarta vez, el Santo Profeta^{sa} dijo: “Hubiera preferido que este hombre no proclamara su pecado hasta que Dios no indicara su voluntad al respecto, pero ya que ha repetido su confesión cuatro veces, me veo obligado a actuar” (*Tirmidhi*). Entonces añadió: “Este hombre ha confesado, y no ha sido acusado por la mujer respecto

a quien hace la confesión. La mujer debe ser interrogada, y si niega su culpabilidad, no será molestada, y sólo será castigado el hombre de acuerdo con su confesión; pero si ella confiesa, también será castigada”. El Santo Profeta^{SA} tenía la costumbre de seguir la Ley de la Torá en aquellos casos en los que el Corán guardaba silencio, y dado que la Torá establece que el adulterio debe ser castigado con la pena de muerte por lapidación, dictó dicha sentencia contra este individuo. Mientras se ejecutaba la sentencia, el hombre intentó escapar, pero la gente le persiguió y llevó a cabo la sentencia. Cuando el Santo Profeta^{SA} supo esto, expresó su desaprobación. Dijo que el hombre había sido condenado según su propia confesión. Su intento de escapar constituía, de hecho, una retractación de dicha confesión, y que, por lo tanto, la gente había hecho mal en infligirle un castigo que solo se le había impuesto en consonancia con su propia confesión.

El Santo Profeta^{SA} estableció que la ley se ocupaba tan sólo de los actos manifiestos. Durante la guerra, un grupo de musulmanes encontró a un no musulmán que solía emboscarse en lugares solitarios para atacar y acabar con la vida de todo musulmán que encontraba. En una ocasión, Usama bin Zaid^{RA} lo persiguió y tras alcanzarle sacó la

espada para matarle. Cuando el hombre vio que no quedaba otra escapatoria, repitió la primera parte de la confesión musulmana de fe: “No hay nadie digno de ser adorado, salvo Al’lah”, dando a entender que había aceptado el Islam. Usama^{ra} ignoró sus palabras y le mató. Cuando se presentaron al Santo Profeta^{sa} el informe de éste y otros incidentes de la campaña, mandó traer a Usama^{ra} y le preguntó a este respecto. Cuando confirmó la veracidad del informe sobre el incidente, el Santo Profeta^{sa} le preguntó: “¿Qué te ocurrirá el Día del Juicio cuando la confesión de fe de aquel hombre atestigüe a su favor?”. Hazrat Usama^{ra} contestó: “Mensajero de Al’lah, aquel hombre mataba a musulmanes, y el hecho de que se declarara musulmán no era más que una estratagema para poder escapar de una castigo justo”. Pero el Santo Profeta^{sa} siguió repitiendo: “Usama ¿qué te ocurrirá en el Día del Juicio cuando la confesión de fe de aquel hombre sea utilizada contra ti?”. Con esto quería decir que Dios consideraría a Usama^{ra} responsable de la muerte del hombre, pues a pesar de haber matado a muchos musulmanes, su confesión de fe constituía una indicación de que se había arrepentido de sus crímenes. Hazrat Usama^{ra} protestó insistiendo en que la recitación de la confesión de fe se debía a su temor a la muerte, y no constituía una

indicación de arrepentimiento. Sin embargo, el Santo Profeta^{SA} le preguntó:

“¿Acaso miraste en su corazón para ver si decía la verdad?”, y siguió repitiendo: “¿Cómo contestarás el Día del Juicio cuando su confesión de fe se cite como evidencia contra ti?”. Usama^{RA} dice: “Al oír al Profeta^{SA} repetir esto con tanta frecuencia, desee haberme convertido en musulmán sólo en ese momento, y no haber sido culpable del delito del que fui acusado” (*Muslim, Kitab al-Iman*).

El Santo Profeta^{SA} siempre estaba dispuesto a perdonar a la gente sus faltas y pecados. Una de las personas implicadas en el asunto de la difamación de su esposa Hazrat A'isha^{RA}, dependía de la caridad de Hazrat Abu Bakr^{RA} (el padre de A'isha^{RA}). Cuando se hubo establecido claramente la falsedad de la acusación contra Hazrat A'isha^{RA}, Hazrat Abu Bakr^{RA} dejó de mantener a este hombre. Incluso esta actitud hubiera sido muestra de una moderación loable por parte de Hazrat Abu Bakr^{RA}. Otra persona habría adoptado medidas más extremas contra alguien dependiente de él, culpable de haber difamado a su hija. Cuando el Santo Profeta^{SA} supo lo que había hecho Hazrat Abu Bakr^{RA}, fue a hablar con él, insistiendo en que, aun siendo el hombre culpable, no correspondía a una persona como Abu Bakr^{RA} privarle de sus medios de subsistencia por el delito que había

cometido. Entonces, Hazrat Abu Bakr^{ra} volvió a encargarse de su sustento (*Bujari, Kitab al-Tafsir*).

PACIENCIA ANTE LA ADVERSIDAD

El Santo Profeta^{sa} solía decir: “Para un musulmán, la vida está llena de bien, y nadie sino el verdadero creyente se encuentra en esa posición. Pues, cuando logra el éxito, lo agradece a Dios y recibe de Él favores aún mayores. Y cuando sufre dolores y tribulaciones, los aguanta con paciencia y así merece también los favores de Dios”. Cuando ya estaba cerca su fallecimiento y su condición era de extrema gravedad, emitió un gemido de dolor. Su hija Fátima^{ra} exclamó que no podía soportar verle en esa condición. El Santo Profeta^{sa} le dijo: “Ten paciencia. Tu padre ya no sufrirá más dolor a partir de hoy”. Quería decir que sus penas se limitaban a este mundo, y que en el momento en que se liberara de esta vida y acudiera a la presencia de Dios, ya no sufriría más dolores. Durante las epidemias no permitía que los habitantes de un pueblo afectado se refugiaran en otro pueblo, para no transmitir la infección a zonas no afectadas. Decía que si, en ese caso, una persona se quedaba en su pueblo para no extender la epidemia, y moría a causa de

ella, sería considerado como un mártir (*Bujari, Kitab al-Tibb*).

LA COOPERACIÓN MUTUA

El Santo Profeta^{SA} enseñaba que uno de los mejores principios islámicos era que el hombre no debe interferir en los asuntos que no le conciernen, y que no se debe criticar a los demás. Es un principio que, de adoptarse e imponerse de forma generalizada, contribuye en gran medida a la paz y al orden del mundo. Una gran parte de nuestros problemas se deben a la tendencia, por parte de la gran mayoría, a interferir indebidamente, y al mismo tiempo no ofrecer la ayuda necesaria a aquellos que sufren algún tipo de desgracia.

El Santo Profeta^{SA} insistía mucho en la necesidad de la cooperación mutua. Había establecido una regla según la cual, cuando una persona multada no podía reunir la cantidad exacta de la multa, sus vecinos o conciudadanos debían completar la cantidad mediante una suscripción. A veces acudía gente a establecer su residencia cerca de la del Santo Profeta^{SA}, y a dedicar su tiempo, de diversas maneras, al servicio del Islam. Él aconsejaba a sus parientes que asumieran la responsabilidad de satisfacer sus escasas necesidades. Según Hazrat Anas^{RA}, durante

la vida del Santo Profeta^{sa}, dos hermanos aceptaron el Islam; uno de ellos se quedó con el Santo Profeta^{sa} y el otro volvió a su trabajo normal. Más tarde, éste último se quejó al Santo Profeta^{sa} de que su hermano no trabajaba. Él le respondió: “Dios también te ayuda a ti a través de tu hermano, y por tanto, tienes el deber de satisfacer sus necesidades y dejarle libre para servir a la Fe”. (*Tirmidhi*).

Durante uno de sus viajes, cuando llegaron al lugar elegido para pasar la noche, los Compañeros del Santo Profeta^{sa} se ocuparon inmediatamente de sus respectivas tareas para montar el campamento. El Santo Profeta^{sa} les dijo: “No me habéis asignado ninguna tarea. Iré en busca de leña para hacer la comida”. Sus Compañeros protestaron, diciendo: “¡Oh Mensajero de Al’lah!, ¿por qué ha de ocuparse usted, cuando estamos aquí nosotros para hacer todo lo que sea necesario?” Contestó: “No, no. Mi deber es tomar parte en todo lo que haya que hacer”, y se dirigió al bosque en busca de leña para hacer la comida (*Zurqani*, Vol. 4, pág. 306).

LA SINCERIDAD

Como ya hemos señalado, el Santo Profeta^{sa} mantenía para sí mismo una regla tan estricta respecto a la sinceridad, que su pueblo lo

conocía como “El Sincero” y “El Veraz”. Insistía igualmente en que los musulmanes adoptaran la misma regla para sí mismos. Consideraba a la verdad como la base de toda la virtud, de la bondad y la conducta justa. Enseñaba que una persona sincera es aquella que se haya confirmada en la verdad, hasta tal punto que Dios le considera veraz.

En una ocasión, un prisionero que había matado a muchos musulmanes fue traído ante el Santo Profeta^{sa}. Hazrat Umar^{ra}, que también estaba presente, estaba convencido de que el hombre merecía la pena de muerte y miraba constantemente al Santo Profeta^{sa} esperando que de un momento a otro ordenara su ejecución. Cuando éste dejó que el hombre se marchara, Hazrat Umar^{ra} le sugirió que hubiera sido mejor matar al hombre, ya que la muerte le parecía el único castigo apropiado. El Santo Profeta^{sa} le preguntó: “Siendo así ¿por qué no le mataste?”. Hazrat Umar^{ra} contestó: “Mensajero de Al’lah, si sólo me hubieras dado la señal, aunque solo fuera mediante un leve movimiento del ojo, lo habría matado”. El Santo Profeta^{sa} le respondió: “Un Profeta^{sa} no actúa de forma equívoca. ¿Cómo podría haber empleado el ojo para indicar que se le matara, si al mismo tiempo le estaba hablando amistosamente?”. (*Hisham*, Vol. 2, pág. 217).

En una ocasión, un hombre confesó al Santo Profeta^{sa}: “Mensajero de Al’lah, sufro de tres males: la mentira, la bebida y la fornicación. He hecho todo lo posible para deshacerme de ellos, pero todo ha sido en vano. ¿Podrías aconsejarme qué debo hacer?”. El Santo Profeta^{sa} le contestó: “Si me prometes solemnemente dejar uno de ellos, te prometo que desaparecerán los otros dos”. El hombre lo prometió, y preguntó al Santo Profeta^{sa} a cuál de los tres debía renunciar. “A la mentira”, respondió. Algún tiempo después, el hombre volvió para decir al Santo Profeta^{sa} que, tras seguir su consejo, se encontraba libre de los tres vicios. El Santo Profeta^{sa} le pidió que le contara los detalles de su esfuerzo, y el hombre le respondió: “Un cierto día, anhelaba beber algo fuerte, y estaba a punto de hacerlo, cuando me acordé de la promesa que le había hecho, y me di cuenta de que si alguno de mis amigos me preguntaba si había tomado alcohol, tendría que admitirlo porque ya no podía mentir. Esto implicaba que iba a adquirir mala fama entre mis amigos, que después me evitarían. Pensando así, pude convencerme de aplazar la bebida para otra ocasión, y así resistí a la tentación del momento. Del mismo modo, cuando me tentaba la fornicación, me dije que si caía en la tentación de dicho vicio, podría igualmente perder la estima de mis

amigos, ya que si me preguntaban tendría que mentirles, rompiendo la promesa que le había hecho, o tendría que confesar mi pecado. Así luché entre mi deseo de cumplir la promesa y mi deseo de entregarme a la fornicación y la bebida. Pasado algún tiempo empecé a perder la inclinación hacia estos vicios, con el resultado de que mi deseo de renunciar a la mentira me ha salvado también de los otros dos males”.

LA CURIOSIDAD INAPROPIADA

El Santo Profeta^{SA} exhortaba siempre a la gente a pensar bien del prójimo, y a no mostrar una curiosidad inadecuada. Hazrat Abu Huraira^{RA} relata que El Santo Profeta^{SA} dijo: “Evitad pensar mal de los demás, porque esta es la peor mentira; y no seáis fisgones, ni uséis apodos despectivos para dirigiros unos a otros, ni mostréis envidia, ni guardéis rencor. Que cada uno se considere siervo de Dios, y trate a los demás como hermanos, tal como Dios ha ordenado”. También dijo: “Recordad que cada musulmán es el hermano de todos los musulmanes. Ningún musulmán debe pecar contra otro, ni abandonarlo en momentos de necesidad, ni despreciarle a causa de su pobreza, o su falta de erudición, o por cualquier otra causa. La pureza brota

del corazón, y si un hombre desprecia a su hermano, eso es suficiente para contaminar su corazón. Cada musulmán debe considerar como sagrados e inviolables la vida, el honor y los bienes de otro musulmán. Dios no tiene en consideración vuestro cuerpo, ni vuestro rostro, ni vuestras acciones externas, sino que mira dentro de vuestro corazón” (*Muslim, Kitab al-Birr wa'l Sila*).

LA INTEGRIDAD Y LA HONRADEZ EN LAS TRANSACCIONES

Se esforzaba por advertir a los musulmanes contra todo tipo de falta de honradez en las transacciones. Un día pasaba por el mercado, y vio un montón de trigo que se iba a vender en subasta. Hundió la mano en el montón y descubrió que el trigo que estaba dentro del montón estaba húmedo, aunque la capa exterior estaba seca. Preguntó al dueño cuál era la razón. Éste explicó que un chubasco inesperado había mojado una parte del trigo. El Santo Profeta^{sa} le dijo que en ese caso debía haber dejado la parte mojada al exterior para que los posibles compradores vieran la condición del trigo, y comentó: “Quien trata injustamente a los demás, nunca podrá convertirse en un miembro útil de la sociedad” (*Muslim*). Insistía en la necesidad de evitar

la menor sospecha de práctica desleal en el comercio. Siempre ordenaba a los compradores inspeccionar la mercancía que se proponían adquirir, y prohibía iniciar negociaciones respecto a una determinada mercancía si ya estaban en curso otras negociaciones previas. Igualmente prohibía la acaparación de artículos para retener su precio, e insistía en que el mercado debía recibir un suministro regular.

EL PESIMISMO

Era enemigo del pesimismo. Decía que los responsables de promover el pesimismo entre la gente, eran también responsables de su ruina, porque las ideas pesimistas tienden a desilusionar a la gente y a detener el progreso (*Muslim, 2ª parte, Vol. 2*). Advirtió a la gente contra el orgullo y la presunción por una parte, y contra el pesimismo, por la otra. Insistía en la necesidad de encontrar el camino adecuado entre los dos extremos. Los musulmanes debían trabajar con empeño, con la confianza de que Dios bendeciría sus esfuerzos dándoles los mejores resultados. Cada uno debía esforzarse en progresar, y debía buscar promover el bienestar y el progreso de la comunidad, y al mismo tiempo

evitar todo sentimiento de orgullo y tendencia a la jactancia.

LA CRUELDAD CON LOS ANIMALES

Advirtió a la gente a que no tratara a los animales con crueldad sino con benevolencia. Solía referirse al ejemplo de una mujer judía castigada por Dios por haber dejado que su gato muriera de hambre. También contaba la historia de una mujer que encontró un perro que estaba muriendo de sed, al borde de un pozo profundo. Se quitó el zapato y bajándolo al pozo, pudo coger agua y dar de beber al perro sediento. Esta buena obra le ganó el perdón de Dios por todos sus pecados anteriores.

Hazrat Abdul'lah bin Mas'ud^{ra} relata: “Estando de viaje en compañía del Santo Profeta^{sa}, vimos dos palomas muy jóvenes en un nido y las cogimos. Eran todavía muy pequeñas. Cuando la madre volvió al nido, no encontró a sus crías y empezó a revolotear, volando en círculos. Cuando llegó el Santo Profeta^{sa} y vio la paloma, dijo: “Si alguno de vosotros ha cogido sus crías, debe liberarlas en seguida para consolarla” (*Abu Dawud*). Hazrat Abdul'lah bin Mas'ud^{ra} también dice que en una ocasión vieron un hormiguero, y tras colocar paja encima, le prendieron fuego. El Santo Profeta^{sa} les reprochó tal acción. En

otra ocasión el Santo Profeta^{sa} observó que unos hombres marcaban a un asno con hierro candente en la cara. Cuando preguntó la razón, le dijeron que los romanos recurrían a esta práctica para identificar a los animales de raza. El Santo Profeta^{sa} les dijo que la cara era una parte muy sensible del cuerpo, y que por tanto no debían marcar al animal en esa zona, sino que, de ser necesario, deberían hacerlo en las ancas (*Abu Dawud* y *Tirmidhi*). Desde entonces los musulmanes siempre marcan al animal en las ancas y los europeos, siguiendo esta práctica, también hacen lo mismo.

TOLERANCIA EN CUESTIONES DE RELIGIÓN

El Santo Profeta^{sa} no sólo hacía hincapié en la necesidad de la tolerancia en cuestiones de religión, sino que estableció reglas muy estrictas a este respecto. Una delegación de una tribu cristiana de Najran le visitó en Medina para cambiar impresiones sobre asuntos religiosos. En la delegación se encontraban varios dignatarios de la Iglesia. Las conversaciones se celebraban en la mezquita y se prolongaron durante varias horas. En cierto momento, el jefe de la delegación pidió permiso para salir de la mezquita y celebrar su servicio religioso en algún lugar adecuado. El Santo

Profeta^{sa} dijo que no tenían necesidad de salir de la mezquita; ya que al ser ésta un lugar consagrado a la adoración de Dios; podían celebrar allí su oración (*Zurqani*).

VALENTÍA

Varios ejemplos de la valentía del Santo Profeta^{sa} se han relatado en la sección biográfica. Narraremos uno más. Hubo un tiempo en que circularon rumores en Medina de que se estaba preparando un gran ejército para invadir la ciudad. Durante aquel período, los musulmanes siempre montaban guardia de noche. Una noche oyeron un gran ruido que procedía del desierto. Los musulmanes salieron corriendo de sus casas, y algunos se reunieron en la mezquita, esperando a que llegara el Santo Profeta^{sa} y diera las órdenes necesarias para afrontar la situación. Pronto vieron al Santo Profeta^{sa}, que venía a caballo desde el lugar de donde procedía el ruido. Entonces descubrieron que a la primera alarma, el Santo Profeta^{sa} había salido a caballo en la dirección del sonido para averiguar si había motivo de preocupación. No había esperado a reunir a sus hombres para que fueran todos juntos. Cuando volvió, dijo a los Compañeros que no había motivo de alarma y que podían

volver a sus casas y dormir tranquilos. (*Bujari*, capítulo sobre *Shuyaat*).

CONSIDERACIÓN CON LOS INCULTOS

Mostraba una consideración especial hacia aquellos que, por falta de formación, no sabían cómo comportarse. En una ocasión, un morador del desierto, que acababa de aceptar el Islam y que estaba sentado en la mezquita en compañía del Santo Profeta^{sa}, se levantó y se dirigió hacia un rincón de la mezquita, donde se agachó para orinar. Algunos Compañeros se levantaron para impedirselo. El Santo Profeta^{sa} les detuvo, indicando que cualquier actuación molestaría al hombre y podía incluso causarle algún daño. Dijo a los Compañeros que lo dejaran tranquilo y que después limpiaran el lugar.

EL CUMPLIMIENTO DE LOS PACTOS

El Santo Profeta^{sa} insistía constantemente en la necesidad del cumplimiento de las alianzas y los pactos. Un día un llegó a él un emisario en una misión especial, y tras pasar varios días en su compañía, se convenció de la verdad del Islam e hizo saber su deseo de adherirse a esta religión. El Santo Profeta^{sa} le dijo que no era conveniente, ya que se

encontraba allí en calidad de representante, y tenía el deber de volver al cuartel general de su gobierno antes de comprometerse. Si tras volver a su casa, todavía se sentía convencido de la verdad del Islam, podría volver como individuo libre y declarar su aceptación de la fe. (*Abu Dawud*, capítulo sobre *Wafa bi'l Ahd*)

EL RESPETO A LOS SERVIDORES DE LA HUMANIDAD

Mostraba un aprecio especial a quienes dedicaban su tiempo y su dinero al servicio de la humanidad. Una tribu árabe, los *Banu Tai*, había iniciado hostilidades contra el Santo Profeta^{sa} y en la batalla que siguió, sus fuerzas fueron vencidas, y algunos soldados fueron tomados como prisioneros. Entre ellos se encontraba la hija de Hatim Tai, cuya generosidad había llegado a ser proverbial entre los árabes. Cuando la hija de Hatim informó al Santo Profeta^{sa} de la identidad de su padre, él la trató con gran consideración, y como resultado de su mediación, perdonó todos los castigos que se habían impuesto a su pueblo por su provocación (*Halbiyya*, Vol. 3, pág. 227).

El carácter del Santo Profeta^{sa} tiene tantas facetas que resulta imposible tratarlas adecuadamente en estas pocas páginas.

LA VIDA DEL PROFETA ES UN LIBRO ABIERTO

La vida del Santo Fundador del Islam^{SA} es como un libro abierto: en cualquier página se pueden encontrar detalles interesantes. Es verdad que esta riqueza de detalles ha brindado la oportunidad de hacer una crítica malintencionada a algunos adversarios. Pero, es igualmente cierto que, una vez examinadas y refutadas tales críticas, la fe y la devoción que su vida inspira, no tiene semejanza con ninguna otra biografía. Las vidas oscuras escapan a la crítica, pero no producen en sus discípulos la misma confianza y convicción. Siempre quedan decepciones y dificultades. Sin embargo, una vida tan llena de detalles documentados como la del Santo Profeta^{SA}, induce a la reflexión en primer lugar, y después a la convicción. Una vez disipadas las críticas y las malas interpretaciones, este ejemplo de vida no puede menos que encantarlos por completo y para siempre.

Es evidente, sin embargo, que la historia de una vida tan abierta y tan rica, no puede ser narrada siquiera brevemente. Sólo podemos intentar vislumbrarla, pero aún así merece la pena. Un libro religioso sólo nos podrá atraer si completamos su estudio intentando conocer a su Maestro. Muchas religiones no

han tenido en consideración este punto de vista. La religión hindú, por ejemplo, se apoya en los Vedas, pero no nos dice nada acerca de los *Rishis* que recibieron los Vedas de Dios. La necesidad de completar el mensaje mediante una biografía del mensajero no les parece exigible a los exegetas hindúes. Los sabios judíos y cristianos, al contrario, no dudan a la hora de denunciar a sus propios Profetas. Olvidan que una revelación que no ha podido reformar a su receptor no debe ser muy útil para los demás. Si el receptor es intratable, nos vemos obligados a preguntar: ¿Por qué lo eligió Dios? ¿Debió hacerlo? Ninguna de las dos suposiciones parece razonable. Pensar que la revelación no llega a reformar a algunos de sus receptores es tan poco razonable como pensar que Dios no tiene otra alternativa que elegir para la transmisión de Sus revelaciones a receptores incompetentes. Y sin embargo, ideas de este tipo han logrado introducirse en distintas religiones, posiblemente debido a la distancia que ahora las separa de sus Fundadores, o bien debido a que el intelecto humano, hasta el advenimiento del Islam, era incapaz de percibir el error de tales ideas.

En los primeros años del Islam, el pueblo se dio cuenta de la importancia y el valor de considerar juntos el Libro y su Maestro. Una

de las santas esposas del Santo Profeta^{SA} fue la joven 'A'isha^{RA}. Tenía unos trece o catorce años cuando se casó con el Santo Profeta^{SA}. Su unión duró unos ocho años. Al fallecer el Profeta^{SA}, ella tenía unos veintidós años. Era una joven analfabeta y sin embargo, sabía perfectamente que no se puede separar la enseñanza de quien la transmite. Cuando se le pidió que describiera el carácter del Santo Profeta^{SA}, respondió inmediatamente que su carácter era el Corán (*Abu Dawud*). Él practicó lo que enseñaba el Corán; lo que enseña el Corán no es otra cosa que lo que él hacía. Es una prueba de la gloria del Santo Profeta^{SA} el hecho de que una joven analfabeta fuera capaz de comprender una verdad que se les había escapado a los eruditos judíos, hindúes y cristianos. Hazrat 'A'isha^{RA} expresó en una breve frase una verdad fundamental: a un Maestro verdadero y honesto le resulta imposible predicar una cosa y practicar otra. El Santo Profeta^{SA} fue un Maestro verdadero y honesto. Esto, evidentemente, es lo que quería decir Hazrat 'A'isha^{RA}. Él practicaba lo que predicaba, y predicaba lo que practicaba. Conocerle a él es conocer el Corán. Y conocer el Corán es conocerle a él.





Índice de Temas

(Este índice cubre, bajo varios encabezados, el relato de la vida del Santo Profeta^{sa} ofrecido en “La Vida de Muhammad^{sa}”)

‘Abdul’lah bin Ubayy ibn Salul

- profirió palabras degradantes contra el Santo Profeta^{sa} 129
- recibió un mensaje de los mequies para expulsar al Santo Profeta^{sa} de Medina 77

Abraham^{as}

- un monoteísta 11

Abu ‘Amir

- maquinaciones de, 268

Abu Ayyub Ansari^{ra}

- alojó al Santo Profeta^{sa} en Medina 73

Abu Bakr^{ra}

- el amor del Santo Profeta^{sa} por, 283
- el Santo Profeta^{sa} con, en la cueva de Thaur durante dos días 66
- emigró con el Santo Profeta^{sa} a Medina 65
- primero entre los hombres libres que se convirtieron en musulmanes 26

Abu Sufyan^{ra}

- aceptó el Islam 238
- conversación, con Heraclio 199

Abu Talib

- la muerte de, 47

‘Ali^{ra}

- Jaibar cayó a manos de, 216
- primero entre los niños que se convirtieron en musulmanes 26

Anas^{ra}

- dedicó su vida al Santo Profeta^{sa} 74

Anas^{ra} bin Nadr

- entregó su vida 107

Árabes

- admirables cualidades de los,	13
- buenos en astronomía	13
- crímenes de los,	15
- defectos morales de los,	13
- era el comercio la principal ocupación de los,	14
- esclavos de,	16
- hospitalidad de los,	15
- infanticidio de los, se limitaba sólo a ciertas familias	16
- no conocían nada de las comodidades de la vida civilizada	14
- no sabían nada de Historia, Geografía y Matemáticas	13

Arabia

- en el tiempo del nacimiento del Profeta ^{SA}	11
- un país de beduinos	14
- un territorio politeísta	12

Badr, la batalla

- Abu Yahl atacado por dos muchachos fuertes	94
- es erróneo acusar a Muhammad ^{SA} , con trescientos seguidores, de atacar a una caravana comercial indefensa	86
- la conducta justa del Santo Profeta ^{SA} con todos los prisioneros	98
- la lluvia abundante convirtió el suelo arenoso de los musulmanes en suelo duro, mientras que el suelo duro de los mequites se volvió resbaladizo	92
- la profecía de Isaías	97
- los mequites estaban mejor equipados y superaban en número a los musulmanes	88
- los musulmanes de Medina aseguraron estar al lado del Santo Profeta ^{SA}	89
- una gran profecía que fue revelada en la Meca, cumplida	95

Banu Lihtan

- intrigando contra los musulmanes	120
------------------------------------	-----

Banu Mustaliq

- encuentro con,	126
------------------	-----

Banu Quraiza

- estaban aliados con los musulmanes	139
- los musulmanes sitian el fuerte de,	154
- planean atacar a los musulmanes desde la retaguardia	141
- prefirieron la retribución de Sa'd bin Mu'adh a la del Santo Profeta ^{sa}	155
- retribución de Sa'd en armonía con la Biblia	157
- Safiya, con la ayuda de otras mujeres, mataron a un agente de,	142
Bi'r Ma'una	
- setenta maestros del Corán asesinados	124
Boicot social	
- los musulmanes sufrieron boicot social por tres años	51
Carácter del Santo Profeta^{sa}	
- actitud hacia los difuntos	381
- actitud hacia sus esposas	322
- altas cualidades morales	356
- amor con Dios	307
- asesoró al ejército musulmán para la batalla de Mauta	227
- aunque vulnerable al ataque, no podía tolerar "gloria a Hubal"	109
- auto control	327
- ayudó a un campesino a recuperar un préstamo de Abu Yahl	19
- buscó la paz no la guerra	165
- conducta justa para con todos los prisioneros	336
- consideración hacia los incultos	365
- coraje y valentía	364
- dado a pasar por alto las faltas de los demás	390
- declaró que Zaid ^{ma} era su hijo	22
- deferencia hacia los siervos de la humanidad	366
- el Fiel, el Verdadero	369
- el respeto por los pobres	334
- enemigo del pesimismo	362
- exhibió valor y valentía en Hunain	259
- expresaba un trato amable con los animales	362
- hizo hincapié en la cooperación mutua	345
- justicia y trato justo	326

- la actitud defensiva en Medina	83
- la carta del Santo Profeta ^{SA} a Chosroes	204
- la profecía sobre Dhu'l Juwaisi ^{ra} se hizo realidad	267
- la vida del Santo Profeta ^{SA} es un libro abierto	367
- liberaría a los esclavos de Jadiya	22
- mantuvo su palabra en Hudaibiya y devolvió Abu Yandal a los mequies	196
- mezquita de Medina	290
- muy cuidadoso para proteger la fe de la gente	349
- muy particular con respecto a la limpieza física	295
- muy particular con respecto al cumplimiento de los convenios	366
- rechazo incluso del sol y la luna por la causa de propagar el mensaje del Islam	40
- no descuidó las necesidades normales y espirituales de sus seguidores en Medina	84
- no tenía miedo mientras emigraba a Medina	66
- paciencia en la adversidad	355
- pagó por el terreno de la mezquita de Medina	74
- percibía por sus rostros quiénes necesitaban sustento	355
- profecía cumplida con respecto a Cosroes	57
- profecía sobre Suraqa ^{ra} cumplida	68
- pureza de la mente y limpieza del cuerpo	295
- salvaguardar los intereses de los pobres	334
- se afligía por no poder ofrecer oraciones en su tiempo designado en ocasión de la batalla de La Fosa.	141
- siempre exhortando contra la curiosidad malsana	360
- siempre manteniendo buena compañía	349
- simplicidad en la cama	304
- simplicidad en la comida	297
- simplicidad en la vestimenta	337
- todos los enemigos perdonados en ocasión de la caída de La Meca	278
- tolerancia en asuntos religiosos	364
- trato a las mujeres	337

- tratamiento de los esclavos	336
- tratamiento de los parientes	345
- tratamiento de los vecinos	343
- unidos musulmanes mequies y medinitas en fraternidad	77
- unió varias tribus de Medina a través de un pacto	79
- trato directo y franco	361
- veracidad	27
- Zaid ^{ra} prefería la esclavitud al Santo Profeta ^{sa} a la libertad	22
La Fosa, la batalla	
- ataques musulmanes esporádicos por infieles después de,	205
- Banu Quraiza castigado después,	153
- Dios hizo que el viento frustrara la intriga de los confederados contra los musulmanes	152
- el Santo Profeta ^{sa} aprobó la idea de cavar una zanja	133
- el Santo Profeta ^{sa} se lamentó por no poder ofrecer las oraciones en su tiempo designado,	141
- infieles superaban en número a los musulmanes	134
- los confederados dispersos	151
- tres figuras variadas de combatientes musulmanes en,	137
- un espía infiel asesinado por mujeres musulmanas	142
- una roca fragmentada por el Santo Profeta ^{sa} en ocasión de,	134
El Mensaje del Islam	
- Unicidad de Dios	37
- Uno universal	37
Emigración a Abisinia	
- mequies en persecución de los emigrantes	41
Expedición de Tabuk	
- el Santo Profeta ^{sa} partió a la guerra contra los sirios acompañados de musulmanes mal equipados	271
Guerra	
- el Corán sobre prisioneros de,	179
- el Islam da prioridad a la paz,	176
- la visión de Gandhi, impracticable	184
- las enseñanzas cristianas de la,	166

- las enseñanzas islámicas de la,	168
- las enseñanzas judías de la,	165
- los cristianos han luchado guerras defensivas y agresivas	167
- los preceptos del Santo Profeta ^{SA} acerca de,	181
- reglas de, en el Corán	172
Habib^{ra}	
- torturado hasta la muerte a manos de Musailima	62
Hamza^{ra}	
- aceptó el Islam	36
Heraclius	
-la conversación con Abu Sufyan de la carta del Santo Profeta ^{SA} ,	199
Hudaibiya, tratado de	
- el Santo Profeta ^{SA} cumplió su palabra y devolvió Abu Yandal a los mequies	197
- firmado	193
Hunain, la batalla	257
- el Profeta ^{SA} de Dios ^{SA} llama a sus compañeros ^{ra}	263
- el Santo Profeta ^{SA} se quedó solamente con doce compañeros ^{ra}	261
- Shaiba ^{ra} se convirtió en musulmán	264
'Ikrima^{ra}	
- se hizo musulmán con motivo de la Caída de La Meca	253
Isaías^{as}, el Profeta^{SA}	
- la profecía de, cumplida	98
Jadiya^{ra}	
- el Santo Profeta ^{SA} condujo la caravana comercial de, a Siria	21
- el Santo Profeta ^{SA} narró su primera revelación a,	24
- llevó a Muhammad ^{SA} a Waraqa bin Naufal	26
- muerte de,	47
- primera entre las mujeres que se convirtieron en musulmanas	26
Jaibar, caída de	
- a manos de 'Ali ^{ra}	217
- el sueño de Safiyya se hizo realidad	218
Jubaib^{ra}	
- mostraron altos estándares de moralidad	122

Judíos

- Banu Quraiza castigado después de la batalla de La Fosa 153
- continuamente intrigando contra el Santo Profeta^{sa} 76
- conspiraciones de, en Medina después de la batalla de Uhud 116
- la retribución de Sa'd para Banu Quraiza en armonía con la Biblia 157
- prefieren a Sa'd bin Mu'adh^{ra} como juez que al Santo Profeta^{sa} 158
- traición de Banu Quraiza 140

Ka'ba

- 360 ídolos en, 12
- despojada de ídolos 249
- el Santo Profeta^{sa} partió hacia La Meca para el circuito de, 222
- todas las imágenes en las paredes de, borradas 249

La extensión del Islam a Medina

- el Santo Profeta^{sa} invitado por los medinitas 62
- primer misionero del Islam que vino a Medina 56
- primeros conversos de Medina 56
- segunda parte de Medina convertida al Islam 57

La Hégira

- el Santo Profeta^{sa} y Abu Bakr^{ra} esperaron en la cueva de Thaur durante dos días 65
- el Santo Profeta^{sa} y Abu Bakr^{ra} partieron juntos 64
- Suraqa persiguió al Santo Profeta^{sa} por el premio en metálico 66

La Meca, caída de

- Abu Sufyan acepta el Islam 238
- el Santo Profeta^{sa} entra en La Meca 239
- el Santo Profeta^{sa} se quedó en Hanif Bani Kinana en La Meca 247
- Ikrima^{ra} se convirtió en musulmán 253
- Ka'ba limpiada de ídolos 248
- sólo doce o trece hombres fueron muertos 245
- todas las imágenes de las paredes de la Ka'ba se borraron 249
- todos los enemigos del Islam perdonados

Maimuna^{ra}

- casada con el Santo Profeta^{sa} 222

Mauta, la batalla

- contra los sirios 225

Mequíes

- escribieron a Abdul'lah bin Ubayy ibn Salul para que el Santo Profeta^{SA} se fuera de Medina 76
- idolos hechos de personas santas 12
- preparados para atacar Medina 82

Mundhir Taimi

- la carta del Santo Profeta^{SA} a, 213

Muqauqis

- la carta del Santo Profeta^{SA} a, 210

Mus'ab^{RA}

- primer misionero del Islam en salir de La Meca 61

Musailima

- propuesta de, sobre la sucesión fue rechazada por el Santo Profeta^{SA} 314
- vino a Medina 314

Negus

- la carta del Santo Profeta^{SA} a, 208

Penitencia

- desaprobación de, en el Islam como forma de adoración 317

Persecución a los musulmanes

- Abu Dharr^{RA} perseguido 34
- Abu Fukaih^{RA} perseguido 32
- Ammar^{RA} perseguido 32
- Bilal^{RA} perseguido 30
- el mismo Santo Profeta^{SA} fue torturado 34
- Jabbab bin Al-Arat^{RA} perseguido 44
- los mequíes sacaron sus espadas contra los musulmanes 31
- Suhaib^{RA} perseguido 31
- 'Uthman bin Maz'un^{RA} torturado 33
- 'Uthman^{RA} perseguido 33
- Yasir^{RA} y Samiyya^{RA} perseguidos 32
- Zinbira^{RA} perseguido 32

- Zubair bin al-'Awwam ^{ra} perseguido	33
Primeros conversos	
- Abu Bakr ^{ra} fue el primero que se convirtió en musulmán entre los hombres libres	27
- 'Alí ^{ra} fue el primero entre los niños que se convirtieron en musulmanes	26
- Jadiyah ^{ra} fue la primera entre las mujeres que se convirtieron en musulmanas	26
- Zaid ^{ra} fue el primero entre los esclavos que se convirtieron en musulmanes	26
Sa'd bin Mu'adh^{ra}	
- el castigo de Banu Quraiza en armonía con la Biblia	153
- los judíos lo preferían como juez, antes que al Santo Profeta ^{sa}	156
Safiyya^{ra}	
- casada con el Santo Profeta ^{sa}	217
- el sueño de, con respecto a la caída de Jaibar se hizo realidad	217
Suraqa bin Malik^{ra}	
- persiguió al Santo Profeta ^{sa} por el premio en metálico	67
Ta'if	
- gente de, aceptaron el Islam	265
- gente de, no menos que los mequies en idolatría	49
- el Santo Profeta ^{sa} en la protección de Mut'im bin 'Adi después de regresar de,	52
- el Santo Profeta ^{sa} fue a,	49
- el Santo Profeta ^{sa} perseguido en,	265
Talha^{ra}	
- sacrificó su mano por la causa del Santo Profeta ^{sa} en ocasión de la batalla de Uhud	105
Uhud, la batalla	
- Anas bin Nadr entregó su vida	107
- aunque vulnerable al ataque, el Santo Profeta ^{sa} no pudo tolerar "gloria a Hubal"	109
- el rumor de la muerte del Profeta ^{sa} llegó a Medina	112
- el Santo Profeta ^{sa} se lastimó con ocasión de,	101

- las personas en Medina se preocupaban más por la vida del Profeta^{SA} que por sus familiares masacrados, 111
- mequías muy numerosos y mejor equipados que los musulmanes 103
- grupo de cincuenta musulmanes que malinterpretaron al Santo Profeta^{SA} 103
- profecía del Santo Profeta^{SA} sobre los incidentes durante, 101
- Talha^{RA} sacrificó su mano por la causa del Santo Profeta^{SA} 105
- victoria convertida en derrota 106

Última peregrinación

- el discurso del Santo Profeta^{SA} es un epitome de toda la enseñanza del Islam 278
- el Santo Profeta^{SA} realizó, en el noveno año de la Hégira 275

‘Umar^{RA} aceptó el Islam

- oración del Santo Profeta^{SA} en relación con la conversión de ‘Umar^{RA}, respondida 46
- ‘Umar^{RA} golpea a su hermana Fatima^{RA} 45

Vida del Santo Profeta^{SA}

- Abu Talib se convirtió en su tutor 18
- amamantado por una campesina 17
- aprobó la idea de cavar una zanja para la batalla de La Fosa 132
- carta a Heraclio 198
- carta a Mundhir Taimi 213
- carta a Muqauqis 210
- carta al Negus 208
- carta al rey de Irán 198
- casado con Jadiya^{RA} cuando ella tenía cuarenta años 21
- casado con Maimuna^{RA} 222
- casado con Safiyya^{RA} 217
- condujo la caravana comercial de Jadiya a Siria 21
- declaró que Zaid^{RA} era su hijo 23
- dejó La Meca para el circuito de la Ka’ba 221
- dio indicios de su muerte 282
- discurso en ocasión de la última peregrinación 276

- distribuyó el botín con ocasión de la batalla de Hunain entre los mequies y los que vivían alrededor de La Meca	265
- el Profeta ^{sa} partió hacia La Meca con mil quinientos compañeros	187
- el Santo Profeta ^{sa} y Abu Bakr ^{ra} emigraron juntos	65
- en la protección de Mut'im bin 'Adi después de regresar de Ta'if	52
- en Ta'if	265
- fue a Siria cuando tenía doce años	18
- herido en la Batalla de Uhud	105
- entró en la Meca con motivo de la caída de La Meca	239
- Jadiya ^{ra} llevó el Santo Profeta ^{sa} a Waraqa bin Naufal	23
- la última peregrinación	222
- los pensamientos del Santo Profeta ^{sa} se centraban en Medina	60
- marchó en La Meca con diez mil seguidores	232
- muerte del Santo Profeta ^{sa}	289
- nacimiento del Santo Profeta ^{sa}	11
- narró su primera revelación a Jadiya ^{ra}	24
- no buscó continuar la guerra después de la batalla de La Fosa	161
- partió para la guerra contra los sirios acompañado de musulmanes mal equipados	270
- primer compromiso de 'Aqaba	61
- rechazó la propuesta de Musailima sobre su sucesor	314
- recibió la primera revelación en la cueva de Hira cuando tenía cuarenta años	24
- recibió revelaciones sobre la emigración	54
- repararía la cueva Hira cuando tenía más de treinta años	24
- se alojó en Hanif Bani Kinana con ocasión de la caída de La Meca	246
- se convirtió en huésped de Abu Ayyub Ansari ^{ra} a su llegada a Medina	71
- se detuvo en Quba durante diez días antes de entrar en Medina	70
- se unió a una asociación para ayudar a las víctimas de un trato injusto	19
- su abuelo murió cuando tenía ocho años	18
- su comida envenenada por una dama judía	220

- su madre murió cuando tenía seis años	18
- tomó la promesa del árbol	261
- tratado de Hudaibiya	193
- últimos días de su vida	316
- una roca fragmentada por el Santo Profeta ^{SA} en ocasión de la batalla de La Fosa	133
Vino	
- Hecho ilícito	117
Zaid^{ra}	
- el primero entre los esclavos que se convirtieron en musulmanes	26
- fue declarado como el hijo del Santo Profeta ^{SA}	23
- prefería la esclavitud del Santo Profeta ^{SA} a la libertad	23